

34
RODNEY STONE
POR
CONAN DOYLE.

15 JUL 1908

Ayuntamiento de Madrid



P.

34

LA NOVELA DE AHORA

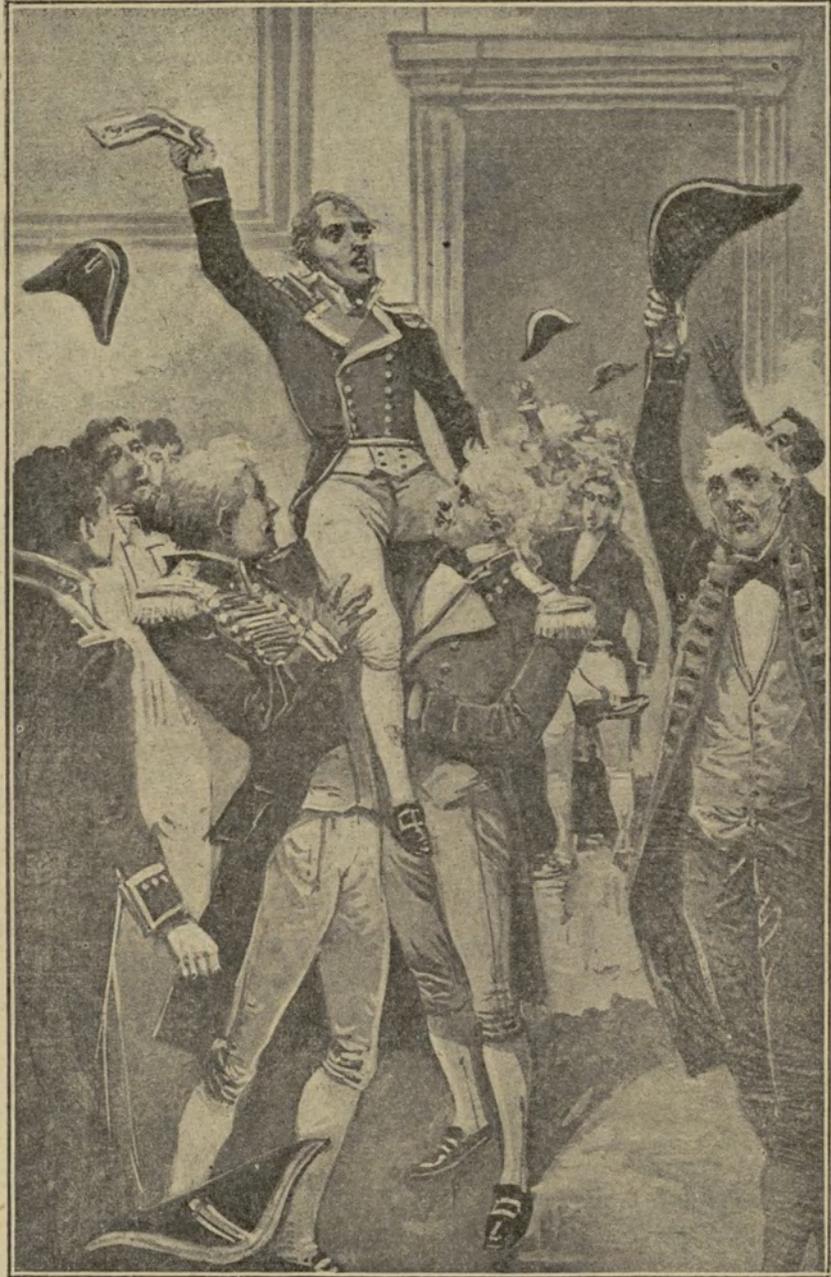
PUBLICACIÓN SEMANAL

SEGUNDA ÉPOCA

XXXIV

15 JUL 1908





-- Grandes noticias, señores! ¡Grandes noticias!

Ayuntamiento de Madrid

A. CONAN DOYLE

EL MISTERIO DE LORD AVON

ó

RODNEY STONE

VERSIÓN CASTELLANA DIRECTA DEL INGLÉS

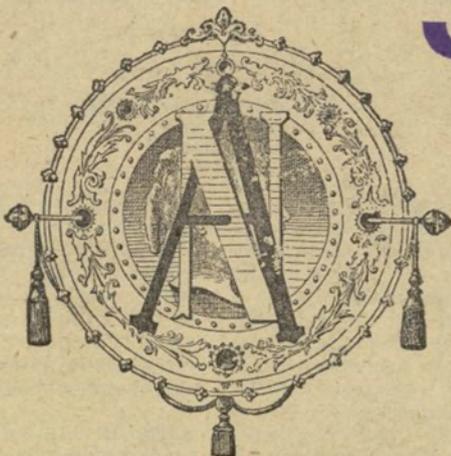
POR

ROSA CABRERA

ILUSTRACIONES DE M. PICOLO

15 JUL 1908

34



15 JUL 1908

MADRID

LA NOVELA DE AHORA

ADMINISTRACIÓN: CASA EDITORIAL DE SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CALLE DE VALENCIA NÚM. 28.

Ayuntamiento de Madrid

EL AYUNTAMIENTO DE MADRID

EL MINISTERIO DE FOMENTO

RODRIGUEZ Y STONE

ES PROPIEDAD

34

12 JUL 1908

12 JUL 1908

MADRID

LA FUNDICIÓN DE MADRID

LA FUNDICIÓN DE MADRID

Ayuntamiento de Madrid

E
ma
y q
á j
van
mo:
los
tro:
con
nos
N
nos
los
ten
mo:
los
por
mal
tan
fici
Nel
luel
pre
nue
leer
trat



EL MISTERIO DE LORD AVON

RODNEY STONE

15 JUL 1908

●CAPÍTULO PRIMERO

Friar's-Oak.

Es el día 1.º de Enero del año 1851; se puede afirmar que el siglo XIX ha llegado á la mitad de su vida, y que muchos de los que compartimos su juventud, á juzgar por ciertas señales claras y terminantes, vamos siendo viejos también. Los ancianos juntamos nuestras encanecidas cabezas, y hablamos de los días de gloria que todos conocimos; pero si nuestros hijos tercián en la conversación, observamos con pena que no pueden entendernos, por mucho que nos esforcemos.

Nosotros, y nuestros padres antes que nosotros, nos desarrollamos en un ambiente semejante; pero los jóvenes, con sus ferrocarriles y sus vapores, pertenecen á otra edad muy distinta. Verdad que podemos poner en sus manos tratados de Historia que los hagan conocer la terrible lucha que sostuvimos por espacio de veintidós años con aquel hombre malo y eminente, y hacerse el cargo de las circunstancias que coartaron la libertad en la ancha superficie de nuestra patria, derramando la sangre de Nelson y destrozando el noble corazón de Pitt en la lucha que sostuvo para evitar que volara para siempre esa amada libertad y fuera á refugiarse entre nuestros hermanos de allende el Atlántico. Pueden leer todo eso y mucho más con la fecha exacta de este tratado ó aquella batalla; pero no sé dónde podrían

aprender algo de nosotros, de la clase de gente que éramos, de la vida que hacíamos y de lo que nos parecía el mundo cuando éramos tan jóvenes como ellos lo son ahora.

Aunque ahora tomo la pluma para contaros algo de esto, no por eso debéis creer que voy á referir mi propia historia, porque en el período en que ocurrieron estas cosas me hallaba yo en mi temprana juventud, y aunque desempeñé un papel en la historia de otras personas, apenas si tengo suficiente material para decir que está también la mía. El amor de una mujer es lo que inicia la historia de todo hombre, y en los tiempos á que voy á referirme faltaban aún muchos años para que yo contemplase por primera vez los ojos de la que habría de ser madre de mis hijos.

Para nosotros parece un suceso que ocurrió ayer, y, sin embargo, nuestros hijos alcanzan con la mano las ciruelas de nuestro jardín, nosotros nos vemos obligados á buscar el auxilio de una escalera si queremos cogerlas por nosotros mismos, y los senderos que recorrimos muchas veces llevándolos de la mano, los recorreremos hoy apoyados en su brazo.

Hablaré, sin embargo, de una época en que el amor de una madre era el único cariño que yo conocía; los que busquen algo más, sepan desde aho-

ra que no escribo para ellos. Los que, por el contrario, quieran penetrar conmigo en aquel mundo olvidado y deseen conocer á mi amigo Jim, al campeón Harrison, á mi padre, marino á la sazón á las órdenes de Nelson; los que quieran saber algo, aun cuando sólo sea de pasada, de aquel gran marino y del príncipe Jorge, más tarde indigno rey de Inglaterra; y sobre todo, los que quieran saber algo de mi famoso tío sir Carlos Tregellis, rey de los petimetres ó de los grandes boxeadores cuyo nombre se venera todavía entre nosotros, donme la mano y juntos emprendremos la marcha.

También, sin embargo, he de advertiros á vosotros, que si creéis hallar algo interesante en vuestro guía, os veréis chasqueados, porque sólo los sabios, los valientes ó los ingeniosos se atreven á escribir sus aventuras. Por mi parte, si pudiera tener la seguridad de que he sido tan inteligente y valeroso como la generalidad de los hombres que me rodean, estaría satisfecho.

Hombres hábiles en el trabajo manual han hecho elogios de mi talento, y hombres de ingenio han alabado mi destreza: esto es lo mejor que puedo decir de mí mismo. Exceptuando un don innato en mí, la facultad musical, mediante la cual domino toda clase de instrumentos con perfecta y fácil naturalidad, no puedo recordar otro talento de que pueda vanagloriarme ante mis semejantes.

He sido en todas las cosas una verdadera mediana: media es mi estatura, mis ojos no son azules ni grises, y mi cabello, antes de que lo blanqueara la nieve de los años, no era rubio ni castaño. Lo único que quizás pueda alegar en defensa de mi personalidad es que jamás he sentido envidia ni celos al admirar á hombres que valían más que yo, y que siempre hemirado todas las cosas, incluso á mi mismo, tal y como son en la realidad. Hoy, en mi edad madura, cuando me dispongo á escribir mis Memorias, alego este dato en mi favor, y después, con vuestro permiso, separo del cuadro mi personalidad moral todo lo más lejos posible. Si podéis imaginarme como un cordón delgado y descolorido que sólo sirve para unir lo que quisiera que fuesen perlas en mi relato, quedará satisfecho mi deseo.

Los hombres de mi familia eran marinos desde hacía muchas generaciones, y era costumbre inveterada ya entre nosotros que el hijo mayor llevase el nombre del general favorito de su padre. Así, pues, tomando nuestro linaje en el anciano Vernon Stone, que mandaba un barco de cincuenta cañones en las guerras con los holandeses, y pasando por Haccoke Stone y Benbow Stone, llegamos á mi padre Anson Stone, que á su vez me dió el nombre de Rodney cuando me bautizaron en la parroquia de Santo Tomás, en Portsmouth, en el año de gracia de 1786.

Mirando desde la ventana junto á la cual estoy sentado escribiendo, veo en el jardín á mi hijo mayor, y si le llamara por su nombre de «Nelson» veríais que yo también he sido fiel á las tradiciones de nuestra familia.

Mi querida madre (lo mejor que hombre alguno ha tenido) era la hija segunda del reverendo Juan Tregellis, vicario de Milton, pequeña parroquia situada en las márgenes de Langstone. Su familia, aunque pobre, era de noble origen, y su hermano mayor era el famoso Sir Carlos Tregellis, que, habiendo heredado toda la fortuna de un riquísimo mercader de la India Oriental, llegó á ser famoso en Londres y amigo particular del príncipe de Gales. Hablaré de él más adelante; pero hago constar desde ahora que era hermano de mi madre y, por tanto, tío carnal mío.

¡Mi madre! La recuerdo perfectamente durante toda su admirable vida, porque era casi una niña cuando se casó, y no mucho más en la época en que mis primeros recuerdos me dejan oír de nuevo su dulce voz y contemplar sus hábiles dedos, ocupados

siempre. La veo como una mujer hermosísima, con ojos almendrados y de expresión bondadosa, algo baja de estatura, pero de noble y señorial continente. En mis lejanos recuerdos la veo siempre vestida con un traje de color de púrpura y una pañoleta blanca en torno de su cuello, largo y alabastrino, haciendo continuamente calceta. Vuelvo á contemplarla en sus años primaverales y la veo amante, cariñosa, planeando, discurriendo, y consiguiendo sostener nuestra casita en Friar's-Oak y las relaciones con el mundo que nos rodeaba, con la escasa paga de un teniente de la armada. Y si ahora doy unos cuantos pasos y penetro en el comedor, volveré á verla en realidad, con sus ochenta y más años de vida santa, su plateado cabello, su sonriente y placido rostro, su elegante toca, sus espejuelos de oro y su chal de lana blanco con franja azul. La amé joven, la venero anciana, y cuando parta de este mundo, se llevará consigo algo que nadie podrá volver á darme. Vosotros, los que estas líneas leáis, podréis tener muchos amigos, podréis contraer matrimonio más de una vez; pero vuestra madre será siempre una sola, desde el principio al fin de vuestra vida. Querredla, pues; respetadla siempre, porque ha de llegar un día en que toda palabra ó acción ligera que contra ella hayáis dicho ó hecho, punzará como una espina vuestro corazón.

Así era, pues, mi madre. La descripción de mi padre vendrá cuando lleguemos al tiempo en que volvió de sus viajes por el Mediterráneo. Hasta entonces apenas si sabía de él más que el nombre y los rasgos generales de su rostro por una miniatura que mi madre llevaba en un medallón pendiente de su cuello. Al principio me dijeron que estaba peleando con los franceses, y pasados algunos años, fuí oyendo hablar cada vez menos de éstos y más del general Bonaparte. Recuerdo el temor que me sobrecogió un día al ver un retrato del gran corso en el escaparate de una librería de Portsmouth. Aquél era el artero enemigo que obligaba á mi padre á estar constantemente en terrible lucha. Para mi mente infantil, era una cuestión personal, y desde entonces me figuré que mi padre y aquel hombre afeitado, de labios finos y delgados, luchaban cuerpo á cuerpo en mortal combate que nunca terminaba. Sólo cuando empecé á asistir á la escuela pude comprender que había otros muchos niños cuyos padres se hallaban en el mismo caso que el mío.

Durante aquellos largos años, sólo una vez estuvo mi padre en casa, lo cual demuestra cuán triste era ser esposa de un marino en aquellos tiempos. Poco después de trasladarnos de Portsmouth á Friar's-Oak pasó con nosotros una semana antes de partir con el almirante Jervis para ayudarle á cambiar su nombre por el de lord San Vicente.

La relación de sus batallas y combates navales me inspiraba tanto temor como fascinación, y aún recuerdo como si hubiera sido ayer el horror que me produjo una mancha de sangre que vi en la chorrera de su camisa, que, indudablemente, procedía de algún corte hecho al afeitarse; pero en aquellos días era para mí cosa segura que había saltado de algún francés ó español herido, y me obligó á separarme horrorizado cuando mi padre colocó su callosa mano sobre mi cabeza. Mi madre lloró amargamente cuando se marchó; pero yo confieso que no lo sentí, porque con el imprudente egoísmo de la infancia comprendía que la relación entre mi madre y yo era más íntima cuando estábamos solos.

Once años tenía yo cuando fuimos á vivir en Friar's-Oak, una aldea del condado de Sussex situada al norte de Brighton, que nos recomendó mucho mi tío sir Carlos Tregellis, cerca de la cual se hallaba el solar de lord Avon, uno de sus mejores amigos. La vida en el campo era más económica, y lejos del círculo de amigos, cuya hospitalidad era preciso aceptar y devolver, mi madre podía conservar mejor

su calidad de dama noble. Estas razones fueron las que determinaron el traslado de nuestra residencia. La vida era difícil para todos en aquellos tiempos: sólo los labradores que cultivaban la tierra podían vivir como señores. El trigo se vendía á 110 chelines la cuartilla, y un pan de cuatro libras costaba un chelín y nueve peniques (lo que hace en moneda española dos pesetas y 10 céntimos). Apenas si hubiéramos podido vivir ni aun en nuestra casita de Friar's-Oak si no hubiera habido de vez en cuando algunos sobresueldos en la dotación de que formaba parte mi padre. La línea de barcos que continuamente iba y venía á Brest no podía ganar cosa que no fuera honores; pero las fragatas que estaban de servicio apresaban muchos costeros, y, como es costumbre en la armada, los vendían, y el dinero se repartía entre la tripulación. Sólo de esa manera podía enviarnos mi padre lo necesario para la casa y para costear los gastos de mi educación en la escuela de Josué Allen, á la cual asistí diariamente por espacio de cuatro años, hasta que aprendí todo lo que dicho maestro podía enseñarme.

En la escuela de Allen fué donde conocí á Jim Harrison, sobrino del campeón Harrison, el herrero del pueblo. Aun le veo tal como era entonces, con sus piernas gruesas y medio deformadas, saltando siempre como un cachorro de Terranova. Entonces empezó nuestra amistad, amistad que todavía nos une con lazo fraternal. Yo le enseñaba las lecciones, porque los libros le producían horror, y él, en cambio, me enseñó á boxear, á hacer ejercicios gimnásticos, á pescar truchas en el Adur y á cazar conejos en Ditchling Docon, pues ero tan hábil y diestro de manos como tardo de inteligencia. Tenía dos años más que yo, y mucho antes de que mi educación terminara salió del colegio y fué á ayudar á su tío en calidad de aprendiz de herrero.

Friar's-Oak está situado en la carretera que va de Londres á Brighton, en una de las depresiones del territorio de los Docons. Es un lugar pequeño, con una iglesia campestre cubierta de hiedra, una linda rectoría y una fila de casitas de ladrillo rojo, cada una con su jardinillo. En un extremo estaba la herrería de Harrison, en el otro, la escuela de Allen, y en una casita amarilla, algo separada del camino real, con una galería saliente en el piso alto y un zigzag de madera negra incrustado en el yeso, vivíamos mi madre y yo. No sé si existirá todavía, pero lo creo probable, toda vez que los vecinos de aquel pueblo no son aficionados á hacer variaciones. Frente á nuestra casa, al otro lado de la ancha y blanca carretera, se hallaba el parador de Friar's-Oak, propiedad en aquellos días de Juan Cumming, hombre de excelente reputación en el pueblo, pero dado á extrañas explosiones de cólera cuando viajaba, como demostraré más adelante. Aunque el tráfico era incesante por aquella carretera, los coches de Brighton subían frescos aún y no necesitaban descansar, y los que bajaban de Londres tenían prisa de llegar al término de su viaje; así que, salvo en contadas ocasiones, cuando se rompía una rienda ó se aflojaba una rueda, la clientela del buen Cumming consistía únicamente en algunos vecinos de la aldea, que se sentían sedientos á ciertas horas. Por aquel entonces habíase edificado á orillas del mar el hermoso palacio del príncipe de Gales, y desde Mayo á Septiembre, mientras duraba la temporada de Brighton, no había día que no pasaran por la carretera un centenar ó dos de coches, faetones y sillas de posta.

Jim y yo pasábamos muchas tardes tendidos en la hierba observando á aquella gente rica y vitoreando ó aplaudiendo á los coches de Londres, que pasaban corriendo envueltos en nubes de polvo, dejando atrás el sonido de sus cornetines, guiados por conductores cuyo rostro aparecía tan rojo como su levitón. Cuando Jim gritaba y palmoteaba, los viajeros solían

reirse; pero si hubieran sabido la fuerza que tenía quizás le habrían mirado con más atención y correspondido á su saludo.

No había conocido á sus padres, y siempre vivió con su tío, el campeón Harrison, que, como he dicho ya, era el herrero de Friar's-Oak y debía el apodo de *Campeón* á la lucha que sostuvo con el boxeador Tomás Johnson, que á la sazón tenía el campeonato inglés, y al cual habría vencido, indudablemente, si los magistrados de Beaford no hubieran interrumpido á tiempo aquella lucha. Por espacio de muchos años no hubo quien pretendiera luchar con Harrison, ni hubo boxeador como él, aun cuando, según decían, era tan pesado de pies como de manos. Al fin, en un encuentro con Black Baruk, el judío, le dió tan tremendo puñetazo, que le dejó medio muerto, Baruk estuvo tres semanas entre la vida y la muerte y Harrison, medio loco, creía ver siempre detrás de él un agente de policía que le cogía del cuello para llevarle ante el juez, temiendo constantemente que le condenaran á la última pena. Este suceso, unido á las plegarias de su esposa, fué causa de que abandonara la pista para siempre y se dedicara á un oficio para el cual tenía verdaderas condiciones, y que era un buen negocio en Friar's-Oak, dado el movimiento de la carretera y el paso de los numerosos labradores de Sussex. Pronto llegó á ser el más rico de los vecinos de la aldea, y cuando llegaba el domingo y se presentaba en la iglesia con su mujer y su sobrino, formaban una familia tan distinguida y respetable como pudiera desearse.

No era alto: su estatura no pasaría de cinco pies y siete pulgadas; su pecho parecía de hierro y tenía en los brazos una fuerza como jamás la he hallado en persona alguna. Era, no obstante, hombre ordenado, paciente, bondadoso, y por tales condiciones, el más querido de sus convecinos en muchas leguas á la redonda. Yo y todos los chicos de la aldea recibíamos siempre una sonrisa de sus labios y un saludo de aprobación de sus ojos; y por lo que toca á los mendigos, no había uno en todo aquel territorio que no pudiera decir de él que su corazón era tan tierno como eran duros sus músculos.

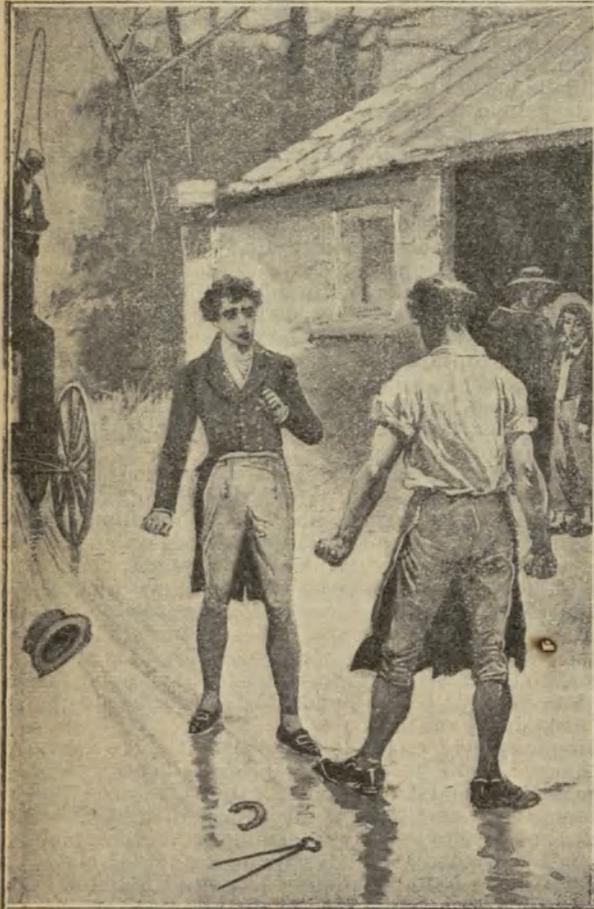
Ninguna conversación le daba más gusto que aquella en que podía referir sus antiguas luchas; pero apenas se presentaba su mujer, callaba, recordando el temor que amargaba continuamente su vida de que abandonando la fragua y el yunque, volviera una vez más al boxeo. Debo advertir aquí que esta clase de lucha no se hallaba en mis días en la condición á que ha llegado después. En aquellos tiempos en que Inglaterra sostenía guerras continuas, la lucha entre dos atletas fuertes, indomables, delante de treinta mil hombres que la presenciaban y de tres millones que la discutían, inspiraba siempre valor é infundía grandes alientos. Era brutal, no lo dudo, y por eso no subsiste; pero, después de todo, nunca lo fué tanto como la guerra, que, sin embargo, existirá, como ha existido siempre. Que sea lógico ó no lo sea enseñar hoy á los hombres á ser pacíficos, cuando tal vez puede llegar un día en que su propia vida dependa de sus condiciones guerreras, es asunto propio de cabezas más sabias que la mía; pero en tiempo de nuestros abuelos pensábamos de otro modo, y aunque había algunas excepciones, como las hay en todo, puedo decir que aquellos boxeadores eran hombres honrados á carta cabal, valientes y sufridos hasta lo increíble, y que honraban á su patria.

Mi destino me llevó á ver de cerca á algunos de ellos, y hablo sabiendo bien lo que digo.

En nuestra aldea, os aseguro que nos sentíamos orgullosos de un hombre tal como el campeón Harrison: todos cuantos se detenían en el parador iban hasta la herrería para conocerle. En realidad valía la pena de ver á aquel hombre y saber cómo era, especialmente en invierno y de noche, cuando las rojas llamas de la fragua iluminaban sus atléticos miem-

bros. Cada vez que resonaba el mazo sobre el yunque, corría yo por aquella calle esperando que, estando ambos, tío y sobrino, ocupados en la forja, habría para mí un sitio en el fuelle.

Sólo una vez recuerdo haber visto al campeón Harrison tal y como había sido anteriormente. Una mañana, cuando Jim y yo estábamos parados en la puerta de la herrería, vimos llegar un coche particular de Brighton, con cuatro caballos enjaezados con re-



Miró despacio á su antagonista, y pudo notar en él señales de desaliento.

lucientes arreos y volando de tal manera y con tanto estruendo y tan metálico repiqueteo, que el campeón, con las tenazas en la mano, sujetando entre ellas una herradura á medio forjar, salió para ver lo que era aquello. Un caballero con la blanca capota de cochero iba guiando, y detrás de él media docena de hombres gritaban y refan.

Ya fuera que la corpulenta figura del herrero llamara la atención del conductor, ya que obrara impulsado por la soberbia, ó que en realidad fuese meramente accidental, lo cierto es que la fusta de veinte pies de largo que llevaba en la mano el conductor silbó en torno nuestro, y pudimos oír perfectamente su chasquido sobre el mandil de cuero de Harrison.

—¡Hola, señor!—gritó el herrero mirándole.—¡No debéis ocupar ese puesto mientras no sepáis manejar mejor el látigo!

—¿Que deéis?—repuso el conductor deteniendo el carruaje.

—Que tengáis más cuidado, señor, porque, de lo contrario, dejaréis algún tuerto en vuestro camino.

—¡Hola! ¿Conque eso es lo que deéis?—añadió el conductor soltando el látigo y quitándose los guantes.

—¡Voy á deciros dos palabritas, amigo mío!

Los *sportmen* de aquel tiempo eran en su mayoría admirables boxeadores, y teniendo conciencia de su destreza, no desdenaban nunca una aventura que pudiera presentárseles.

El que guiaba el coche en aquella ocasión saltó del pescante con la ligereza del hombre que se siente seguro del resultado de la lucha, y quitándose la capota, que arrojó al coche, se remangó graciosamente los rizados puños de su blanca camisa de batista, diciendo al mismo tiempo:

—¡Voy á pagaros vuestro consejo, amiguito!

Tengo la seguridad de que los que ocupaban el coche sabían perfectamente quién era el grueso herrero y consideraron como una broma la trampa en que su compañero iba á caer. Llenos de júbilo, rieron á carcajadas y gritaron:

—¡Quitadle algo del hollín que lleva encima, lord Federico! ¡No dejéis de darle un buen almuerzo! ¡Haced que muerda el polvo de su taller! ¡Atacadle pronto, si no queréis que se escape!

El joven aristócrata, animado por tales gritos, se dirigió al herrero, que no se movió siquiera: únicamente apretó los labios y dejó caer las tenazas para tener libres las manos.

—¡Tened cuidado, señor—dijo,—que podéis encontraros con lo que no esperáis!

Algo en aquella voz tan segura y en su reposada actitud advirtió al joven noble el peligro que corría. Miró despacio á su antagonista, y pude notar en él señales de desaliento.

—¡Por Júpiter!—exclamó.—¡Si es Jack Harrison!

—Ése es mi nombre, señor.

—¡Y yo que os había creído un palurdo de Essea! No he vuelto á veros desde el día que casi matasteis á Black Baruk, hecho que me costó cien libras que había apostado.

—¡Vaya un paso!—gritaron los del coche.—¡Es Jack Harrison, el boxeador! ¡Lord Federico va á habérselas con el ex-campeón! ¡Tocadle el mandil, y veréis lo que ocurre, Federico!

Pero el conductor había vuelto de nuevo al pescante, riéndose con tanta gana como cualquiera de sus compañeros.

—Por esta vez, os dejaremos en paz, Harrison—dijo.—¿Son hijos vuestros aquellos jóvenes?

—Uno de ellos es mi sobrino, señor.

—Ahí va una guinea para que se la deis—añadió lord Federico arrojando una moneda,—y que no pueda decir nunca que se quedó sin tío por mí.

Y después de convertir así el asunto de trágico en jocos, chasqueó el látigo y emprendió de nuevo la marcha á fin de llegar á Londres en menos de cinco horas, mientras Jack Harrison, con su herradura á medio forjar, volvió silbando á su fragua.

CAPÍTULO II

El duende de Cliffe Royal.

Batsa por ahora del campeón Harrison. Deseo referir algo más sobre Jim, no sólo porque fué el camarada de mi juventud, sino porque según avancéis en la lectura de este libro hallaréis que en él refleró su historia más que la mía, y que llegó un tiempo en que su nombre y su fama fueron tema de conversación para todos los ingleses. Permitidme, pues, que os diga algo de su carácter y personalidad tal como era en aquellos días, refiriendo muy especialmente una singular aventura que ninguno de ambos hemos olvidado.

Jim, visto al lado de sus tíos, formaba extraño contraste con ellos; parecía ser de otra raza y de condición muy distinta. Muchas veces los observé entrán-

do en la iglesia: primero, aquel hombre cuadrado, de facciones vigorosas; después, la mujer, pequeña, cansada, llena de ansiedad, y detrás aquel hermoso muchacho con su dulce semblante, sus negros rizos y un paso tan delicado y ligero como si el lazo que le unía á la Tierra fuera mucho más vaporoso que el de los pesados pies de los aldeanos que le rodeaban.

No había alcanzado todavía su estatura completa; pero ningún juez de hombres (y cada mujer es uno) podía mirar sus anchos hombros, su esbelto talle y su altiva cabeza colocada sobre su cuello como un águila airosa y erguida, sin sentir ese gozo que nos produce todo lo que en la Naturaleza es bello; una alegría íntima que apenas discernimos, pero que sentimos hondamente.

Generalmente siempre relacionamos en el hombre la hermosura con la delicadeza. No sé por qué ha de ser así, y desde luego puedo asegurar que Jim no inspiraba esta idea. De cuantos hombres he conocido, ninguno ha sido más duro que él de cabeza y de cuerpo. Entre nosotros no había quien pudiera rivalizar con él paseando, corriendo ni nadando.

¿Quién sino Jim podía haber subido á la escarpadura de Wolstonbury y encaramarse á una altura de cien pies perseguido por un ave de presa que el azotaba las orejas con sus alas, intentando inútilmente alejarle de su nido? No tenía más que diez y seis años cuando luchó con Gipsy Lee, de Burgess Hill, que se llamaba á sí mismo «el gallo de Docon del Sur», y salió victorioso. Después de este suceso fué cuando el campeón Harrison decidió adiestrarle en el boxeo.

—Desearía que nunca te ocurriera repartir puñetazos, hijo mío—le dijo;—pero si tienes que hacerlo no será culpa mía que no puedas sostener muy alto, tu pabellón en todo este territorio.

Y no pasó mucho tiempo, por cierto, antes de que hiciera honor á su promesa.

He dicho antes que Jim no era aficionado á los libros; pero debe entenderse que me refiero á los libros de estudio, pues si se trataba de novelas ó de algo en que hubiera asomos de aventuras ó de lances galantes no había medio de que lo dejara hasta terminarlo por completo.

Cuando caía en sus manos un libro así, Friar's-Oak y la herrería se convertían para él en un sueño, y la verdadera vida consistía en atravesar el Océano ó salvar bosques y penetrar en amplios continentes con sus héroes. En su entusiasmo me arrastraba de tal manera, que me consideré muy honrado actuando de Domingo cuando él se proclamó Robinsón, diciendo que el grupo de árboles de Clayton era una isla desierta, y que pasaríamos en ella una semana. Cuando supe que habíamos de dormir allí todas las noches sin colchones ni mantas, y que nuestra comida consistiría en cordero de los Docons (él decía que eran cabras montaraces) cocido en un fuego que deberíamos producir frotando dos astillas una con otra, me desanimé tanto que la primera noche me escapé y volví á casa de mi madre. Jim pasó en aquel sitio toda la semana, y por cierto que no cesó de llover. Una vez terminada volvió, mucho más sucio y desarrapado de lo que pintan á su héroe en las narraciones que de él tratan y en las láminas de los libros. Menos mal que sólo prometió estar allí una semana, porque si hubiera sido un mes, habría muerto de hambre y de frío antes que su orgullo le permitiera volver á casa.

¿Su orgullo! He ahí la nota más interesante del carácter de Jim. Yo lo considero cualidad mixta, mitad virtud, mitad vicio: virtud, en cuanto sostiene al hombre lejos de la bajeza y la degradación; vicio, haciendo que le sea duro levantarse una vez caído. Jim era orgulloso hasta la medula de los huesos.

¿Recordáis la guinea que el joven lord le arrojara desde el pescante del coche? Dos días después alguien la recogió entre el barro de la carretera. Jim

era el único que la vió caer, y no se dignó siquiera señalarla á un mendigo ni dar explicación alguna del caso, y respondió á las preguntas que le hicieron con un gesto de sus labios y una mirada relampagueante de sus oscuros ojos. Estando en la escuela, ya era así, y tenía tanta conciencia de su propia dignidad, que obligaba á los demás á pensar en la suya. Ya podía decir, como lo dijo muchas veces, que un ángulo recto era un género particular de ángulos, y que Panamá estaba en Sicilia: Josué Allen se hallaba tan lejos de castigarle como de perdonarme á mí si hubiese dicho otro tanto; y así ocurrió que, aun cuando Jim era hijo de nadie y yo lo era de un oficial del rey, siempre consideré una descendencia de su parte el que me hubiera escogido como amigo.

El orgullo de Jim fué causa de una aventura que todavía me hace temblar cuando pienso en ella.

Ocurrió en Agosto del 1799, ó tal vez en los primeros días de Septiembre. Yo tenía á la sazón trece años, y asistía todavía á la escuela; Jim, cerca ya de los diez y seis, había dejado de ir. Era sábado; teníamos vacación por la tarde, y fuimos, como solíamos hacer generalmente, á dar un paseo por los Docons, á nuestro tío favorito, un poco más allá de Wolstonbury, donde podíamos tendernos sobre el mullido césped entre las rollizas ovejas de Docon del Sur, y charlar con los pastores que se detenían al pasar apoyándose en sus originales cayados de Pyecombe, hechos en tiempos en que sólo de Sussex salía más hierro que de todos los condados de Inglaterra juntos.

Allí fué donde nos dirigimos aquella tarde, viendo á la izquierda los bosques de Docon del Norte prolongándose en amplios y extensos olivares, dejando ver de vez en cuando la blanquísima grieta de una cantera de greda, y á la izquierda, la ancha faja azul del canal. Aquel día recuerdo que vimos llegar una flota; primero, los mercantes que avanzaban con timidez, detrás, las fragatas, que como perros bien amaestrados se mantenían en los flancos, y detrás, dos filas apretadas de barcos de guerra rodeándolos á todos. Mi fantasía volaba sobre las aguas queriendo llegar hasta mi padre, cuando una frase de Jim la hizo volver á tierra y caer sobre el césped cual ave cuyas alas se hubieran roto.

—Rodney—exclamó—¿has oído decir que hay duendes en Cliffe Royal?

—¿No he de haberlo oído! ¿Hay alguien en toda la región de los Docons que no haya oído hablar del duende de Cliffe Royal?

—¿Y sabes la historia de todo ello?

—Debo saberla—repuse yo con cierto orgullo:—considerando que sir Carlos Tregellis, el mejor amigo de lord Avon, es hermano de mi madre, y que el suceso tuvo lugar cuando se habfan reunido para jugar á las cartas, es natural que lo sepa. Oí que mi madre y el rector hablaban del caso hace una semana, y lo vi todo tan claro como si hubiera estado presente cuando ocurrió el asesinato.

—Es una historia muy extraña—dijo Jim pensativo;—pero cuando pedí á mi tía que me la contara no me respondió siquiera, y por lo que toca á mi tío me mandó callar apenas hice mención de ello.

—Tienen buenas razones para hacerlo así—repuse,—porque, según he oído decir, lord Avon era buen amigo de su tío, y es natural que no desee hablar de su desdicha.

—Cuéntamelo tú, Rodney.

—Es una historia antigua—dije.—El caso ocurrió hace catorce años; pero todavía no han logrado aclararlo. Cuatro caballeros vinieron de Londres con objeto de pasar unos días en la casa solariega de lord Avon: él, su hermano menor, el capitán Barrington, su primo sir Lotario Hume y mi tío sir Carlos Tregellis. Esa gente grande juega siempre exponiendo su dinero, y jugaron, jugaron por espacio de dos días y una noche. Lord Avon perdió, perdieron también

sir Lotario y mi tío, ganándolo todo el capitán Barrington, de tal modo que ya no podía ganar más. No sólo ganó el dinero de su hermano mayor, sino también papeles que representaban mucho para éste. Terminaron de jugar un lunes por la noche á hora bastante avanzada, y el martes por la mañana hallaron al capitán Barrington muerto junto á su lecho, con una herida en el cuello.

—¿Y fué lord Avon quien le mató?

—Sus papeles se hallaron quemados en la chimenea, la mano del muerto apretaba entre sus crispados dedos uno de los puños de su camisa, y en el suelo, al lado del cadáver, se encontró un puñal.

—¿Le ahorcarían, en ese caso?

—No anduvieron muy listos en echarle mano, y él por su parte esperó hasta que, oyendo que le consideraban autor del crimen, huyó, y nadie ha vuelto á saber nada de él, si bien hay quien afirma que está en América.

—¿Y ese duende se pasea?

—Hay muchos que le han visto andar.

—¿Por qué continúa vacía la casa?

—Porque está en manos de la justicia. Lord Avon no tenía hijos, y sir Lotario Hume, el mismo que estaba con ellos aquella noche, es su sobrino y único heredero; pero no puede entrar en posesión de los bienes mientras no se pruebe que su tío ha muerto realmente.

Jim guardó silencio por algún tiempo, entreteniendo en arrancar las hierbecillas que estaban á su alcance.

—Rodney—dijo al fin,—¿quieres que vayamos esta noche y tratemos de encontrar al duende?

La sola idea de tal aventura me hizo temblar de frío.

—Mi madre no me dejará -- repuse.

—Escápate cuando esté acostada; yo te esperaré en la herrería.

—Pero Cliffe Royal está cerrado.

—Yo abriré una ventana con mucha facilidad.

—¡Tengo miedo, Jim!

—No debes tenerlo estando conmigo, Rodney. Te prometo que el duende no te molestará lo más mínimo.

Al fin consiguió que le diera palabra de ir, y durante el resto del día fué el muchacho más pacífico y tristón de todo Sussex. Con Jim, la cosa variaba: su orgullo le llevaba allí, sabiendo que no había nadie en aquellos contornos que se atreviera á hacer otro tanto; pero yo no sentía tal ambición, pensaba como todo el mundo, y jamás había acudido á mi mente la idea de pasar la noche en la casa solariega de Cliffe Royal, habitada á la sazón por los duendes. No podía, sin embargo, faltar á la palabra que acababa de dar á Jim, y pasé el día, como he dicho, tan mustio y cabizbajo, que mi madre dió por seguro que había comido manzanas verdes, y me envió á la cama muy temprano dándome por toda cena una gran taza de manzanilla.

Los habitantes de Inglaterra se acostaban pronto en aquel tiempo, pues eran los que podían soportar el gasto de las bujías. Cuando abrí la ventana de mi cuarto después de las diez, no había una luz en toda la aldea, excepto la que lucía en el parador. Como mi habitación estaba en piso bajo, á pocos pies del suelo, me apoyé en el alféizar y salté fuera. En seguida encontré á Jim, que me esperaba en la puerta de la herrería, y juntos recorrimos los prados comarcanos, no encontrando en el camino más que dos oficiales de carabineros, jinetes en sendos caballos.

Soplaba un vientecillo fresco, la Luna se dejaba ver de vez en cuando por entre compactos grupos de nubes, y nuestro camino, iluminado en ciertos momentos por sus argentinos rayos, quedaba en otras tan obscuro, que tropezábamos con las zarzas y matorrales que lo bordeaban. Al fin llegamos á la gran puer-

ta de hierro con sus altos pilares de piedra, que daba al camino, y atisbando por entre la tupida verja vimos la prolongada avenida de robles formando un túnel, en cuyo extremo, á la pálida luz de la Luna, se veía brillar la fachada de la casa.

Para mí habría bastado aquella ojeada al edificio y oír los lúgubres gemidos del viento que suspiraba entre los árboles; pero Jim abrió la puerta de par en par, y ambos penetramos en la avenida, sintiendo crujir la arena bajo nuestros pies. El antiguo edificio se elevaba airoso entre los reflejos de la Luna que resbalaban en los cristales de sus innumerables ventanitas, rodeado por una faja de agua que bañaba tres de sus fachadas. En la cuarta, frente á nosotros, había una puerta que remataba en arco apuntado, y en uno de los lados vimos una ventana entreabierta.

—Estamos de suerte, Rodney—murmuró Jim;—podemos entrar por aquella ventana.

—¿No te parece que hemos hecho ya bastante con venir hasta aquí?—pregunté á Jim castañeteando los dientes.

—Súbete encima de mí, y entra primero — me dije por toda respuesta.

—¡No, no; lo que es yo no entro solo!

—En ese caso, saltaré yo — dijo; y agarrándose al alféizar, se colocó de rodillas y dió un salto.—¡Dame la mano, Rodney!—añadió; y tirando de mí con un vigoroso impulso, me subió al alféizar, y un momento después ambos penetramos en la casa encantada.

¡Qué sensación de vacío experimentamos al pisar aquel pavimento! Resonaron de tal modo nuestros pasos, que ambos enmudecimos, hasta que Jim rompió el silencio con una carcajada, exclamando después:

—¡Pues no está hecho mal tambor este caserón viejo! Haremos luz, y veremos lo que es esto, Rodney.

Llevaba de propósito un eslabón y una bujía. Apenas la encendió, pudimos observar que nos hallábamos en una habitación de techo abovedado, con ancha estantería todo alrededor, llena de empolvada vajilla. Era la despensa.

—Voy á enseñarte la casa — dijo Jim con alegría abriendo la puerta y tomando el camino que conducía al comedor. Recuerdo perfectamente aquellas paredes altas, ensabladas con adornos formados por cabecitas de ciervo, y un busto blanco colocado en uno de los ángulos, que me produjo una impresión tan fuerte, que hubiera podido ahogarse con un cabello. En aquella estancia había muchas puertas. Entrando por ellas, vagamos de una en otra habitación, las cocinas, la bodega y el salón, impregnadas todas de aquel ambiente mohoso y polvoriento.

—Aquí es donde jugaron á las cartas, Jim — dije con acento apagado; — en aquella misma mesa.

—Y allí están las cartas — agregó mi amigo quitando un paño obscuro que cubría el aparador, y dejando ver un montón de cartas, cuarenta barajas por lo menos, según me pareció entonces y que permanecían allí desde que tuvo lugar aquella trágica partida, antes de que yo naciera.

—¿Adónde conducirá esta escalera? — murmuró Jim cuando salimos al vestíbulo.

—¡No subas! — grité cogiéndole de un brazo. — Indudablemente, va á la habitación donde se cometió el asesinato.

—¿En qué te fundas para decir eso?

—El rector dijo que habían visto en el techo... ¡Jim, tú también puedes verlo ahora mismo!

Levantó en alto la bujía, y sobre el blanco yeso del techo vimos una mancha grande muy oscura.

—Creo que tienes razón — dijo mi amigo; — pero de todos modos, voy á subir.

—¡No, Jim; por Dios, no subas! — volví á exclamar.

—¡Calla Rodney! Tú puedes quedarte aquí, si tanto miedo tienes; no tardaré un minuto en bajar. De nada

nos serviría venir para ver al duende si... ¡Gran Dios!

¡Algo suena en la escalera!

Yo lo había oído también. Primero sentí pasos desiguales en la habitación que estaba sobre el vestíbulo; después crujió un escalón; luego, otro y otro... El semblante de Jim parecía una marfileña escultura con la boca entreabierta y los ojos fijos en la oscura abertura que daba acceso á la escalera. No había saltado la bujía; pero sus dedos temblaban de tal modo, que el reflejo oscilaba, y las sombras envolvían ya las paredes, ya el techo, según el movimiento de sus manos. De mí sólo diré que me flaquearon tanto las rodillas, que me encontré en el suelo, agachado detrás de Jim, queriendo gritar y sin poder articular un sonido. Los silenciosos pasos aún continuaban haciendo crujiir los peldaños de la escalera.

No atreviéndome á mirar, y sin poder apartar los ojos de la pared donde empezaba la escalera, vi destacarse en la penumbra la figura de una persona, y en el profundo silencio de la estancia oí latir mi corazón que saltaba violentamente en mi pecho. Miré una vez más, la sombra había desaparecido y se percibía otra vez el tenue crujiir de los peldaños. Jim echó á correr detrás de aquella figura, y yo quedé medio desmayado, sin más luz que el reflejo de la Luna.

Pero no estuve mucho tiempo solo. Jim bajó al instante, me cogió de un brazo y me sacó de la casa, guardando silencio hasta que nos hallamos otra vez en el jardín.

—¿Puedes tenerte en pie, Rodney? — me dijo entonces.

—Sí; pero estoy muy tembloroso.

—Á mí me ocurre otro tanto — replicó mi amigo pasándose la mano por la frente. — Perdóname, Rodney: fuí un necio haciéndote venir conmigo; pero no creía en semejantes duendes. Ahora es otra cosa.

—¿No puede haber sido un hombre, Jim? — pregunté recobrando el valor al sentir que ladraban los perros de los cortijos inmediatos.

—No, Rodney; era un espíritu.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le seguí, y vi que se desvanecía penetrando por un muro con la misma facilidad que una anguila se escurre por la arena. ¿Qué es eso, Rodney; que te para ahora?

Volví á sentir miedo, y mis nervios se crispaban de horror.

—¡Vámonos, Jim; vámonos! — grité, queriendo penetrar con los ojos en los árboles de la avenida, y observando que entre la penumbra de los robles se movía algo que se dirigía hacia nosotros.

—¡Quieto, Rodney; quieto! — murmuró Jim, que había visto tanto como yo. — Te aseguro que, sea lo que sea, esta vez no lo dejaré escapar.

Nos agachamos y permanecemos tan inmóviles como los troncos que quedaban detrás. Á poco se sintieron pasos pesados rechinando sobre la arena, y una forma corpulenta apareció en la oscuridad delante de nosotros.

—¡Lo que es vos, no sois un espíritu! — exclamó Jim lanzándose sobre ella como un tigre.

El hombre, (pues hombre era), lanzó una exclamación de sorpresa, y después, un grito de coraje.

—¡Quién diablos!... — rugió, añadiendo después: — ¡Si no me sueltas, te abro la cabeza!

La amenaza tal vez no habría conseguido que Jim saltara su presa; pero lo consiguió la voz.

—¿Sois vos, tío? — preguntó mi amigo.

—¡Vamos! ¡Que me ahorquen ahora mismo si no es mi sobrino Jim! Pero ¿qué es esto? ¡Como soy un mortal pecador que ese otro es Rodney Stone! ¿Qué diablos venís á hacer los dos en Cliffe Royal á estas horas de la noche?

Anduvimos todos unos pasos, penetramos en el espacio iluminado por la luz de la Luna, y vimos al campeón Harrison con un gran envoltorio debajo del

brazo y una expresión tal de asombro pintada en su rostro, que, á no estar dominado todavía por el terror, me hubiera reído, seguramente.

—Hemos venido á explorar — dijo Jim.

—¿Explorar vosotros? No creo que ninguno de los dos haya nacido para ser un capitán Cook, porque jamás he visto dos caras más pálidas por el miedo. Tú, Jim, ¿de qué te asustas?

—No estoy asustado, tío: ya sabéis que no soy propenso al miedo; pero jamás había visto un espíritu, y...

—¿Espíritus?

—He estado en Cliffe Royal, y hemos visto al fantasma.

El campeón dió un silbido.

—¡Ya! — murmuró. — ¡Eso es otra cosa! ¿Y no le hablaste?

—Se desvaneció sin darme tiempo para ello.

Harrison volvió á silbar.

—He oído decir que hay algo de eso allá arriba — dijo; — pero es un asunto en el cual desearía que no te mezclaras. Bastante nos molesta la gente de este mundo, Jim, para que aún queramos habérnoslas con la del otro. Y por lo que toca al señorito Rodney, si su buena madre pudiera verle en este momento, ten por seguro que no le dejaría volver á la herrería. Idos despacito, que yo os alcanzaré antes de que lleguéis á Friar's-Oak, y os acompañaré después.

Media milla ó cosa así llevaríamos recorrida cuando nos alcanzó el campeón, y no pude menos de observar que no llevaba el envoltorio que antes mencioné. Cerca ya de la herrería, Jim hizo la pregunta que á la sazón preocupaba mi mente:

—¿Á qué ibais á Cliffe Royal, tío?

—Cuando un hombre avanza en edad — repuso el campeón — tiene sobre sí deberes que no podríais comprender ahora: si llegáis á los cuarenta años, veréis que es verdad lo que os digo.

Nada más pudimos saber; pero joven, como yo era, había oído hablar ya de contrabando y de paquetes llevados de noche á lugares solitarios; así que desde entonces, cuando oía decir que los guardacostas habían cogido á alguien, no me sentía tranquilo hasta que volvía á ver el sonriente rostro del campeón Harrison en la puerta de la herrería.

CAPÍTULO III

La actriz de Anstey Cross.

Ya os he dicho algo de Friar's-Oak y de la vida que hacíamos allí. Una vez que mi memoria retrocede fijándose en aquel sitio, gusta de detenerse, porque cada hilo que arranco de la madeja de lo pasado lleva enredados con él otra media docena. Cuando empecé á escribir, dudaba si tendría material bastante para hacer un libro, y ahora veo que tengo suficiente para escribir uno sólo con los recuerdos de Friar's-Oak y las personas que conocí en mi niñez. Algunas eran desagradables y extravagantes, no hay de ello la menor duda; pero, vistas á través de la dorada neblina de los años, parecen gentiles y amables. Entre ellas se contaban nuestro buen rector Jefferson, que amaba á todo el mundo, exceptuando sólo á Slack, el ministro bautista de Clayton; el bondadoso Slack, que se consideraba hermano de todos los hombres, excepción hecha de Jefferson, el rector de Friar's-Oak; Rudin, el realista francés emigrado, que vivía en el camino de Pongdean, y que cuando llegaban noticias de una victoria rebosaba de alegría porque habíamos pegado á Bonaparte, y rugía de ira porque derrotábamos á los franceses. Recuerdo su figura esbelta y elegante, y la manera ostentosa de mover el bastón, sin que le abatieran jamás el hambre ni el frío, aun cuando, como sabíamos perfectamente, soportaba sus rigores. Era, sin embargo, tan altivo, y tenía una ma-

nera de hablar tan pomposa, que nadie se hubiera atrevido jamás á ofrecerle alimento ó abrigo. Todavía me acuerdo de la mancha roja que apareció en sus mejillas cuando el carnicero le regaló unas chuletas de vaca, que no pudo menos de aceptar.

¿Y dónde dejaremos á los contrabandistas? El territorio de los Docons estaba cuajado de ellos, porque, no pudiendo haber negocio legal entre Francia é Inglaterra, todo tenía que hacerse de contrabando. Una noche que estuve en el prado de San Juan tendido sobre los helechos, vi pasar más de setenta mulas, conducida cada una por un hombre, con tanto silencio como los peces en el río. Todas iban cargadas de cognac francés, sedería de Lyon y encajes de Valenciennes. Conocí á Dan Scales, el jefe de los contrabandistas, y á Tom Hislop, el oficial de carabineros, y recuerdo muy bien la noche que se encontraron.

—¿Pelear, Dan?—preguntó Tom.

—Sí, Tom: encontrándonos, no hay más remedio.

Y Tom sacó su pistola, y levantó á Dan la tapa de los sesos.

—Fué un dolor—dijo después en cierta ocasión;—pero Dan era demasiado bueno, como lo habia demostrado otras veces, y no quiso perjudicarme.

Un día, por el tiempo en que ocurrió la aventura de Cliffe Royal, estaba yo sentado en casa mirando las curiosidades que mi padre habia colgado en las paredes, y deseando, como buen holgazán que era, que el señor Silly hubiera muerto antes de escribir su gramática latina, cuando mi madre, que sentada al lado de la ventana hacia calceta, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Dios mío, qué mujer tan vulgar!

Era tan extraño oír á mi madre pronunciar una palabra dura contra alguien que no fuera Bonaparte, que atravesé la sala de un salto y me asomé á la ventana. Por la calle avanzaba despacio un cochecillo, y montada en él la persona más extravagante que he visto en mi vida. Era una mujer gruesa, con el semblante tan encarnado, que por la parte superior era ya violáceo; tocábase con un gran sombrero adornado con una rizada y blanca pluma de avestruz, y sus negros ojos asomaban bajo el ala con una expresión de enojo tan provocativa como si quisiera mostrar á la gente que todos le importaban menos de lo que á todos pudiera importarles ella. Llevaba una pelliza roja con pieles blancas, y sostenía las riendas, permitiendo, sin embargo, á la jaca que fuera por donde mejor le pareciese. Cada vez que el cochecillo daba un salto, el sombrero se movía también, dejándonos ver unas veces la copa y otras el ala.

—¿Qué espectáculo más desagradable!—murmuró mi madre.

—¿Qué le pasa, madre mía?

—¡Dios me perdone si juzgo mal, Rodney; pero creo que esa desdichada ha estado bebiendo!

—¡Anda—exclamé;—se ha detenido en la herrería! ¡Voy á saberlo todo al instante!—añadí tomando la gorra y echando á correr.

El campeón Harrison estaba en la puerta de la herrería herrando á un caballo. En cuanto salí á la calle pude verle con el casco del animal sujeto debajo del brazo y el pujavante en la mano, arrodillado entre las peladuras. La mujer le hacia señas desde el coche, y el herrero la miraba con el más profundo asombro pintado en el rostro; dejó el raspador en el suelo, soltó al animal, se acercó á ella, y parándose junto á la rueda, le habló moviendo la cabeza. Yo por mi parte entré en la fragua, donde estaba Jim terminando la herradura, y pude observar su destreza en el trabajo. Una vez concluída, salió á la calle llevándola en la mano, y vimos que la mujer rara seguía hablando con su tío.

—¿Es ése?—preguntó al vernos.

El herrero afirmó con una seña.

La mujer miró á Jim, y puedo asegurar que jamás

había visto en rostro humano ojos tan grandes, tan negros y maravillosos. Niño como era, pude comprender que, á pesar de su rubicundez, aquella mujer habria sido muy hermosa. Extendió una mano con los dedos tan engarabitados como si hubiera pretendido tocar las cuerdas de un arpa, y tocó á Jim en la espalda.

—Espero..., supongo... que os halláis bien—tartamudeó.

—Perfectamente, señora—repuso Jim mirando primero á la dama y después á su tío.

—¿Y qué; sois feliz?

—Sí, señora; muchas gracias.

—¿No deseáis nada?

—No, señora; tengo todo cuanto necesito.

—Está bien, Jim—dijo su tío en tono áspero.—Sepa de nuevo el fuego, porque es preciso calentar la herradura.

Pero, indudablemente, la mujer quería decir algo más, porque se enfadó mucho al ver que el herrero despedía á su sobrino. Fulguraron sus ojos y movió la cabeza, en tanto que el herrero, con sus grandes manos extendidas, procuraba calmarla del mejor modo posible. Pasaron largo rato hablando á media voz, hasta que al fin pareció quedar satisfecha.

—Quedamos en que mañana; ¿eh?—preguntó después la dama en alta voz.

—Sí, mañana—repuso el herrero.

—Cumplid vuestra palabra, y yo cumpliré la mía—añadió la señora descargando el látigo sobre los lomos de la jaca. El herrero, con el pujavante en la mano, quedó absorto mirándola hasta que apareció como un pequeño punto rojo en la blanca carretera. Entonces se volvió, y puedo decir que jamás he visto semblante tan grave.

—Jim—dijo á su sobrino,—esa señora es la señorita Hinton, que viene á vivir en la quinta de Los Maples, en el camino de Anstey Cross. Le has caído en gracia, y quizás te proteja: le he prometido que irás á visitarla mañana.

—No necesito su protección, tío, y preferiría no verla.

—Lo he prometido, Jim, y no querrás dejarme mal. Desea hablar contigo porque lleva una vida muy solitaria.

—¿Y de qué va á hablar con un ente como yo?

—No puedo decirte tanto; pero sí que mostró gran empeño. Las mujeres tienen caprichos singulares. Ahí tienes al señorito Rodney, que no se opondría á ir á visitar á una señora buena, yo te lo aseguro, si creyera que con ellos podía mejorar de fortuna.

—Bien, tío; si Rodney Stone viene conmigo no tendré inconveniente en ir—repuso Jim.

—Pues claro que irá. ¿Verdad, señorito Rodney?

El asunto terminó diciendo yo que sí, y volví á casa á fin de referir á mi madre todo lo ocurrido, pues sabía que no dejaba de agradecerle un poco la chismografía de vecindad. Cuando oyó que yo iba á acompañar á Jim en la visita, movió la cabeza; pero como no se opuso, la dificultad quedó zanjada.

De Friar's-Oak á Los Maples habia un paseo de cuatro millas largas; pero una vez allí, era imposible hallar una casita más linda, toda rodeada de madreselvas y plantas trepadoras, con un pórtico rústico y ventanas con celosías. Una mujer bastante vulgar respondió á nuestro llamamiento.

—La señorita Hinton no puede recibirnos—dijo.

—Venimos por orden suya—repuso Jim.

—Eso no significa nada—añadió la mujer malhumorada:—os aseguro que no puede veros.

Permanecimos indecisos por espacio de un minuto.

—Quizá, sería conveniente que le avisarais nuestra llegada—dijo al fin mi amigo.

—¡Avisárselo! ¿Cómo me entendería, si no ha de oír una pistola disparada junto á su oído? Entrad, y procurad decirselo vos mismo si tanto interés tenéis en ello

Al hablar así, la mujer abrió una puerta de par en par, y allí, en un sillón colocado en un ángulo de la habitación, pudimos ver una forma de mujer hecha un ovillo y con el cabello suelto. Una respiración fatigosa llegó á nuestros oídos. Un instante después de aquella rápida ojeada nos hallábamos camino de nuestra aldea. Yo era tan joven, que aquella escena no pudo parecerme terrible ni grotesca; pero cuando miré á Jim para saber lo que pensaba, le vi pálido, tembloroso, como si fuera á caer enfermo.

—No se lo dirás á nadie; ¿verdad, Rodney?—me preguntó.

—Á nadie, excepto á mi madre.

—Yo no se lo diré siquiera á mi tío: pretextaré que la pobre mujer estaba enferma. Basta con que nosotros hayamos presenciado su desgracia: no debemos dar motivo para que sea la comidilla de todo el pueblo. Esa escena me da náuseas y me oprime el corazón.

—Pues en ese mismo estado se hallaba ayer, Jim.

—¿Sí? No lo noté; pero sí pude observar que es bondadosa: lo leí en sus ojos cuando me miró. Tal vez la falta de un verdadero amigo la haya llevado á ese extremo.

Fué un suceso que apagó su alegría por espacio de muchos días. Cuando ya no me acordaba de ello, su actitud me hacía pensar en el caso. Pero no había de ser aquél el último recuerdo que nos quedara de la dama de la pelliza, porque antes de terminar la semana Jim fué á verme y me preguntó si quería volver con él á los Maples.

—Mi tío ha recibido ayer una carta—dijo,—y esa señora quiere hablar conmigo; pero yo creo que si vienen tú también, iré más gustoso.

Para mí era un placer salir con él, y acepté; pero según íbamos acercándonos á la casa, observé que Jim estaba preocupado: temía sin duda, encontrarse con una escena semejante á la anterior. Pronto cesaron sus temores, porque antes de que pudiéramos cerrar la puerta de la verja, la dama salió de la casa y avanzó por el jardín saliendo á nuestro encuentro. Era en realidad una figura tan estrambótica: envuelta en una especie de chal color de púrpura, dejaba ver entre sus pliegues un rostro grande, sonriente y tan emocionado, que, si yo hubiera estado solo, tengo la seguridad de que habría puesto pies en polvorosa apenas la hubiese visto. El propio Jim se detuvo un instante, como si no estuviera muy seguro de sí mismo; pero las francas y cordiales maneras de la dama nos devolvieron la tranquilidad.

—Sois excesivamente bueno viniendo á visitar á esta mujer vieja y sola—dijo.—En realidad, debo suplicaros que me dispenséis por haberos hecho venir inútilmente hace unas días. Casi puedo decir que vosotros fuisteis culpables de todo, porque la idea de que ibais á venir me excitó de tal manera, que me acometió una fiebre nerviosa, como me ocurre siempre que me agito. ¡Mis pobres nervios! Ved por vosotros mismos cómo me ponen!

Hablando así, descubrió sus temblorosas manos, pasó una de ellas por el brazo de Jim, y le condujo por el sendero que iba á la casa.

—Debéis permitirme que os conozca á fondo—le dijo.—Vuestros tíos son amigos míos desde hace muchos años, y aunque vos no os acordáis de mí, os he tenido en mis brazos cuando erais muy niño. ¿Cómo llamáis á vuestro amigo?—agregó dirigiéndose á mí.

—Jim, señora.

—Pues bien, Jim; permitidme que os llame así yo también, toda vez que los viejos gozamos de ciertos privilegios. Y ahora venid conmigo, y os daré una taza de té.

Nos condujo á un lindo gabinetito, el mismo donde la habíamos visto la primera vez que estuvimos en Los Maples, en cuyo centro había una mesa con blanquísimo mantel y sobre la cual se veía un servi-

cio de china y cristalería de inmejorable calidad, una fuente de manzanas maduras y un gran plato lleno de molletes calientes que acababa de servir la hurañada criada que habíamos visto en otra ocasión. Como supondréis muy bien, hicimos cumplidamente los honores á aquellos riquísimos manjares ante la insistente súplica de la señorita Hinton para que tomáramos cuanto pudiéramos desear. Durante aquella merienda se levantó dos veces para acercarse á un armario colocado en un extremo de la habitación. No dejé de observar que el rostro de Jim se nublaba al oír un leve y sonoro choque de cristal contra cristal.

—Vamos, amiguito—me dijo la señora cuando quitaron la mesa.—¿Por qué miráis en torno vuestro con tanta insistencia?

—Porque me gustan mucho esos retratos tan bonitos que hay en la pared.

—¿Y cuál os parece el más lindo?

—Aquél—dije indicando un cuadro colocado frente á mí, y que representaba á una joven alta, delgada, con las mejillas sonrosadas, los ojos sonadores, dulces, y tan elegantemente vestida, que jamás había visto nada tan perfecto. Tenía un ramo de flores en una mano, y otro yacía á sus pies en el pavimento.

—¿Conque ése es el que más os agrada entre todos?—dijo riéndose.—Vamos; llegaos á él, y leed lo que está escrito al margen.

Hice lo que me mandaban, y leí en alta voz: «Miss Polly Hinton, en el papel de Peggy, en *La esposa campesina*, representada para su beneficio en el teatro de Haymarket, el 14 de Septiembre de 1782.»

—Es una actriz—dije.

—¿Qué tono tan desdenoso es ése, niño mal educado? ¿Como si una actriz no fuese tan buena como otra mujer cualquiera! No hace mucho tiempo, el duque de Clarence, que hubiera podido llegar á ser rey de Inglaterra, se casó con la señora Jordán, que era ni más ni menos que una actriz. ¿Y quién os parece que es ésta?

Hablando así se colocó debajo del retrato con los brazos cruzados, fijando en nosotros sus miradas.

—¿Dónde tenéis los ojos?—exclamó al fin.—Yo era la señorita Polly Hinton, del teatro de Haymarket. ¿Será posible que no hayáis oído ese nombre hasta ahora?

Nos vimos obligados á confesar que así era en efecto. Á nosotros, gente aldeana, el solo nombre de actriz nos inspiraba un vago sentimiento de horror. Formaban un mundo aparte del nuestro, sobre el cual se cernía la cólera del Todopoderoso como una tormenta en el espacio. Al ver lo que había sido aquella mujer y lo que era á la sazón, creíamos ver claramente el resultado de aquel juicio.

—¡Bien!—dijo sonriendo, como el que no se siente ofendido.—No tenéis motivo para saber lo que decís: leo en vuestro semblante que os han enseñado á pensar mal de mí. Y ésa es la educación que os han dado á vos también, Jim, haciéndoos pensar mal de lo que no entendéis. Desearía que hubieseis podido estar en el teatro aquella noche en que el príncipe Flonzel, y cuatro duques en los palcos, y todos los intelectuales y elegantes de Londres en las butacas, se levantaban para aclamarme en escena. Si lord Avon no me hubiera dado un asiento en su carruaje, no habría podido llegar con mis flores intactas á mis habitaciones de Jork Street, en Westminster. ¡Y ahora me quieren juzgar dos muchachillos aldeanos!

El orgullo de Jim enrojeció sus mejillas: no le gustaba oírse llamar aldeano ni que le creyeran tan inferior á la aristocracia de Londres.

—No he estado nunca en un teatro, ni sé siquiera cómo son—dijo.

—Ni yo tampoco—agregué yo.

—Ahora no estoy en voz—dijo la dama,—y no se siente inspiración actuando en una habitación pequeña delante de dos espectadores; pero quiero que

me veáis en el papel de reina de los peruanos, exhortando á sus súbditos para levantarse contra los españoles que los oprimen.

Y aquella mujer vulgar, abotagada, se convirtió en un instante en la reina más soberana y altiva que pudierais soñar, y empezó á hablarnos con tanto calor, tales ademanes y tanto dominio en la mirada, que nos retuvo en nuestros asientos mudos é inmóviles. Su voz dulce, tranquila y persuasiva al principio, fué creciendo en potencia á medida que hablaba de libertad, de injusticias, de lo dulce que era morir por una buena causa: excitó mis nervios de tal modo, que llegó un momento en que mi único deseo fué salir de la quinta y dar mi vida por la causa de mi país.

En un momento cambió la escena: convirtióse en una mujer pobre que acababa de perder á su único hijo y lamentaba su muerte. Su voz estaba impregnada de lágrimas, y sus palabras eran tan sencillas, tan naturales, que tanto Jim como yo creímos ver al niño muerto tendido en el suelo delante de nosotros, y sentimos impulsos de consolarla con frases de compasión y de pena. Antes de que el llanto desapareciera de nuestros ojos, volvió á recobrar su verdadera personalidad.

—¿Qué? ¿Os ha gustado?—nos preguntó.—Así trabajaba yo cuando Sally Siddons palidecía oyendo el nombre de Polly Hinton; y el *Pizarro* es un hermoso drama.

—¿Quién lo escribió?

—¿Quién? No me acuerdo, ni me importa el nombre de su autor: sólo sé que hay frases hermosas para quien sabe decirlas.

—¿Y no trabajáis ya?

—No, Jim; abandoné las tablas cuando..., cuando me cansé de ellas. Pero hay ocasiones en que ansiaría volver. Para mí, no hay perfume mejor que el del aceite de las candelillas y el de las naranjas del paraíso. Pero os veo triste, Jim.

—Me acuerdo de esa pobre mujer y de su hijo muerto, señora.

—¡Bah! ¡No os preocupéis más por ella! Voy á borrar su recuerdo de vuestra mente haciendo el papel de miss Priscila Tombay en *La niña retozona*. Figuraos que habla la madre y responde la atrevida melindrosa.

Inmediatamente dió principio á una escena entre las dos, tan fielmente reproducida en tono y actitudes, que creímos ver en realidad delante de nosotros dos figuras distintas: la madre, anciana, severa, con una mano en la oreja á fin de oír mejor, y la hija robusta y desenvuelta. Á pesar de su gordura, se agitaba con extraordinaria ligereza, movía la cabeza y hacía pucheros siempre que contestaba á las preguntas de la anciana, encorvada por los años. Mucho antes de terminar la escena, Jim y yo habíamos olvidado nuestras lágrimas y reventábamos de risa.

—¡Esto va bien!—dijo la actriz sonriendo apenas terminó su papel.—No quiero de ninguna manera que lleguéis á Friar's-Oak con la cara larga y afligidos, porque no os permitiría volver.

Desapareció, y volvió á poco con vasos y una botella, que colocó sobre la mesa.

—Vosotros sois demasiado jóvenes para beber licores—dijo;—pero tanto hablar, produce una sed...

En aquel momento Jim hizo una cosa sorprendente. Levantándose de su silla, puso una mano sobre la botella, exclamando al mismo tiempo:

—¡No bebáis!

La dama le miró atentamente: todavía veo la expresión de aquellos ojos dulcificándose ante la mirada de Jim.

—¿Ni una gota?—preguntó.

—¡Ni una; os lo suplico!

Con un movimiento rápido, la dama se apoderó de la botella y la levantó en alto de tal modo, que tuve la idea de que iba á llevarse la á los labios; pero

lejos de eso, la arrojó por la ventana, abierta á la sazón, y cayó al jardín hecha pedazos.

—¿Os satisface eso, Jim?—preguntó después.—Hace mucho tiempo que nadie se preocupa de que yo beba ó deje de beber.

—Sois demasiado buena y cariñosa para que sea así.

—¡Buena! Por lo menos, me agrada que lo penséis así. ¿Estaríais contento si abandonara el aguardiente Jim? En ese caso, os haré una promesa, si vos me hacéis otra en cambio.

—¿Cuál, señora?

—Si me juráis que, llueva ó haga Sol, nieve ó sople el huracán, vendréis dos veces á la semana á fin de que yo pueda veros y hablaros, no beberé una sola gota, Jim. Hacedlo por amor de Dios, porque hay ocasiones en que me encuentro muy sola.

Jim hizo la promesa, y la cumplió fielmente, porque muchas veces, cuando yo quería que fuéramos á cazar conejos ó á pescar, recordaba que era el día de su visita á «Los Maples», y se iba derecho á Anstey Cross.

Al principio creí que la señorita Hinton no podría cumplir el compromiso contraído por su parte, y muchas veces ví que Jim volvía triste, como si la cosa no fuera muy bien; pero al fin ganó la batalla, como se ganan todas cuando se puede resistir, y en un año la actriz fué una mujer muy distinta de la que habíamos conocido antes, no sólo en sus costumbres sino en su propia personalidad: llegó á ser la mujer más hermosa de todos aquellos contornos. Jim estaba más orgulloso de aquel cambio que de cualquiera otra empresa que se hubiera propuesto; pero sólo hablaba del caso conmigo y manifestaba por la dama la ternura que se siente por todo ser á quien se protege. La actriz también benefició mucho á mi amigo, porque con sus conversaciones sobre el mundo y lo que en él había visto, hizo que su mente se ensanchara y saliese de los reducidos límites de Sussex, preparándose para una vida más amplia.

Así estaban las cosas cuando se firmó la paz, y mi padre volvió á nuestro hogar.

CAPÍTULO IV

La paz de Amiens.

Muchas mujeres se postraron de rodillas, y otras muchas elevaron desde el fondo de su corazón una plegaria de agradecimiento cuando en 1801, con la caída de la hoja, llegó la noticia de que se disponían los preliminares de la paz. Inglaterra entera demostró su júbilo con banderas y colgaduras de día y con luminarias que reverberaban de noche. Hasta en la pequeña aldea de Friar's-Oak tuvimos nuestras banderas que ondeaban majestuosamente, una bujía en cada ventana y una G y una B muy grandes sobre la puerta del parador moviéndose á impulsos del viento. La gente estaba cansada ya de guerra: tomando en totalidad las de Holanda, España y Francia, que habían ido ocurriendo sucesivamente, puede decirse que habían durado ocho años, y todo lo que pudimos aprender en tanto tiempo fué que nuestro reducido ejército era poco para luchar por tierra con los franceses, y que nuestra gran armada era demasiado para ellos, por mar. Habíamos recuperado algo de nuestro antiguo crédito, tan mermado desde el asunto de América, y ganado algunas colonias que no nos vinieron mal, por la misma razón; pero la deuda nacional aumentaba, y nuestro consolidado fué bajando de tal modo, que hasta Pitt se asustó. Si hubiéramos podido saber que entre nosotros y Napoleón era imposible la paz, y que aquello era un simulacro ficticio, hubiéramos obrado de otra manera; pero, sea como fuere, devolvimos á los franceses los veinte mil marinos que habíamos hecho prisioneros: y por cierto

que nos hicieron rabiarse bastante con sus flotas y flotillas invasoras antes que pudiéramos apresarlos de nuevo.

Mi padre era un hombre rudo, fuerte, de corta estatura, de pocos ánimos, al parecer, pero que sabía muy bien donde le apretaba el zapato. Tenía el semblante curtido por el sol, y tan surcado de arrugas, á pesar de no tener más de cuarenta años en la época á que me refiero, arrugas que se hacían tan profundas si se enfadaba, que en un instante se convertía de joven en anciano. En torno de los ojos era donde más arrugas tenía; cosa natural, después de todo, en un hombre que había pasado la vida expuesto á las inclemencias del tiempo. Aquellos ojos claros, azules, brillantes, encerrados en un marco tan tosco, eran quizás lo más sorprendente en su persona. Su tez debió de haber sido originariamente blanca, porque su frente, resguardada generalmente por la visera de la gorra, tenía el color de la mía, y su cabello era rojo.

Había servido, como se enorgullecía de decir, en el último de nuestros barcos que salió del Mediterráneo en el 1797, y en el primero que volvió á surcarlo en el 98. Á las órdenes de Miller, como tercer teniente del *Teseo*, estuvo en aquella flota, que iba de Sicilia á Siria como una jauría de sabuesos, y volvía á Nápoles volando á fin de encontrar la pista perdida. Con el mismo general estuvo en la batalla del Nilo, donde los hombres que estaban á sus órdenes atacaron y lucharon, sosteniéndose hasta que se rindió la última bandera tricolor, y después, unos sobre otros, cayeron muertos bajo las barras del cabrestante. Más tarde, como segundo teniente, estuvo en uno de aquellos navíos de tres puentes, disformes, con el casco ennegrecido por la pólvora y los imbornales rojos, que necesitaban todo el auxilio de los cables para no deshacerse en pedazos, y que fueron los encargados de llevar la noticia á la bahía de Nápoles. Desde entonces, y en recompensa de sus servicios, fué primer teniente de la fragata *Aurora*, que llevaba provisiones desde Génova, y en ella estuvo hasta mucho después de firmarse la paz.

¡Qué bien recuerdo su llegada á casa! Aunque han pasado cuarenta y ocho años, es como si hubiera ocurrido la semana pasada, porque la memoria de los viejos es como uno de esas lentes que permiten ver claro á larga distancia y esfuman lo que está cerca.

Desde que llegaron á nuestros oídos los primeros rumores de la paz, mi madre no descansó, sabiendo que podría llegar de un momento á otro. Hablaba poco, pero obscureció mi alegría insistiendo continuamente en que estuviera limpio y arreglado. Cada vez que sentíamos rodar un carruaje, dirigía los ruidos á la puerta, y se llevaba las manos á la cabeza á fin de alisarse su lindo cabello negro. Había bordado una especie de estandarte azul, poniendo en el centro la palabra «bienvenido» con letras blancas, y un ancla roja á cada lado, orlando el conjunto con una guirnalda de hojas de laurel, y deseaba colocarlo entre dos frondosos arbolillos de lilas que crecían delante de la puerta de nuestra casa. Todas las mañanas mi madre lo miraba bien, á fin de ver si estaba en disposición de colgarse.

Pero antes de que se ratificara la paz pasó mucho tiempo, largo y enojoso para nosotros, y el día tan deseado no llegó hasta Abril del año siguiente. Había estado lloviendo toda la mañana; agua ligera de primavera que humedecía el suelo produciendo ese grato perfume de tierra mojada, y goteando sobre los floridos castaños que había detrás de nuestra casita. Por la tarde salió el Sol, fué con Jim á pescar en el arroyo: al volver con las redes divisé un coche parado delante de la puerta de nuestra casa, y sobre el estribo, unos piecitos, que eran los de mi madre, así como la falda que los rodeaba, asomando por debajo de la abierta portezuela. A través del cristal vi

que dos brazos azules, pertenecientes á un cuerpo que estaba oculto en el coche, rodeaban su cintura, y corriendo á buscar el estandarte, lo coloqué en el sitio convenido. Después miré al coche, observando que los pies, la falda y los brazos azules permanecían en el mismo estado que antes.

—¡Aquí está Rod!—dijo al fin mi madre bajando de un salto.—¡Rodney, querido, aquí tienes á tu padre!

Fijándome entonces en aquel enrojecido rostro, vi que sus ojos claros y tranquilos me miraban con sumo cariño.

—Rodney, hijo mío, cuando nos despedimos la última vez que vine, eras un niño; pero supongo que hoy debemos considerarte algo más. En cuanto á tí, amada de mi alma...—Los brazos azules volvieron á rodear la cintura de mi madre, y los pies de ésta quedaron inmóviles de nuevo en el estribo de la portezuela.

—¡Que viene gente, Auson!—dijo mi madre sonrojándose.—¿Por qué no bajas del coche y entramos en casa?

Sólo entonces notamos ambos súbitamente que, no obstante la serena placidez de su rostro, únicamente había movido los brazos, y que una de sus piernas descansaba sobre el asiento opuesto.

—¡Oh Auson, Auson!—exclamó mi madre.

—¡Bah! no es más que el hueso!—dijo mi padre cogiéndose la rodilla.—Me la rompieron en la bahía; pero el cirujano logró componerla, y la ha entablillado muy bien, aunque todavía está un poco delicada. No palidezcas de ese modo, amada mía: ya verás por tí misma que la cosa no vale la pena.

Bajó entretanto, y valiéndose de la otra pierna y de un bastón, subió ligeramente por el jardín pasó por debajo del estandarte, y entró en su casa después de cinco años de ausencia. Luego, entre el zagal y yo llevamos á casa el equipaje, y al volver le hallé sentado en un sillón al lado de la ventana: mi madre lloraba contemplando la pierna rota, y él acariciaba sus cabellos con una mano. Apenas me acerqué, rodeé mi cintura con la otra y me atrajo hacia sí.

—Ahora que tenemos paz—dijo,—puedo descansar y reponerme un poco antes de que el rey Jorge vuelva á necesitarme, y procuraremos curar esta pierna.

«Fué una descarga en la misma bahía: sacudió el barco, y antes de que pudiera darme cuenta quedé presa bajo un mástil. ¡Buena, bueno!—añadió mirando las paredes de la habitación.—Aquí veo todas mis curiosidades, lo mismo que siempre, el cuerno de narval del mar Ártico, el pez hinchado de las Molucas, los canales de Fijé y el cuadro del *Ca Ira*, con lord Hotham dándole caza. Y aquí estás tú, María, y tú también, Rodney. ¡Bendita sea la descarga que me ha traído tan cómodamente á puerto sin temor de que me reclamen en algún tiempo!

Mi madre tenía preparada la pipa y el tabaco: pudo encenderla, pues, al instante, y fumar mirándonos á ambos como si no se cansara de vernos. Joven como yo era, pude comprender, sin embargo, que muchas veces durante las horas de sus solitarias guardias había pensado en la escena que se desarrollaba en aquel momento, y que sólo la esperanza de verla había confortado aquel corazón durante las horas más tristes de su vida. Unas veces me tocaba á mí, otras á mi madre; pero su alma estaba demasiado emocionada para hablar. Permanecimos así en silencio, mientras las sombras fueron extendiéndose en nuestra salita, y la luz de la ventana del parador brilló en la obscuridad.

Mi madre encendió la lámpara, se postró de rodillas—acción que imitó mi padre doblando la pierna sana,—y ambos cogidos de la mano dieron gracias al Todopoderoso por su infinita misericordia. Siempre que pienso en mis padres considerándolos en aquella época, como mejor me los represento es en aquella actitud, con las lágrimas humedeciendo las mejillas.

llas de mi madre, y los ojos de mi padre fijos en el ennegrecido techo de la sala.

—Rodney, hijo mío—me dijo una vez terminada la cena,—vas siendo hombre, y supongo que querrás ser marino, como todos nosotros.

—¡Para que yo me quede sin hijo como me quedo sin marido!—exclamó mi madre.

—¡Aún tenemos tiempo para pensarlo, mujer! Hoy por hoy, habiendo paz, prefieren licenciar gente, mejor que admitirla nueva. Y á propósito: todavía no sé lo que has aprendido en la escuela, Rodney. Has ido mucho más tiempo del que fui yo; pero supongo que podré examinarte. ¿Has aprendido Historia?

—Sí, padre—dije con cierta confianza.

—En ese caso, dime cuántos navos de línea había en la batalla de Camperdocon.

Cuando vió que no podía responder, movió la cabeza con gravedad.

—¡Hombre, hombre! Hay muchos marinos que nunca han pisado una escuela, y, sin embargo, podrían decirte que en aquella acción tuvimos siete barcos de 74 cañones, siete de 64 y dos de 50. Ahí tienes un cuadro que representa la cacería del *Ca Ira*. ¿Qué barcos fueron los que la abordaron?

Tuve que confesar de nuevo que también lo ignoraba.

—¡Vamos; veo que tu padre puede enseñarte aún algo de historia!—dijo entusiasmado mirando á mi madre.—¿Has aprendido Geografía?

—Sí, padre—dije con menos confianza que antes.

—Bueno. ¿Qué distancia hay desde el puerto de Mahón hasta Algeciras?

Moví la cabeza.

—Si el *Huessant* estuviera tres leguas á estribor tuyo, ¿qué puerto inglés sería el más próximo?

Preciso fué reconocer mi ignorancia.

—Me parece que no sabes mucho más de Geografía que de Historia—dijo mi padre.—A ese paso, no tendrás nunca un título. ¿Supongo que sabrás sumar? Vamos á ver si puedes calcular lo que me corresponde en las presas que hemos hecho.

Al hablar hizo un signo de inteligencia á mi madre, y ésta, dejando la calceta, le miró con atención. —Nunca me has preguntado sobre eso, María—añadió.

—El Mediterráneo no es sitio propio para hacer presas, Auson: te he oído decir que el Atlántico es para hacer negocios, y el Mediterráneo, para ganar honores.

—En esta última salida, y á consecuencia de haber cambiado el buque de línea por la fragata, he conseguido ambas cosas. Vamos á ver, Rodney: en cada cien libras me corresponderán dos cuando se haga la distribución. Cuando vigiláramos á *Massena* saliendo de Génova, encontramos unos setenta bergantines, goletas y otros barcos, cargados de vino y provisiones y pólvora. Lord Keitte querrá meter la nariz en el asunto; pero los tribunales decidirán. Supongamos que á mí me tocan cuatro libras por cada presa: ¿qué total arrojarán los setenta barcos?

—Doscientas ochenta libras—repuse sin vacilar.

—¡Cómo, Auson! ¡Eso es una fortuna!—exclamó mi madre batiendo palmas.

—Vamos con otra cosa, Rodney—añadió mi padre sacudiendo la pipa.—Teníamos la fragata *Xebec*, que venía de Barcelona con veinte mil duros españoles, ó sean cuatro mil libras en moneda inglesa; el casco podría valer otras mil. ¿Cuánto me corresponde en el negocio?

—Cien libras.

—Nuestro contador no ajustaría la cuenta tan pronto—exclamó mi padre deleitado.—¡Otro problema! Pasamos el Estrecho, camino de las Azores, y encontramos *La Sabina*, que venía de Mauricio con azúcar y especias. Para mí, querida María, valdrá mil doscientas libras; así que ya no tendrás que estropear las manos trabajando, ni hacer combinaciones para poder vivir con mi escasa paga.

Mi queridísima madre había soportado las privaciones durante muchos años sin exhalar una queja; pero al ver que su suerte cambiaba tan repentinamente, no pudo reprimir los sollozos y abrazó llorando á su esposo. Pasó mucho tiempo antes de que mi padre volviera á contiunar mi examen de Aritmética.

—Todo estará en tus manos, María—dijo después limpiándose los ojos con el dorso de la mano.—Apenas se ponga buena esta pierna, iremos á Brighton, y si vemos un traje en el Steyne más lujoso que el tuyo, que no vuelva yo á pisar una popa otra vez. Pero ¿en qué consiste que, sabiendo tanto en Aritmética, eres negado en Historia y Geografía, Rodney?

Procuré hacerle comprender que la Aritmética era exactamente igual en la tierra que en el mar, cosa que no ocurría con las otras materias, y sólo me respondió lo siguiente:

—Está bien: para ajustar cuentas, necesitas saber números; pero de lo demás te basta con lo que el ingenio de tu madre pueda enseñarte. Entre nosotros no ha habido uno que no estuviera en el agua como en su elemento natural, Lord Nelson me ha prometido una vacante para ti, y es hombre que cumple siempre su palabra.

Tal era mi padre cuando volvió á casa, tan amante y generoso como pudiera desear el hijo más exigente. Aunque hacía muchos años que mis padres habían contraído matrimonio, se habían visto muy poco, y su afecto era tan vivo como si hubieran sido recién casados. Después he sabido que los marinos pueden ser groseros y malvados; pero por mi padre nunca pude creerlo, porque, á pesar de haber sufrido tanto como el primero, siempre era el mismo hombre, paciente, jovial, que dispensaba una sonrisa y una palabra cariñosa á todos los vecinos de la aldea. Sabía amoldarse perfectamente á la gente con quien alternaba, siendo tan natural en él reunirse con el rector y con sir James Ovington, el señor de la aldea y beber con ellos, como ir á la herrería y sentarse entre mis humildes amigos, el campeón, Jim y los demás, y referir tales aventuras de Nelson y de su gente, que muchas veces el campeón apretaba sus grandes manos una contra otra, mientras Jim escuchaba atento, con los ojos fulgurantes como dos ascuas.

Como otros muchos oficiales que habían venido sirviendo en la reserva, quedé de reemplazo, y pudo pasar dos años con nosotros. En todo ese tiempo sólo recuerdo haberle visto una sola vez en desacuerdo con mi madre, aun cuando el disgusto fué muy leve. Precisamente fué yo la causa, y como dió origen á grandes sucesos, debo decirlos cómo ocurrió lo que en realidad fué el primer eslabón de una serie de acontecimientos que no sólo afectaron á mi persona, sino á otras mucho más importantes que yo.

La primavera de 1803 fué muy temprana: á mediados de Abril los castaños iban muy adelantados. Una tarde, cuando nos hallábase tomando el té, oímos pasos en la puerta, y vimos al cartero con una carta en la mano.

—Creo que es para mí—dijo mi madre; y, realmente, no había duda, porque en él sobre, con caracteres perfectamente trazados, se leía:

«Mrs. María Stone. Friar's-Oak», y encima, sobre un sello rojo del tamaño de una media corona, había un dragón volante.

—¿De quién te parece que será, Auson?—preguntó mi madre.

—Cree que sería de lord Nelson. Ya es tiempo de que el muchacho tenga su empleo; pero si es para ti, no puede ser de una persona tan importante.

—¿Que no puede ser?—replicó mi madre fingiéndose ofendida.—Ya me pediréis perdón, caballero, porque es nada menos que de sir Carlos Tregellis, mi propio hermano.

Mi madre hablaba siempre en tono solemne cuando mencionaba á aquel hermano tan importante, y yo por mi parte, al oír su nombre experimentaba

una sensación de reverencia y sumisión, cosa nada extraña, después de todo, puesto que sólo se pronun- ciaba hablando de algo maravilloso ó extraordinario. Unas veces oía decir que estaba en Windsor con el rey; otras, que había ido á Brighton con el príncipe. Algunas veces su nombre llegaba á nosotros en rela- ción con algún deporte, como cuando su *Meteoro* veni- ó en Newmarket á Egham, del duque de Queensber- rry, ó cuando llevó de Bristol á Jim Belcher y le pre- sentó en Londres entre los elegantes. Por regla gene- ral, siempre llegaba hasta nosotros su reputación como amigo de los poderosos, árbitro de la moda, rey de los petimetres y el hombre que mejor vestía en toda la ciudad. Á pesar de todo esto, la triunfal res- puesta de mi madre no produjo, al parecer, efecto al- guno en su marido.

—¿Qué se le ocurrirá ahora?—preguntó en tono poco amistoso.

—Le escribí hace poco, Auson, y le decía que Rod- ney iba siendo un hombre. Como no tiene mujer ni hijos, pensé que podría ayudarte.

—No necesitamos su auxilio, y nos pasaremos muy bien sin él—murmuró mi padre.—Cuando el tiempo era malo, se alejó de nosotros por su propia volun- tad; ahora que el Sol luce, no le necesitamos para nada.

—Le juzgas mal, Auson—dijo mi madre con ca- lor.—No hay nadie que tenga un corazón mejor que el de Carlos; pero su vida se desliza tan tranquila, que no puede comprender los trabajos de los demás. Tengo la seguridad de que una sola palabra mía du- rante los años transcurridos, le habría inducido á dar- me cuanto pudiera haber necesitado.

—¡Gracias á Dios que no te ha ocurrido decírla, María; porque no quiero nada de él!

—Hay que pensar en Rodney, Auson.

—Rodney tiene bastante para su equipo, y no ne- cesita más.

—Es que Carlos tiene mucha influencia en Lon- dres, y podría presentarle á la gente rica. Segura- mente, no te opondrás á que haga carrera.

—Veamos lo que dice—dijo mi padre; y á conti- nuación transcribo la carta que leyó mi madre:

14, Jeremyn Street.

San James, 15 de Abril de 1803.

Mi querida hermana María: Debo decirte en res- puesta á tu carta que no creas por un momento que carezco de los sentimientos elevados que son el prin- cipal adorno de la Humanidad. Verdad es que, absor- bido como he estado por completo desde hace al- gunos años por asuntos de la mayor importancia, apenas si cojo la pluma, olvido que me han censurado muchas damas encantadoras. Hoy mismo, estando acostado todavía á consecuencia de haber trasno- chado para cumplimentar á la marquesa de Dover por el baile que dió anoche, escribe ésta, dictada por mí, el perillán de mi criado. Tengo gran interés en conocer á mi sobrino Rodney (¡qué nombre, Dios mío!), y como la semana que viene he de ir á Bri- ghton para visitar al príncipe de Gales, me detendré en Friar's-Oak, á fin de veros á tí y á él. Ofrece mis res- petos á tu marido, y cuenta siempre con el afecto de tu hermano,

CARLOS TREGELLIS.

—¿Qué te parece esto?—exclamó mi madre entu- siasmada cuando terminó la lectura de la carta.

—¡Una carta propia de un badulaque!—repuso mi padre bruscamente.

—Eres injusto con él Auson: cuando le conozcas, no pensarás así. Pero dice que vendrá la semana próxima, y hoy es jueves. ¡Y ni tengo espliego en las sábanas, ni están puestos los cortinajes!

Y distraída con los cuidados caseros, salió de la

estancia, mientras mi padre, enfadado, apoyó la bar- billa en una de sus manos, y yo me abismé en medi- tación sobre aquel pariente rico y lo que su llegada podría significar para nosotros.

CAPÍTULO V

Tregellis el elegante.

Teniendo diez y siete años y afeitándome ya el bozo, empezaba á cansarme la monótona vida de la aldea, y ansiaba ver algo del inmenso mundo que se extendía en torno de Friar's-Oak. Mi ansiedad era tanto más ardiente cuanto menos me atrevía á ha- blar de ella, temeroso de que la menor alusión hi- ciera brotar lágrimas de los ojos de mi madre; pero, una vez que mi padre estaba en casa, no había razón perentoria para que yo permaneciera también allí: por lo tanto, puede suponerse lo que significaba para mí la prometida visita de mi tío, pues me ani- maba la esperanza de que quizás daría motivo para que yo viera el mundo que deseaba.

Como comprenderéis bien, mis pensamientos y esperanzas se cifraban en la carrera de mi padre. Desde mi primera infancia no había visto el movi- miento de las aguas del mar ni percibido en mis la- bios el gusto de la sal sin sentir que latía en mis venas la sangre de cinco generaciones de marinos. Podéis comprender asimismo el atractivo que el mar tenía en aquellos días para un muchacho que vivía en la costa. Bastaba con subir á Wolstonbury en tiempo de guerra para poder ver las velas de los quechemarines y corsarios franceses. Los marineros solían contarnos que habían salido de Londres por la mañana y entrado en acción antes de anocheecer, ó que partieron de Portsmouth, y antes de perder de vista los faros de Santa Elena encontraron al ene- migo. Una y otra vez oíamos rugir sobre las aguas el estampido lejano del cañón, y la inminencia del peligro enardecía nuestro corazón, nos entusiasmá- bamos con nuestros marinos, y al reunirnos en torno del fuego hablábamos de Nelson, de Cuddie Col- lingwood, de Johnie Jarvis y de tantos otros, no como grandes almirantes llenos de cruces y dignida- des, sino como amigos queridos á quienes amába- mos y honrábamos sobre todos los demás. ¿Habría acaso algún muchacho en toda la extensión de Bre- taña que no ansiara acompañarlos luchando por la bandera roja cruzada?

Pero se había hecho la paz, las escuadras que an- tes poblaran el Canal y el Mediterráneo permane- cían desmanteladas en nuestros puertos, y el mar no ofrecía ya el mismo encanto á nuestros ojos ni á nuestra juvenil fantasía. Mis pensamientos se diri- gían entonces á Londres, y en Londres meditaba de día y soñaba de noche; en esa gran ciudad donde moraban los grandes y los sabios, y de donde llegaban la ola constante de carruajes y los numerosos grupos de peatones que diariamente pasaban por delante de nuestras ventanas. Aquel movimiento fué la primera idea del mundo que acudió á mi mente, y solía pen- sar en Londres como una inmensa cochera de la cual salían continuamente vehículos que se extendían por sus carreteras. Pero cuando el campeón Harri- son me contó que allí vivían hombres que luchaban, y mi padre habló de que los hombres más eminen- tes de la armada estaban allí, y mi madre añadió que su hermano y sus nobles amigos habitaban en aquella ciudad, la impaciencia por ver el maravillo- so corazón de Inglaterra empezó á consumirme, y la anunciada visita de mi tío fué la chispa que hizo brotar la luz en mi mente, aunque apenas me atre- vía á esperar que quisiera introducirme en el gran círculo donde él se movía. Á pesar de todo, mi ma- dre tenía tal confianza, no sé si en la bondad del co- razón de su hermano ó en sus grandes poderes per-

suasivos, que empezó á hacer secretamente los preparativos necesarios para mi viaje.

Si aquella monótona vida de aldea llegó á ser enojosa para mí, á pesar de mi natural tranquilo, para el espíritu ardiente y sutil de Jim era un verdadero tormento. Un par de días después de recibir la carta de mi tío fuimos de paseo juntos hasta los Docons, y entonces fué cuando me reveló la amargura de su alma.

—¿Qué encantos tiene la vida para mí, Rodney?—me dijo.—Forjo una herradura, la bato, la tallo, le hago las proyecciones, abro cinco agujeros en ella, y hela terminada. Y vuelvo á hacer otra y otra, y enciendo la fragua, y alimento la lumbre, y raspo un par de cascotes; y ahí tienes mi trabajo de un día. Llega el otro, y vueltá á émpezar: cada día es para mí exactamente igual que el anterior. ¿Crees que he nacido sólo para eso, Rodney?

Miré aquel rostro altivo y orgulloso, aquella figura alta, robusta, y no pude menos de pensar si habría en todo el país un hombre más hermoso y distinguido.

—Tu sitio está en el ejército ó en la armada, Jim;—repuse.

—¡Ah; eso queda para ti, Rodney! Si entras en la armada, como ocurrirá probablemente, entrarás como oficial y mandarás; pero si lograra entrar yo, sería para obedecer, como quien ha nacido sólo para eso.

—También los oficiales tienen que obedecer á sus superiores.

—Pero no tienen el látigo suspendido sobre su cabeza. Hace algunos años vi en el parador á un pobre hombre que nos enseñó la espalda toda despellejada y llena de cardenales.—¿Quién ha dispuesto que os tratan así?—le pregunté.—El capitán, repuso.—¿Y qué os hubieran hecho si le hubieseis dejado muerto en el acto?—Enviarme á galeras.—Pues ahí habría ido yo—repuse sin poderlo evitar, Rod.—Aquí, en mi corazón, hay algo que forma parte de mi ser, lo mismo que las manos ó la cabeza, que me impele á ser así.

—Ya sé que eres tan orgulloso como Lucifer—respondí.

—Ese orgullo ha nacido conmigo, y no puedo combatirlo, Rodney. Si pudiera, sería más feliz. He nacido para no depender de nadie, y sólo hay un sitio donde podría ocurrir eso.

—¿Dónde?

—En Londres. La señorita Hinton me ha hablado tanto de esa ciudad, que podría recorrerla de parte á parte sin perderme. Ella se complace tanto en hablar de la capital como yo en escucharla, y voy grabando en mi mente sus descripciones de tal modo, que sé donde están los teatros, los palacios del rey y del príncipe, la pista donde luchan los boxeadores, el curso que sigue el río... En Londres me haría un nombre y sería famoso.

—¿Cómo?

—El cómo importa poco, Rod. Podría hacerlo, y lo haría..., y lo haré; no lo dudes.—¡Espera!—dice mi tío; ¡espera y todo te saldrá bien!—Pero siempre dice lo mismo, y otro tanto hace mi tía. ¿Y á qué he de esperar? ¿Por qué esperar más? No, Rodney; no permaneceré en este villorrio consumiéndome: soltaré el mandil, é iré á probar fortuna en Londres, y cuando vuelva á Friar's-Oak, volveré como aquel caballero que viene por allí.

Al hablar así, señalaba un carruaje alto, rojo, con un tronco de yeguas, que bajaba por la carretera de Londres. Las riendas y arneses eran de cuero de color claro, y el levitón del caballero que guiaba armonizaba con los arreos. Detrás iba un criado con librea oscura. Pasaron junto á nosotros envueltos en una nube de polvo, y apenas si pude percibir el semblante pálido y hermoso del amo y las morenas y arrugadas facciones del criado. Apenas me ha-

bría cuidado más de ellos si al dar una vuelta y ver el pueblo, no los hubiéramos hallado otra vez en la puerta del parador, donde los criados desenganchaban las mulas.

—¡Creo que es mi tío, Jim!—exclamé echando á correr con toda la ligereza de mis piernas. En la puerta de mi casa hallé al criado, que llevaba un cojín, y sobre él, un perrillo faldero semejante á una bola de estambre.

—Dispensadme, señorito—dijo en un tono de voz dulce y grato al oído.—¿Me equivocó suponiendo que vive aquí el teniente Stone? Si no es así, tal vez queráis hacerme la merced de entregar á su esposa esta esquila de parte de su hermano sir Carlos Tregellis.

La manera de hablar de aquel hombre, cortés y florida, tan distinta de todo lo que había oído hasta entonces, me sorprendió mucho. Tenía el rostro lleno de arrugas; pero sus penetrantes ojos se hicieron cargo en un instante de mí, de la casa y del asombro que se pintó en el semblante de mi madre, sentada á la sazón junto á la ventana. Mis padres se hallaban en la sala, y mi madre nos leyó la carta.

«Querida María—decía:—me he detenido en el parador, porque estoy bastante deslucido por el polvo de vuestras carreteras de Sussex. Un baño perfumado me pondrá en condiciones de presentarme delante de una dama, y entretanto te envío como huésped á Fidelio, suplicándote que le deis medio cuartillo de leche templada, con seis gotas del mejor aguardiente. No he visto jamás una criatura más fiel. Siempre tuyo, Carlos.»

—¡Que entre, que entre!—exclamó mi padre cordialmente corriendo á la puerta.—Entrad, señor Fidelio: cada uno tiene sus gustos. Seis gotas en medio cuartillo es una especie de grog muy raro; pero si á vos os gusta, así se os dará.

Una sonrisa iluminó el semblante del criado; pero instantáneamente volvió á cubrirse con la acostumbrada máscara de respetuosa obediencia.

—Sois víctima de un pequeño error, caballero, si me dispensáis que os lo diga así. Mi nombre es Ambrosio, y tengo el honor de ser ayuda de cámara de sir Carlos Tregellis. Fidelio es el que está en ese cojín.

—¡Bah; el perro!—dijo mi padre con disgusto.—¡Dejadle en el suelo al lado de la chimenea! ¿Por qué hemos de darle aguardiente, cuando tantos cristianos tienen que pasarse sin él?

—¡Chist, Auson!—dijo mi madre tomando el cojín.—Decid á sir Carlos que cumpliremos su deseo, y que esperamos verle cuando lo tenga por conveniente.

El criado salió sin hacer el menor ruido, y volvió unos minutos después con una cesta plana de mimbre obscuro.

—Traigo la comida, señora—dijo.—¿Me permitiréis poner la mesa? Sir Carlos tiene la costumbre de comer determinados manjares y beber ciertos vinos, y generalmente los llevamos con nosotros cuando vamos de viaje.

Abrió la cesta, y en un momento quedó la mesa dispuesta, con profusión de plata y cristal y exquisitos platos. Aquel hombre era tan ligero, tan pulcro y silencioso en todo cuanto hacía, que mi padre sintió por él la misma admiración que sentía yo.

—Si tenéis el corazón tan valeroso como ágiles las manos—le dijo,—hubierais sido un vigía ideal. ¿No habéis sentido nunca el deseo de honraros sirviendo á vuestra patria?

—Me honro sirviendo á sir Carlos Tregellis, señor, y no deseo otro amo—repuso el criado;—pero voy á buscar su neceser, y todo quedará listo.

Volvió á poco con una gran caja montada en plata debajo del brazo, y detrás de él apareció el caballero que había dado origen á tanto movimiento.

La primera impresión que me produjo la presencia de mi tío al entrar en la habitación, fué la de que uno de sus ojos estaba inflamado, pues parecía ser del ta-

maño de una manzana. Al ver aquel ojo monstruoso y brillante, quedé sin aliento; pero un instante después noté que era un lente redondo que lo aumentaba excesivamente. Fué mirándonos á todos por turno, y después saludó con mucha gracia á mi madre, besándola en ambas mejillas.

—Me permitirás que te felicite, querida María—dijo con una voz tan hermosa, tan melodiosa y grata como jamás he oído otra.—Te aseguro que el aire del campo te ha sentado admirablemente, y que me enorgullecería de verte en el *Mall*. Á vuestra disposición, señor—continuó, tendiendo la mano á mi padre.—La semana pasada tuve el honor de comer con mi amigo lord San Vicente, y aproveché la ocasión para hablarle de vos. Puedo deciros que no olvidan vuestro nombre en el Almirantazgo, y que espero poder veros paseando por la popa de un barco de 74 cañones mandado por vos. Y éste será mi sobrino; ¿verdad?—añadió colocandome ambas manos sobre mis hombros de un modo familiar, estudiándome de arriba á abajo, y agregando después:—¿Cuántos años tienes, sobrino?

—Diez y siete, señor.

—Representas más: por lo menos, diez y ocho. Le encuentro pasadero, María; muy pasadero en verdad. No tiene el *bel aire*, la *sournoire*... En nuestro lenguaje no hay palabra para decirlo; pero respira tanta salud como un almendro en flor.

Así, un minuto después de atravesar nuestros umbrales había conquistado toda nuestra simpatía de tal modo, que no habríamos sentido más familiaridad aunque le hubiésemos tratado muchos años. Yo pude estudiarle perfectamente contemplándole entre mis padres. Era un hombre alto, ancho de hombros, delgado de cintura, con las caderas redondas, las piernas bien formadas y los pies y las manos muy pequeños. Su semblante era pálido, hermoso, de barbillas prominente, nariz aguileña, ojos grandes y azules, en los cuales brillaba siempre un reflejo malicioso y ugetón.

Vestía una casaca de color castaño obscuro, con el cuello tan alto que le llegaba hasta las orejas, y unos faldones tan largos, que le tocaban las corvas. El negro calzón y las medias de seda terminaban en unos zapatos puntiagudos tan relucientes, que brillaban á cada movimiento. El chaleco era de terciopelo negro, abierto por arriba á fin de que se viera una pechera bordada y una corbata blanca y alta, que mantenía erguido el cuello. Su actitud era noble y distinguida; hallábase en pie con una mano bajo el sobaco y dos dedos de la otra en el bolsillo del chaleco. Al contemplarle, me sentí orgulloso de que aquel hombre tan soberanamente distinguido, de maneras tan sencillas y fáciles, dentro de su propia dignidad, fuera pariente mío; y al ver las miradas de mi madre fijadas en él, comprendí que abrigaba el mismo sentimiento.

Ambrosio había permanecido todo el tiempo que duró la conversación parado junto á la puerta como una imagen de bronce, con la caja debajo del brazo: cuando lo creyó oportuno, avanzó preguntando á su amo:

—¿La llevaré á vuestra habitación, sir Carlos?

—¡Ah! Dispénsame, María—dijo mi tío.—Vivo lo bastante á la antigua para tener ciertos principios que en esta edad son un anacronismo; y uno de ellos consiste en llevar siempre que viajo mi *batterie de toilette*. No olvidaré nunca los apuros que experimenté hace algunos años por olvidar esa precaución. He de hacer á Ambrosio la justicia de decir que eso ocurrió antes de que él se cuidara de mis asuntos. Me vi obligado á llevar los mismos paños por espacio de dos días: al tercero mi criado se compadeció de mí de tal modo, que rompió en lágrimas y me entregó un par que me había robado.

Al hablar así se puso muy grave; pero la expresión de sus ojos no perdió nada en brillantez ni alegría.

Ambrosio y mi madre salieron de la estancia, y sir Carlos ofreció á mi padre la caja de rapé.

—Dignaos formar parte de una compañía ilustre introduciendo en ella vuestros dedos—le dijo.

—Con mucho gusto, caballero—repuso mi padre.

—Siendo mi pariente por alianza, podéis hacer de ella el uso que queráis; y lo mismo tú, sobrino. Te suplico que tomes un polvo: es el signo más seguro de mi simpatía y buena voluntad, y creo que fuera de nosotros sólo hay cuatro personas que hayan hecho otro tanto. El Príncipe, desde luego, el señor Pitt, M. Otto, el embajador francés, y lord Hawkesbury. Algunas veces he llegado á pensar que, respecto de este último, fué prematuro ofrecérsela.

—Me considero muy honrado, señor—dijo mi padre mirando á su huésped con desconfianza, sin saber cómo tomarle, dada la gravedad de su semblante y la expresión retozona de sus ojos.

—Una mujer puede conceder su amor—contestó mi tío;—un hombre sólo tiene su tabaquera. Pero ninguno de ambos se puede ofrecer á la ligera, sería falta de gusto; más aún, un ataque á la moral. El otro día, precisamente estando en casa de Watier con mi caja de flor de macouba abierta á mi lado sobre la mesa, un obispo irlandés metió los dedos en ella. ¡Watier!—grité.—¡Se ha manchado mi caja; lleváosla! El obispo no intentaba molestarme; pero hay que tener en su puesto á esa gente no permitiendo que se salga de su esfera.

—¡Un obispo!—exclamó mi padre.—Sois, en verdad, exigente.

—No desearía mejor epitafio sobre mi tumba—dijo sir Carlos.

Mi madre había bajado entretanto, y todos nos acercamos á la mesa.

—Dispénsame, María, lo que puede parecer grosería, atreviéndome á traer mis provisiones conmigo. Abernethy me ha puesto un plan, y tengo necesidad de privarme de vuestros ricos manjares campestres. Un poco de vino blanco y un ave fiambre es todo lo que ese miserable escocés me permite tomar. ¡Siempre lo mismo!

—Estaríais bien en un barco: allí comeríais siempre lo mismo—agregó mi padre; y seguidamente mi tío empezó á hacerle preguntas, así que durante toda la comida la conversación versó sobre el Nilo, el bloqueo de Tolón, el sitio de Génova y todo lo que mi padre había hecho ó presenciado. Siempre que carecía de palabras para explicar su idea, sin Carlos las tenía á punto: era difícil decir cuál de los dos sabía más en la materia.

—No; leo poco, ó nada, mejor dicho—repuso cuando mi padre se maravilló de sus conocimientos.—El caso es que apenas si leo un periódico donde no encuentre algún párrafo que me aluda: «Sir C. T. hace esto» ó «Sir C. T. hace aquello», y no quiero leer más. Pero cuando un hombre ocupa la posición que ocupó yo, sabe las cosas sin querer. El duque de York me habla del ejército por la mañana, lord Spencer charla conmigo por la tarde de la armada, y Dundas me anuncia que formará parte del Gabinete; así que no me hace mucha falta leer el *Times* ó el *Morning Chronicle*.

La conversación recayó entonces sobre el gran mundo de Londres: habló con mi padre de sus jefes en el Almirantazgo, y con mi madre, de las bellezas de la corte y de las grandes damas de Almack; pero todo con su alegre y cortés seriedad, sin que pudiéramos llegar á saber si debíamos reírnos ó permanecer graves y serios. Creo que le halagaba vernos pendientes de sus palabras. De algunas personas hablaba en términos encomiásticos, de otras, mal; sin cuidarse de ocultar que el mejor de todos, el que debía ser la medida para regular á los demás era él mismo, sir Carlos Tregellis en persona.

—Por lo que toca al Rey—dijo,—claro es que soy el amigo de la familia, y ni aun con vosotros puedo

hablar con libertad, porque mis relaciones con ellos son puramente confidenciales.

—¡Dios le bendiga y le libre de todo mal!—exclamó mi padre.

—Meag rada mucho oiros decir eso—replicó sir Carlos: en realidad, hay que venir al campo para oír hablar sincera y lealmente, porque en la ciudad está de moda burlarse. El Rey agradece mucho el interés que me tomo por su hijo, y le agrada la idea de que el Príncipe tenga en su círculo una persona de gusto.

—¿Y el Príncipe es guapo?—preguntó mi madre.

—Tiene una figura hermosa. A cierta distancia le han confundido conmigo en ciertas ocasiones. Tiene bastante gusto para vestir; pero si estoy separado de él mucho tiempo, suele descuidarse. Puedo asegurarnos que mañana enécontraré una porción de arrugas en su traje.

Esta conversación tenía ya lugar en torno de la chimenea, porque al atardecer había refrescado. Encendieron la lámpara; mi padre tomó su pipa, y reanudando la conversación interrumpida unos instantes, preguntó:

—¿Supongo que ésta es vuestra primera visita á Friars-Oak?

El semblante de mi tío se tornó grave y rígido.

—Es la primera después de muchos años—repuso.

—Cuando tenía veinticinco vine por última vez, y nunca olvidaré aquella visita.

Comprendí que se refería á su estancia en Cliffe Royal cuando ocurrió el crimen, y al mirar á mi madre observé que pensaba lo mismo que yo. En cuanto á mi padre, ó había olvidado aquella circunstancia ó no había oído hablar de ella jamás.

—¿Estuvisteis en el parador?—preguntó.

—No; fui á casa del desventurado lord Avon. Previamente entonces fué acusado como asesino de su hermana menor y huyó del país.

Quedamos todos silenciosos: mi tío apoyó en una mano la barbilla, y fijó en el fuego una mirada pensativa. Si cierro los ojos, aún veo perfectamente su hermoso y altivo semblante iluminado por el reflejo de las llamas, á mi padre, disgustado por haber tocado tan penoso asunto, mirándole á hurtadillas entre chupada y chupada de su pipa.

—Supongo que á vos os habrá ocurrido también algo parecido—dijo al fin mi tío.—Tal vez habréis perdido, ya en naufragios, ya en batallas, algún camarada á quien amabais, algún amigo del alma cuyo recuerdo en la rutina de la vida ha ido alejándose de vuestra mente, hasta que un día, súbitamente, una palabra ó una escena os trae de nuevo su recuerdo y observáis que vuestra pena es tan viva como el primer día en que sufristeis la pérdida.

Mi padre asintió.

—Eso me ocurre á mí esta noche. Jamás tuve amistad íntima con un hombre (nada digo de las mujeres) excepto en una ocasión, tratándose de lord Avon. Eramos aproximadamente de la misma edad, puesto que sólo me llevaba unos cuantos meses; nuestros gustos, nuestros juicios, nuestros caracteres eran iguales, siendo la única diferencia su desmedido orgullo, tal como jamás lo he conocido en hombre alguno. Dejando aparte las pequeñas debilidades de un joven elegante y rico y las indiscreciones propias de una juventud aturdida, habría podido jurar que era el hombre mejor que he conocido.

—¿Cómo llegó á cometer ese crimen?—preguntó mi padre.

—Muchas veces me he hecho á mí mismo semejante pregunta, y esta noche pienso en ello más que nunca—contestó mi tío, que había perdido la animación, convirtiéndose en un hombre serio, grave y preocupado.

—¿Pero hay seguridad de que lo cometió él?—preguntó á su vez mi madre.

Mi tío se encogió de hombros.

—¡Ojalá pudiera pensar que no fué así!—dijo.—Algunas veces he llegado á creer que su orgullo, convirtiéndose súbitamente en demencia, le impulsó á ello. Ya habréis oído que devolvió todo el dinero que habíamos perdido.

—No; es una noticia nueva para mí—dijo mi padre.

—Es una historia muy antigua ya, aun cuando todavía no hemos llegado al final. Éramos cuatro: lord Avon, su hermano el capitán Barrington, sir Lotario Hume y yo. Pasamos dos días jugando. Conocía muy poco al Capitán; sólo sabía que no tenía buena reputación y que estaba en manos de usureros. Sir Lotario ha perdido después su buena fama: fué el que disparó un tiro á lord Carton por el asunto de la granja de Chalk; pero en aquel tiempo no tenía nada en contra suya que pudiera perjudicarlo. El de más edad entre nosotros tendría escasamente veinticuatro años, y jugamos, como he dicho, hasta que el Capitán lo ganó todo. Todos quedamos arruinados; pero nuestro anfitrión fué el que más perdió. Aquella noche (y digo aquí lo que me dolería decir delante de un tribunal) yo estaba inquieto; no podía dormir, como suele suceder al que ha permanecido mucho tiempo en vela. Mi mente volvía una y otra vez á las cartas, y me revolví en mi lecho, cuando súbitamente sentí un grito y poco después otro más agudo, que venían del sitio donde estaba el cuarto del capitán Barrington. Cinco minutos después oí pasos en el corredor y suponiendo que se había indispuerto alguno, abrí la puerta de mi habitación, sin encender luz, y miré desde allí: vi entonces á lord Avon que con una bujía en una mano y un bolso obscuro que sonaba al moverse en la otra, iba hacia mí. Llevaba impresa en el rostro una expresión tan desesperada, que mis labios quedaron paralizados, la voz se ahogó en mi garganta y no pude articular una palabra. Antes de que volviera de mi asombro, penetró en su propia habitación y cerró la puerta con gran sigilo.

Al día siguiente al despertarme, le hallé á la cabecera de mi cama.

—Carlos—me dijo—no puedo vivir pensando que has perdido tu dinero en mi casa: lo encontrarás todo sobre esa mesa.

Vano fué que me riera de tanta susceptibilidad; y que le dijere que si hubiera ganado no habría dejado de exigir que me entregaran las ganancias, por lo cual me parecía ridículo no pagar habiendo perdido.

—Ni yo ni mi hermano tocaremos un solo penique. Ahí lo tienes: puedes hacer con ello lo que gustes—dijo; y sin prestar oído á ninguno de mis argumentos salió del cuarto como un loco. Pero estos detalles tal vez os sean conocidos, y bien sabe Dios lo penoso que es para mí referirlos.

Mi padre, embobado y con los ojos fijos en sir Carlos, sin acordarse siquiera de su pipa, sólo dijo dos palabras.

—Oigamos el final.

—Terminé mi *toilette* en una hora ó cosa así; porque en aquel tiempo era yo menos exigente que hoy—continuó mi tío,—y bajé al comedor, hallando en él á sir Lotario Hume almorzando. Su experiencia había sido exactamente igual que la mía, y se apresuró á ver al capitán Barrington, y así supola razón de haber pedido á su hermano que nos devolviera el dinero perdido. Hablábamos del asunto, cuando me ocurrió mirar al techo, y vi... vi...

Ante la vividez de su memoria, mi tío se pasó una mano sobre los ojos palideciendo intensamente.

—Estaba rojo—añadió con un estremecimiento—rojo, amarotado, espantoso, horrible... Pero veo que soñarás, hermana mía, y no continúo. Baste saber que corrimos á la habitación del Capitán y le encontramos tendido, con un corte tan terrible en el cuello, que había quedado el hueso al descubierto.

En el suelo, cerca de él, había un puñal: era de lord Avon. Al lado del muerto había un puño de encaje roto y estrujado, también de lord Avon, y de lord Avon eran igualmente los papeles chamuscados que había en la chimenea. ¡Oh amigo mío! ¿En qué momento de locura te ocurrió cometer tal crimen?

Por espacio de unos momentos huýó de los ojos de mi tío el reflejo jguetón que los animaba, perdiendo también la viveza de sus ademanes. Hablaba clara y sencillamente, sin la extraña afectación cortesana que tanto me había sorprendido. Era otro hombre distinto, de corazón y de talento, que me agradaba más que el primero.

—¿Y qué dijo lord Avon?—preguntó mi padre.

—Nada. Iba de un lado para otro como un sonámbulo, con una intensa expresión de horror impresa en los ojos. Nadie se atrevió á acusarle hasta que se hicieron las debidas averiguaciones; pero apenas le acusó la justicia de haber cometido un asesinato, los guardias corrieron á buscarle hallando entonces que había huído. Á la semana siguiente circuló el rumor de que había estado en Westminster; después dijeron que había partido á América: el hecho es que nada hemos vuelto á saber. El día que sir Lotario Hume pueda probar que ha muerto, habrá hecho su fortuna, porque es el heredero más próximo; pero hasta que no medie esa circunstancia, no puede entrar en posesión de los bienes ni del título.

Esta triste narración había producido en todos nosotros un efecto glacial. Mi tío acercó las manos á la lumbre, y pude observar que estaban tan blancas como los vuelillos que las adornaban.

—No sé cómo están ahora las cosas en Cliffe Royal—añadió en tono de reflexión.—Aun antes de que cayera sobre ella la sombra que pesa ahora, era una mansión tristona; jamás ha ocurrido una tragedia semejante en un lugar más apropiado para el caso; pero han pasado diez y siete años, y tal vez aquel horrible techo...

—Todavía conserva la mancha—dije yo, interviniendo en la conversación.

No sé cuál de los tres quedó más atónito, porque mi madre no había sabido nunca aquella aventura nocturna. Ninguno de ellos apartaba de mi rostro sus asombradas miradas mientras referí la historia, y mi corazón se dilató de orgullo cuando mi tío dijo que nos habíamos portado bien y que no creía que había muchos muchachos de nuestra edad que hubieran resistido con tanto valor.

—Por lo demás—dijo—ese duende debió de ser producto de vuestra imaginación. Muchas veces la fantasía nos hace jugarretas; yo, por mi parte, aunque tengo tanto nervio como el que más, no respondo de lo que habría podido ver si hubiera estado á media noche bajo aquella techumbre manchada de sangre.

—Tío—dije—vi la forma de un hombre tan distintamente como veo ahora esa llama, y oí sus pasos con tanta claridad como percibo el crujido de la leña. Además, no era fácil que nos alucináramos ambos.

—En eso hay mucha verdad—dijo reflexionando.—¿Y dices que no pudiste percibir sus facciones?—agregó.

—Estaba demasiado obscuro para eso.

—¿Era sólo una figura?

—La figura borrosa de una persona.

—¿Y se retiró por la escalera?

—Sí.

—¿Desvaneciéndose en la pared?

—Sí.

—¿En qué parte de la pared?—gritó una voz detrás de nosotros.

—Mi madre lanzó un grito; la pipa de mi padre cayó al suelo; yo, sin aliento, di un salto y me encontré con Ambrosio, el criado, que, oculto en la penumbra de la puerta, y dejando ver su rostro iluminado por

la luz de la habitación, fijaba en mí unos ojos tan relumbrantes como dos ascuas.

—¿Qué diablos significa todo esto?—preguntó mi tío.

El brillo de la pasión que animaba el semblante de aquel hombre desapareció en un instante, quedando en su lugar la máscara del lacayo. Sus ojos permanecieron húmedos; pero las líneas de su rostro volvieron en un momento á su ordinaria compostura.

—Dignaos perdonadme, sir Carlos—dijo.—Venía á preguntaros si tenéis que mandarme algo, y no quería interrumpir el relato del señor joven. Creo que me ha producido bastante emoción.

—Nunca he notado antes de ahora que te olvidases de ti mismo, Ambrosio—dijo mi tío.

—Tengo la seguridad de que me perdonaréis, señor, si tenéis en cuenta la relación en que me hallaba respecto de lord Avon—dijo el criado con gran dignidad; y haciendo una reverencia salió de la estancia.

—Es preciso ser tolerantes—dijo mi tío volviendo á recobrar su aspecto ligero.—Cuando un hombre sabe hacer chocolate y arreglar una corbata como lo hace Ambrosio, es necesario tener consideración. El caso es que el pobre muchacho era criado de lord Avon, que estaba en Cliffe Royal la noche fatal de que os he hablado, y que quería en el alma á su antiguo amo. Pero mi conversación te ha entristecido, hermana mía, y si no tienes inconveniente, volveremos á los trajes de la condesa Sieven y á las hablillas de San James.

CAPÍTULO VI

En los umbrales.

—Mi padre me envió á la cama muy temprano aquella noche, aun cuando yo tenía grandes deseos de permanecer con ellos, porque cada palabra de lo que decía aquel hombre me llamaba la atención. Su semblante, sus maneras, los movimientos de su mano, su aire de sencilla superioridad, su manera de hablar fantástica; todo tenía para mí el encanto del interés y del asombro. Pero, como supe después, tenían que hablar de mí, de mi porvenir, y me enviaron á mi cuarto, desde el cual hasta bien avanzada la noche pude oír el tono reposado de mi padre y el acento melódico de mi tío, asociados de vez en cuando con un grato murmullo de la voz de mi madre, hablando todos en la habitación que estaba debajo de la mía.

Al fin me dormí; pero desperté súbitamente, sintiendo que algo húmedo me oprimía las mejillas y que dos brazos me estrechaban cálurosamente.

Era mi madre; tenía su rostro pegado al mío, y en aquella obscuridad la sentí temblar y sollozar. Un tenue reflejo de luz, entrando por la celosía, me permitió ver que vestía de blanco y que llevaba el cabello suelto sobre los hombros.

—¿No nos olvidarás, Roddy? ¿Verdad que no?

—Pero, madre, ¿á qué viene todo esto?

—Tu tío va á separarte de nosotros; quiere llevarte consigo.

—¿Cuándo, madre?

—Mañana.

Dios me perdone; pero mi corazón saltó de júbilo, mientras el de ella se destrozaba de pena.

—¿Adónde, madre?—pregunté.—¿Á Londres?

—Primero á Brighton, á fin de presentarte al Príncipe, y después á Londres, donde encontrarás tanta gente grande, que no tardarás en despreciar á tus padres, gente pobre y sencilla, chapada á la antigua.

La abracé intentando consolarla; pero lloró tanto, que, á pesar de mis diez y siete años y de mi orgullo de hombre, rompí á llorar también, sollozando tan ruidosamente, que acabó por reírse de mí.

—Si Carlos pudiera ver de qué modo recibimos sus

bondades, no se sentiría halagado, ciertamente—me dijo al fin.—Cállate, querido Roddy, no sea que despierte.

—Si has de tener tanta pena, madre querida, no me iré.

—No, hijo mío; debes irte, porque tal vez sea para tu suerte. Piensa en lo agradable que será para nosotros saber que te festejan y quieren los nobles amigos de Carlos. Quiero que me prometas no jugar nunca, Roddy. No hace muchas noches oíste las graves consecuencias que puede tener tan funesta pasión.

—Te lo prometo, madre.

—También tendrás cuidado con el vino, hijo mío: eres joven, y no estás acostumbrado á beberlo.

—Sí, madre.

—Y con las actrices, Roddy. Y no te despojes de la ropa interior hasta bien avanzado Junio. Acuérdate de que un descuido en ese punto produjo la muerte á Overton. Cúdate de la ropa, Rodney, á fin de honrar á tu tío, toda vez que es el punto principal en que estriba su fama. Tómale por modelo, y haz todo cuanto te diga; pero cuando no hayas de reunirte con gente noble, puedes usar todavía la que llevas de aquí, porque la casaca marrón está buena todavía, y la azul sólo con follarla de nuevo y plancharla hubiera podido servirte para todo el verano. Como mañana has de ver al Príncipe, te he sacado el traje de los domingos y el chaleco mahón, y llevarás también medias de seda parda y zapatos de hebilla. Ten mucho cuidado cuando andes por Londres, al atravesar las calles, porque, según tengo entendido, los coches de alquiler superan á todo lo imaginable atropellando á los transeuntes. Cuando te acuestes, dobla muy bien la ropa, y no olvides nunca tus oraciones, porque los días de tentación están muy próximos para tí, y no estaré yo cerca para ayudarte.

Así, con cariñosas advertencias y consejos para este mundo y para el venidero, y sin dejar de abrazarme, me preparó mi madre para el gran paso que iba á dar en la vida que había de empezar para mí.

Por la mañana, á la hora del desayuno, no se presentó mi tío en el comedor. Ambrosio le preparó una taza de chocolate y la subió á su cuarto. Cuando bajó á eso del mediodía, estaba tan elegante, con el cabello rizado, la boca perfumada, el lente brillante, los puños blancos como la nieve, y tan satisfecho y sonriente, que no pude apartar los ojos de él.

—Y bien, sobrino—me dijo;—¿qué te parece el proyecto de venirme conmigo á Londres?

—Os agradezco mucho el interés que os tomáis por mí, querido tío—contesté.

—Tienes que hacerme honor: mi sobrino debe ser de la mejor calidad, si ha de estar en armonía con todas mis cosas.

—Es de buena cepa, y así lo reconoceréis vos mismo—dijo mi padre.

—Antes de que salga de nuestras manos quedará pulimentado; os lo aseguro. Tu ideal, querido sobrino, deberá ser siempre el *bon ton*. Ya comprenderás que eso no es cuestión de riqueza, y que por mucha que se tenga, no siempre puede conseguirse. Golden Price tiene una renta de cuarenta mil libras anuales, y, sin embargo, viste desastrosamente. Hace pocos días le vi bajar por San James Street, y me avergoncé de tal modo ante su aspecto, que me vi obligado á entrar en Vernet para tomar una naranjada. Es simplemente cuestión de gusto natural y de seguir el consejo y el ejemplo de los que tienen más experiencia que uno mismo.

—Temo que el guardarropa de Rodney sea demasiado provinciano, Carlos—dijo mi madre.

—Apenas lleguemos á Londres, procuraremos obviar esa dificultad. Veremos lo que hacen de él Stultz ó Weston—repuso mi tío: mientras no tenga ropa, no le llevaremos á ninguna parte.

Este desprecio por el terno que yo usaba los domingos hizo brotar el rubor en las mejillas de mi

madre; pero mi tío, que tenía una sagacidad especial para las pequeñeces, no dejó de observarlo, y añadió al instante:

—Claro está que me refiero á la ropa necesaria para aparecer dignamente en el Mall: aun cuando la tiene buena para Friars-Oak, allí parecería anticuada, querida hermana. Deja el asunto en mis manos, que yo cuidaré de ello.

—¿Cuánto necesitará un joven para vestir decentemente en Londres?—preguntó mi padre.

—Con prudencia y moderación, un joven elegante puede vestirse con ochocientas libras anuales—repuso sir Carlos.

El semblante de mi padre se alargó visiblemente.

—Temo que Rodney tenga que usar su ropa provinciana. Aun empleando todo mi capital...

—¡Bah! No os preocupéis por eso—dijo mi tío.—Debo á Weston algo más de un millar de libras esterlinas: nada me importa; pues, deberle algunos centenares más. Si me hago cargo de mi sobrino, tiene que ser para cuidarme de él por todos conceptos. Es asunto terminado ya, y no admito discusión alguna sobre ello—agregó haciendo un movimiento con las manos como si intentara alejar de sí toda oposición.

Mis padres quisieron darle las gracias; pero él, sin dejarles terminar, agregó:

—Y á propósito: ahora que estoy en Friars-Oak, tengo que tratar también otro asunto. Creo que hay aquí un boxeador llamado Harrison que en determinadas ocasiones tuvo el campeonato. En aquellos tiempos el pobre Avon y yo éramos sus principales protectores. Me gustaría hablar dos palabras con él.

Podéis imaginar cuál sería mi orgullo al pasear por las calles del pueblo acompañando á mi espléndido tío y observar con el rabillo del ojo que la gente se asomaba á las puertas y ventanas para vernos pasar. El campeón Harrison estaba parado en la puerta de la herrería: y apenas vió á mi tío, se llevó la mano á la cabeza y se quitó la gorra.

—¡Dios mío!—exclamó.—¿Quién había de creer que habíamos de veros alguna vez en Friars-Oak? ¡Ah, sir Carlos! Al ver de nuevo vuestro semblante, recuerdo muchas cosas pasadas.

—Me alegro mucho de veros tan fuerte, Harrison—dijo mi tío contemplándole á su sabor.—Con una semana de ejercicio seríais lo que habéis sido siempre. ¿Supongo que no llegáis á más de trece stones (1) y medio de peso?

—Trece con diez, sir Carlos. Tengo cuarenta años, estoy sano y fuerte, y si mi mujer me releva de mi promesa, no tendría inconveniente en medir mis fuerzas con las de los jóvenes de hoy día. He oído decir que en Bristol hay buena gente ahora.

—Sí; últimamente han ganado los amarillos de Bristol. ¿Cómo estáis, señora Harrison? Supongo que no os acordáis de mí.

La mujer del herrero había salido de la casa, y en su abatido semblante, agobiado ya de suyo por la huella de un pesar antiguo, se dibujó una amarga expresión apenas fijó los ojos en mi tío.

—Os recuerdo perfectamente, sir Carlos Tregellis—dijo,—y confío en que no habréis venido para inducir á mi marido á que vuelva á la vida que abandonó hace tiempo.

—Ahí la tenéis, sir Carlos—dijo el campeón colocando su enorme mano sobre el brazo de su esposa.—Me arrancó una promesa, y la recuerda sin cesar. Jamás ha habido esposa mejor ni más trabajadora; pero, por lo que toca á los deportes, no siento la menor simpatía por ellos.

—¡Los deportes!—exclamó la pobre mujer con amargura.—Eso se queda para sir Carlos, que des-

(1) Peso variable; pero cuyo valor legal está fijado en 14 libras.

pués de un paseo en carruaje, recorriendo 20 millas por el campo con la cesta de la merienda y los vinos necesarios en el mismo coche, vuelve á Londres con la fresca, y habla de lo mucho que se ha divertido en la lucha. Pero pensad lo divertido que será para mí esperar durante horas y horas el coche que había de traer á mi marido. Unas veces podía entrar en casa por su pie, otras era preciso meterle en brazos, y sólo podía conocer que era él por la ropa que llevaba puesta.

—¡Vamos, mujercita!—dijo Harrison dándole palmaditas en la espalda.—Muchas veces me han vencido; pero nunca hemos llegado á ese extremo.

—Y después pasaba muchas semanas temblando cada vez que llamaban á la puerta, temiendo que su adversario hubiese muerto y que mi marido tuviera que presentarse ante el tribunal acusado de asesinato.

—¡No, no!—replicó Harrison.—¡No hay que pensar que pueda entusiasmarse nunca con la lucha, y mucho menos desde el asunto de Black Bakuk! Entonces ambos creímos que ocurriría eso; le prometí que si salía con bien no volvería á luchar, y si ella no me releva de mi promesa, jamás volveré á pasar por las cuerdas ni tiraré mi sombrero á lo alto.

—No, Juan—dijo su esposa dirigiéndose de nuevo á la casa.—lo conservarás puesto como hombre honrado y temeroso de Dios.

—Por nada del mundo diría yo una palabra que pudiera cambiar esa resolución—dijo mi tío;—pero si quisierais volver á vuestro antiguo oficio, os propondría una cosa buena.

—Es inútil, señor—repuso Harrison;—pero, sin embargo, me agrada saber en qué consiste.

—Parece ser que á treinta pasos de Gloucester, en la misma carretera, hay un boxeador llamado Wilson, aunque le han dado el apodo de *Cangrejo* á causa de sus costumbres.

—No he oído hablar de él—dijo Harrison moviendo la cabeza.

—No es extraño, porque jamás se ha presentado en la pista real; pero tiene mucha fama en todo el país de Gales, y no desmerece en nada de los Belcher en cuestión de pugilato.

—No basta con eso—dijo el herrero;—hay que luchar de todos modos.

—Según me han dicho, sostuvo combate con Noé James en Cheshire, y salió victorioso.

—No hay luchador como Noé James, el guarda—dijo Harrison.—Yo mismo le he visto dar cincuenta golpes teniendo destrozada una mandíbula por tres sitios distintos. Si Wilson le vence hará fortuna.

—Eso creen en Gales, y no falta quien intente llevarle á Londres. Sir Lotario Hume le protege, y para no alargar esta historia, diré que hemos hecho una apuesta sir Lotario y yo. Aseguraba que yo no podía hallar un competidor joven digno de Wilson, á lo que manifesté que así era en realidad, pero que conocía á quien, no siendo joven y no habiendo pisado una pista desde hacía muchos años, sería capaz de hacer que Wilson sienta haberse presentado en Londres.

—Joven ó viejo, repuso sir Lotario, con tal que sea menor de veinte años ó mayor de treinta y cinco, traed á quien queráis, y apostaré doble contra sencillo en favor de Wilson.—Le cogí la palabra, y aquí me tenéis, Harrison.

—No iré, sir Carlos—repuso aquél moviendo la cabeza.—No podríais buscar cosa que más me agradara; pero ya habéis oído por vos mismo.

—En ese caso, si rehusáis venir, tendré que buscar algún retoño nuevo, Harrison, y me alegraría que fueráis voto en la materia. Y á propósito: el viernes próximo doy una cena en San Martin's Lane, en «El Carro y los Caballos» á los del gremio, y me gustaría que fueseis uno de los comensales. ¿Quién es ése?—añadió llevándose el lente á los ojos.

Jim salía de la fragua con el martillo en la mano. Recuerdo que llevaba puesta una camiseta de lana gris que dejaba descubierto el cuello, y las mangas, remangadas. Mi tío, con su experta mirada de perito en el asunto, apreció en un momento su magnífica figura.

—Es mi sobrino, sir Carlos.

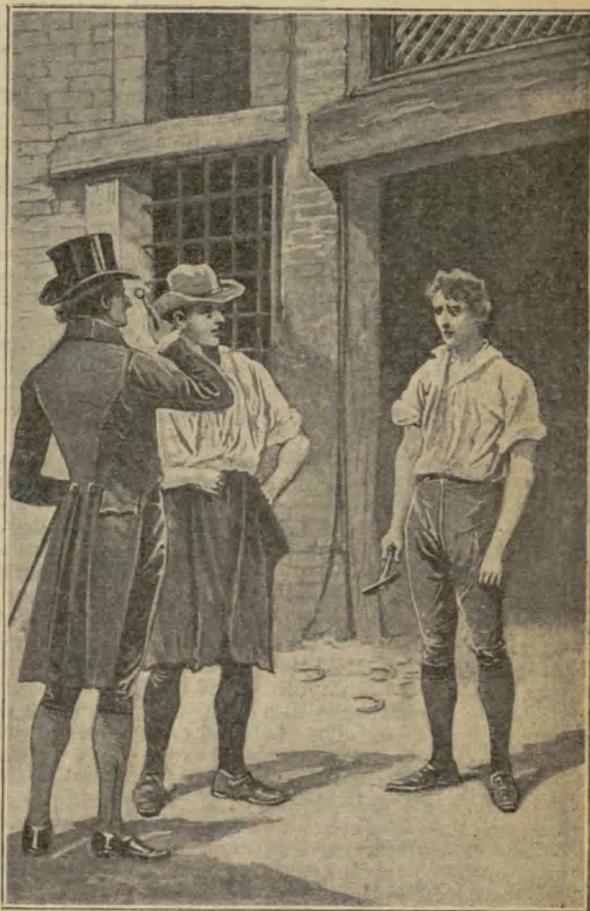
—¿Vive con vos?

—Sus padres murieron hace tiempo.

—¿Ha estado en Londres alguna vez?

—No, señor. Desde que era tan chiquitín como ese martillo, ha vivido aquí conmigo.

—Acabo de saber que no habéis estado nunca en



¿Quién es ése?—añadió llevándose el lente á los ojos.

Londres—dijo mi tío dirigiéndose á Jim.—Vuestro tío asistirá á una cena que doy el viernes próximo á los luchadores. ¿Os gustaría ser uno de mis invitados?

Los ojos de Jim brillaron de júbilo.

—Me alegraría mucho si pudiera asistir, señor.

—¡No, no, Jim!—dijo el herrero bruscamente.—Siento en el alma contrariarte, hijo mío; pero tengo razones particulares para preferir que te quedes con tu tía.

—¡Vamos, Harrison—dijo mi tío;—permitid que nos acompañe.

—¡No, no, sir Carlos! Para un joven de su temple, es peligrosa esa compañía. Ya tendrá bastante que hacer mientras yo esté ausente.

El pobre Jim, con la frente contraída, volvió á entrar en la fragua, y yo me deslicé detrás de él á fin de consolarle y referirle el cambio súbito que acababa de operarse en mi vida; pero apenas si había

llegado á la mitad de mi historia, y Jim, como buen muchacho que era, empezaba á olvidar sus penas alegrándose de mi buena suerte, cuando mi tío me llamó. El coche nos esperaba dispuesto ya en la puerta de mi casa, y Ambrosio había colocado en él la cesta de las provisiones, el falderillo y la magnífica caja de aseo. Había subido ya á su puesto, y yo, después de estrechar cariñosamente la mano de mi padre y de recibir un abrazo de mi madre, acompañado de muchos sollozos, me senté al lado de mi tío en los asientos de delante.

—¡Soltad la mula!—gritó sir Carlos al hostelero; y con un chasquido del látigo y un ruido producido por el chocar de los arreos, emprendimos nuestro viaje.

A pesar de los años transcurridos, recuerdo claramente todo lo que vi aquel día de primavera: los verdes campos, el cielo inglés plomizo, la casita tapizada de trepadoras en la cual se había deslizado mi infancia convirtiéndome de niño en hombre, mi madre con el rostro medio escondido ondeando incesantemente su pañuelo, mi padre con su casaca azul y el calzón blanco, apoyado en su bastón, con una mano delante de los ojos á guisa de pantalla, mirándome hasta que el coche se perdió de vista. Todo el pueblo salió para ver á Rodney Stone, que iba con su gran pariente londinense á visitar al Príncipe en su propio palacio. Los Harrison me saludaban con sus pañuelos desde la puerta de la herrería; Juan Cummings, desde los escalones del parador, hacía otro tanto, y Josué Allen, mi antiguo maestro, hablaba de mí á sus discípulos, apuntándome, como si quisiera demostrarles lo que había hecho de mí su enseñanza.

Para completar la escena, al salir de la aldea nos cruzamos con la señorita Hinton en su carretela la misma en que la vimos el primer día que pasó por mi casa, aunque ella era otra mujer muy distinta. Al verla pensé que aun cuando Jim no hubiera hecho otra cosa, no podría decir nunca que su vida en la aldea era inútil. Iba á verle, no abrigué la menor duda, porque su amistad era mayor cada vez, y ni levantó la cabeza ni se dió cuenta siquiera del saludo que le hice al pasar. Al llegar á la curva de la carretera desapareció el pueblo; y allá abajo, en el declive de los Docons, más allá de los campanarios de Patcham y Preston, vimos el ancho mar azul, las grisáceas casas de Brighton, y en el centro de la ciudad, los alminares y cúpulas orientales del pabellón del Príncipe, destacándose sobre los demás edificios.

Aquello hubiera sido un espectáculo hermoso para cualquier viajero; pero para mí era el mundo, el gran mundo, amplio, sin límites: mi corazón saltó jubiloso, latiendo como el del tierno pajarillo que siente por primera vez el rumor de sus propias alas y tiende el vuelo, teniendo por bóveda el cielo azul, y por alfombra, la verde campiña. Tal vez haya de llegar un día en que vuelva pesaroso al blando nido que dejara en el zarzal; pero cómo ha de pensar en ello cuando la primavera está en el ambiente, la juventud circula en su sangre y el águila del pesar no ha nublado todavía el sol de su dicha con la negra sombra de sus alas?

CAPÍTULO VII

La esperanza de Inglaterra.

Mi tío fué guiando en silencio bastante tiempo; pero yo sentía que sus ojos estaban fijos en mí, y abrigué la convicción de que empezaba á preguntarse si lograría hacer algo de mí persona, ó si habría sido indiscreto consintiendo que su hermana le indujera á presentar á su hijo en el gran mundo donde él vivía.

—¿Sabes cantar, sobrino?—me preguntó de repente.

—Sí, señor; un poco.

—Creo que tienes voz de barítono.

—Sí, señor.

—Tu madre me ha dicho que sabes tocar el violín. Esas habilidades te servirán de mucho con el Príncipe; todos son músicos en su familia. Tu educación habrá sido la que puede obtenerse en la escuela de un pueblo; pero, afortunadamente, en la buena sociedad no han de examinarte de griego, lo cual no es poco. Basta con tener puntas y ribetes de Horacio Virgilio: *sub tégmine fagi ó habet foenum incornu*, porque da á la conversación el mismo sabor que produce el ajo en la ensalada. No es de buen tono ser muy instruído; pero es agradable y gracioso dar á entender que se han olvidado muchas cosas. ¿Haces versos?

—Temo que no.

—Por media corona podremos comprar un manual de rimas; cosa muy útil para un joven que ha de vivir en sociedad. Si las damas se ponen á tu favor, no debe preocuparte que haya quien esté en contra tuya. Tienes que aprender á abrir una puerta, á entrar en un salón, á ofrecer la caja de rapé levantando la tapa con el dedo índice de la mano en que la sostienes. Es preciso que sepas distinguir entre el saludo que debe hacerse á un hombre con un ligero toque de dignidad, y el que se usa con las damas, que no puede ser demasiado humilde y debe tener, sin embargo, un poquito de sencillez. Has de cultivar con ellas un trato desdenguado y audaz á un tiempo. ¿Tienes alguna excentricidad?

La naturalidad con que me hizo esta pregunta, como si fuera la cosa más corriente del mundo ser excentrico, me hizo reír.

—Por lo menos, tienes un modo de reír placentero y seductor—dijo;—pero en estos momentos una excentricidad es de buen tono, y si tienes tendencia á cultivar alguna, te aconsejo que no te reprimas. PETERSHAM no hubiera pasado un simple par toda su vida si no se hubiera sabido que tenía una tabaquera para cada día del año, y que se había constipado á causa de una equivocación de su criado, que le permitió salir un día crudo de invierno con una ligerísima caja de porcelana de Sevres en lugar de una gruesa de concha de tortuga. Fué un caso que le distinguió entre la masa, y la gente se acuerda de él. La menor particularidad, el tener una tarta de albaricoque sobre el aparador todos los días del año, ó apagar la bujía escondiéndola debajo de la almohada, basta para sacar á uno de la obscuridad. A mí mismo lo que me hace estar en el lugar que ocupo es mi exactitud y precisión en cuestión de ropa y etiqueta. Yo no sigo ley alguna; la impongo. Hoy, por ejemplo, te llevo á visitar al Príncipe con un chaleco mahón. ¿Qué te parece que resultará de ahí?

Mis temores me dijeron que mi propia turbación y desconcierto; pero me guardé bien de manifestarlo.

—Esta misma noche llegará la noticia á Londres; mañana lo sabrán los sastres Brook y White, y dentro de una semana San James Street y el Mall estarán llenos de chalecos semejantes. En cierta ocasión me ocurrió á mí un incidente penoso. Yendo por la calle, se me deshizo el nudo de la corbata, y fuí desde Carlton House hasta Watier, en Bruton Street, con las dos puntas sueltas. ¿Crees que perdí por eso mi notoriedad? Aquella misma noche paseaban por las calles de Londres una porción de jóvenes que llevaban la corbata suelta: si yo no me hubiera anudado la mía, hoy no habría una sola sujeta en todo el Reino, y un gran arte se habría perdido prematuramente. ¿No habrás empezado á practicarlos aún?

Confesé que no.

—Pues empezarás ahora, en la juventud. Yo mismo te enseñaré el *coup d'archet*. Empleando diariamente unas cuantas horas que de otro modo desperdicia-

rías, podrás llegar á tener excelentes corbatas cuando llegues á la edad madura: el secreto consiste en levantar la barbilla y arreglar los pliegues según el descenso gradual de la mandíbula inferior.

Cuando mi tío hablaba en términos semejantes tenía siempre en sus ojos azules oscuros aquella juguetona expresión que mostraba una excentricidad, de la cual era consciente, propia, á mi entender, de un gusto minuciosamente natural, pero que se prestaba á comentarios grotescos por la misma razón á que obedecía el que me hubiera recomendado á mí que cultivara alguna peculiaridad particular. Cuando recordaba la manera como había hablado de su desdichado amigo lord Avon la noche anterior, y de la emoción que le dominó al referir tan horrible tragedia, sentía cierta satisfacción comprendiendo que era hombre de corazón, por mucho que se esforzase en ocultarlo.

No había de tardar mucho en tener otra prueba de ello, porque al llegar frente al Hotel de la Corona nos ocurrió un incidente inesperado. Un enjambre de hosteleros y criados corrieron hacia nosotros, y mi tío, soltando las riendas, sacó á Fidelio sobre su cojín de debajo del asiento.

—Toma á Fidelio, Ambrosio.

No se oyó respuesta alguna: el asiento de detrás estaba vacío. Ambrosio había desaparecido.

Apenas si podíamos dar crédito á nuestros ojos cuando bajamos del coche y vimos que era así en realidad. En Friar's-Oak había ocupado su sitio, y desde allí habíamos ido sin interrupción tan aprisa como podían ir las yeguas. ¿Cómo, pues, había desaparecido?

—¡Debe de haberse caído y ser víctima de un desvanecimiento!—exclamó mi tío—Volvería atrás; pero el Príncipe nos espera. ¿Dónde está el dueño? ¡Eh, Coppinger! Enviad el mejor jinete que tengáis en la casa á Friar's-Oak, á fin de que traiga noticias de mi criado Ambrosio. ¡Que no se detenga por nada! Entretanto, sobrino, vamos á almorzar, y después iremos al Pabellón.

La extraña desaparición de Ambrosio molestó mucho á mi tío; tanto más, cuanto que tenía la costumbre de pasar por una serie de abluciones y cambios de ropa después de cada viaje, por corto que fuese. Yo por mi parte, siguiendo el consejo de mi madre, cepillé cuidadosamente mi ropa y me adecené todo lo posible. La perspectiva de hallarme delante de una persona tan grande y terrible como el príncipe de Gales hizo flaquear de tal modo mi valor, que temblé de pies á cabeza. Muchas veces había visto pasar por mi aldea su amarillo cabriolé volando, y había dado vivas descubriéndome, como hacían los demás; pero jamás en mis más atrevidos ensueños había llegado á pensar en la posibilidad de verle cara á cara y responder á sus preguntas. Mi madre me había enseñado á mirarle con reverencia, como á uno de los seres á quienes Dios envía para regirnos; pero cuando manifesté á mi tío tales ideas, sonrió y me dijo:

—Tienes ya edad suficiente para ver las cosas tal cuales son, y ese conocimiento es precisamente lo que demuestra que eres digno de entrar en el círculo donde yo quiero introducirte. Nadie conoce al Príncipe mejor que yo, y nadie confía menos en él. Jamás se halló en persona alguna tan extrañas contradicciones de carácter. Siempre está deprimida, y no tiene nada que hacer absolutamente; se preocupa de cosas que nada le importan, y es negligente en sus deberes; es generoso con las personas que no tienen derecho alguno á sus mercedes, y arruina á cuantos le sirven, no queriendo pagarles jamás; es cariñoso con los amigos de ocasión, y no quiere á su padre, aborrece á su madre y está rehído con su mujer; pretende ser el primer caballero de su Reino, y los caballeros de Inglaterra han respondido no admitiendo á sus amigos en los casinos y amenazándole con Newmarket por sospechas de que había tratado de corrom-

per á un caballo; pasa los días hablando de sentimientos nobles, y contradice sus palabras con acciones indignas; refiere de sí mismo historias tan grotescas, que sólo tienen explicación en la locura que anima su vida. Á pesar de todo, es cortés, digno y bondadoso cuando quiere serlo, y yo he visto en él una bondad impulsiva que me ha hecho olvidar faltas propias del que está colocado en una posición que nadie en el mundo es menos apto para ocupar. He dicho todo esto en confianza, sobrino: ahora vendrás conmigo y formarás tu propia opinión.

La distancia era corta; pero tardamos algún tiempo en llegar, porque mi tío caminaba con gran dignidad, llevando en una mano su pañuelo guarnecido de encaje y en la otra el bastón con puño de ámbar. Cuantas personas hallábamos al paso le conocían, al parecer, porque todos se descubrían; pero él apenas si correspondía á tales saludos, como no fuera haciendo un movimiento de cabeza de vez en cuando ó algún leve signo con la mano. Ocurrió, sin embargo, que al entrar en los jardines del Pabellón encontramos un magnífico carruaje arrastrado por cuatro caballos negros como el azabache y guiado por un hombre de edad madura, de aspecto vulgar, con un capote usado y deslucido. No había en él nada que le distinguiera de un cochero de profesión, excepto que hablaba amigablemente con una dama elegantemente vestida sentada á su lado en el pescante.

—¡Hola, Carlos! ¿Qué tal ese viaje?—preguntó á mi tío, el cual sonrió saludando á la dama.

—Me detuve en Friar's-Oak—dijo.—Venía en el coche nuevo con las dos yeguas jóvenes.

—¿Qué os parece este tiro?—preguntó el otro.

—Sí, sir Carlos; ¿qué os parece? ¿No es infernalmente bello?—exclamó la dama.

—Parecen fuertes, buenos caballos para las carreras de Sussex; pero, para mi gusto, tienen las cerneas demasiado espesas. No sirven para viajar.

—¡Viajar!—exclamó la dama con extraordinaria vehemencia.—El maldito...

¡Aquí rompió en un lenguaje tal, como jamás había oído yo antes en boca de un hombre! Salimos juntos, y á poco más habría habido tiempo de que hicieran la comida, la sirvieran y nos la comiéramos antes de que vos llegaráis.

—¡Por San Jorge, que Letty tiene razón!—exclamó el hombre.—¿Y partís mañana?

—Sí, Juan.

—En ese caso, voy á haceros una oferta, Carlos. Saldré con mi ganado de Castle Square á las nueve menos cuarto; vos podéis salir cuando toque el reloj. Llevo doble peso y doble número de caballos. Si conseguís verme antes de llegar al puente de Westminster os entregaré cien libras, y en caso contrario me las daréis vos á mí. ¿Os conviene la apuesta?

—Mucho—dijo mi tío quitándose el sombrero y disponiéndose á entrar en los jardines. Yo, que iba detrás, vi que la dama tomaba las riendas, mientras el hombre nos miraba arrojando un salvazo entre dientes á la usanza de los cocheros.

—Ese es sir Juan Lade—dijo mi tío;—es uno de los hombres más ricos de Inglaterra y de los que mejor saben guiar. Ningún cochero de profesión sabe sujetar mejor las riendas ni la lengua, y su mujer, lady Letty no le va en zaga en lo uno y en lo otro.

—¡Daba miedo oírlo—dijo yo!

—Esa es su excentricidad. Todos tenemos alguna, y así divierte al Príncipe. Vamos, sobrino; no te separes de mí, y procura tener la boca cerrada y los ojos bien abiertos.

Dos filas de lacayos suntuosamente vestidos de rojo y oro, alineados á los lados de la puerta, se inclinaron en profunda reverencia cuando mi tío y yo pasamos delante de ellos; él, con la cabeza erguida, con la misma tranquilidad que si hubiera entrado en su casa, y yo, procurando aparecer tranquilo, aun cuando mi corazón palpitaba agitadísimo. Una vez

pasada la puerta, entramos en un vestíbulo muy grande, alto de techo, ornamentado con motivos orientales que armonizaba con las cúpulas y alminares exteriores. Una porción de personas iban de un lado para otro en silencio, formando grupos y hablando á media voz. Un caballero bajito, grueso, con la cara muy encendida y aspecto pomposo y de gran importancia, se acercó á mi tío.

—Tengo buenas noticias, sir Carlos—dijo en tono de bajo profundo, como quien mide mucho sus palabras.—*Es ist vollendet*; es decir, al fin he conseguido que esté bien condimentado.

—Pues, en ese caso, servílo caliente—repuso mi tío con frialdad,—y cuidad de que las salsas sean un poco mejores que las que sirvieron la última vez que comí en Carlton House.

—¡Ah, Dios mío! Creéis que hablo de cocina, cuando me refiero sólo al asunto del Príncipe, á un pequeño *vol-au-vent* que vale cien mil libras. Un diez por ciento, y devolverlo doblado cuando muera el papá. *Alles ist fertig*. Goldshmidt de la Haya lo ha lanzado, y el pueblo holandés da el dinero.

—¡Dios se apiade, en ese caso, del pueblo holandés! murmuró mi tío, mientras el hombrecillo grueso se apresuraba á dar la noticia á un nuevo personaje.—Ese es el famoso cocinero del Príncipe, sobrino, y no tiene rival en Inglaterra en los *filet sauté aux champignons*. El es quien maneja el dinero de su amo.

—¡El cocinero!—exclamé sorprendido.

—¿Por qué ese asombro, sobrino?

—Había creído que alguna casa respetable en la banca...

—Ningún banquero respetable querría ocuparse en ese asunto—añadió mi tío pegando los labios á mi oído.—¡Ah, Mellech!—añadió dirigiéndose á un gentilhomme.—¿Está el Príncipe en el salón?

—En su saloncillo particular—repuso Mellech.

—¿Tiene gente?

—Sheridan y Francis. Dijo que os esperaba á vos.

—En ese caso, voy allá.

Le seguí á través de una extraña sucesión de habitaciones cuajadas de curiosidades raras muy llamativas, que me produjeron la impresión de cosas ricas y maravillosas, aun cuando hoy tal vez pensaría de modo muy distinto. En las paredes había una decoración de arabescos rojos y dorados que brillaban mucho, y de las cornisas y rincones salían dragones y monstruos dorados. En cualquier parte que mis ojos se fijaran hallaban una porción de espejos, en los cuales se reflejaban, multiplicadas una porción de veces, la altiva y esbelta figura del caballero pálido y la del joven que iba tan modestamente á su lado. Al fin un criado abrió la puerta, y nos hallamos en el saloncillo particular del Príncipe.

Dos caballeros sentados indolentemente sobre lujosos sillones en un ángulo de la estancia hablaban con otro que permanecía en pie cerca de ellos, con las piernas gruesas y bien formadas algo abiertas, y las manos cruzadas detrás de la cintura. El sol, penetrando por una ventana, iluminaba el grupo de diversa manera. Uno de los caballeros quedaba en la sombra, otro, iluminado de lleno, y el que permanecía en pie, participaba de sol y sombra.

De los que estaban sentados, recuerdo la nariz roja y los negros y chispeantes ojos del uno y el rostro duro y severo del otro. Ambos vestían casaca de cuello alto y corbata con muchos pliegues. A los dos los abarqué de una ojeada, fijándome más en el que permanecía en pie en el centro, seguro de que era el príncipe de Gales.

Jorge tenía á la sazón cuarenta y un años, pero con el auxilio de su sastre y su peluquero podía representar algunos menos. Al verle recobré la tranquilidad: era hombre jovial, hermoso, lleno de majestad, con ojos muy expresivos y labios graciosos y bien dibujados; tenía la nariz algo remangada, circunstancia que realzaba el aspecto jovial de su rostro, si

bien disminuía en parte su dignidad, y las mejillas, pálidas y abotagadas, como ocurre á quien se alimenta con exceso y hace poco ejercicio. Vestía una sencilla casaca negra toda abrochada, unos pantalones de cuero muy ajustados en los mulos, botas muy relucientes y corbata blanca muy grande.

—¡Hola, Tegellis!—exclamó con la mayor cordialidad cuando mi tío cruzó la puerta; pero la sonrisa desapareció repentinamente de su rostro, sus ojos fulguraron impregnados de resentimiento, y añadió iracundo:—¡Qué diablos es esto!

Una corriente de temor agitó mis nervios, creyendo que sólo mi presencia podía motivar tanto disgusto; pero sus ojos se fijaban en algo que ocurría detrás de nosotros. Mirando con disimulo, vi que un hombre vestido con una casaca marrón y una peluca bastante despeinada nos había seguido muy de cerca, de tal modo que el criado le dejó pasar creyendo que iba con nosotros. Su rostro estaba encendido, y era tal su agitación, que no podía sostener quieto un papel doblado azul que llevaba en la mano.

—Es Vuillamy, el mueblista—agregó el Príncipe.—¿Cómo ha podido llegar hasta mi salón particular? ¿Acaso han de venir á incomodarme en mis habitaciones privadas? ¿Dónde está Mellech? ¿Dónde está Toroushend? ¿Qué diablos está haciendo Tom Tring?

—De ningún modo me hubiera atrevido á molestar á Vuestra Alteza Real; pero necesito el dinero ó al menos un millar á cuenta, y es preciso que lo tenga.

—¿Es preciso que lo tengáis? ¿Preciso, Vuillamy? ¡Bonita palabra, á fe mía! ¡Yo pago mis deudas cuando me conviene, y no hay necesidad de molestarme. ¡Echadle de aquí, lacayos! ¡Arrojadle al momento!

—Si no tengo ese dinero de aquí al lunes, iré á la cárcel—gimió el hombrecillo; y mientras los criados se lo llevaban, riendo á carcajadas, aún le oíamos gritar que iría á la cárcel, al tribunal de rey.

—Es el sitio más conveniente para un hombre así—dijo el de la nariz encarnada.

—Ciertamente que ese tribunal debería ser el más ocupado del mundo, porque la mayor parte de sus súbditos podrían presentarse en él—dijo el Príncipe, agregando después:—Me alegro mucho de veros, Tregellis; pero otra vez debéis tener más cuidado con los que os sigan. Ayer mismo tuvimos aquí una algarada infernal con un maldito holandés sobre cuestión de intereses y no sé qué zarandajas.—Amigo mío, le dije, mientras las Cortes no me paguen á mí, mal puedo yo pagaros á vos.—Y así terminó el asunto.

—Creo, señor—dijo Sheridan,—que si Carlos Fox ó yo expusiéramos el asunto como es debido, las Cortes responderían ahora.

El Príncipe empezó á rugir contra las Cortes con un enérgico odio imposible de creer á no verlo en aquel rostro moftetudo y jovial.

—¡Malditas sean!—exclamó.—¡Después de tanto predicar poniéndome siempre por modelo la vida de mi padre, tuvieron que pagar sus deudas al tenor de un millón, y á mí me rehusan la miseria de cien mil libras! ¡Mirad lo que han hecho por mis hermanos! York es general en jefe; Clarence, almirante. ¿Qué soy yo? Coronel de un maldito regimiento de dragones, á las órdenes de mi propio hermano menor. Mi madre es quien tiene la culpa de todo esto: siempre ha querido tenerme sujeto. Pero ¿á quién traéis con vos, Tregellis?

Mi tío me cogió del brazo obligándome á avanzar.

—El hijo de mi hermana, señor; se llama Rodney Stone. Vendrá á Londres conmigo, y he creído prudente presentarlo á Vuestra Alteza Real antes de introducirle en la buena sociedad.

—¡Perfectamente! ¡Perfectamente!—exclamó el Príncipe con una de sus amables sonrisas y dándome golpecitos en la espalda en forma amistosa.—¿Y vive vuestra madre?—agregó dirigiéndose á mí.

—Sí, señor—repuse yo.

—Si sois buen hijo, siempre cumpliréis vuestro deber (fijaos bien, señor Rodney Stone) vuestro deber como súbdito del rey, honrándole, amando al país y sosteniendo la gloriosa Constitución británica.

Cuando pensé que no hacía un momentito había maldecido á las Cortes, apenas pude reprimir una sonrisa, y no dejé de observar que Sheridan se tapaba la boca.

—Basta con que hagáis lo siguiente — continuó el Príncipe; — si queréis llegar á un porvenir feliz y respetable, cumplid siempre vuestra palabra, sosteniéndola en todo y no contraigáis deudas. ¿Dónde está vuestro padre, señor Stone? ¿En la armada? Es un servicio glorioso; yo he estado también en él. ¿Os he contado alguna vez cómo abordamos la corbeta de guerra francesa *Minerva*? ¿Eh, Tregellis?

—No, señor — repuso mi tío, mientras Sheridan y Francis cambiaban una mirada de inteligencia á espaldas del Príncipe.

—Ondeaba la bandera tricolor delante de las ventanas de mi pabellón; jamás había visto en mi vida imprudencia semejante, que sólo podría haber soportado un hombre de menos coraje que yo. Salí en mi bote de navío; ya conocéis la canoa; la de 60 toneladas, con dos cañones de á cuatro á cada lado y uno de á seis en la proa.

—Bueno, bueno, señor. ¿Y qué más? — exclamó Francis, que, al parecer, era hombre rudo en su lenguaje é irascible de carácter.

—Espero que me permitiréis continuar la historia á mi manera, sir Felipe—dijo el Príncipe con dignidad. — Iba á decir que nuestros cañones eran tan ligeros, que yo llevaba la andanada de babor en uno de los bolsillos de mi casaca, y la de estribor, en el otro: palabra de honor! Llegamos al gran barco francés, hicimos fuego y le descascarillamos en un instante; pero todo fué inútil. Nuestras balas se incrustaban en sus cuadernas como piedras en un muro de barro. Tenía los enjaretados extendidos; pero trepamos á bordo, y después de una lucha de veinte minutos conseguimos encerrar en la bodega á toda la tripulación, cerramos bien la escotilla, y lo remolcamos hasta Seaham. Vos estabais con nosotros; ¿verdad, Sherry?

—Estaba en Londres en aquella ocasión—contestó Sheridan con mucha gravedad.

—¿Vos si que podéis dar testimonio de ello, Francis!

—Yo puedo dar testimonio de haber oído á vuestra alteza referir la historia.

—Fué cuestión de machete y pistola; pero si he de decir la verdad, prefiero el florete. Es el arma de los caballeros. ¿Habéis oído referir mi asalto con el caballero de Eon? Le tuve en Angelo cuarenta minutos delante de la punta de mi espada. Era uno de los mejores tiradores de Europa; pero yo no le iba en zaga.—¿Doy gracias á Dios porque el florete de vuestra alteza tenía botón!—me dijo al terminar la lucha. Y á propósito: vos sois algo duelista; ¿verdad, Tregellis? ¿Cuántas veces habéis salido al campo?

—Únicamente cuando necesitaba hacer ejercicio—repuso mi tío con descuido;— pero ahora prefiero el *tennis*. La última vez que tiré al florete me ocurrió un incidente penoso y he abandonado ya ese deporte.

—¿Matasteis á algún hombre?

—No, señor. Me ocurrió algo peor que eso. Tenía yo una casaca como no me ha hecho Weston otra semejante, y á pesar de haber usado sesenta desde entonces, no he tenido una como aquella. Decir que me sentaba bien, no es nada: era como un guante, como la piel de un caballo. El encaje del cuello hizo asomar lágrimas á mis ojos la primera vez que me la puse, y por lo que toca á la cintura...

—¿Pero vamos al duelo, Tregellis — exclamó el Príncipe.

—Sí, señor; á eso vamos. Soy tan irreflexivo, que me la puse en aquella ocasión. Era con el mayor Hunter, de la guardia real: había tenido unas palabras con él porque indiqué que oliendo á establo, no podía entrar en casa de Brooke. Hice fuego, y perdí el tiro; disparó él, y lancé un grito.—¡Está herido!, gritaron todos. ¡Un cirujano! ¡Un médico! — ¡Un sastre, un sastre!, grité yo, viendo un terrible agujero en los faldones de aquella obra maestra. A pesar de todo, fué imposible componerla: os reiréis, señor; pero jamás tendré otra igual.

Por invitación del Príncipe me había sentado en un asiento algo retirado, y allí permanecí, satisfecho de que apenas se fijasen en mí y escuchando la conversación de aquellos hombres. Toda ella tenía la misma nota extravagante é insubstancial, abundante en juramentos insensatos. Pude observar, sin embargo, una diferencia en cada uno de los interlocutores. Las palabras de mi tío y de Sheridan eran vivas y graciosas, á pesar de sus exageraciones; las de Francis tendían á la crueldad, y las del Príncipe, á la glorificación personal. Finalmente llevaron la conversación al terreno de la música—no tengo seguridad de que no fuera la astucia de mi tío lo que logró tal resultado,—y el Príncipe, oyendo de sus labios mis habilidades en la materia, quiso que allí mismo me sentara delante de un piano pequeño todo incrustado de madre perlas que había en un ángulo de la estancia, y tocara el acompañamiento de una canción que iba á cantar él. Recuerdo que se llamaba «Los bretones conquistan para salvar», y la cantó con una hermosa voz de bajo; los demás hacían el coro, y cuando terminó palmotearon ruidosamente.

—¡Bravo, señor Stone!—dijo el Príncipe.—Tocáis admirablemente, vuestra ejecución es excelente, y yo sé lo que digo cuando hablo de música. Cramer, el director de la Opera, dijo no hace muchos días que mejor me entregaría á mí la batuta que á cualquier aficionado de Inglaterra. ¡Hola; qué maravilla! ¡Carlitos Fox aquí!

Habíase adelantado con gran entusiasmo, y estrechaba la mano de un hombre muy especial que acaba de penetrar en el salón.

Era alto, bien formado, vestido con una sencillez rayana en el descuido; sus maneras eran extravagantes, y su aspecto, en totalidad, tenía algo de inquieto y movedido. Podría tener poco más de cincuenta años, y sus atezadas y duras facciones dejaban ver grandes surcos, causados no sé si por la edad ó los excesos. Nunca he visto un semblante en el cual se viera tan palpable como en aquel la extraña mezcla de ángel y demonio que suele haber en el hombre. En la parte superior, la frente alta, ancha, de filósofo, sobre unos ojos vivos, animados, adornados de espesas cejas; y en la inferior, gruesas mejillas de curva sensual uniéndose en doble barbilla sobre la corbata. Aquella frente era la frente de Carlos Fox, el hombre público, el pensador, el filántropo, el que había regido el partido liberal durante los veinte años más azarosos de su existencia. La mandíbula era la mandíbula de Carlos Fox en la intimidad, del jugador, el libertino, el alcohólico. Y sin embargo, jamás añadió á sus vicios el de la hipocresía: sus malas cualidades eran tan notorias como sus virtudes. Era como si por un raro capricho de la Naturaleza se hubiesen reunido dos espíritus diversos en un solo cuerpo, y el mismo marcó contenía al mejor y al peor hombre de su tiempo.

—Vengo desde Chertsey, señor, expresamente para saludaros y para asegurarme de que los *tories* (1) no os han hecho suyo.

—¿Que los ahorquen, Carlitos! Ya sabéis que yo, ó me hundo ó me salvo con mis amigos. *Whig* soy, y *Whig* seré siempre.

(1) *Tories* y *Whigs*. Los dos partidos, conservador y liberal, respectivamente, que existían en Inglaterra.—N. de la T.

«A mí me pareció leer en el moreno semblante de Fox que no confiaba mucho en los principios del Príncipe.

—Creo que Pitt ha venido á veros.

—Sí. ¡Dios le maldiga! ¡No hay cosa que más me irrite que su apuntado hocico queriendo husmear siempre todos mis asuntos! Él y Addington vuelven á preocuparse de mis deudas. Ciertamente que si Pitt me despreciara, no podría conducirse conmigo de otra manera.

Por la sonrisa que iluminó el expresivo semblante de Sheridan pude comprender que aquello era precisamente lo que le ocurría á Pitt. Poco después todos se enfrescaron en la política, amenizada por sendos tragos de marrasquino que un criado sirvió en una bandeja. A pesar del excelente consejo que poco antes me diera el Príncipe sobre la Constitución británica, maldijo por turno y sucesivamente al Rey, á la Reina, al Senado y á las Cortes.

—Mi asignación es tan exigua, que apenas puedo atender á mi gente. Tengo una docena de pensiones adjudicadas á criados viejos ó cosa semejante, y tengo que hacer una porción de equilibrios para reunir el dinero preciso para pagarlas. Sin embargo, mi...— un golpe de tos providencial le cortó la palabra—mi agente financiero ha podido conseguir un préstamo, pagadero á la muerte del Rey. Los licores no nos prueban á ninguno de los dos, Carlitos. ¡Vamos poniéndonos enormemente gruesos!

—La gota me impide hacer el ejercicio debido—dijo Fox.

—A mí me extraen mensualmente cinco onzas de sangre; pero mientras más me sacan, más tengo—dijo el Príncipe.—Apenas si podríais creer al vernos, Tregellis, que hemos podido hacer lo que hicimos. ¡Hemos pasado unos días y unas noches juntos Carlitos y yo!

Fox sonrió moviendo la cabeza.

—¿Recordáis cuando fuimos á Newmarket antes de las carreras? Tomamos el coche público, obligamos á los postillones á sentarse en la trasera, y nosotros ocupamos sus asientos, montando Carlitos en el caballo delantero y yo en el de varas. Llegamos á una barrera de portazgo y el guarda no nos dejaba pasar. Carlos saltó del caballo, se quitó la casaca, y el hombre, teniendo que habérselas con un boxeador de oficio, dejó franco el paso.

—Ya que habláis de boxeadores, señor—dijo mi tío,—el viernes próximo daré una cena á los del gremio en San Martin's Lane. Si estáis por casualidad en Londres, consideraríamos como un gran honor que os dignaseis entrar un momento en el salón.

—No he asistido á una lucha desde hace catorce años, cuando Tomás Tyrie, el sastre, mató á Conde. Entonces juré retraerme, y ya sabéis que soy hombre de palabra, Tregellis. Claro está que he estado muchas veces en la pista de incógnito; pero como príncipe de Gales, nunca.

—Nos veríamos muy honrados si asistierais á nuestra cena, de incógnito también.

—¡Bien, bien, ya veremos! Tomad nota de eso, Sherry. El viernes estaremos en Carlton House, y el príncipe no podrá ir: ya lo supondréis, Tregellis; pero reservad un puesto para el conde de Chester.

—Nos alegraremos en el alma teniendo entre nosotros al conde de Chester, señor—repuso mi tío.

—He oído ciertos rumores de que habéis hecho una apuesta con sir Lotario Hume—dijo Fox.—¿Qué hay de verdad en eso, Tregellis?

—Es cosa de poca importancia: una apuesta de doble contra sencillo. Se ha encaprichado con ese muchacho de Gloucester, Wilson el *Cangrejo*, y yo tengo que buscar alguien que le venza, que tenga meros de veinte años ó más de treinta y cinco, y de unos trece *stones*.

—En ese caso, aprovechad el consejo que os dé Carlitos Fox—dijo el Príncipe.—Cuando hay que es-

coger un caballo, buscar una diversión, urdir un embuste ó buscar un hombre, es el mejor juez de toda Inglaterra. Vamos á ver á Carlitos. ¿A quién de los que tenemos en lista confiaríais la derrota de Wilson el *Cangrejo*, de Gloucester?

Mi asombro fué inmenso al ver el interés que tomaba aquella gente principal en la pista, y el conocimiento que demostraban en ella, porque no sólo tenían en la punta de los dedos los hechos de los principales gladiadores de su tiempo: Belcher, Mendoza, Jackson y Sam, el holandés, sino que no había combatiente por obscuro que fuese, del cual no supieran detalladamente todo cuanto había hecho ó pensaba hacer. Hablaron de los jóvenes y de los viejos, discutiendo su peso, sus jugadas, su fuerza y su musculatura. Al ver á Fox y á Sheridan argumentando con calor si Caleb Baldeon, el frutero de Westminster, vencería á Isaac Bittoon, el judío; nadie habría creído que uno era el filósofo político más profundo de toda Europa, y que el otro sería famoso como autor de las comedias más ingeniosas y los discursos más floridos de su generación.

El nombre del campeón Harrison apareció pronto, y Fox, que tenía una idea muy alta del poder muscular de Wilson el *Cangrejo*, manifestó la opinión de que la única probabilidad de mi tío consistía en hacer que el veterano volviera á la palestra.

—Quizás no tenga ya gran agilidad—dijo,—pero lucha con la cabeza, y sus golpes semejan las coces de un caballo. Cuando remató á Black Baruk, éste saltó por los dos anillos y cayó entre los espectadores. Si no ha perdido la fuerza del todo, es el único en quien podéis confiar, Tregellis.

Mi tío se encogió de hombros.

—Si el pobre Avon estuviera aquí—dijo,—quizás podríamos hacer algo, porque era el primer patrón de Harrison y éste le quería mucho; pero su mujer se opone tenazmente. Y ahora, señores, tengo que dejaros porque he tenido la desgracia de perder hoy al mejor criado de Inglaterra, y quiero buscarle. Doy gracias á Vuestra Alteza Real por la bondad que me ha mostrado recibiendo tan cordialmente á mi sobrino.

—Hasta el viernes, pues—dijo el Príncipe tendiéndole una mano.—De todos modos, tenía que ir á Londres, porque me ha escrito un pobre diablo, oficial de una Compañía de la India Oriental, y parece ser que está en un apuro muy grande. Si puedo hallar unos cuantos centenares, iré y veré de arreglar el asunto. Vos, señor Stone, empezáis á vivir, y espero que lo haréis de tal modo que vuestro tío pueda enorgullecerse de vos. Honrad al Rey, respetar la Constitución, y, sobre todo, no contraigáis deudas, y recordad siempre que vuestro honor es sagrado.

Sí conservando la impresión de aquel rostro animado y sensual encerrado en una gran corbata, y de sus calzones de cuero, y pasamos de nuevo por la serie de salones, monstruos dorados y soberbios lacayos, sintiendo un alivio inmenso cuando me hallé una vez más al aire libre contemplando el ancho mar frente á nosotros, y respirando la brisa de la tarde que refrescaba nuestra cabeza.

CAPÍTULO VIII

La carretera de Brighton.

Á la mañana siguiente mi tío y yo despertamos muy temprano; pero por lo que toca á sir Carlos, de un humor endiablado al ver que todavía no había noticia alguna de Ambrosio. Había llegado á ser como una de esas hormigas que, según he leído, se acostumbran á que las alimenten otras más pequeñas y cuando tienen que valerse por sí solas prefieren morir de hambre. Al fin, gracias al auxilio de un hombre que buscó el fondista, y del ayuda de cá-

mara de Fox, que fué expresamente para vestirle, pudo llevarse á cabo su tocado.

—Es preciso que gane esa apuesta, sobrino—me dijo una vez terminado el almuerzo.—No puedo perderla. Mira por la ventana y observa si están ahí los Lade.

—En la plaza veo un carruaje encarnado rodeado de una multitud. ¡Sí, sí; ahora veo á la dama sentada en el pescante!

—¿Está fuera nuestro tandem?

—Sí; en la puerta.

—Vamos, pues, y darás en coche un paseo distinto de cuantos hayas dado antes.

Se detuvo en la puerta mientras se calzaba los guantes de montar y daba órdenes á los criados.

—Cada onza de peso nos perjudicará mucho—me dijo;—así que dejaremos la cesta de las provisiones. Vos—agregó dirigiéndose al fondista,—tendréis cuidado de mi falderillo: ya le conocéis y le entendéis bien. Dadle la leche tibia con curaço, según costumbre.

—¿Pongo la caja de aseo?—preguntó Coppinger el fondista.

Observé una lucha en el semblante de mi tío; pero, fiel á sus principios, repuso sencillamente:

—Ponedla debajo del asiento de delante; y tú, sobrino, procura mantener siempre hacia delante el peso de tu cuerpo. ¿Sabrías hacer algo con ese pedazo de hojalata? ¿No? Pues, en ese caso, dejaremos la trompeta. Sujeta bien la cincha, Tomás. ¿Has engrasado las guarniciones como te advertí? En ese caso, sube, sobrino y saldremos á despedirlos.

En la Plaza Vieja se había reunido una gran multitud; hombres, mujeres, comerciantes, petimetres de la corte del Príncipe y oficiales del Hove; todos presa de la mayor agitación, porque sir Juan Lade y mi tío eran dos de los mejores látigos de aquel tiempo, y una apuesta entre ambos sería motivo de conversación durante muchos días.

—El Príncipe sentirá no habernos visto marchar—dijo mi tío;—pero nunca sale antes del mediodía. ¡Buenos días Jack! ¡A vuestras órdenes, señora! ¡Hermoso día para un paseito!

Cuando nuestro tandem se puso al lado del carruaje de cuatro caballos con sus magníficas yeguas bayas reluciendo bajo los rayos del Sol, salió de la multitud un murmullo de asombro. Mi tío vestía el levitón habana que tan bien armonizaba con los arreos del coche. Era un conductor ideal, en tanto que sir Juan Lade, con su capote de esclavinas, su sombrero blanco y su semblante duro y curtido por los rigores de la intemperie, podía haber ocupado un puesto entre los cocheros de profesión, y sentarse en cualquier taberna, sin que nadie pudiera reconocer en él á uno de los más ricos propietarios de Inglaterra. Era un período de excentricidades; pero Lade había llevado las suyas á un extremo que sorprendió hasta á los más despreocupados, casándose con la prometida de un ladrón famoso cuando las galeras se interpusieron entre ambos. Y allí estaba ella, sentada en el pescante, muy lujosa con un traje de camino gris y un sombrero cuajado de flores, mientras los cuatro soberbios caballos negros, relucientes bajo los reflejos del Sol que iluminaba sus cuartos traseros, piafaban impacientes ya por emprender la carrera.

—¡Un centenar de libras á que no nos veis antes de llegar á Westminster saliendo un cuarto de hora antes!—dijo sir Juan.

—¡Otro centenar á que os pasamos delante!—repuso mi tío.

—¡Perfectamente! ¡Ya es hora! ¡Adiós!

Y con un *ral-ral* de la lengua, cogió las riendas, saludó al látigo á modo de cochero profesional, y echaron á andar, dando la vuelta á la plaza de un modo tan natural, que la multitud rompió en aplausos. Nosotros oímos el rodar de las ruedas sobre el

empedrado, hasta que se perdieron en la distancia.

Aquel cuarto de hora, hasta que sonó la primera campanada de las nueve en el reloj de la parroquia, ha sido uno de los más largos de mi vida. Sentado en mi sitio, me consumía de impaciencia; pero mi tío permanecía tan tranquilo y sereno como el más indiferente de los espectadores. No por eso se descuidaba, y la campanada del reloj y el chasquido del látigo sonaron á un tiempo, no fustigando á las yeguas, sino estallando sobre la delantera, que con un retintín de los arreos y un gran estrépito de ruedas salió volando para emprender aquel viaje de 50 millas. Oí gran rumor detrás de nosotros, vi en las ventanas una porción de rostros que nos saludaban ondeando al aire una multitud de pañuelos, y después de pasar el empedrado de las calles con grandes saltos, llegamos al fin á la blanca carretera, que se curvaba ante nosotros formando meseta entre las verdes laderas que se extendían á ambos lados.

Llevaba yo chelines sueltos á fin de que los guardabarreras no nos detuviesen con ningún pretexto; pero mi tío refrenó las yeguas y no permitió que subiesen demasiado aprisa la cuesta que terminaba en Clayton-Hill. Una vez allí las dejó correr cuanto quisieron, y atravesamos como un relámpago por Friar's-Oak y Campos de San Juan, viendo sólo por un instante la amarilla casita donde quedaba todo lo que más amaba yo en el mundo. Jamás había viajado á aquel paso ni experimentado tal alegría al sentir la impresión del aire libre sobre mi rostro y ver á aquellos nobles animales esforzándose en su carrera, cada vez más excitados con el ruido de sus propios cascos y de las ruedas del carruaje que oscilaba y saltaba detrás de ellos.

—De aquí á Hand-Cross hay cuatro millas largas cuesta arriba—dijo mi tío cuando atravesábamos Cuckfield en un vuelo.—Es preciso que añojemos algo la marcha, porque no quiero reventar á este magnífico ganado. Es de pura sangre, y no dejaría de galopar hasta caer muerto si yo fuera lo bastante bruto para consentirlo. Súbete sobre el asiento, sobrino, y ve si logras divisarlos.

Me levanté apoyándome en el hombro de mi tío; pero, aunque podía abarcar con la vista una extensión de más de una milla, no conseguí ver rastro alguno de su gran carruaje.

—Si ha hecho correr á su ganado subiendo todas estas cuestas, antes de llegar á Croydon estará inutilizado.

—Son cuatro contra dos—dije yo.

—*Jeu suis bien sur*. Los caballos de sir Juan son buenos, buenos; pero no vuelan como éstos. Allí está Cuckfield, allí donde se alzan aquellas torres: échate hacia delante, sobrino, que vamos cuesta arriba. ¡Mira; mira la yegua delantera! ¿Has visto jamás algo más hermoso?

Subíamos la cuesta á trote reposado; pero aun así, el cartero, que iba en su gran carricche debajo del toldo, nos miró lleno de sorpresa. Cerca de Hand Cross dejamos atrás á la diligencia de Brighton, que había salido á las siete y media, subiendo penosamente, y los viajeros, semi-envueltos en el polvo, nos vitorearon al vernos pasar como un torbellino. En Hand-Cross vimos de pasada al viejo posadero que salía á ofrecernos ginebra y almendrados; pero el camino empezaba á descender en aquél sitio, y allá fuimos volando con todo el impulso de ocho vígorosos cascos.

—¿Sabes guiar, sobrino?

—Muy poco, señor.

—En esta carretera no hace falta saber.

—¿Cómo, señor?

—Porque es demasiado buena. Basta con dejar que los animales vayan derechos, y nos llevarán á Westminster. Pero no siempre ha ocurrido otro tanto: cuando yo era joven, era preciso mirar lo que se hacía, lo mismo por aquí que en otros sitios. Si encuen-

tras un hombre que sepa guiar bien en los valles de York, ya puedes decir que procede de la buena escuela.

Pasamos por Crawley Docon atravesando la calle principal del pueblo entre dos carros de aldeanos, de tal modo, que pude apreciar lo que un buen conductor sabía hacer. Ni un solo instante abandoné la idea de ver por dónde iban nuestros adversarios; pero mi tío, sin preocuparse para nada de ellos, iba dándome consejos acompañados de tantas palabras técnicas, que difícilmente podía entenderlos.

—Si no quieres que se enreden las riendas, guarda un dedo para cada una — me decía; — y por lo que toca al látigo, si tienes buen ganado, mientras menos lo emplees mejor será. Cuando quieras avivar la marcha, procura tocar siempre al que lo necesite, y recógelo después. En más de una ocasión he visto que el conductor, al fustigar al caballo de varas, tocaba al viajero sentado detrás de él. ¡Ah! Mira aquella nube de polvo: creo que lá levanta el carruaje de Lade.

Ante nosotros se extendía una dilatada llanura sombreada por los árboles que bordeaban el camino. Un riachuelo serpenteaba en la verde campiña siguiendo su curso por debajo de un puente que se alzaba en nuestro camino, y allá á lo lejos, había una plantación de higueras y olivos, entre los cuales se veía una nube blanca, que iba desvaneciéndose con rapidez á medida que se alejaba.

—¡Sí, sí; ellos son! — gritó mi tío. — ¡No hay quien pueda ir tan aprisa! ¡Vamos, sobrino! Cuando crucemos el puente de Kimberham, estaremos á la mitad del camino y lo habremos recorrido en dos horas y catorce minutos. El príncipe fué á Carlton House en un *tandem* de tres caballos en cuatro horas y media. La primera mitad del camino es la peor, y si todo va bien, lo haremos en menos tiempo que él. De aquí á Reigate ganaremos mucho.

Volábamos. Parecía que las yeguas comprendían lo que significaba aquella nube blanquecina, y corrían como lebreles de caza. Pasamos al lado de un faetón tirado por un par de caballos, y lo dejamos atrás como si apenas se moviera. Árboles, vallados, casas; todo pasaba en confuso remolino, quedando detrás en nuestra vertiginosa carrera. Ofamos que la gente gritaba procurando detenernos, suponiendo que huíamos de algún sitio, y corríamos más y más, oyendo resonar como castañuelas los cascos de las yeguas. Ondeaban agitadas por el viento sus largas crines, resonaban las ruedas, gemían los muelles, crujía la caja del coche, y el vehículo entero oscilaba y saltaba de tal modo, que, no pudiendo sostenerme en mi asiento me encontré agarrado al hierro del pescante.

Al fin, mi tío refrenó las riendas y consultó su reloj. En el valle que teníamos delante aparecían las sucias casas de Reigate, de ladrillo encarnado y piedra gris.

—Hemos hecho seis millas en menos de veinte minutos: ahora tenemos tiempo de sobra, y un poco de agua en el «León Rojo» no vendrá mal á estos animales. ¡Posadero! ¿Ha pasado un coche encarnado con cuatro caballos negros?

—Ahora mismo, señor.

—¿Iba aprisa?

—Á galope tendido, señor. En la esquina de High Street se llevó la rueda del carro de un carnicero. Y antes de que el carretero pudiera notarlo, se había perdido de vista. ¡Z-z-z-z-ack!, crujió de nuevo el látigo, y volamos una vez más. Era día de mercado en Redhill, y la carretera estaba cuajada de carros con verduras, carretas cargadas de carne y cestos de diversas aves. Era un espectáculo ver á mi tío sorteando las dificultades y atravesando después el mercado entre los gritos de los hombres, los chillidos de las mujeres y el revolotear de las aves. Después nos hallamos de nuevo en el campo, teniendo delante la

larga y escarpada pendiente de la carretera de Redhill. Mi tío agitó el látigo en el aire, lanzando un grito penetrante.

Frente á nosotros, subiendo la colina, vimos de nuevo la nube de polvo, y pudimos percibir ligeramente entre ella un reflejo rojo y algunos chispazos dorados.

—Tenemos medio ganada la partida, sobrino! ¡Ahora sólo falta que pasemos delante. ¡Hala, hala, hermosuras! ¡Por San Jorge, creo que Witty se ha despeado!

La yegua delantera empezó á cojear; en un momento saltamos ambos del coche y nos arrodillamos á su lado. Se le había introducido una piedrecilla en uno de los cascos delanteros, y pasó un minuto antes de que pudiéramos quitársela. Cuando ocupamos de nuevo el pescante, los Lade daban vueltas á la curva y desaparecían de nuestra vista.

—¡Mala suerte! — gruñó mi tío. — ¡Pero no podrán ocultarse mucho!

Dió un latigazo, que tocó por primera vez á las yeguas, pues hasta entonces siempre lo había chasqueado en el aire, y añadió:

—Si los alcanzamos durante las próximas millas, no tendremos que cuidarnos más de ellos.

Los animales empezaban á dar muestras de cansancio, jadeaban fatigosamente, y un sudor copioso brotaba de su magnífica piel. En la cumbre de la colina volvieron, sin embargo, á reanudar su velocidad.

—¿Dónde diablos se han metido? — exclamó mi tío. — ¿Alcanzas á verlos, sobrino?

Allá á lo lejos se veía una larga faja blanca sembrada de carros y carromatos que iban de Croydon á Redhill; pero por ninguna parte podíamos descubrir el coche encarnado.

—¡Allá van! ¡Se escapan! ¡Se escapan! — exclamó mi tío dirigiendo el coche hacia un atajo situado á la derecha del camino real, que nosotros seguíamos. — ¡Allí están, sobrino! ¡En la cima de aquella colina!

Y ciertamente, en la cumbre de una curva que se extendía á nuestra derecha vimos el carruaje con los caballos á galope tendido. Nuestras yeguas no les iban en zaga, y la distancia entre ambos carruajes empezaba á disminuir visiblemente.

Podía ver ya la negra cinta que adornaba el sombrero blanco de sir Juan, poco después contaba las esclavinas de su capote, y finalmente logré distinguir las lindas facciones de su esposa cuando volvió la cabeza para mirarnos.

—Estamos en el camino vecinal de Godstone y Warlingham — dijo mi tío. — Supongo que creerían más cómodo apartarse del camino que traían los carros del mercado; pero hay que bajar una maldita colina. O mucho me equivoqué, ó tendremos diversión, sobrino.

Mientras mi tío hablaba, vi desaparecer repentinamente las ruedas del coche rojo, después, la caja, y un segundo después, las dos personas que ocupaban el pescante, como si hubieran saltado en un instante tres peldaños de una gigantesca escalera. Un minuto después llegamos nosotros al mismo sitio y vimos la carretera, estrecha y escarpada, serpenteando en grandes curvas á través del valle. El coche rojo bajaba por la pendiente con toda la prisa de que eran susceptibles los caballos.

—¡Lo que yo creí! — exclamó mi tío. — Si ellos no se han estrellado, ¿por qué he de reventarme yo? ¡Vamos, hermosura; otro esfuercito, y los hacemos ver el color de nuestra trasera!

Salimos de la cumbre volando frenéticos por la vertiente, mientras el gran coche encarnado corría como un relámpago delante de nosotros. Habíamos penetrado ya en la nube de polvo que le rodeaba, y veíamos la mancha roja en el centro dando tumbos continuos y procurando alejarse más. Podíamos oír el chasquido del látigo y la voz atiplada de lady Lade gritando á los caballos. Mi tío permanecía tran-

quilo; pero al mirarle observé que tenía los labios apretados, los ojos brillantes, y una roseta en cada una de sus pálidas mejillas. Ya no era necesario fustigar á las yeguas, porque iban á un paso que no se podía detener ni frenar. La primera se puso al nivel de la rueda de detrás; luego, al de la de delante; después no ganamos un paso en un centenar de varas, hasta que haciendo un esfuerzo más la delantera se colocó cuello á cuello con su caballo de varas, y nuestra rueda de delante, á una pulgada de la trasera suya.

—¡Trabajo muy fastidioso!—dijo mi tío con tranquilidad.

—¡Arrea, Juan; arrea!—gritó la dama.

Sir Juan levantó el látigo y fustigó á los caballos.

—Mirad, Tregellis—gritó al mismo tiempo:—á alguno le va á ocurrir una condenada avería.

Nos hallábamos en la misma línea que ellos; nuestras yeguas y sus caballos iban á una, las ruedas se tocaban; no sobraban seis pulgadas en la anchura del camino, y yo temía á cada momento que se enredaran las ruedas una en otra. Salimos de la nube de polvo, vimos lo que había delante, y ante aquel espectáculo mi tío silbó entre dientes.

A doscientas varas de distancia ó cosa así había un puente, con postes y barandillas de madera en ambos lados. El camino iba estrechándose, y era imposible que pasaran á una los dos coches juntos; uno de los dos tenía que ceder el puesto al otro, y nuestras ruedas iban ya al nivel de sus caballos.

—¡Ya he pasado delante!—gritó mi tío.—¡Refrenad, Lade!

—¿Yo? ¡No por cierto!—gritó éste.

—¡No, por San Jorge!—gritó la dama.—¡Arrea, Juanito! ¡Arrea; arrea sin parar!

A mí me pareció que todos íbamos á entrar juntos en la eternidad; pero mi tío hizo lo único que podía salvarnos. Con un esfuerzo desesperado podíamos avanzar dejando atrás al coche rojo antes de entrar en el puente: levantándose, fustigó á las yeguas, que, no estando acostumbradas á los golpes, se lanzaron en vertiginosa carrera, y allá fuimos, gritando con toda la fuerza de nuestros pulmones en la locura de contento que nos produjo separarnos de nuestros contrarios unos cuantos pasos al entrar en el puente. Lancé una ojeada al carruaje rojo, y vi á lady Lade con los dientes apretados, levantándose y cogiendo las riendas con ambas manos.

—¡Aplástalos, Juanito!—gritó.—¡Aplástalos antes de que pasen!

—Si hubieran tratado de hacerlo un momento antes, podrían habernos estrechado contra la barandilla de madera, que habría cedido al instante y hubiéramos caído con ella al río que pasaba debajo; pero estando como estábamos, ya sus caballos no podían empujarnos ni sacarnos del camino que llevábamos. Vi que un hilo rojo circulaba repentinamente por la piel de uno de sus caballos de varas, y un momento después volábamos de nuevo por la carretera, en tanto que el carruaje encarnado se detenía y Sir Juan y su esposa bajaban del pesante para auxiliar al caballo herido.

—¡Despacito ahora, hermosuras; despacito!—gritó mi tío volviendo á sentarse en su sitio y mirando hacia atrás.—Jamás hubiera podido creer que sir Juan Lade pudiera herir así á su propio caballo. No puedo permitir eso, y esta noche tendrá noticias más.

—Fué la dama—dijo yo.

La frente de mi tío se serenó.

—¿Fué la pequeña Letty, en ese caso?—preguntó.

—¡Debía habérmelo figurado! En esa jugada hay algo del llorado y difunto Jack de los diez y seis cordes. ¡Bueno, bueno! ¡A las damas sólo puedo enviarles mensajes de otro género; así que seguiremos nuestro camino, sobrino, dando gracias á Dios por haber atravesado el Támesis con los huesos sanos.

Nos detuvimos en Croydon, en la hostería de «El

Lebrel», donde las dos magníficas yeguas pudieron descansar y alimentarse, y después, con una marcha más reposada, continuamos nuestro camino á través de Norbury y Streatham. Al fin fué disminuyendo la campiña y aumentando los paredones; los hotelitos fueron estando más próximos entre sí, hasta unirse unos con otros, y pronto nos hallamos en una calle, entre dos filas de casas, con tiendas en los bajos y un numeroso gentío y una multitud de coches circulando por el centro. De repente llegamos á un puente ancho, bajo el cual se deslizaba un río obscuro que llevaba en sus aguas una porción de lanchones cargados. A ambos lados se extendía una línea quebrada é irregular de muchas casas, salpicando ambas orillas hasta donde podía abarcar la vista,

—Allí tienes el Parlamento, sobrino—dijo mi tío señalando con el látigo;—aquellas torres negras son de la Abadía de Westminster. ¿Cómo está vuestra Gracia?—añadió dirigiéndose á un caballero vestido con una casaca azul que, según me dijo, era el duque de Norefolk y pasaba á nuestro lado jinete en una yegua rabona. Ya estamos en White Hall—agregó mi tío;—á la izquierda tienes la Tesorería, el cuartel de la Guardia montada y el Almirantazgo; aquél que tiene sobre la puerta unos delfines tallados en la piedra.

Yo tenía la idea que todo muchacho educado en provincias tiene de Londres: creía que era un desierto lleno de casas, y al ver las verdes alamedas y los árboles y jardines que allí abundan, quedé atónito.

—Esos son los jardines particulares del rey—dijo mi tío,—y por esa ventana salió Carlos I de su palacio por última vez antes de subir al patíbulo. Apenas si podrás creer que las yeguas han recorrido cincuenta millas; ¿verdad? ¡Las pobrecillas se han portado bien con su amo! Mira aquel cabriolé, y observa el rostro anguloso que se asoma á la ventanilla. Es Pitt, que va al Parlamento. Ahora entramos en Pall Mall: aquel gran edificio que se ve á la izquierda es Carlton House, la residencia del Príncipe. Aquel otro palacio grande, negruzco, con el reloj en la fachada y dos centinelas vestidos de rojo paseando delante de la puerta, es San James. Hétenos ya en la calle del mismo nombre, que es el centro del mundo, y en la de Jeremyn, que desemboca en ella, hallándonos, finalmente, en mi casita, donde podremos descansar después de haber venido en cinco horas desde la Plaza Vieja de Brighton.

CAPÍTULO IX

En Watier.

La casa de mi tío en Jeremyn Street era muy pequeña, pues tenía solamente cinco habitaciones y un sotabanco. Las necesidades de un sabio — decía sir Carlos — se reducen á un buen cocinero y á una casa modesta.—Aunque reducida, estaba sin embargo, amueblada con toda la delicadeza de gusto propia de su carácter; de tal modo, que hasta los más elegantes entre sus amigos hallaban allí algo que no podían encontrar en sus suntuosas mansiones. Hasta el sotabanco, que fué convertido en dormitorio para mí, era la habitación más linda que pue de imaginarse. La casa entera era un museo en miniatura: en todas las habitaciones había una porción de objetos preciosos de gran valor, que habrían deleitado al coleccionista más exigente. Mi tío explicaba la presencia de tales objetos encogiéndose de hombros, moviendo una mano, y — *Son des petits cadeaux* — decía: — sería indiscreto diciendo más.

Al llegar á Jeremyn Street, hallamos una carta de Ambrosio, que, en vez de aclarar el misterio de su desaparición, lo aumentó mucho más.

«Querido sir Carlos Tregellis — deofa: — Siempre

sentiré que la fuerza de las circunstancias me obligara á dejar repentinamente vuestro servicio, pero en el viaje de Friar's-Oak á Brighton ocurrió una cosa que me impidió obrar de otro modo. Confío, sin embargo, en que mi ausencia será temporal. La receta para almidonar las pecheras está en la caja de caudales que quedó en el Banco de Drummond.

Siempre vuestro, respetuoso y fiel, *Ambrosio.*

—¡Bueno!—murmuró mi tío con bastante disgusto.—Tendré que cubrir su plaza lo mejor posible. Pero ¿qué diablos habrá ocurrido para abandonarnos así, precisamente cuando íbamos al galope bajando una pendiente? Jamás encontraré otro que me arregle la corbata ó haga el chocolate como lo hacía él; *¡Se suis desolé!* Pero ahora, sobrino, hay que enviar un recadito á Weston para que te tome medidas. Los caballeros no deben ir á las tiendas, sino éstas venir á los caballeros. Hasta que tengas ropa nueva, debes permanecer en reclusión.

La toma de medidas fué una función seria, muy solemne, aun cuando nada fué, comparada con la prueba, que tuvo lugar dos días después, y á la cual asistió mi tío con el alma en un hilo. El y Weston discutían cada una de las prendas, hablando tanto de cada costura, de cada pliegue, y haciéndome dar tantas volteretas, que acabé por marearme. Cuando creí que todo estaba terminado llegó el señor Brummell, un joven elegante que prometía ser más exigente aún que mi tío en cuestión de exquisiteces, y hubo que repetir de nuevo la prueba con todos sus detalles. Brummell era alto y grueso, rubio claro, con patillas largas; sus maneras afectaban languidez, tenía la voz pesada y aun cuando eclipsaba á mi tío en la extravagancia de su conversación, carecía de la decisión y virilidad que ocultaba en mi pariente todo género de afectación.

—¿Cómo, Jorge! ¡Creí que estábais con vuestro regimiento!—dijo sir Carlos.

—He hecho dimisión—contestó el otro en tono afectado.

—¡Ya suponía yo que ocurriría eso!

—Sí. Nos mandaban á Manchester: no sé cómo pudieron creer que yo iría á semejante sitio. Además, he observado que el coronel es muy grosero.

—¿Cómo ha sido eso?

—Quería que me cuidase de su absurda instrucción, Tregellis, y, además, otras cosas que supondréis de sobra. Yo no tenía la menor dificultad para ocupar mi puesto en la parada, porque había un soldado con la nariz muy encarnada y un grano grueso, y siempre estaba frente á mí, lo cual me evitaba muchas molestias. El otro día, cuando llegué, pasé por una de las filas, luego por la otra, y el maldito soldado no estaba por ninguna parte. Creí volverme loco, cuando al fin lo vi en uno de los extremos, y me coloqué frente á él. Parece ser que le habían destinado allí á fin de que yo me equivocara, y el coronel se olvidó de sí mismo hasta el punto de decirme que no sabía cumplir mis deberes.

Mi tío se echó á reír, y Brummell fijó en mí sus grandes ojos mirándome con insistente intolerancia de arriba á abajo.

—Eso está pasadero—dijo:—ante y azul van siempre bien; pero creo que hubiera estado mejor un chaleco floreado.

—Yo opino que no—dijo mi tío con cierto calor.

—Querido Tregellis, sois infalible en cuestión de corbatas; pero por lo que toca á chalecos, debéis darme á mí la primacía. Ese me gusta mucho tal como está; pero unas florecillas rojas terminarían de darle el encanto que le falta.

Pasaron más de diez minutos argumentando ambos con muchos ejemplos y analogías, mirándome con sus lentes, apreciando el conjunto en todos sus detalles, y haciéndome dar mil vueltas y volteretas. Cuando al fin se pusieron de acuerdo, sentí viva satisfacción.

—Nada de lo que yo acabo de decir es motivo para que perdáis la confianza en el gusto de sir Carlos, señor Stone—dijo Brummell con seriedad.

Le aseguré que nada sería suficiente para obligarme á perderla.

—Si fuérais mi sobrino, esperaríais que siguieseis mis consejos; pero, no obstante, haréis una figura muy distinguida. El año pasado vino un primo mío encomendado á mi cuidado, y no quiso seguir mis consejos. A los quince días le encontré en San James Street vistiendo una casaca color de tabaco, hecha por un sastre de provincias. Me saludó; yo, sabiendo lo que me debía á mí mismo, le miré de arriba á abajo, y allí terminó su carrera en Londres. ¿Vos venís también de provincias, señor Stone?

—De Sussex, señor.

—¡Sussex! Allí precisamente envió yo mi ropa para que la laven. Hay una planchadora cerca de Hayward's Heath, que hace maravillas; pero no se le pueden mandar más de dos camisolas cada vez, porque se pone nerviosa, se distrae y no lo hace bien. No puedo sufrir un lavado y planchado que no se haga en la aldea; pero por nada del mundo querría vivir allí. ¿Qué puede hacer un hombre en el campo?

—¿No cazáis, Jorge?—preguntó mi tío.

—Sólo de vez en cuando alguna mujer. Pero, seguramente, vos no iréis tampoco de caza, Carlos.

—El invierno pasado fui con Belvoir.

—¡Belvoir! En ese caso, oiríais cómo gané á Rutland. Es una historia que ha estado dando la vuelta por los casinos hasta el mes pasado. Aposté que mi zurrón pesaría más que el suyo: él mató siete perdices, y yo maté á su perdiguero, así que no tuvo más remedio que pagar. Por lo que toca á la caza en sí, no sé qué diversión pueda haber en correr acompañados de una porción de labradores llenos de mugre. Cada uno tiene sus gustos: á mí, para satisfacer las necesidades de mi cuerpo y de mi espíritu, dadme de día una ventana en casa de Brookes y un confortable rinconcillo por la noche en Vatie, y no necesito nada más. Ya sabréis que desplumé á Montagne, el cervecero.

—He estado ausente de Londres.

—Le gané ocho mil en una jugada.—De aquí en adelante beberé vuestra cerveza—le dije.—¡Todos los pillos de Londres hacen otro tanto!—me respondió. Fué monstruosamente grosero; pero hay gente que no puede perder y conservar el buen humor. Ahora voy á Charges Street á ver si pago algo á cuenta de los intereses á King el judío. ¿Venís por ese camino? ¿No? En ese caso, adiós. Seguramente os veré á vos y á vuestro pariente en el casino ó en el Mall—añadió despidiéndose.

—Ese joven está destinado para ser mi sucesor—dijo mi tío con gravedad apenas salió Brummell.—Es muy joven, y su linaje, nada preclaro; pero se ha abierto camino con su desvergüenza, su gusto natural y su extravagante conversación. No hay hombre que pueda ser tan grosero dentro de una forma tan cortés. Se sonríe de un modo y arquea las cejas de una manera, que cualquier día de estos se gana un par de tiros. Su opinión se cita ya en los casinos rivalizando con la mía; pero estoy convencido de que cada hombre tiene su época, y cuando pase la mía no me verán más en San James Steet, porque no puedo ser segundo donde yo esté. Por lo que toca á ti, querido sobrino, con ese traje de ante bordado de azul puedes ir á cualquier parte: conque, si quieres, te enseñaré algo de la ciudad.

—¿Cómo podría describir todo lo que vimos é hicimos aquel hermoso día de primavera? Para mí, era como si repentinamente me hubieran hecho penetrar en un mundo encantado, y mi tío con su larga casaca fuera un mágico benévolo que me guiara por él. Me enseñó las calles del West-end, llenas de coches conduciendo señoras elegantemente vestidas y

caballeros con trajes riquísimos, suntuosos, que iban y venían, cruzando sin cesar de un lado para otro, como las hormigas cuando se desbarata el hormiguero con una cañita. Jamás había yo podido concebir aquellas interminables filas de casas, ni la incesante corriente de vida que circulaba entre ellas. Seguimos el Strand, donde la multitud era más compacta que en los demás sitios, y pasando por detrás de Temple Bar penetramos en la City, aun cuando mi tío me suplicó que no lo dijera á nadie, porque no quería que lo supiera todo el mundo. Allí vi el Banco, la Bolsa, el café de Lloyd, lleno todo de comerciantes afeitados y modestamente vestidos, de empleados que iban muy aprisa entre caballos grandes, y carreteros muy ocupados. Era un mundo muy diverso del que quedaba en el West, un mundo enérgico, fuerte, donde no tenían sitio los inútiles ni los holgazanes. Joven como yo era entonces, comprendí que el poder de la Gran Bretaña estaba en aquel enjambre de mercaderes, en las muestras que ostentaban los distintos almacenes, en los carros cargados á más no poder que se arrastraban sobre el pavimento. Allí, en la City de Londres, estaba la fecundísima raíz de donde brotaran el imperio, la riqueza y tantas otras ramas hermosas. La moda, el lenguaje, las costumbres: todo puede cambiar; pero el espíritu de empresa que se encerraba en aquel par de millas de terreno, era inmutable, porque si se secaba lo que de él había brotado, el tronco tenía que secarse necesariamente también.

Almorzamos en Stephen, el restaurant de moda en Bond Street, delante del cual había una fila de coches y caballos de silla que se extendían desde la puerta hasta el último extremo de la calle. De allí fuimos al Mall y al Parque de San James, y después á casa de Brooke, el gran casino conservador, y después al de Watier, donde jugaban los elegantes. Por todas partes hallábamos hombres de la misma condición, con la figura erguida y la cintura oprimida: todos mostraban gran deferencia á mi tío, y por respeto á él me toleraban á mí. La conversación era semejante en un todo á la que había oído en el pabellón del Príncipe; de política, de la salud del Rey, de las extravagancias del Príncipe, del recrudecimiento de la guerra, esperado por todos, de carreras de caballos y de boxeo. Vi también que, según me había dicho mi tío, la excentricidad era la última palabra de la moda, y si los habitantes del Continente nos consideran todavía como una nación de lunáticos, obedece, indudablemente, á la tradición que queda del tiempo en que sólo viajaban las personas de la clase en que entré yo en la época á que me refiero.

Era una época de heroísmo y de necesidad. De una parte, soldados, marinos y políticos de la talla de Pitt, Nelson y después Wellington, habían salido á la superficie por la inminente amenaza de Bonaparte. Éramos grandes en la milicia, é íbamos á serlo también en literatura, porque Scott y Byron eran en su tiempo de lo más culto de Europa. Por otra parte, el pasaporte que abría todas las puertas cerradas á la sabiduría y á la virtud, era la extravagancia, la locura, ya real, ya fingida. El hombre que podía entrar en un salón andando de distinto modo que los demás, el que podía silbar como un cochero, el que pensaba en alta voz teniendo á sus huéspedes en continua aprensión, eran los que conseguían celebridad en la sociedad de Londres.

Y entre el heroísmo y la locura, la distancia era tan pequeña que muy pocos, temiendo caer en el primero, se libraban del contagio de la segunda. En una época en que el presidente del Gobierno era un alcohólico, el jefe de la oposición un libertino, y el príncipe de Gales una combinación de ambos vicios, era difícil hallar un hombre cuyo carácter público y privado estuviera en armonía, siendo ambos respetables. Al mismo tiempo, aquel periodo, á pe-

sar de todos sus defectos, era fuerte, y aún hoy podríais llamaros afortunados si el país tuviera cinco nombres tan famosos como los de Pitt, Fox, Scott, Nelson y Wellington.

Aquella noche, en casa de Watier, sentado al lado de mi tío en uno de los divanes rojos del salón, supe los nombres de algunos de aquellos singulares personajes cuya fama y excentricidades todavía no se han olvidado por completo. Aquel largo salón de columnas, adornado con espejos y cuajado de candelabros, estaba lleno de hombres robustos que hablaban en alta voz, vestidos todos con traje negro de etiqueta, medias blancas de seda, camisa de holanda y sombrero plano, aplastado debajo del brazo.

—Aquel caballero anciano con cara de vinagre que tiene las piernas tan delgadas—dijo mi tío,—es el marqués de Queensberry. En una apuesta contra el conde de Taaffe hizo correr á su caballo diez y nueve millas por hora, y en treinta minutos, tirando de mano en mano una bola de cricket, hizo llegar un mensaje que recorrió cincuenta millas. El caballero con quien habla es sir Carlos Bumbury, del Jockey Club, que con objeto de que pasara Sam Chifuey, su jockey, hizo que se apartara el Príncipe en el camino de Heath, en Newmarket. El capitán Barclay es el que se acerca ahora á ellos: sabe más de instrucción militar que cualquier viviente, y en veintiuna horas recorrió noventa millas. Mírale las piernas, y verás que la Naturaleza las hizo exprofeso para él. Aquel otro que está parado junto á la chimenea, con el chaleco floreado, es Whalley el elegante, otro andarín que fué hasta Jerusalén con un redíngot azul, botas de montar y guantes de gamuza.

—¿Y por qué hizo eso?—pregunté asombrado.

—Mi tío se encogió de hombros.

—Fué una humorada—dijo—conquistó con ello á la sociedad, lo cual fué más beneficioso para él que la llegada á Jerusalén. Aquél de la nariz encorvada, es lord Petersham que se levanta siempre á las seis de la tarde y tiene el mejor rapé de Europa. Ése fué el que mandó á su criado que pusiera seis botellas de Jerez debajo de su cama y le dejara dormir dos días: habla con lord Palmure, que puede beberse seis botellas de clarete y discutir después con un obispo. Aquel hombre flaco con las piernas tan delgadas, es el general Scott, que vive con agua y pan tostado, y ha ganado 200.000 libras jugando al whist. Habla con el joven lord Blandford, que el otro día dió 1.800 libras por un Boccaccio. ¡Buenas noches, Dudley!

—¡Buenas noches, Tregellis!—respondió un hombre anciano de mirada incierta que se había detenido delante de nosotros y me miraba de arriba á abajo.

—¿Algún cachorrillo que Carlitos Tregellis ha cogido en el campo—le oí murmurar.—Ciertamente que no le honra mucho. ¿Habéis estado fuera de Londres, Tregellis?

—Unos días.

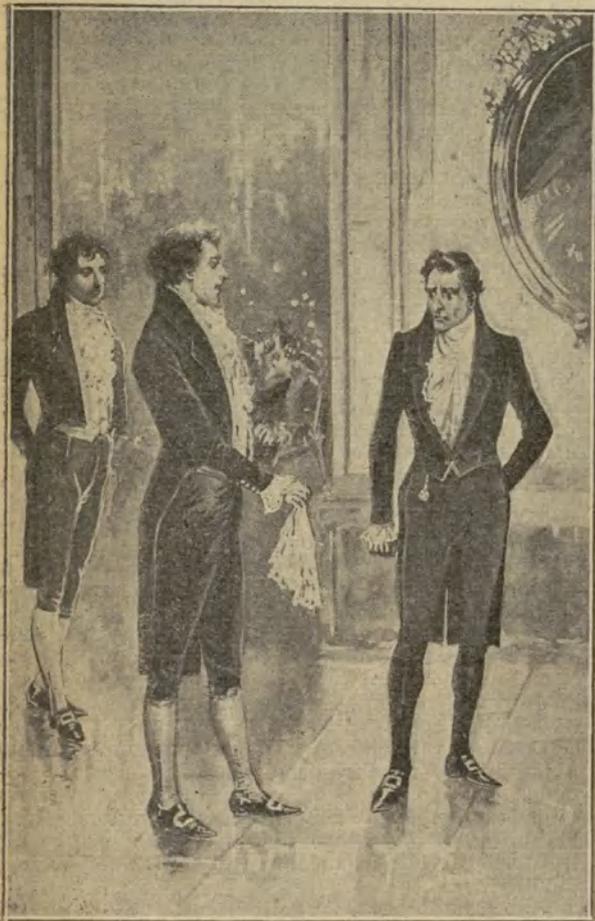
—¡Jem!—murmuró el hombre fijando en mi tío su soñolienta mirada.—No anda muy bueno, y si no sale adelante, tendrá que irse un día de éstos á su tierra, aunque sea en una pata.—Saludó y pasó de largo.

—¿Qué te mortifica, sobrino? ¡No pongas, por Dios, esa cara de disgusto!—dijo mi tío sonriendo.—Es el viejo lord Dudley, y siempre piensa en alta voz. Antes, los que le oían solían enfadarse; pero ahora no se preocupan de él. La semana pasada, cuando comió en casa de lord Elgin, suplicó á los invitados que le dispensaran por lo mal hecha que estaba la comida. Creyó que estaba en su propia casa. Esas peculiaridades le han abierto camino en la sociedad. Ahora se encuentra con lord Harewood, cuya singularidad consiste en imitar al Príncipe en todo. Un día éste se dejó la trenza dentro del cuello de la casaca, y Harewood se cortó la suya al momento, creyendo que habían dejado de estilarse. Allá vá Lumley, el hombre

feo, *L'homme laid*, como le llaman en París; el otro es lord Foley: le llaman el número 11 á causa de sus delgadas piernas.

—Aquel otro es el señor Brummell, tío—dije yo.

—Sí; pronto vendrá hacia acá. Ese joven se hará célebre. ¿No ves cómo mira en torno del salón á través de sus párpados semicerrados, como si fuera una condescendencia de su parte el haber entrado aquí? La arrogancia en pequeño es insufrible; pero cuando



—¡He perdido como un diablo!

llega á completo desarrollo, se hace respetable. ¿Qué tal, Jorge?

—¿Habéis oído lo de Vereker Merton?—preguntó Brummell acercándose seguido de dos ó tres petimetres.—Se fugó con la cocinera de su padre, y al fin se ha casado con ella.

—¿Y qué ha hecho lord Merton?

—Felicitarle calurosamente, confesar que nunca había considerado que tenía tanta inteligencia, y asigna una pensión considerable á la nueva pareja á condición de que viva con él y de que la recién casada continúe desempeñando en la casa el empleo que antes tenía. Y á propósito, Tregellis: he oído decir que ibais á casaros.

—No lo creáis, Jorge—repuso mi tío.—¿Por qué abrumar á una sola con las atenciones que complacen á tantas?

—Exactamente mi modo de pensar, y expresado con mucha claridad. ¿Acaso es noble destrozar una porción de corazones para embriagar á uno enloqueciéndolo? La semana que viene salgo para el Continente.

—¿Huyendo de los alguaciles?—preguntó uno de sus compañeros.

—¡No seas malo, Pierrepont! Es un viaje de instrucción y recreo. Además, hay una porción de cosas que sólo pueden obtenerse en París, y será conveniente hacer provisión, por si acaso estalla de nuevo la guerra.

—Tenéis razón—repuso mi tío, que, al parecer, se había propuesto sobrepujar á Brummell en extravagancia.—Yo solía comprar mis guantes color de azufre en el Palais Royal: cuando empezó la guerra en el 93 no pude volver, y á no haber sido por un lugre que alquilé expresamente para que me los trajera de contrabando, habría tenido que usar piel inglesa durante esos nueve años.

—Los ingleses planchan admirablemente; pero que no los metan en otras delicadezas.

—Nuestros sastres son buenos—agregó mi tío;—pero las telas carecen de variedad y gusto. La guerra nos ha hecho más retraídos que de costumbre. Nos impide viajar, y no hay nada como los viajes para ensanchar la inteligencia. El año pasado, por ejemplo, en la plaza de San Marcos, en Venecia, encontré una idea nueva para chalecos, y traje uno amarillo con un lindísimo listado rosa. ¿Podía haber hallado tal preciosidad no viajando? Hizo furor y estuvo de moda bastante tiempo.

El Príncipe también lo adoptó.

—Sí; generalmente, viste como yo le indico.—El año pasado íbamos tan iguales, que llegaron á confundirnos muchas veces, cosa que, aun cuando no habla mucho en mi favor, es puramente verídica. Se queja en muchas ocasiones de que la ropa en él no parece igual que en mí; pero ¿cómo he de decirle yo á que obedece eso? Y á propósito: Jorje, no os vi en el baile de la marquesa de Dover.

—Pues estuve allí un cuarto de hora ó cosa así. Me sorprende que no me vierais, aunque, á decir verdad, no pasé de la puerta, porque las preferencias indebidas dan lugar á celos.

Yo fui muy temprano—dijo mi tío,—porque había oído decir que habría algunas *debutantes* tolerables, y me agrada mucho decir á algunos cumplidos siempre que hay ocasión; cosa que no ocurre con frecuencia, porque tengo el gusto muy delicado.

Así continuaron hablando aquellos dos extravagantes, y yo, mirándolos á entrambos, apenas si podía contener la risa al ver la seriedad con que hablaban de asuntos tan triviales, la gravedad de su rostro, el abrir y cerrar de sus tabaqueras y la agitación de sus pañuelos de encaje. En torno suyo fué reuniéndose silenciosamente un grupo, que consideró aquella conversación como un altercado entre dos hombres estimados como árbitros rivales de la moda. El marqués de Queensberry le puso término pasando su brazo por el de Brummell y llevándosele consigo, en tanto que mi tío se arreglaba su rizada pechera de encaje y se estiraba los puños como el que se halla satisfecho de su suerte en el encuentro. Hace cuarenta y siete años que ocurrieron las escenas que acabo de describir en aquel círculo de dandys. ¿Dónde han ido á parar sus elegantes sombrerillos, sus maravillosos chalecos y aquellas botas tan pulimentadas que podían haber servido de espejos para arreglarse la corbata. Aquellos petimetres llevaban una vida extraña, y murieron de muerte más extraña aún: unos, á sus propias manos; otros, como mendigos; muchos, presos por deudas, y la mayor parte, los que más se habían distinguido por sus extravagancias, y entre ellos el más brillante de todos, en manicomios extranjeros.

—Aquél es el salón de juego, Rodney—dijo mi tío al pasar junto á una puerta abierta, cuando ya nos retirábamos.—Miré, y vi una larga fila de mesas pequeñas forradas de bayeta verde, en torno de las cuales se agrupaban muchos hombres. Á un lado había una mayor, de la cual salía continuamente un

murmullo de voces.—Ahí se puede perder cuanto se quiera—continuó sir Carlos,—excepto el humor y la cortesía. ¡Ah, sir Lotario! Confío en que la suerte os habrá favorecido.

Un hombre alto, delgado, de rostro duro y austero salía del salón de juego en aquel momento. Por entre sus espesas cejas se veían unos ojos vivos, grises, de mirada penetrante y furtiva; sus facciones eran angulosas, y tenía las mejillas y las sienes tan hundidas como una piedra sobre la cual resbalara el agua continuamente. Vestía completamente de negro, y vacilaba algo, como si estuviera bebido.

—¡He perdido como un diablo!—murmuró enfadado.

—¿A los dados?

—No; al whist.

—En eso no pueden haber os ganado mucho.

—¿No?—gruñó entre dientes.—Jugad un centenar de libras á una suerte y un millar á una trampa por espacio de cinco horas, perdiendo constantemente, y veremos lo que decís.

La expresión huraña del rostro de aquel hombre produjo viva impresión en mi tío.

—Espero que no os habréis arruinado—dijo.

—Casi, casi—repuso sir Lotario;—pero no se arregla hablando de ello. Y á propósito; Tregellis. ¿Habéis encontrado ya un adversario para la lucha?

—No.

—Perdéis bastante tiempo. Ya sabéis que la palabra es palabra en el juego, y si no la cumplís, reclamaré la prenda.

—Cuando fijéis el día, designaré á mi hombre, sir Lotario—repuso mi tío con frialdad.

—De hoy en cuatro semanas, si no tenéis inconveniente.

—Perfectamente. El 18 de Mayo, en ese caso.

—Para entonces espero haber cambiado mi nombre.

—¿Cómo es eso?—preguntó mi tío sorprendido.

—Porque probablemente, seré lord Avon.

—¿Qué? ¿Habéis sabido algo?—dijo mi tío con voz ligeramente temblorosa.

—Envié un agente á Montevideo, y cree haber hallado pruebas de que mi primo murió allí. De todos modos, es absurdo suponer que sólo porque un asesino quiera huir de la justicia...

—No consiento que empleéis esa palabra, sir Lotario!—dijo mi tío con severidad.

—Vos estabais allí, lo mismo que yo, y sabéis que cometí un asesinato.

—¡Os repito que no digáis eso!

Los altivos ojillos de sir Lotario tuvieron que bajarse ante la imperiosa mirada de enojo que fulguró en los de mi tío.

—Bueno—ñadió;—dejemos ese asunto á un lado, y convengamos en que es monstruoso suponer que el título y los bienes van á estar siempre en ese estado. Yo soy el heredero, Tregellis, y haré valer mis derechos.

—Y yo, como sabéis muy bien, era el mejor amigo de lord Avon—replicó mi tío con seriedad.—Su desaparición no ha alterado en lo más mínimo mi cariño, y mientras no se sepa claramente lo que ha sido de él, procuraré por todos los medios que se respeten sus derechos.

—Sus derechos serían ahora la gota y la vejez—repuso sir Lotario; y cambiando súbitamente de aspecto, cogió del brazo á mi tío, diciéndole:

—¡Vamos, Tregellis! Yo era amigo suyo, lo mismo que vos; pero no podemos alterar los hechos, y ya es tarde para discutirlos. ¿Continuáis del mismo modo de pensar respecto de la invitación que me hicisteis para el viernes?

—Ciertamente.

—En ese caso, llevaré á Wilson el Cangrejo, y arreglaremos definitivamente las condiciones de nuestra apuesta.

—Perfectamente, sir Lotario. Cuento con veros.

Ambos se saludaron, y mi tío se detuvo unos instantes, mirándole mientras se confundía entre los concurrentes.

—¡Un buen *sportman*, sobrino—me dijo!—Es un jinete atrevido y el mejor tirador de pistola que hay en Inglaterra; pero... ¡es un hombre peligroso!

CAPÍTULO X

Los luchadores.

Al finalizar la primera semana de mi estancia en Londres, tuvo lugar la cena que mi tío dió á los luchadores, como era costumbre en los caballeros de aquel tiempo cuando querían figurar ante el mundo como corintios ó patronos del deporte.

Así, pues, no sólo invitó á los principales boxeadores de su época, sino á cuantos personajes de la buena sociedad se interesaban por ellos. Allí estaban Fletcher Reid, lord Say y Sele, sir Lotario Hume, sir Juan Lade, el coronel Montgomery, sir Tomás Apreece, el honorable Berkeley Craven y muchos más. Habíase esparcido por los casinos el rumor de que iba á asistir el Príncipe, y se buscaban con empeño las invitaciones.

La hostería donde había de verificarse, que era muy conocida de todos los aficionados á los deportes, ostentaba el pomposo nombre de «El Carro y los Caballos», y su dueño había sido en sus buenos tiempos un boxeador muy aceptable. El servicio era todo lo más primitivo que pudiera desear el más genuino de los bohemios, siendo una de las muchas modas curiosas que han muerto ya el que los hombres, hastiados del lujo y la vida de sociedad, hallasen, al parecer, un aliciente grato descendiendo á los sitios más comunes y vulgares, de tal modo, que los garitos y sitios públicos de Covent-Garden y Haymarket solían estar muchas noches llenos de gente ilustre que se complacía reuniéndose bajo sus ahumados techos. Para ellos era un cambio grato volver la espalda á los guisos de Weltjie y de Ude y comer en una cervecería un trozo de carne asada, remojada con un cuartillo de cerveza servido en un jarro de estaño. Un numeroso grupo esperaba en la calle para ver entrar á los boxeadores, y mi tío me recomendó mucho que tuviera cuidado con mis bolsillos mientras nos abríamos camino para llegar hasta el comedor, una habitación grande con cortinas rojas y descoloridas, piso enarenado y las paredes cubiertas de estampas, donde se veían pugilatos y carreras de caballos. Unas cuantas mesas manchadas de licor obscuro, separadas entre sí, ocupaban la habitación, y en torno de una de ellas se hallaban sentados media docena de atletas formidables, en tanto que uno, el más bruto de todos, sentado sobre la misma mesa, agitaba las piernas de un lado para otro. Junto á él había una bandeja con vasos y jarros de estaño.

—Los muchachos tenían sed, señor—dijo el dueño de «El Carro y los Caballos»,—y pensé que no tendría inconveniente...

—Has hecho bien, Bob. ¿Cómo estáis todos? ¿Qué tal, Maddox? ¿Y vos, Baldwin? ¡Ah!, Belcher; me alegro mucho de veros!

Los boxeadores se levantaron quitándose el sombrero, exceptuando el que ocupaba la mesa, que continuó columpiando las piernas y mirando á mi tío con suma frialdad.

—¿Cómo vamos, Berks?

—Así, así. ¿Y vos?

—Di señor cuando hablas con un caballero—dijo Belcher dando tal empujón á la mesa, que Berks salió volando, yendo á caer casi en brazos de mi tío.

—¡Cuidadito con eso, Jem; no me gustan las bromas!—exclamó Berks enfadado.

—¡Ya te enseñaré yo á tener educación, Joe, ya que

no lo hizo tu padre! No estás bebiendo en una taberna sino entre gente noble, corintios generosos, y debes conducirte como es debido.

—Siempre me han considerado á mí como un caballero — murmuró Berks;—pero si no he dicho ó hecho lo que debiera...

—¡Basta, basta, Berks; no os apuréis!—dijo mi tío, deseoso de apaciguar los ánimos y evitar que diera principio la fiesta con una disputa.—Aquí veo á otros amigos. ¿Cómo estáis, Apreece?, ¿Y vos, Coronel? Jackson, os encuentro mucho mejor. Buenas noches, Lade; confío en que lady Lade no habrá sentido molestia alguna después de nuestro agradable viaje. ¡Ah, Mendoza! ¿Estáis en disposición de arrojar vuestro sombrero á lo alto en este mismo instante? Sir Lotario, me alegro mucho de veros: aquí encontrareis algunos amigos.

Entre el grupo de corintios y boxeadores que entraba en la sala, distinguí la corpulenta figura y el rostro jovial del campeón Harrison. Su presencia fué como una ráfaga de aire de Docon del Sur penetrando en aquella estancia mal oliente y baja de techo: corrí á él deseoso de estrecharle la mano.

—¡Hola, señorito Rodney! Es decir, señor Stone. ¿Cómo habéis cambiado! Apenas si puedo creer que sois el que iba á dar al fuelle cuando Jim y yo estábamos en el yunque. ¡Vaya, pues no estáis poco guapo que digamos!

—¿Qué noticias traéis de Friar's-Oak?—pregunté con ansiedad.

—Vuestro padre fué á charlar un rato conmigo no hace mucho, y me dijo que iba á haber guerra otra vez, y que espera veros aquí en Londres antes de que pasen muchos días, porque tiene que venir para ver á lord Nelson y hablar de un barco. Vuestra madre está buena; el domingo la vi en la iglesia.

—¿Y Jim?

El alegre semblante del campeón se nubló instantáneamente.

—Se había hecho la ilusión de que iba á venir conmigo esta noche. Pero yo no he querido que fuera así, por muy buenas razones, y hemos tenido un disgusto; el primero desde que nació, y creed que lo siento, señorito Rodney. Aquí para entre nosotros, tengo una razón especial para querer que esté conmigo, y estoy seguro de que con su genio, si le toma el gusto á Londres, no habrá quien le haga estarse quieto allí. Le dejé con bastante trabajo á fin de que esté entretenido hasta que yo vuelva.

Un hombre alto, muy bien proporcionado y elegantemente vestido venía hacia nosotros. Al llegar, sorprendido tendió la mano á mi compañero.

—¡Hola, Jack Harrison!—exclamó.—¡Esto es una resurrección! ¿De dónde habéis salido?

—Me alegro mucho de veros, Jackson—dijo el herrero:—estáis tan joven y rozagante como siempre.

—Gracias por el cumplido. Me retiré del campo cuando no tenía con quién luchar, y me dediqué á la enseñanza.

—Yo soy herrero en el camino de Sussex.

—Muchas veces me sorprendió no veros en la pista; aunque, á decir verdad, de vos á mí, me alegro que fuera así.

—Sois muy bueno hablando así, Jackson. Quizás me hubierais visto; pero la vieja no me lo consintió. Es una buena esposa para mí, y no he querido contrariarla. Hoy por hoy me encuentro aquí como gallina en corral ajeno, porque estos muchachos no son de mi tiempo.

—Todavía tendríais algo que enseñarles — dijo Jackson tocando el brazo de mi amigo:—nunca se ha visto nada mejor en una pista de veinticuatro pies. Por cierto que sería una fiesta veros luchar con ellos.

—¿Queréis que os presente?

Los ojos de Harrison brillaron ante aquella idea; pero movió la cabeza.

—No, Jackson—dijo—he hecho una promesa á mi

vieja y quiero cumplirla. ¿No es Belcher aquel joven guapo con el traje tan flamante?

—Sí; ése es Jem. ¿No le habéis visto? ¡Es una alhaja!

—Eso he oído. Y el joven que está con él ¿quién es? Parece muy apañadito.

—Es uno nuevo; se llama Wilson el Cangrejo.

—Ya he oído hablar de él—dijo Harrison mirando á Wilson con interés.

—Tengo entendido que están buscándole un contrincante.

—Sí; sir Lotario Hume, aquel caballero tan escuálido es el que le patrocina contra el protegido de sir Carlos Tregellis. Creo que esta noche nos hablarán de eso. Jem Belcher elogia mucho al Cangrejo. Allí está Tomás, el hermano menor de Belcher, que también anda buscándole contrario. Dicen que es más vivo que Jem; pero no tiene tanta fuerza. Estaba hablando de tu hermano, Jem.

—El muchacho se abrirá camino—dijo Belcher que se había acercado á nosotros;—hasta ahora es más pugilista que luchador; pero cuando se le aprietan los músculos, podrá hacer lo que quiera. En Bristol hay hoy una porción de luchadores; dos más, Gully y Pearce vendrán también, y seguramente habrá en Londres quien deseará que no se hubiesen movido de su tierra.

—Aquí está el Príncipe—dijo Jackson sintiendo un murmullo que se elevaba desde la puerta.

Vi que entraba Jorge de muy buen humor, con la sonrisa impresa en su hermoso rostro. Mi tío le saludó y le presentó algunos de los corintios.

—Vamos á tener jaleo, amigo mío!—dijo Belcher á Jackson.—Allí está Joe Berks bebiendo ginebra en un jarro, y ya sabéis lo animal que se vuelve cuando está borracho.

—Hay que evitar que beba más—dijeron algunos boxeadores.—Es un hombre que encanta cuando está sereno; pero si se embriaga no hay quien le aguante.

Jackson, á quien á causa de sus proezas y del tacto que poseía consideraban como hombre bueno en el gremio de luchadores y solía ser designado con el título de general en jefe, se acercó con Belcher á la mesa donde Berks continuaba sentado. El rufián tenía la cara encendida y los ojos pesados y sanguinolentos.

—Debéis tener un poco de formalidad esta noche, Berks—dijo Jackson,—el Príncipe está presente, y...

—Pues no le había visto todavía—replicó el borracho balanceándose y saltando de la mesa.—¿Dónde está mi general? Decidle que Joe Berks quiere tener la honra de estrecharle la mano.

—Eso es precisamente lo que no haréis, Joe—dijo Jackson poniendo una mano sobre el pecho de Berks, que intentó abrirse camino entre la concurrencia.—Es preciso que permanezcáis en vuestro lugar: de lo contrario, os llevaremos á un sitio donde podréis meter cuanto ruido queráis.

—¿Dónde es eso, mi general?

—En la calle, fuera de la ventana. Es preciso que pasemos la velada en paz, y Jem Belcher y yo tendremos cuidado de que sea así, si os empeñáis en poner en práctica alguna de vuestras jugadas de Whitechapel.

—No intento hacer daño alguno, patrón—murmuró Berks.—Ya sabéis que siempre he tenido fama de caballero.

—Eso he dicho yo siempre, Joe Berks; pero hay que demostrar que lo sois en realidad. La cena está lista, el príncipe y lord Sele se van ya. De dos en dos, muchachos, y no olvidéis entre qué gente estáis.

Habían servido la cena en un salón muy grande, adornando las paredes con lemas y banderas. Las mesas ocupaban tres lados de un cuadrado; mi tío, presidiendo desde el centro de la principal, tenía al príncipe á la derecha y á lord Sele á la izquierda. Como medida previsora se habían designado los puestos de antemano, á fin de que los señores pu-

dieran estar mezclados entre los profesionales, sin que se diera el caso de que estuvieran juntos dos rivales ó dos que habiendo luchado recientemente se hallaran en la relación de vencido y vencedor. A mí me colocaron entre el campeón Harrison y un hombre grueso y jovial que, según me dijo él mismo, era dueño de una taberna en Jeremyn Street y uno de los más diestros en la lucha, y respondía al nombre de Bill Warr.

—Lo que me mata es tanta carne, señor—me dijo;—voy engordando demasiado: debería llegar á treinta y ocho y apenas si hago diez y siete. Y tiene la culpa mi negocio, porque paso el día detrás del mostrador sin atreverme á rehusar una copa por temor de ofender á un parroquiano. Eso ha sido la ruina de otros muchos del gremio desde hace tiempo.

—Deberíais hacer lo que he hecho yo—dijo Harrison;—soy herrero, y en quince años no he aumentado medio *stone*.

—Unos se ocupan en una cosa y otros en otra; pero la mayor parte preferimos tener un establecimiento. Ahí está Will Wood, al cual vencí luchando con él un día de nevada en Navestock, y ahora es cochero. Faby el joven es camarero; Dick Humphries, que siempre tuvo aire de señor, vende carbón; Jorje Jugleston es carretero en una cervecería. Todos encontramos un modo de vivir; pero vos, al menos, viviendo en el campo, os veis libre de algo muy fastidioso: los jóvenes corintios que continuamente nos hacen la pascua á los que estamos en Londres, abrumándonos con sus golpes.

A mi modo de ver, ésta era la menor inconveniencia que podía molestar á aquellos famosos boxeadores; pero los que ocupaban los sitios opuestos á nosotros asintieron, mostrando conformidad con lo dicho por Bill Warr.

—Tiene razón Bill—dijo uno:—nadie sufre con ellos tanto como yo. A lo mejor vienen de noche á mi tienda con la cabeza trastornada por el vino.—¿Sois Tom Owen el pugilista?—me dicen.—Servidor vuestro—respondo.—En ese caso, tomad eso—añaden descargando sobre mis narices un puñetazo ó dándome un golpe en las costillas. Así pueden asegurar que han pegado á Tom Owen.

—¿Y no les escurris el bolsillo en cambio?—preguntó Harrison.

—Procuro hacerlo.—Caballeros, les digo, la lucha para mí es una profesión, y no peleo por amor al arte, sino por dinero, lo mismo que un médico cura á un enfermo ó un carnicerero da una chuleta de vaca. Saacá la bolsa, y os venceré gustoso; pero no esperéis llegar aquí y boxear con un semicampeón de balde completamente.

—Eso es lo que yo hago también, Tom—dijo mi vecino;—y si dejan una guinea sobre el mostrador (cosa que hacen si han bebido de veras), les doy lo que á mí parecer representa esa cantidad, y me guardo el dinero.

—¿Y si no lo dan?

—En ese caso, considerándolo como un atentado contra el cuerpo del Bill-Warr, súbdito de Su Majestad, doy parte al día siguiente, y tienen que pagar una multa de 20 chelines ó pasar una semana en la cárcel.

Entretanto que tenían lugar tales conversaciones, la cena seguía su curso. Era una de aquellas comidas fuertes, sin compromiso para los que las servían, que se daban en los días de nuestros abuelos, y que pueden explicar en parte la razón de que muchos no hayáis conocido tal parentela.

Grandes ruedas de vaca y carnero, lenguas humeantes, pasteles de jamón y ternera, pavos, gallinas y gansos, con toda clase de vegetales y una enorme cantidad de fruta y cerveza eran la base principal de la cena. Eran carnes iguales y guisos semejantes á los que habían comido sus antepasados normandos y sajones catorce siglos antes. Cuando

vi á través del humo de las fuentes aquellos semblantes activos y rugosos, aquellos hombres atléticos que se inclinaban sobre la mesa, imaginé hallarme en una de aquellas antiguas orgías en las que, según he leído, los comensales pelaban las piernas de vaca hasta dejar el hueso limpio, y después arrojaban las sobras á sus prisioneros. De vez en cuando alguna nariz aguileña recordaba el tipo normando; pero, por regla general, los rostros duros y estoicos de hombres cuya vida era la lucha, respondían á la idea que tenemos en estos tiempos modernos de aquellos crueles piratas y aventureros, de los cuales procede nuestra raza.

Y, sin embargo, al mirar la larga fila que se extendía frente á mí vi que los ingleses, aun cuando estaban en proporción de un 90 por 100, no eran los únicos dueños del campo, y que había otras razas que podían producir luchadores dignos de colocarse entre los mejores.

Verdad es que no había en el salón hombres más hermosos que Jackson y Jem Belcher, el uno con su soberbia figura, su diminuta cintura y sus hereúleas espaldas, y el otro tan bien formado como una antigua estatua griega, con una cabeza cuya hermosura habían querido copiar muchos escultores, y con delicadas líneas que le daban la ligereza y actividad de una pantera. Al mirarle por primera vez, me pareció leer algo trágico en su semblante. Tal vez preveía el día, no muy lejano, en que un pelotazo había de dejarle tuerto para siempre. Si se hubiera detenido allí, con una carrera durante la cual no halló quien le venciera, el ocaso de su vida hubiera sido tan glorioso como su aurora; pero su altivez no podía permitirle ceder sus derechos sin luchar por ellos. Aún hoy día, si no sentís emoción alguna leyendo la historia de aquel hombre valeroso, que, incapaz de medir las distancias con un solo ojo, luchó por espacio de treinta y cinco minutos con un adversario joven y formidable, y que en la amargura de su derrota sólo se quejó de que con ella arruinaba al amigo que había apostado en favor suyo toda su fortuna, es que os falta algo para ser hombres.

Pero si no había en las mesas quien pudiera vencer á Jackson y á Jem Belcher, había otros que, siendo de tipo y raza muy diversos, eran pugilistas muy peligrosos. Un poco más abajo del sitio que yo ocupaba vi el negro rostro y la lanuda cabellera de Bill Richmond, vestido con la librea roja y dorada de un lacayo, y destinado á ser el predecesor de Molineaux, Sutton y toda aquella hueste de boxeadores negros que han demostrado que el poder muscular y la insensibilidad al dolor que caracterizan al africano, le dan una ventaja particular en la lucha corporal. Podía vanagloriarse también del alto honor de ser el primer africano que ganara laureles en el campo inglés. Allí vi también las afladas facciones de Dan Mendoza, el judío que acababa de retirarse de la vida activa dejando tras sí una fama de elegancia y perfección que nadie ha superado hasta hoy. El único lunar que los críticos pudieron hallar en su manera de ejecutar, era poca fuerza en los golpes; defecto que no habían podido encontrar en su vecino, cuyo largo rostro, curva nariz y ojos oscuros y fulgurantes proclamaban que pertenecía también á la raza semita.

Era el formidable Sam, el holandés, cuya fuerza era tanta, á pesar de no llegar más que á nueve *stones* con seis, que sus admiradores muchos años después todavía apostaban por él contra los de catorce. Otra media docena de rostros semitas demostraban que los judíos de Houndsditch y Whitechapel se habían aficionado sobremanera al deporte de su patria adoptiva, y que, lo mismo en ésta que en otras manifestaciones más serias del poder humano, podían codearse con los más afamados mantenedores.

Mi vecino Warr, con su buen humor, fué quien me habló de todas aquellas celebridades, los ecos de

cuya fama habían llegado hasta nuestra aldehuela de Sussex.

—Allí tenéis á Andrés Gamble, el campeón irlandés—me decía:—ése fué el que venció á Noé James, el guardia, y después quedó medio muerto á manos de Jem Beilcher en el valle de Wimbledon, junto á la horca de Abbershaw. Los dos inmediatos á él son también irlandeses: Jack O'Donnell y Bill Ryan. Cuando podáis encontrar un buen irlandés, no debéis desear cosa mejor; pero son muy precipitados. Aquel jorobadillode, tan sdeñoso al parecer, el Caleb Baldwin, el frutero, es el que apodan el *Orgullo de Westminster*. Su altura no llega á más de cinco pies siete pulgadas, y no alcanza más que á nueve *stones* con cinco; pero tiene un corazón de gigante. Jamás ha encontrado quien le venza: entre los que se han reunido aquí, sólo podría hacerlo Sam el holandés. Allí está Jorge Maddox, otro de la misma clase y tan bueno como el primero. Aquél, tan caballero en su porte, que come con tenedor queriendo parecerse á los corintios, es Dick Humfries, el que tenía el campeonato hasta que se presentó Mendoza. ¿Veis aquel otro que tiene el pelo cano y unas marcas en el rostro?

—¡Ese es Tom Faulkner!—exclamó Harrison siguiendo la dirección del dedo de Bill Warr.—Es el jugador de bochas más grueso en todo el Mediodía: cuando estaba en su apogeo, no había en Inglaterra muchos boxeadores que pudieran medirse con él.

—Estáis en lo cierto, Jack Harrison. Era uno de los tres que vinieron á luchar en aquella apuesta de los tres mejores de Birmingham contra los tres mejores de Londres. Es una siempreviva. Cuando después de cincuenta minutos de lucha venció á Jack Jhornhill, que á su vez había salido airoso luchando con varios jóvenes, tenía ya cincuenta y cinco años. Vale más la diferencia en peso que en años.

—¡Hay que servir á la juventud!—dijo una voz llorosa desde el otro extremo de la mesa.—¡Ay, señores! ¡Hay que servir á la juventud!

El hombre que así hablaba era la persona más rara de todas las que se habían reunido en quel salón. Era muy viejo; tanto, que no puedo compararle con nadie. Contemplando su momificada piel y sus ojos mortecinos, habría podido adivinar su edad. En su amarillenta calva sólo se veían unos cuantos cabellos blancos separados entre sí. Sus facciones estaban tan desfiguradas, que apenas si parecían humanas, y las arrugas y la piel fofa de la edad avanzada acababan de afeár un rostro que siempre había sido grotesco, y que estaba, además, magullado y señalado por una porción de golpes. Cuando empezó la cena ya me había yo fijado en aquel viejecillo, que, apoyado en la mesa como si no pudiera tenerse solo, comía despacito los manjares que le ponían delante. Gradualmente, sin embargo, según fueron sirviéndole vino sus vecinos, fué enderezándose, se ensancharon sus hombros, le brillaron los ojos y miró en torno suyo, primero con aire de sorpresa, como si no hubiera podido darse cuenta exacta de cómo estaba allí, y después con interés creciente según iba escuchando la conversación que tenía lugar en torno suyo.

—Ése es el viejo Buckhorse—murmuró el campeón Harrison.—Cuando yo entré en el gremio, hace veinte años, era exactamente lo mismo que ahora. Hubo un tiempo, sin embargo, en que fué el terror de Londres.

—Así era en realidad—dijo Bill Warr.—Luchaba como un ciervo, y era tan fuerte, que por media corona dejaba que le derribase cualquier señorito. No podía estropeársele la cara, porque, como veis, siempre ha sido el hombre más feo de toda Inglaterra. Hace cerca de sesenta años que está mandado retirar; pero le ha costado muchos golpes antes de que pudiera comprender que iba desapareciendo su fuerza.

—¡Hay que servir á la juventud!—volvió á repetir con acento sordo el viejecillo moviendo tristemente la cabeza.

—¡Llenadle el vaso!—dijo Warr.—Y tú, Tom, da al viejo Buckhorse un sorbo de ginebra. ¡Es preciso calentarle el corazón!

El viejo apuró el vaso que le servían: el efecto fué instantáneo y extraordinario. Brillaron sus macilentos ojos, un ligero carmín se extendió por sus marfileñas mejillas, y abriendo su desdentada boca, emitió un sonido musical semejante á la vibración de una campana, peculiar suyo, al cual respondieron todos los comensales con una carcajada. Estiraban la cabeza unos sobre otros, deseosos de ver bien al veterano.

—¡Allí está Buckhorse!—exclamaron.—¡Buckhorse, que vuelve otra vez á la lid!

—Reid cuanto queráis, señores—murmuró el viejo en su dialecto peculiar y levantando sus dos manos flacas y velludas.—No podréis ver muchas veces más estas arrugadas manos, que han luchado con Figg, con Jack Broughton, con Hary Gray y otros muchos boxeadores de nota antes de que vuestros padres empezaran á comer papilla.

La concurrencia volvió á reír animando al viejo con sus gritos, mitad burlones, mitad afectuosos.

—¡Vamos, Buckhorse! ¡Contadnos cómo se hacía en vuestro tiempo!

El viejo boxeador miró en torno suyo con aire de desprecio.

—Por lo que veo—exclamó en voz alta, quebrada y temblorosa,—muchos hay aquí que no se atreverían á quitar una mosca de un trozo de carne: la mayor parte de vosotros habríais sido muy buenas doncellas; pero errasteis el camino y os metisteis en la pista.

—¡Cerradle la boca!—exclamó una voz ronca.

—Joe Berks—dijo Jackson,—si Su Alteza Real no estuviera aquí, le ahorraría al verdugo el trabajo de ahorcarte.

—Puede ser que tenga que hacerlo algún día—dijo el rufián, medio borracho y levantándose vacilante;—pero si he dicho algo que no sea de caballeros...

—¡Sentaos, Berks!—exclamó mi tío con un tono tal de autoridad, que el rufián procuró ocultarse en su asiento todo lo posible.

—¿Quién se atreve á mirar cara á cara á Tom Slack—dijo el anciano con su atiplada vocecilla,—ó á Jack Broughton, el que dijo al duque de Cumberland que no pedía más sino que le dejasen luchar con la guardia del rey de Prusia, día tras día y año tras año, hasta concluir con todo el regimiento..., y eso que el menor de ellos tenía seis pies de altura? ¿Quién de vosotros sería capaz de levantarse después de recibir un golpe como el que Gondolcery, el italiano, dió á Bob Wittaker?

—¿Cómo fué eso, Buckhorse—gritaron varias voces.

—Uno que vino del extranjero. Era tan gordo, que apenas si hubiera entrado por esa puerta, y tenía tanta fuerza, que donde descargaba la mano no quedaba hueso sano. En cuanto rompía un par de mandíbulas, no había quien fuera en contra suya. El Rey mandó uno de sus caballeros á Figg para que le enviara un hombre capaz de luchar con un pugilista que acababa con cuantos se presentaban rompiéndoles las mandíbulas.—Voy á enviarle un muchachito de Cockney, al cual no le romperá nada—dijo Figg.—Yo estaba con él en el café de Slaughter cuando recibió el recado, y me vine con ellos.

Y el viejecillo volvió á emitir aquel sonido semejante al vibrar de una campana, y corintios y boxeadores volvieron á aplaudir.

—Su Alteza Real, ó mejor dicho, el conde de Chester, se alegrará mucho sabiendo el final de esa historia, Buckhorse—dijo mi tío después de oír algo que el Príncipe le dijo al oído.

—Bien, Alteza Real — repuso el viejo; y continuó así:—Cuando llegó el día, toda la gente fué á presentarse á la lucha al anfiteatro que Figg tenía en Tottenham-Court. Allí estaban ya Bob Wittaker, el Chiquito de Cockney, Gondoleery el italiano y la gente más distinguida de Londres; lo menos veinte mil personas, sentadas en las barreras delante del escenario. Como padrinos de Bob nos presentamos Jack Figg que, sólo por amor á la justicia quería hacer lo que fuera justo, y yo. En el centro del patio había un pasadizo por el cual entraba la gente para llegar á sus asientos, y al final se hallaba el escenario. Aparecieron Bob y el gran italiano, tan hinchado como si le hubieran soplado con un fuelle. —¡Aplástale, Bob!—grité;—y Bob se acercó. Pero el extranjero le descargó un puñetazo tan tremendo, que sentí el ruido de los dedos y silbar algo cerca de mí. Cuando miré, vi al italiano palpándose los brazos en el centro del escenario; pero de Bob no había la menor señal, como si no hubiera existido nunca.

El auditorio parecía electrizado por la relación del viejo, y una docena de voces se levantaron gritando á un tiempo:

—¿Y qué fué de él, Buckhorse? ¿Se lo tragó?

—Eso era precisamente lo que yo pensaba también, cuando de repente vi que se agitaban dos piernas entre la multitud, semejando dos alas amarillas: como yo sabía que el calzón de Bob era de ese color con ribetes azules, comprendí que había caído allí. Se abrieron camino vitoreándole y animándole, aun cuando, á decir verdad, jamás perdió el valor. Al principio estaba tan mareado, que no sabía si se hallaba en una iglesia ó en una cárcel; pero cuando yo le tiré de las orejas, se serenó. —¡Vamos á ver si tengo más suerte, Buck! — me dijo. Gondoleery se preparó de nuevo; pero Bob, saltando sobre él, le dió el puñetazo más fuerte que se ha dado jamás.

—¿Qué más? ¿Qué más?—gritaron.

Gondoleery cayó al suelo apenas sintió la mano de Bob en su cuello; pero levantándose al instante, gritó: «¡Gloria! ¡Aleluya!» lo más fuerte que jamás he oído, y de un salto cayó en el pasadizo, echando á correr como si tuviera alas. La concurrencia se puso en pie desternillándose de risa, y unos cuantos quisimos seguirle corriendo tras él por Holburn, Fleetstreet, Cheapside, hasta llegar á la casa naviera de Vopping, donde le hallamos preguntando si podían darle un pasaje para el extranjero.

Cuando el viejo Buckhorse terminó su historia, hubo mucho ruido de voces, carcajadas y choque de vasos; vi que el príncipe de Gales entregaba algo á un criado, el cual á su vez, acercándose al veterano, dejó en sus manos algo que éste deslizó en su bolsillo. Entretanto, habían levantado los manteles y cubierto después las mesas de vasos, botellas y largas pipas de barro y cajas de tabaco. Mi tío no fumaba, temeroso de que pudieran ennegrecérsele los dientes; pero muchos señores, y el Príncipe entre los primeros, dieron ejemplo encendiendo sus respectivas pipas. No era preciso ya reprimirse, y los boxeadores, excitados por el vino, se saludaron unos á otros desde lejos, haciendo extensivos sus saludos á amigos que ocupaban el extremo opuesto del salón. Los aficionados, siguiendo el ejemplo de sus invitados, metían tanto ruido como éstos discutiendo el mérito de los diferentes hombres presentes, criticando en sus mismas barbas el modo de batirse de unos y otros, y haciendo apuestas sobre el resultado de futuros partidos.

Cuando la conversación y el ruido estaba en todo su apogeo, se dejó sentir un repiqueteo sobre la mesa, y mi tío se levantó para hablar. Al verle allí con su rostro pálido, tranquilo, su hermosa figura y su alto continente, comprendí que, no obstante su delicadeza y elegancia, era hombre que dominaba á aquellos seres crueles, como el cazador domina á la impaciente jauría. Hablando en un lenguaje claro y

conciso, manifestó su alegría por ver reunidos bajo aquel techo á tan buenos sportmen, reconociendo el honor que la presencia de un personaje tan ilustre como el conde de Chester les hacía á él y á sus huéspedes dignándose asistir á la cena. Sentía que la estación no fuera á propósito para jugar un rato; pero tenían tanto que hablar unos con otros, que no lo echarían de menos. En su opinión, los deportes de la pista presentaban el desprecio da dolor y da peligro que desde hacía mucho tiempo había contribuido poderosamente á la salvación del país, y que, si lo que se decía era cierto, no tardarían mucho en ser necesarios otra vez. Si entraba en nuestra tierra un enemigo, teniendo tan poco ejército como teníamos, sería preciso apelar al valor acreditado por la práctica y contemplación de los deportes viriles. También habían servido las reglas de la pista en tiempo de paz para reforzar los principios legales del juego y para obligar á la opinión pública á abominar del uso de la navaja y el cuchillo, tan corriente en otros países. Pedía, por lo tanto, que se diera un brindis al éxito del gremio, simbolizado en la persona de Juan Jackson, que podía tomarse por el tipo de todo lo más admirable en el boxeo británico.

Después que Jackson respondió con una ligereza y facilidad que para sí quisieran muchos hombres públicos, mi tío volvió á levantarse.

—Esta noche nos hemos reunido aquí—dijo—no sólo para celebrar las pasadas glorias del boxeo, sino también para disponer algunos partidos para lo futuro. Una vez que boxeadores y jugadores nos hallamos bajo este techo, será fácil entendernos. Yo, por ejemplo, he empezado ya haciendo una apuesta con sir Lotario Hume, cuyas condiciones expondrá dicho caballero.

Sir Lotario se levantó con un papel en la mano.

—Las condiciones, Alteza Real y caballeros, son sumariamente las siguientes—dijo:—Mi hombre Wilson el *Cangrejo*, de Gloucester, que nunca ha luchado en batalla de premios, está dispuesto á encontrarse el 18 de Mayo de este año con un hombre, cualquiera que sea su peso, elegido por sir Carlos Tregellis, el cual se ha comprometido á que sea un hombre menor de veinte años ó mayor de treinta y cinco, á fin de excluir á Belcher y demás individuos que se disputan los honores del campeonato. La apuesta consiste en dos mil libras contra mil, de las cuales el que gana pagará doscientas á su hombre.

Era curioso ver la gravedad de aquella gente, luchadores y espectadores, pesando las condiciones del partido.

—Tengo entendido—dijo sir Juan Lade—que Wilson el *Cangrejo* tiene veintitrés años, y que, aun cuando nunca ha entrado en lucha formal en Londres, no por eso ha dejado de penetrar en una pista y boxear con apuestas en muchas ocasiones.

—Yo le he visto media docena de veces, por lo menos—dijo Belcher.

—Precisamente por esa razón apuesto doble contra sencillo, sir Juan.

—¿Puedo preguntar cuál es la altura exacta y el peso de Wilson?—preguntó el Príncipe.

—Cinco pies, once y trece *stones*, Alteza Real.

—Bastante alto y pesado para cualquiera—murmuró Jackson. Los profesionales asintieron todos.

—Leed las reglas del combate, sir Lotario.

—Tendrá lugar el martes 18 de Mayo, á las diez de la mañana, en un sitio que se indicará después. La pista será de veinte pies en cuadro. Ninguno de los dos ha de ceder sin un golpe que le derribe, y con la decisión de los árbitros, que serán tres, escogidos sobre el terreno; dos corrientes y uno para caso de empate. ¿Estáis satisfecho, sir Carlos?

Mi tío se inclinó.

—¿Tenéis algo que oponer, Wilson?

El joven pugilista, que tenía una figura rara y floja

y un lindo semblante, se pasó los dedos por entre el cabello.

—Dispensadme, señor—dijo con un ligero ceceo:—una pista de veinte pies es pequeña para un hombre de trece *stones*.

Los profesionales volvieron á asentir con un murmullo.

—¿Cuánto os gustaría que tuviese, Wilson?

—Veinticuatro, sir Lotario.

—¿Tenéis que hacer alguna objeción, sir Carlos?

—Absolutamente ninguna.

—¿Algo más, Wilson?

—Dispensadme, señor; pero, me guztaría saber quién ez mi adverzario.

—Tengo entendido que aún no habéis designado públicamente á vuestro hombre, sir Carlos.

—No intento hacerlo hasta la misma mañana de la lucha. Creo que, dentro de los términos de nuestra apuesta, tengo ese derecho.

—Ciertamente, si deseáis hacer uso de él.

—Así lo intento, y me alegraría mucho de que el señor Berkeley Craven fuera juez de la apuesta.

Este caballero dió gustoso su consentimiento, y así terminaron las formalidades finales, necesarias en tan humildes torneos.

Después, según se fueron animando con el vino aquellos robustos luchadores, empezaron á lanzarse mutuas miradas de odio, y los reflejos de las lámparas, atravesando las columnas de humo que salían de las pipas, iluminaron los ceñudos y crueles rostros de los judíos y los toscos y huraños de los sajones. Volvió á ponerse sobre el tapete el antiguo tema de si Jackson había ó no había hecho una trampa cogiendo á Mendoza por el cabello en la lucha sostenida por ambos en Horchurch ocho años antes. Sam el Holandés arrojó un chelín sobre la mesa, diciendo que por aquella cantidad lucharía con el *Orgullo de Westminster* si se atrevía á decir que Mendoza había sido vencido en buena lid. Joe Berks, que había ido agitándose más y metiendo más ruido según avanzaba la noche, quiso saltar al otro lado de la mesa lanzando horribles blasfemias para enredarse á golpes con un judío viejo llamado Jusuf el Boxeador, que había intervenido en la discusión. No se necesitaba mucho más para que la cena terminase con una batalla campal; pero las exhortaciones de Jackson, Belcher, Harrison y otros hombres serios y formales consiguieron calmar los ánimos, evitando una revolución. Pero cuando dejaron á un lado tales cuestiones, se suscitó la del campeonato, y otra vez se oyeron palabras fuertes y amenazas. Era imposible limitar con exactitud dónde terminaba el peso ligero, el medio y el excesivo, y, sin embargo, era precisamente donde estribaba la gran diferencia entre unos y otros boxeadores á fin de que los considerasen en uno de los tres grupos. Uno alegaba que él debía ser campeón de los que llegaban á diez *stones*; otro decía que él pasaba de once, pero que no quería llegar á doce, por no tener sobre sí al invencible Jem Belcher. Falkner reclamaba el campeonato de los mayores, y hasta el viejo Buckhorse alzó su extravagante voce cilla sobre el tumulto, haciendo reír á la concurrencia con el anuncio de que él desafiaba á todos los que pasaran más de ochenta *stones* y menos de siete. A pesar de estos reflejos de sol, la tempestad se cernía en el aire, y el campeón Harrison acababa de decirme al oído que seguramente no saldríamos de allí sin jaleo, y que si lo veía mal, me escondiera debajo de la mesa, cuando entró el hostelero con mucha prisa y puso una esquila en manos de mi tío, el cual la leyó, pasándola después al Príncipe, que se la devolvió con los cejas arqueadas y una expresión de sorpresa impresa en el semblante. Entonces mi tío se levantó con el papel en la mano y una sonrisa en los labios.

—Caballeros—dijo,—abajo hay un desconocido que desea luchar con el más notable de los que se hallen en este salón.

CAPÍTULO XI

La lucha en la cochera.

La sorpresa y el silencio sucedieron por espacio de unos segundos á tan lacónico anuncio; pero pronto resonó una carcajada general. Podía dudarse quién sería el campeón de cada grapo según su peso; pero no había la menor duda de que todos los campeones de todos los pesos se hallaban sentados en torno de aquellas mesas.

Una provocación tan audaz dirigida á todos y cada uno, sin indicar peso ni edad, debía considerarse como una broma, aunque podía salirle cara al que hacía uso de ella.

—¿Eso es serio?—preguntó mi tío.

—Sí, sir Carlos—repuso el hostelero:—abajo espera el que la ha traído.

—Es una broma de mal género—gritaron varias voces;—alguien quiere burlarse de nosotros.

—¿No lo creéis?—preguntó el hostelero.—Á juzgar por su traje, es un verdadero corintio y sabe lo que dice, ó mucho me engaño yo, que sé juzgar bien á los hombres.

Mi tío habló á media voz con el Príncipe durante unos momentos.

—Está bien, señores—dijo después.—Todavía es temprano. Si alguno entre vosotros quiere demostrar su destreza á la concurrencia, no podría encontrar mejor oportunidad.

—¿Qué peso tiene?—preguntó Jem Belcher.

—Seis pies de altura, de modo que podemos considerarlo en los trece *stones*.

—¡Es pesadito!—dijo Jackson.—¿Quién se atreve con él?

Todos se brindaron á luchar, desde Sam el Holandés, de nueve *stones*, hasta el de más resistencia. Oyéronse voces roncas discutiendo sobre las razones de cada uno para ser el elegido. Luchar estando excitados por el vino y dispuestos á hacer una diablura, y, sobre todo, luchar delante de tan selecta compañía, con el Príncipe entre los espectadores, era cosa que no se presentaba todos los días. Sólo Jackson, Belcher, Mendoza y un par más entre los mayores y más famosos luchadores guardaron silencio, pensando que era impropio de su dignidad condescender á tan extraño desafío.

—Como no podéis luchar todos en ese reto—dijo Jackson cuando cesó aquella babel,—el presidente debe elegir entre los presentes.

—Tal vez Vuestra Alteza Real tenga preferencia por alguno—dijo á su vez mi tío.

—¡Por Jupiter, que á no ser yo quien soy, iría yo mismo!—dijo el Príncipe con el rostro encendido y los ojos fulgurantes.—Jackson me ha visto boxeando, y ya sabe cómo las gasto.

—He visto á Vuestra Alteza Real, y he sentido su poder—dijo Jackson con laconismo.

—Quizás Jem Belcher querría favorecernos—agregó mi tío.

—Ahí está mi hermano Tom—repuso Belcher sonriendo y moviendo su hermosa cabeza:—no ha luchado nunca en Londres, y será mejor partido.

—Yo iré—rugió Joe Berks.—Es precisamente lo que estoy esperando toda la noche. Lucharé con cualquiera que se me ponga delante: es mi mejor comida, señores. Dejadmelo á mí, si queréis ver cómo se adereza una cabeza de ternera. Si me ponéis delante á Tom Belcher, lucharé con él, ó con Jem, ó con Bell, ó con cualquier otro Belcher que haya salido de Bristol.

Era indudable que Berks se hallaba en un estado en que necesitaba luchar con alguien. Tenía la cara abotagada, las venas de la frente parecían prontas á reventar, y sus crueles miradas se fijaban ora en uno ora en otro con expresión de reto. Sus grandes

y rojas manazas parecían látigos, y las movía en son de amenaza mientras miraba en torno de las mesas.

—Señores—dijo mi tío,—supongo que convendréis conmigo en que Joe Berks se encontrará mejor después de tomar el aire libre y hacer un poco de ejercicio. Con la aprobación de Vuestra Alteza Real y de toda la concurrencia le escojo como nuestro campeón en esta ocasión.

—Me honráis en verdad—exclamó el atleta levantándose vacilante y quitándose la casaca.—Si no me lo trago dentro de cinco minutos, que no me vean más en Shropshire.

—Esperad un poco, Berks—dijeron varios.—¿Dónde va á tener lugar el combate?

—Donde quieran los señores. Lo mismo luchen con él encima de una máquina que en la capota de un coche, si vos lo disponéis. Ponednos enfrente y dejad de mi cuenta el resto.

—Es imposible que luchen aquí con tanto chirimbolo—dijo mi tío.—¿Dónde podría ser?

—A fe mía, Tregellis—dijo el Príncipe—que nuestro desconocido amigo podría quizás iluminarnos en el asunto. En realidad, no os portáis lealmente con él si no le permitís poner sus condiciones.

—Tenéis razón, señor; es preciso que suba.

—Cosa fácil en verdad—dijo el mesonero,—porque ahí lo tenéis en la puerta.

Eché una ojeada, y vi un joven alto, bien vestido, con un sombrero de fieltro negro y una casaca de viaje de color marrón. Un momento después se volvía de frente, y yo, agarrando con ambas manos el brazo de Harrison, murmuré sin aliento:

—¡Es Jim! Harrison, ¡es Jim!

Sin embargo, desde el principio me había ocurrido la posibilidad y hasta probabilidad de que fuera él; y creo que el campeón pensó lo mismo, porque desde que empezaron á hablar del desconocido que esperaba abajo, noté en él cierta molestia é inquietud. Apenas cesó el murmullo de sorpresa y admiración producido por la aparición de Jim, Harrison, poniéndose en pie, empezó á gesticular muy excitado.

—Caballeros—gritó,—es mi sobrino Jim. Todavía no tiene veinte años, y no ha venido con mi consentimiento.

—¡Dejadle en paz, Harrison!—exclamó Jackson;—¡ya es talludito para saber cuidarse solo!

—El asunto ha ido ya demasiado lejos—dijo mi tío.—Creo que vos, Harrison, sois un sporman demasiado bueno para impedir que vuestro sobrino demuestre que quiere parecerse á su tío.

—Yo soy otra cosa—exclamó el campeón muy afligido.—Señores, no había pensado luchar nunca más; pero yo saldré al encuentro de Joe Berks con mucho gusto, si es preciso que la concurrencia se divierta.

Jim atravesó el salón, y colocó una mano sobre la espalda de su tío.

—Tiene que ser así, tío—le oí murmurar á media voz.—Siento contrariar vuestros deseos; pero ya me he decidido, y no puedo volverme atrás.

Harrison encogió sus grandes hombros.

—¡Jim, Jim; no sabes lo que haces! Te he oído hablar así muchas veces, y sé que siempre acabas por salirte con la tuya.

—Conffo en que no os opondréis, Harrison—dijo mi tío.

—¿No podría yo ocupar su puesto?

—¿Queréis que pueda decirse nunca que hice un reto y dejé que otro me sustituyera?—murmuró Jim.—Es mi única probabilidad. ¡Por amor de Dios, no os opongáis, tío!

El semblante frío y severo del herrero cambió de expresión, dejando ver la lucha que libraban en su alma emociones encontradas. Al fin, descargando un puñetazo sobre la mesa exclamó:

—¡No es culpa mía! ¡Tenía que ser así, y es! ¡Jim, hijo mío, por amor de Dios, mide bien las distancias,

y rehúsa pelear con un hombre que pese más *stones* que tú!

—Tenía la seguridad de que Harrison no se opondría tratándose de deporte—dijo mi tío.—Nos alegramos mucho de que hayáis subido, á fin de que podamos consultaros sobre la manera de llevar á cabo vuestro desafío.

—¿Con quién he de luchar?—preguntó Jim mirando á la concurrencia, que se hallaba en pie á la sazón.

—Joven, ya sabréis de sobra con quién tenéis que habéroslos antes de mucho tiempo—exclamó Berks adelantándose tambaleando.—Antes de que yo me dé por vencido, ya encontraréis algún amigo que os lo diga.

Jim le miró manifestando vivo disgusto.

—Seguramente, no me daréis por antagonista un borracho—dijo.—¿Dónde está Jem Belcher?

—¡Presente, joven!

—Me gustaría mucho luchar con vos, si no tenéis inconveniente.

—Tenéis que ganároslo, joven; nunca subiréis una escalera de un salto, sino peldaño á peldaño. Demosttrad que sois digno de mí, y lucharé con vos.

—Os lo agradeceré mucho.

—Me agradáis, y os deseo buena suerte—dijo Belcher tendiéndole la mano.

Ambos eran parecidos en el rostro y en las formas, aunque el de Bristol tenía unos cuantos años más de edad. Cuando los dos estuvieron frente á frente, saludáronse y un murmullo de admiración salió de la concurrencia al ver tan nobles y perfectas figuras.

—¿Sabéis de algún sitio donde pueda verificarse la lucha?—preguntó mi tío.

—Donde vos dispongáis—dijo Jim.

—¿Por qué no hemos de ir al Patio de los Cinco?—indicó sir Juan Lade.

—¡Sí, sí; vamos allá!—gritaron muchos; pero como el hostelero no era del mismo modo de pensar, porque en aquel incidente veía ocasión de obtener una nueva cosecha de aquellos derrochadores, allanó el camino.

—No hay necesidad de que los señores vayan tan lejos—dijo:—la cochera que yo tengo en el patio está ahora vacía, y ni buscado con un candil hallaríais sitio mejor para daros de puñetazos.

Elevóse un clamor general en favor de la cochera, y los que se hallaban más próximos á la puerta empezaron á bajar, deseosos de asegurar un buen sitio. Mi vecino Bill Warr se llevó á Harrison á un lado.

—Yo que vos—le dijo,—suspendería esa lucha.

—Yo también lo haría si pudiese. No ha venido aquí por gusto mío; pero cuando se empeña en una cosa, no hay manera de hacerle desistir de ella—repuso el pugilista en un estado de agitación mayor del que habrían conseguido producirle todas sus luchas tomadas en conjunto.

—En ese caso, cuidad de él vos mismo y detenedle á tiempo. ¿Ya sabéis quien es Joe Berks?

—Sí; era de mi tiempo.

—Hoy es el terror de todos. Belcher es el único que consigue dominarle. Miradle bien: seis pies de estatura, catorce *stones* de peso, y el diablo en persona. Belcher le ha vencido dos veces; pero la segunda tuvo que trabajar bastante.

—Sea como sea, no hay más remedio que pasar por ello. No habéis visto los brazos de Jim: de lo contrario, quizás pensaríais de otro modo. No tenía todavía diez y seis años cuando dió de mojicones al *Gallo de Dawn del Sur*, y desde entonces ha crecido mucho y se ha desarrollado.

La concurrencia salía del salón y hablaba á voces por la escalera, y nosotros seguimos la corriente. Caía una lluvia menuda, y las luces amarillas del salón se reflejaban en las losas del patio.

Aquel venticillo húmedo y fresco era una bendición.

ción después de la atmósfera fétida y pesada que habíamos tenido en el salón. En el otro extremo del patio se veía una puerta abierta, merced á las linternas que había dentro, y por ella entraron luchadores y aficionados empujándose unos á otros, en su prisa por ocupar la primera fila. Por mi parte, siendo pequeño como era, no hubiera visto nada á no haber encontrado en un rincón un cubo boca abajo, sobre el cual me subí, apoyando la espalda en la pared.

La cochera era una habitación grande, con suelo entarimado de madera y una gran abertura en el techo, por la cual asomaban las cabezas de los mozos de la hostería y los de cuadra, que habían tomado posesión del cuarto de los arneses. En cada uno de los rincones lucía un farol de coche, y en el centro, pendiente de una viga, había una enorme linterna. Llevaron una cuerda, y cuatro hombres, bajo la dirección de Jim, se colocaron en determinados sitios para sostenerla.

—¿Qué espacio dejáis?—preguntó mi tío.

—Veinticuatro pies, señor: ambos son altos.

—Perfectamente—dijo mi tío.—Supongo que tendrán descansos de medio minuto. Yo seré juez si sir Lotario quiere serlo también, y vos tendréis el reloj y seréis árbitro, Jackson.

Aquellos hombres, expertos en la materia, hicieron todos los preparativos con mucha exactitud y rapidez. Mendoza y Samuel el Holandés fueron designados como padrinos de Berks y Belcher y Harrison, para desempeñar igual oficio respecto de Jim. Sobre las cabezas de la multitud pasaron en un instante esponjas, toallas y vejigas de aguardiente para uso de aquéllos.

—¡Aquí está nuestro hombre!—gritó Belcher.—¡Vamos, Berks; que no tenga que ir á buscarlos!

Jim apareció en la pista, desnudo de medio cuerpo arriba y con un pañuelo de colores atado á la cintura. Un clamoreo de admiración salió de los espectadores al ver aquella figura tan perfecta, y yo me encontré entre los que gritaban. Su espalda era más bien delgada que gruesa, y el pecho, algo hundido; pero los músculos estaban en su sitio, y trabajando en el yunque se habían desarrollado sus brazos de tal modo, que eran magníficos. La saludable vida del campo había dado á su marfileña piel tanta tersura, que brillaba á los reflejos de la linterna. Su rostro expresaba valor y confianza, sonreía con una sonrisa que yo había visto muchas veces en su boca siendo niño, y que significaba desmedido orgullo y valor indomable, que llegaría más allá de lo que pudieran llegar sus sensaciones.

Entretanto Joe Berks se había acercado vacilando, y con los brazos cruzados se detuvo entre sus padrinos en el lado opuesto. Su semblante carecía de la viveza del de su antagonista, y su piel, de color blanco mate, con innumerables pliegues entre el pecho y las costillas, mostraba claramente, hasta para mis inexpertos ojos, que no era hombre que luchase sin hacer ejercicios preliminares.

El exceso de las bebidas alcohólicas y la tranquilidad de la vida habían puesto sus carnes blandas y fofas. Por otra parte, era famoso por su coraje y la fuerza con que descargaba sus golpes, así que, á pesar de las ventajas del adversario joven, las apuestas fueron de tres contra uno á su favor.

Su afeitado y carnoso semblante expresaba ferocidad y valor. En pie, algo inclinado, con sus ojos inyectados, miró á Jim como el lebre! que acecha su presa.

El alboroto producido por las condiciones de la apuesta fué creciendo hasta ahogar todo ruido que no fuera aquél. Unos manifestaban su opinión desde un extremo de la cochera, dirigiéndose á los que estaban en el lado opuesto; otros agitaban los brazos, ya para llamar la atención, ya para indicar que se adherían á uno ú otro bando. Sir Juan Lade, en pie frente á frente del sitio que yo ocupaba, exponía á

voces las desventajas de Jim, poniéndose en contra de los que apostaban en favor del desconocido joven.

—He visto á Berks luchando—decía el honorable Berkeley Craven,—y un novato aldeano no va á vencer ahora á un hombre de su historia.

—Podrá ser todo lo novato que queráis—respondía el otro;—pero soy juez experto en estos asuntos, y puedo aseguráros que jamás he visto un hombre más apuesto. ¿Apostáis todavía contra él?

—Sí; tres contra uno.

—En ese caso, vaya un centenar entre ambos. ¿Aceptáis?

—Contoda el alma, Craven. ¡Allá van! ¡Berks, Berks! ¡Bravo! ¡Berks! ¡Bravo! ¡Creo que os ganaré ese centenar, Craven!

Ambos luchadores se hallaban frente á frente; Jim, airoso y ligero como un gamo, con el brazo izquierdo extendido y el derecho colocado en la parte baja del pecho, y Berks con ambos brazos medio extendidos y los pies colocados al mismo nivel, á fin de poder atacar por cualquiera de ambos lados. Miráronse por espacio de un segundo, y después Berks, bajando la cabeza y descargando un golpe con la mano abierta, según estilo suyo, hizo retroceder á Jim hasta un extremo. Fué un resbalón más que golpe; pero un hilo de sangre asomó en los labios de Jim. Los padrinos se acercaron al momento á sus contrarios, obligándolos á retroceder.

—¿Queréis doblar la apuesta?—preguntó Berkeley Craven, que estiraba el cuello para ver á Jim.

—¡Cuatro contra uno á favor de Berks!—gritaron los espectadores.

—Las desventajas aumentan—dijo sir Juan.—¿Serán cuatro centenares contra uno?

—Perfectamente, sir Juan.

—Parece que tenéis más confianza después de haberle derribado.

—No le ha derribado, sino empujado solamente; pero sorteó los golpes, y me ha gustado la expresión de su cara al levantarse.

—Yo sigo con el viejo. ¡Allá van otra vez! Su estilo es bueno y sabe defenderse; pero no siempre gana el más apuesto.

Luchaban otra vez, y yo, en mi agitación, saltaba sobre el cubo. Era evidente que Berks intentaba acabar de cualquier modo que fuese; pero Jim, aconsejado por dos de los boxeadores más expertos de Inglaterra, sabía muy bien que lo más práctico era dejar que el rufián gastara sus fuerzas inútilmente. Había algo horrible en la energía feroz de los golpes de Berks: cada uno iba acompañado de un gruñido. Yo miraba á Jim con el mismo temor que abrigaba cuando veía en las orillas de Sussex algún barco combatido por las olas, creyendo que al fin lo vería deshecho. Pero la linterna seguía brillando sobre el rostro inteligente y hermoso de mi amigo, sobre sus magníficos ojos, alerta siempre, y sus apretados labios, mientras los golpes caían sobre su antebrazo ó resbalaban por su espalda, merced á un rápido movimiento que le permitía esquivar la cabeza.

Berks era, sin embargo, artero y violento. Gradualmente fué acorralando á Jim en un ángulo del cual no podía moverse, y cuando le vió seguro saltó sobre él como un tigre. Lo que ocurrió entonces fué tan repentino, que no puedo describirlo con la rapidez con que ocurrió. Vi que Jim se agachó, y en el mismo instante of un chasquido agudo, penetrante; después el joven se presentó saltando en el centro de la pista, mientras Berks, tendido de costado en el suelo, se apretaba un ojo con la mano.

—¡Cómo gritaron! Boxeadores, corintios, Príncipe, mozos de cuadra, criados; todos alborotaban con toda la fuerza de sus pulmones. El viejo Buckhorse, subido sobre un cajón á mi lado, saltaba dando consejos y criticando en una jerga rara y anticuada que nadie podía entender. Sus amortiguados ojos relampaguea-

ban; su rostro apergaminado temblaba excitado, y sus atiplados gritos dominaban sobre el tumulto. Los dos campeones, sin aliento, ocuparon sus sitios respectivos, procurando aspirar todo el aire que podían, en tanto que los padrinos agitaban toallas para hacer aire y les lavaban el rostro con una esponja empapada en agua, casi sin poder moverse en el poco terreno que se les concedía.

—¿Qué me decís ahora del novato?—preguntó Craven triunfante.—¿Habéis visto jamás un golpe más maestro?

—Ciertamente que no se parece á Juanito Raco—repuso sir Juan moviendo la cabeza.—¿Qué apostabais por Berks, lord Sele?

—Dos contra uno.

—Os tomo doscientas libras.

—¡Ya tenemos á sir Juan procurando defenderse!—dijo mi tío volviendo la cabeza y sonriéndose conmigo.

—¡Ya!—dijo Jackson haciendo la señal; y los dos contendientes volvieron á atacarse.

La lucha duró esta vez menos que la anterior. Berks debía de tener orden de vencer por cualquier medio, empleando toda su fuerza á fin de no dar tiempo de que pudieran ponerse de relieve las excelentes condiciones de su antagonista; y Jim, por su parte, después de saber con quién luchaba, no tenía tanto interés en mantenerle á cierta distancia.

Al ver que Berks corría á él se fué derecho á la cabeza; pero erró el golpe, recibiendo en cambio un puñetazo tan terrible, que quedaron impresas en sus costillas la marca de cuatro nudillos. Estrechóse la distancia. Jim apretó con uno de sus brazos la tremenda cabeza de su adversario, dándole un par de golpes; pero Berks le levantó en el aire y ambos, jadeantes, cayeron juntos al suelo. Jim, levantándose al momento, volvió á ocupar su puesto; pero Berks, aniquilado por los efectos de la embriaguez, tuvo que apoyarse en Mendoza y Sam, dando un brazo á cada uno para volver á su sitio.

—¡Tripas de Lucifer!—gritó Jem Belcher.—¿Qué hay ahora de cuatro contra uno?

—Con tiempo, llegaremos á ello—dijo Mendoza.—Nos lo hemos propuesto.

—Pues ya vamos llegando—agregó Jack Harrison.

—Por de pronto, ya se ha quedado medio tuerto.

¡Apuesto que gana mi niño!

—¿Cuánto?—preguntaron varias voces.

—¡Dos libras, cuatro chelines y tres peniques!—gritó Harrison exponiendo así toda su fortuna.

—¡Ya!—volvió á decir Jackson haciendo de nuevo la señal.

Ambos se presentaron en la pista; Jim, con la viva confianza anterior, y Berks, con una horrible mueca impresa en su repugnante rostro y un fulgor maligno en el único ojo útil que le quedaba. El medio minuto de descanso no fué bastante para que recobrará el aliento, y su ancho y velludo pecho se agitaba jadeante como el de un sábio cansado.

—¡Adelante, muchacho! ¡Acaba con él!—gritaron Harrison y Belcher.

—¡No te acobardes, Joe! ¡No te acobardes!—exclamaron los judíos.

La partida empezó de distinto modo que las anteriores. Jim fué quien se dispuso á pegar con todo el vigor de su fuerza juvenil y sin igual energía, en tanto que el feroz Berks pagaba á la Naturaleza lo que le debía por lo mucho que la había injuriado. Suspiró, alentó, se puso encendido á causa de los esfuerzos que hacía para respirar, y con el brazo izquierdo extendido y el derecho cruzado procuró resguardarse del ataque de su vigoroso adversario.

—¡Esquiva el golpe!—gritó Mendoza.—¡Esquiva el golpe!

Pero Berks era un rufián valiente; en su lucha no había jamás cortadía ni recursos, y mientras sus piernas pudiesen sostenerle jamás se humillaba ante

un adversario. Detuvo á Jim con su largo brazo; y aunque el joven saltó con ligereza en derredor suyo buscando el medio de atacarle, supo sostenerle á distancia, como si una gruesa barra de hierro se interpusiera entre ambos. Cada instante que ganara favorecía á Berks: su respiración iba siendo más fácil, y desaparecía visiblemente el color que sombreaba su semblante. Jim comprendió que huía de él la probabilidad de una pronta victoria, y una y otra vez, ligero como el relámpago, volvió á atacar, sin poder desbaratar la resistencia pasiva del diestro boxeador. Era el momento en que se hacía necesaria la pericia de la pista; pero, afortunadamente para Jim, tenía al lado dos maestros.

—¡Márcale con la mano izquierda, muchacho—gritaron,—y ataca á la cabeza con la derecha!

Jim oyó el consejo, y poniéndolo en práctica inmediatamente, descargó un puñetazo en el pecho de su antagonista. El codo de Berks quitó fuerza al golpe; pero fué suficiente para obligarle á levantar la cabeza. ¡Chás!, hizo la derecha con el sonido seco y claro de dos bolas de billar que chocaran entre sí. Berks vaciló, extendió los brazos, dió media vuelta, y cayó en montón informe sobre el pavimento. Sus padrinos le rodearon en un instante, procurando sentarle en el suelo; pero la cabeza se le iba de un lado para otro, y finalmente se le fué para atrás. Sam el Holandés le aplicó á los labios la vejiga de aguardiente, en tanto que Mendoza, impaciente, le movía insultándole á media voz; pero ni el alcohol ni la dignidad pudieron vencer aquella serena insensibilidad. Volvióse á dar la señal á su debido tiempo, y ambos judíos, comprendiendo que el asunto había terminado, saltaron la cabeza de Berks, que cayó al suelo, quedando allí con los brazos y las piernas encogidas, en tanto que corintios y boxeadores se reunían pasando sobre él para estrechar la mano del vencedor.

Yo también procuré abrirme camino entre aquella masa compacta; pero era tarea difícil para uno de los hombres más jóvenes y de menos fuerza entre todos los que ocupaban el recinto.

Por todas partes oía discutir entre aficionados y profesionales la hazaña de Jim y los éxitos que le esperaban.

—¡Es de lo mejor que he visto en gente nueva desde que Jem Belcher debutó con Paddington Jones, en Wormwood Scrubbs, hizo cuatro años en Abril pasado!—decía Bekerley Craven.—Antes de que llegue á los veinticinco tendrá el campeonato, si no me equivoco en mis juicios.

—¡Esa linda carita me ha costado quinientas libras!—gruñía sir Juan Lade.—¿Quién había de pensar que teníamos aquí tan terrible pugilista?

—A pesar de todo—decía otro,—tengo la seguridad de que si Joe Berks no hubiera estado borracho se lo habría merendado. Además, el joven venía preparado, y el otro tenía que reventar como una patata cocida apenas le tocara. Jamás he visto un hombre como él en semejante condición: si hubiera estado preparado, habría sido como un caballo que luchara con una gallina.

Hubo quienes estuvieron conformes con esta opinión y quienes la refutaron, originándose así una disputa á pocos pasos de mí; pero cuando empezaba á agriarse, el Príncipe se despidió y la mayoría de los concurrentes le acompañaron á la puerta. Entonces pude acercarme á Jim, que acababa de vestirse, mientras el campeón Harrison, llorando de júbilo, le ayudaba á ponerse el abrigo.

—¡En cuatro asaltos!—repetía entusiasmado.—¡En cuatro asaltos! ¡Y Jem Belcher necesitó catorce!

—¡Bien, Rodney!—exclamó Jim tendiéndome la mano.—Ya te dije que vendría á Londres y que daría á conocer mi nombre.

—¡Ha sido maravilloso, Jim!

—¡Querido Rodney! Vi perfectamente que me mirabas desde lejos, pálido de terror. La ropa de lujo y

los amigos de Londres no han cambiado tu corazón.

—Tú eres el que ha cambiado, Jim—dijo yo:—apenas si te reconocí cuando entraste en el salón.

—Ni yo tampoco—añadió el herrero.

—¿De dónde has sacado ese hermoso plumaje? Con seguridad, que no ha sido tu tía la que te ha ayudado en tus primeros pasos hacia la pista.

—Ha sido la señorita Hinton, la persona que más me aprecia.

—¡Uff! ¡Ya me lo figuraba!—murmuró el herrero.—Bueno, Jim: no ha sido culpa mía, y así deberás afirmarlo cuando lleguemos á casa. Yo no sé lo que...; pero ya está hecho y no puede remediarse. Después de todo, ello es... ¡Vamos; parece que el Diablo quiere desatarme la lengua!

Yo no podía decir si era el vinillo que había bebido en la cena ó si era la alegría del triunfo de Jim lo que tanto afectaba á Harrison; pero lo cierto es que su semblante, plácido por regla general, estaba muy turbado, y lo mismo en su conversación que en sus maneras parecía embarazado é inquieto. Jim, maravillándose, evidentemente, de lo que podría haber detrás de aquellas reticencias y frases cortadas, le miró sorprendido.

Entretanto, la cochera había ido quedando vacía. Berks, lanzando un sin número de maldiciones, consiguió al fin levantarse, y vacilante todavía salió por su pie acompañado de sus padrinos, quedando nosotros en un lado y Jem Belcher en el otro hablando con mi tío en términos serios.

—¡Muy bien, Belcher!—of que respondía sir Carlos.

—Para mí será un verdadero placer hacerlo, señor—decía el famoso boxeador mientras se acercaban á nosotros.

—Deseaba preguntaros, Jim Harrison si queríais ser mi campeón en la lucha con Wilson el *Cangrejo*, de Gloucester—preguntó mi tío al victorioso joven.

—Eso es precisamente lo que deseo, sir Carlos; tener ocasión de hacer carrera.

—Se han cruzado grandes apuestas—dijo mi tío.—Vos recibiréis doscientas libras si ganáis. ¿Os satisface esa cantidad?

—Lucharé por el honor y porque deseo que me consideren digno de medirme con Jem Belcher.

—Éste, gozoso, rió á carcajadas.

—¡Ahora vais derecho, joven—dijo.—Esta noche la cosa ha sido fácil: luchabais con un borracho que no estaba en condiciones.

—Yo no quería luchar con él—dijo Jim sonrojándose.

—Ya sé que tenéis suficiente valor para poneros delante de cualquiera. Lo comprendí apenas os vi; pero debo recordaros que cuando luchéis con el *Cangrejo*, lucharéis con el hombre que más promete en todo Occidente, y que el hombre más importante de Occidente es probablemente el mejor de toda Inglaterra. Es activo, tan ágil como vos, y no cesará de hacer ejercicio mientras tenga media onza de sebo. Os lo advierto porque soy el que va á cuidar de vos.

—¡Cuidar de mí!

—Sí—dijo mi tío;—Belcher ha consentido en prepararos para la próxima batalla, si queréis entrar gustoso en ella.

—Os lo agradezco en el alma—repuso Jim con alegría,—y á menos que mi tío desee tomar ese cargo personalmente, nadie puede convenirme tanto.

—No, Jim: yo estaré unos días contigo; pero Belcher sabe mucho más que yo. ¿Dónde pensáis quedaros?

—Me parece que si vamos á la hostería de Jorge en Cracoley, será un sitio donde vos podríais ir con facilidad, y si se nos deja la elección del sitio para la lucha, escogeremos Cracoley Docon, porque, excepción hecha de Molesey Hurst, y quizás de Smithan Bottom, no hay un sitio en todo el país que pueda compararse con ése para el objeto. ¿Os conviene eso?

—¡A pedir de boca!—repuso Jim.

—En ese caso, sois mío desde este momento—exclamó Belcher.—De mi cuenta corre vuestra comida, vuestra bebida y vuestro sueño: no tenéis que hacer más que lo que yo os diga. No podemos perder un momento, porque Wilson ha estado preparándose todo este mes pasado. Esta noche ya habéis visto su vaso vacío.

—Jim podría luchar en este instante si fuera preciso, aunque en ello le fuera la vida—dijo Harrison.—Mañana iremos ambos á Cracoley. ¡Buenas noches, sir Carlos!

—¡Adiós, Rodney!—me dijo Jim.—Irás á Cracoley á verme; ¿verdad?

Le prometí formalmente que iría; pero mi tío, cuando íbamos hacia casa, me aconsejó de otro modo diciéndome:

—Tienes que ser más previsor, sobrino. Cuando uno es joven, se inclina á dejarse guiar por el corazón más que por la cabeza. Jim Harrison es un muchacho muy respetable; pero no pasa de ser un aprendiz de herrero y un candidato para la pista. Entre su posición y la de un pariente mío hay una distancia inmensa, y debes hacerle comprender que eres muy superior á él.

—Es el amigo mejor y más querido que tengo en el mundo, señor—repuse.—Eramos amigos desde niños, y jamás ha mediado un secreto entre nosotros. Por lo que toca á demostrarle mi superioridad, no sé como podré hacerlo, sabiendo positivamente que él es muy superior á mí.

—¡Hum!—murmuró mi tío en tono seco, y fué la última palabra que me dirigió aquella noche.

CAPÍTULO XII

El café de Fladong.

Como habían convenido, Jim se fué á Cracoley con Jem Belcher y el campeón Harrison, á fin de prepararse bajo su dirección para la gran lucha con Wilson el *Cangrejo*, de Gloucester, en tanto que en los casinos y cervecerías de Londres se hablaba con gran encomio y entusiasmo de su presentación en la cena de los corintios y de la lucha que sostuvo con Joe Berks dejándole fuera de combate en cuatro asaltos. Realmente, y mucho antes de lo que podíamos pensar, había ocurrido lo que deseaba, según me dijera en Friar's Oak. Había ido á Londres, y su nombre era ya conocido. Dondequiera que uno fuera, oía hablar de la apuesta que mediaba entre sir Lotario Hume y sir Carlos Tregellis y de las condiciones de los presuntos adversarios. El número de apuestas en favor de Wilson era mucho mayor, porque había luchado en varias ocasiones en provincias, saliendo siempre victorioso, y Jim no podía alegar más que un caso en su favor, y aún ése, según los inteligentes en la materia, no era muy claro, toda vez que la táctica empleada con un hombre ébrio tal vez no habría dado resultado tratándose de otro que hubiera estado sereno. En fuerza, estatura y destreza no se llevaban mucho; pero Wilson tenía más pericia.

Unos días antes del combate, me hizo mi padre la visita prometida. Como buen marino, no tenía apego alguno á las ciudades, y prefería vagar por los Docons mirando con su anteojo las velas que aparecían en el horizonte mucho mejor que pasear por calles llenas de gente, donde, según decía, era imposible tomar el sol y apenas si podía respirar. La idea de que volvería á haber guerra estaba en todos los ánimos, y quería hablar con lord Nelson á fin de ver si había alguna vacante, bien para él, bien para mí.

Mi tío, siguiendo la costumbre de todos los días, al caer la tarde había salido, caballero en su jaca, vestido con su traje de montar, verde con botones de plata, sus botas de cordobán y su sombrero redondo.

do, con objeto de dar un paseo por el Mall, y yo me quedé en casa, convencido de que la vida de sociedad no se avenía bien con mis gustos. Aquellos hombres afeminados, con su talle esbelto y sus gestos y maneras afectadas, empezaban á fastidiarme, y hasta mi tío, con su aire de protección y su frialdad en el trato, me producía efectos muy encontrados. Mi pensamiento volvía á Sussex; soñaba con las costumbres sencillas y cariñosas de la aldea, cuando sentí un golpecito en la puerta de la calle y el sonido de una voz alegre. Salí en seguida, y hallé en el umbral el rostro curtido y sonriente de mi padre, con sus hermosos ojos de sereno azul.

—¡Hola, Rodney! ¡Estas hecho todo un caballero!— exclamó al verme.—Pero me agradaría más verte con el uniforme azul de los oficiales del Rey, que con esos encajes y cintajos.

—Yo también lo preferiría, padre.

—No sabes la alegría que me causa oírte decir, hijo mío. Lord Nelson me ha prometido que te buscará una plaza: mañana iremos á verle para recordarle su promesa. ¿Dónde está tu tío?

—Paseando á caballo por el Mall.

Un relámpago de alegría iluminó el semblante de mi padre: no se hallaba muy á gusto cuando estaba cerca de su cuñado.

—He ido al Almirantazgo—me dijo,—y confío en que volveré al servicio activo apenas estalle de nuevo la guerra; cosa que, según me ha dicho lord San Vicente en persona, no tardará en ocurrir. Me alojo en el Hotel de Fladvug. Si quieres ir á cenar conmigo, te presentaré á algunos de mis camaradas del Mediterráneo.

Cuando mis lectores sepan que durante el último año de la guerra teníamos 140.000 marinos y marineros á bordo, mandados por 4.000 oficiales, y que la paz de Amiens había dejado de reemplazo á más de la mitad, quedando sus barcos en los astilleros de Hamoaze y Portsdoon, comprenderán que tanto Londres como las ciudades marítimas estaban llenas de gente de mar. Era difícil pasar por una calle sin encontrar alguno de aquellos hombres morenos, vivos, cuyas sencillas ropas acusaban la falta de recursos, así como su aspecto negligente mostraba el cansancio producido por aquella vida de inacción forzosa, á la cual no se hallaban acostumbrados.

Su presencia en aquellas calles oscuras, entre casas de ladrillo, era tan extraña allí como la de las aves marinas que el mal tiempo echa á tierra en las ciudades del Mediodía; pero mientras tuvieran probabilidad de volver á tener empleo acudiendo al Almirantazgo, no dejaban de pasear por Whitehall, ni de reunirse por la noche para discutir los sucesos de la pasada guerra y las probabilidades de la futura, en el café de Fladong, en Oxford Street, reservado casi por completo para la Armada, como el de Slaughter lo estaba para el ejército y el de Ibbatson, para la gente de iglesia.

No me sorprendió, pues, encontrar el gran salón donde cenamos lleno de marinos, aunque recuerdo que me llamó mucho la atención ver que todos ellos, habiendo servido en condiciones muy diversas y en distintas partes del mundo, desde el Báltico hasta las Indias Orientales, estuviesen tan identificados por el uniforme que fueran más parecidos entre sí de lo que suelen serlo los mismos hermanos. Las reglas del servicio disponían que todas las caras estuviesen afeitadas, todas las cabezas empolvadas y todos los cuellos cubiertos con la pequeña trenza de cabello natural atada con una cinta de seda negra. El viento y el sol tropical combinados había curtido su tez, y el hábito de mandar y la continua exposición á posibles peligros habían grabado en todos los rostros igual expresión de autoridad y viveza.

Entre ellos había algunos muy joviales; pero por regla general, y sobre todo los oficiales antiguos con sus arrugadas mejillas y su imperiosa nariz eran

tan austeros como los cenobitas del desierto. Las continuas guardias y la disciplina del barco, cortando toda relación de compañerismo, habían dejado sus huellas en aquellos rostros curtidos.

Mi atención era tal observándolos, que apenas si cenaba. Joven como era entonces, comprendía que si quedaba todavía libertad en Inglaterra, se la debíamos á aquellos hombres, y en sus ceñudas y toscas facciones creía leer la historia de los diez largos años de lucha que fueron precisos para arrojar de los mares la bandera tricolor.

Una vez terminada la cena, salimos del comedor y fuimos al gran salón destinado para café, donde vimos más de cien oficiales reunidos, bebiendo y fumando de tal modo, que la atmósfera era tan densa como la de la cubierta de un buque en un abordaje. Al entrar nos encontramos cara á cara con un oficial anciano que salía á la sazón. Era de rostro franco y apacible, más propio de filósofo ó de filántropo que de marino de guerra, y tenía ojos grandes y reflexivos.—Aquí tenemos á Cuddie Collingwood—murmuró mi padre.

—¡Hola, teniente Stone!—exclamó el famoso almirante con gran afecto.—Apenas si había vuelto á veros desde que subisteis á bordo del *Eccelencia* detrás de lord San Vicente. Según tengo entendido, tuvisteis la suerte de estar en el Nilo.

—Era el tercero del *Teseo*, á las órdenes de Millar.

—A poco me muero de disgusto por no haber estado allí, y todavía no he conseguido reponerme. Pensar en una acción tan admirable, mientras yo me entretenía hostigando botes mercantes donde sólo iban miserables verduleros de San Luccars!

—Pues aún tuvisteis más fortuna que yo, sir Cuthberto—dijo una voz detrás de nosotros, en tanto que un hombre muy alto, vestido con el uniforme de capitán de fragata, avanzaba un paso y entraba á formar parte del grupo. Su canino semblante revelaba intensa emoción, y al hablar agitaba tristemente la cabeza.

—Sí, sí, Troubridge; os comprendo, y simpatizo con vuestro sentimiento.

—¡Qué tormento pasé aquella noche, Collingwood! Aún conservo las huellas, y no las perderé hasta que me vea de nuevo á bordo de un buque. ¡Tener encallado en un bajo y fuera de tiro mi hermosísimo *Culloden*! ¡Ver y oír durante toda la noche cómo se libraba la batalla, sin poder tirar de un mojel ni destapar los cañones! Por dos veces abrí la caja de pistolas para levantarme la tapa de los sesos: la idea de que Nelson podría tener algo reservado para mí fué lo único que me contuvo.

Collingwood estrechó la mano del infortunado capitán.

—No tardó mucho el almirante Nelson en ocuparos, Troubridge—le dijo al mismo tiempo;—todos hemos oído hablar del sitio de Capua, y sabemos que disparasteis vuestros cañones sin trincheras ni parapetos, haciendo fuego directamente á través de las troneras.

La melancolía desapareció del voluminoso semblante del marino, que lanzó una carejada de alegría.

—No soy tan listo que supiera bien sus costumbres, ni tan torpe que las desconociera por completo—repuso el Capitán.—Llegamos hasta ponernos al costado, y los sopapeamos á través de sus portas hasta que destruimos sus banderas. ¿Y dónde habéis estado vos, sir Cuthberto?

—En Morpeth, al norte del país, con mi mujer y mis dos hijas. Desde hace diez años no las veía, y tal vez se pasen otros diez sin que vuelva á verlas; pero por eso dejé de trabajar en la escuadra.

—Tenía entendido que Morpeth está en una provincia del interior—dijo mi padre.

Collingwood sacó del bolsillo una bolsita negra y la movió, diciendo al mismo tiempo:

—Está en el interior; pero, no obstante, he trabajado en la escuadra. ¿Qué creéis que hay en esta bolsa?

—Balas—dijo Troubridge.

—Algo más necesario que eso para un marinero—repuso el Almirante sacando un puñado de bellotas. —Las llevo en el bolsillo siempre que voy de paseo, y cuando encuentro un terreno á propósito, siembro algunas abriendo agujeros en la tierra con la punta de mi bastón. Mucho tiempo después que yo haya muerto, mis árboles servirán para combatir á esos bribones. Teniente, ¿sabéis cuántos robles hacen falta para hacer un barco de ochenta cañones?

Mi padre movió la cabeza negativamente.

—¡Dos mill! Ni uno menos! Por cada buque que lleva la bandera blanca, hay un bosque menos en Inglaterra. ¿Cómo pelearán nuestros nietos con los franceses si no tienen árboles para hacer sus barcos?

Collingwood volvió á guardarse la bolsita, y pasando su brazo por el de Troubridge, se dirigieron juntos á la puerta.

—Ahí tiene un hombre cuya vida puede servirte de ejemplo—dijo mi padre una vez que estuvimos sentados delante de una mesa vacía.—Siempre le verás lo mismo: tranquilo, pensando en las necesidades de la tripulación y en su mujer y sus hijos, á los cuales apenas si conoce. Según dicen en la armada, jamás ha salido de su boca un juramento, Roddey, aun cuando no puedo concebir cómo se las compondría cuando era primer teniente de una tripulación de bisonos. Todos le adoran, porque saben que es un ángel en la lucha. ¿Qué tal vamos, capitán Foley? Se os saluda, sir Eduardo—añadió dirigiéndose á varios marinos que ocupaban las mesas inmediatas.—Seguramente que si fuera necesario tripular una corbeta sólo de comandantes, podrían hallar aquí dotación suficiente. Aquí tienes muchos hombres, Rodney—dijo volviendo á hablar conmigo—cuyos nombres no se verán nunca en libro alguno que no sea el diario de su barco, pero que no por eso dejan de dar á su manera tan buen ejemplo como cualquier almirante. Nosotros sabemos quiénes son, hablamos con ellos todos los días en los barcos, aun cuando nunca los encontramos en las calles de Londres. En un buen éuter que entra en acción puede hallarse tanto valor y pericia como en un combate de barcos de guerra, aunque no se consiga con eso un título, ni las gracias del Parlamento siquiera. Ahí está Hamilton, por ejemplo, aquel hombre pálido que se apoya en la columna. Ese fué el que sólo con seis botes sacó la fragata *Hermione*, de 44 cañones, de la bahía de Puerto Cabello, donde se hallaba bajo las bocas de doscientas piezas. En toda la guerra no se ha llevado á cabo acción más hermosa. Aquél de las patillas es Jael Brenton, que atacó á doce lanchas cañoneras con un bergantín pequeño, apresando á cuatro de ellas. Aquel otro es Walker, del éuter *Rosa*, que con trece hombres nada más se enredó con tres buques corsarios tripulados por ciento cuarenta y seis hombres, echando uno á pique, apresando á otro y dando caza al tercero. ¿Cómo estáis, capitán Ball?

Dos ó tres amigos de mi padre que se hallaban en mesas inmediatas, acercaron sus sillas, y pronto fué formándose un círculo en torno de la nuestra, hablando todos en alta voz, discutiendo sobre asuntos de marina y fumando incesantemente. Mi padre me dijo al oído que su vecino inmediato era el capitán Foley, de el *Goliat*, que dirigía la vanguardia en el Nilo, y que el que estaba frente á él, alto, delgado, con el cabello áspero, era lord Cochrane, el capitán de fragata más atrevido que había en toda la armada. Hasta Friar's-Oak había llegado la noticia de que mandando el *Veloz*, embarcación pequeña de catorce cañones y cincuenta y cuatro hombres, había abordado á la fragata española *Gamo*, cuya tripulación era de trescientos. Fácilmente se comprendía que era hombre vivo de genio, irascible y sanguinario,

porque hablaba de sus agravios con gran calor, dejando ver en sus pecosas mejillas el rubor de la ira.

—Jamás haremos nada importante en los mares mientras no ahorquemos á todos los contratistas de arsenales!—decía.—Por mascarón de proa colocaría yo el cadáver de uno de ellos en cada navío de alto bordo, y el de un contratista de provisiones, en cada fragata. ¡Los conozco muy bien! Con sus malditas costuras y sus pernos del demonio, arriesgan cinco mil vidas por la miseria de robar unas cuantas libras. ¿Qué ocurrió con el *Chance* y el *Martin* y el *Orestes*? Se fueron á pique, y no ha vuelto á saberse nada de ellos; y yo aseguro que la muerte de sus tripulantes fué lo mismo que un asesinato.

La opinión de lord Cochrane era, indudablemente, la de los demás amigos, porque del círculo entero salió un murmullo de aprobación, al cual sucedieron una porción de maldiciones dichas entre dientes.

—Aquellos bribones de allá abajo arreglan mejor las cosas—dijo un capitán tuerto, algo anciano, con la cinta blanca y azul de San Vicente asomando en su ojal.—Cuando hacen alguna barbaridad pagan con la cabeza. ¿Ha salido alguna vez de Tolón una fragata de 38 como la que salió de Plymouth el año pasado, con los mástiles flojos de tal modo que las cuerdas, sueltas por un lado, parecían barras de hierro por el otro? Un balandro francés, por pequeño que hubiera sido, podría haberla alcanzado, y yo hubiera sido el que habría tenido que presentarme ante el tribunal, no el constructor de Devouport.

Era indudable que aquellos lobos de mar gustaban de quejarse, porque apenas cesaba uno de referir al vecino sus agravios, la emprendía otro con más calor si cabe.

—¿Pues dónde me dejáis las velas?—gritó el capitán Foley.—Que se pongan juntos un barco francés y otro inglés anclados, y no hallaréis entre ellos diferencia alguna.

—El francés tiene casi iguales los masteleros de proa y de jirante mayor—dijo mi padre.

—Los antiguos, quizá; pero hoy día no se hacen por aquel modelo. No viéndolos anclados, es imposible distinguirlos; pero ponédle las velas, y entonces será otra cosa.

—El francés las tiene blancas—dijeron varios oficiales.

—Y las nuestras, negras y sucias: ésa es precisamente la diferencia. No es, pues, extraño que nos adelantem cuando el viento agita los trapos.

—En el *Veloz*—dijo Cochrane—las velas eran tan finas, que al hacer mis observaciones miraba al Meridiano á través del velacho, y al horizonte, á través del trinquete.

Una carcajada general acogió estas palabras: después cada uno siguió exponiendo las consideraciones enojosas, las quejas que habían permanecido en silencio durante aquellos largos años de servicio, porque una disciplina de hierro les impedía hablar hallándose á bordo. Uno habló de la pólvora: para enviar una bala á mil varas de distancia, se necesitaban seis libras; otro maldecía á los tribunales del Almirantazgo, donde entraba como presa un barco completamente equipado para hacer el reparto, y se convertía en miserable goleta antes de repartirlo. El capitán anciano habló de las promociones por intereses parlamentarios que habían colocado á tantos jóvenes en el puesto de capitán, no debiendo haber salido del pañol de la pólvora. De allí pasaron á las dificultades que encontraban para hallar marinería que sirviera en los barcos, y todos levantaron la voz quejándose y lamentándose.

—¿De qué sirve hacer barcos nuevos—exclamó Foley,—si no se consigue tripularlos debidamente ni aun con diez libras de premio?

Lord Cochrane veía el asunto bajo otro punto de vista.

Si tratárais bien á los marineros, no habría difi-

culdad alguna para encontrarlos. El almirante Nelson los encuentra siempre, y otro tanto le ocurre á Collingwood. ¿Y por qué? Porque se cuidan de su gente y por eso su gente se cuida de ellos. Que marineros y oficiales se respeten mutuamente, y no habrá dificultad alguna para equipar un barco. Lo que estropea á la armada es la maldita costumbre de llevar á la marinería de uno á otro barco, separándola de su oficialidad. Yo nunca he tenido la menor dificultad, y me atrevo á jurar que si mañana enarbolará mi pabellón, volverían mis antiguos *veloces* y tantos voluntarios como quisiera admitir.

—Todo eso está muy bien—dijo el capitán anciano: con calor—cuando saben que el *Veloz* apresó cincuenta buques en trece meses, no tiene nada de extraño que quieran servir con su comandante. Todo buen guardacostas halla dotación muy pronto; pero no son los costeros los que sostienen los combates en el país ni bloquean los puertos del enemigo. Todo el dinero de las presas debería repartirse por igual entre la escuadra: mientras no se siga esa regla, los mejores hombres estarán donde menos servicio pueden prestar á nadie, excepción hecha de sí mismos.

Semejante discurso dió lugar á un coro de protesta por parte de los oficiales de los guardacostas y de aprobación entre los que mandaban buques de línea, que eran la mayoría entre los que formaban el grupo. Á juzgar por las miradas de enojo que mutuamente se dirigían, y por el calor de los semblantes, era evidente que el asunto tenía mucha importancia para ambos bandos.

—Lo que gana el guardacostas es suyo—dijo un capitán de fragata.

—¿Queréis decirnos—replicó el capitán Foley—que los deberes de un oficial costero requieren mayor cuidado ó más habilidad profesional que los de un buque que está bloqueando un puerto, expuesto á estrellarse en la costa si el viento sopla del lado contrario, y amenazado siempre por los mástiles del enemigo?

—No creo que se necesite mayor talento.

—En ese caso, ¿por qué creéis que debe ser mayor la recompensa? ¿Podéis negar que una vez delante de los mástiles gana más un marinero en una fragata ligera que un teniente en un barco de guerra?

—Precisamente el año pasado—dijo un oficial tan distinguido en su porte que habría podido pasar por un petimetre, á no tener la piel tostada por un Sol que jamás se ve en Londres—traía yo desde el Mediterráneo el *Alexander* flotando como un barril vacío, sin otra cosa que honor en su cargamento, y al llegar al Canal encontramos la fragata *Minerva* que volvía del Océano Occidental rebosando de tesoros demasiado valiosos para confiarlos á costeros. Traía lingotes de plata por todas partes, á la vista. Mi gente la hubiera apresado, ¡ya lo creo! Como que me costó trabajo contenerla, porque se volvían locos pensando lo poco que habían hecho en el Mediodía y que aquella desvergonzada fragata pasaba ante ellos poniéndolos delante de los ojos sus tesoros.

—Pues no veo por qué habían de disgustarse, capitán Ball—dijo Cochrane.

—Cuando ascendáis á un navío, tal vez lo veréis más claro, señor mío.

—Es que habláis como si un guardacostas no tuviera que hacer más que apresar barcos: si lo creéis así en realidad, permitidme que os advierta que sabéis muy poco del asunto. Yo he estado en un balandro, en una corbeta, en una fragata, y en cada una de tales embarcaciones he hallado deberes muy diversos. He tenido que sortear los buques de línea del enemigo y batirme con sus costeros; he tenido que dar caza y capturar á sus corsarios, y acabar con ellos cuando se ponían al alcance de mis baterías; he tenido que destruir sus fuertes, saltar en tierra con mis hombres, y destruir sus cañones y demás señales: todo esto, á más de convoyar, si-

gilar y arriesgar el barco propio á fin de saber los movimientos del enemigo, constituye el deber de un comandante de barco guardacostas. Me atrevo á decir que el hombre que lo cumple perfectamente y con éxito, sirve mejor á su patria que el oficial de un buque de guerra que va de Uessant á las Rocas Negras, yendo y viniendo una y otra vez hasta que logra formar un arrecife con los huesos que tira de su comida.

—Caballero—exclamó airado el viejo marino,—ese oficial, por lo menos, no se confunde nunca con el patrón de un corsario.

—Me sorprende mucho, capitán Bulkeley—dijo Cochrane con calor,—que os permitáis comparar á un oficial del rey con un patrón corsario.

La cosa se iba poniendo fea, y nadie podía saber dónde hubiera llegado, á no haber sido por el capitán Foley, que cambió de conversación hablando de los nuevos barcos que se construían en los arsenales franceses. Para mí era muy interesante oír á aquellos hombres que habían pasado la vida luchando contra nuestros enemigos, discutir sus costumbres y cualidades. Los que vivís en estos tiempos de amor y paz, no podéis concebir qué odio tan cruel sentía en aquella época Inglaterra por Francia y, sobre todo, por su gran jefe. Era mucho más que disgusto y prejuicio; era un aborrecimiento profundo, agresivo, del cual pueden daros aún una idea los papeles y caricaturas de aquellos días. Pocas veces se decía la palabra «franceses» sin anteponerle el adjetivo «pícaro» ó «maldito» y otros epítetos semejantes. En todas partes del país y entre todas las clases de la sociedad dominaba el mismo sentimiento: hasta los marineros que componían las dotaciones de nuestros barcos peleaban contra los franceses con un ensañamiento que jamás tuvieron con los holandeses ni los españoles.

Si ahora, después de cincuenta años, me preguntáis por qué abrigaban tan violento sentimiento contra ellos, contrario por todos conceptos á la tolerante naturaleza inglesa, confesaré que, á mi entender, la única razón lógica y real, era el miedo. No miedo á los franceses individualmente—nuestros mayores detractores no pudieron llamarnos nunca cobardes,—sino un temor por su suerte, por su porvenir; miedo á aquella inteligencia sutil, cuyos planes siempre parecían realizarse y á aquella mano pesada, que iba aplastando nación tras nación, humillándolas hasta el suelo.

Eramos un país pequeño, con una población que, cuando empezó la guerra, no era mucho mayor que la mitad de la de Francia. Esta había ensanchado sus fronteras, llegando por el Norte hasta Bélgica y Holanda y por el Sur hasta Italia, mientras nosotros, debilitados por las luchas de religión en Irlanda, nos hallábamos en peligro inminente, visible hasta para los más despreocupados. Desde cualquiera de nuestros puertos podíamos ver el resplandor de las hogueras del enemigo, y hasta el relucir de sus bayonetas cuando brillaban al Sol: no era de extrañar, pues, que el miedo á los franceses arredrara á los más valientes corazones, y que el temor hubiera dado lugar, como siempre ocurre, á un odio amargo y rencoroso.

Los marinos no podían hablar bien de sus enemigos aborreciéndolos de corazón; porque, siguiendo la costumbre de nuestro país, decían siempre lo que sentían. De los oficiales franceses individualmente no podían hablar con mayor caballería; pero abominaban de la nación en conjunto. Los más ancianos habían peleado contra ella en la guerra americana, habían vuelto á pelear durante los últimos diez años, y el deseo más ardiente de su alma consistía en seguir peleando durante el resto de su vida con la nación vecina. Había todavía algo más sorprendente que la violenta animosidad de Inglaterra contra Francia: Nosotros habíamos creído que, una vez en el agua, los bretones habían de llevar siem-

pre la mejor parte, toda vez que sus continuadas victorias habían obligado al enemigo á refugiarse en sus puertos, terminando así la guerra; pero aquella gente, que lo había presenciado, no pensaba lo mismo: alababan el valor de los franceses y manifestaban claramente las razones de su derrota.

Los oficiales de la armada francesa eran, por regla general, aristócratas; la revolución les había quitado los barcos y quedaron á merced de gente subordinada y jefes poco competentes, en tanto que la armada inglesa, perfectamente organizada, los había tenido bien sujetos, sin darles tiempo para aprender el arte de la marina. Si una de sus fragatas tenía sólo dos años para que la tripulación se



¡Alzadle! ¡Subidle en hombros!

acostumbrara á saber cuáles eran sus deberes y á cumplirlos, ya no sería tan fácil para un oficial inglés con un barco de igual calidad obligarle á arriar la bandera.

Así pensaban aquellos marinos, prácticos en la lucha y conocedores del carácter de sus vecinos, y hablaban extendiéndose en múltiples razones cuando se sintió un estrépito en la puerta, y á través de la nube de humo que llenaba el salón, alcancé á ver una casaca azul con charreteras doradas rodeada de un grupo compacto, oyendo al mismo tiempo un murmullo ronco que iba elevándose hasta convertirse en clamoreo general. Todos nos pusimos en pie, mirando y preguntándonos unos á otros lo que significaba aquello, mientras el grupo crecía y el tumulto aumentaba.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? —preguntaron veinte voces á un tiempo.

—¡Alzadle! ¡Subidle en hombros! —gritó alguien; y un momento después vi al capitán Troubridge elevándose sobre el grupo. Estaba tan encendido como si hubiera bebido, y agitaba en el aire algo que parecía una carta. Cesó el alboroto sucediéndose un silencio tal, que pude oír el crujido del papel que agitaba en su mano.

—¡Grandes noticias, señores! —gritó.— ¡Grandes noticias! ¡El almirante Collingwood me encarga que os lo diga á todos! ¡El embajador francés ha recibido la comunicación esta misma noche! ¡Todos los barcos alistados se pondrán en marcha! ¡El almirante Cornwallis va á la bahía de Cawsand para vigilar el Uessant! Una escuadrilla parte para el mar del Norte, y otra para el canal de Irlanda!

Quizás habría tenido algo más que decir; pero el auditorio no pudo esperar ya. Gritaron, golpearon el suelo con los pies y alborotaron delirantes de alegría. Comandantes viejos, capitanes de fragata, tenientes jóvenes; todos, todos gritaban como estudiantes pidiendo vacaciones. Nadie se acordaba ya de aquellas múltiples quejas que yo acababa de oír. Había pasado el mal tiempo y las aves marinas, presas en tierra hasta entonces, podían tender el vuelo una vez más y aletear sobre la espuma. El himno «¡Diosalve al Rey!» resonó en medio de aquella Babel y oí cantarlo de tal modo, que no podía apreciarlo lo malo de sus versos ni lo vulgar de su expresión. Confío en que vosotros no tendréis que oírlo jamás de un modo semejante á aquél, que hizo correr lágrimas por las rugosas mejillas de muchos valientes, dejándolos sin aliento, porque antes de presenciar espectáculo como aquél, tendríamos que pasar días muy negros.

Que hablen de la flemma inglesa los que nunca han visto á nuestros compatriotas cuando desaparece toda restricción y el fuego vivo y constante que se oculta en los corazones del Norte sale á la superficie. Yo lo vi entonces y aun cuando ahora no lo veo, no soy tan viejo ni tan necio que dude de que sigue existiendo.

CAPÍTULO XIII

Lord Nelson.

Mi padre había quedado con lord Nelson en visitarle muy temprano. Al saber que las noticias de la noche anterior afectarían á las anteriores disposiciones del Almirante tuvo más interés en ser puntual: apenas si había yo almorzado, y mi tío no había pedido siquiera el chocolate, cuando se presentó en Jeremyn Street preguntando por mí.

Un paseo de unos centenares de varas nos llevó á Picadilly, donde vivía Nelson en la antigua residencia de los Hamilton, cuando los negocios ó las diversiones le obligaban á salir de Merton. Un criado nos introdujo en un gran salón amueblado con severidad excesiva, y mientras fué á anunciar á mi padre, nos sentamos contemplando las blancas estatuillas italianas que adornaban los ángulos y el cuadro representando la bahía de Nápoles y el Vesubio, que pendía de la pared sobre un clavicordio. Recuerdo que había un reloj negro sobre la chimenea, y que de vez en cuando, entre el ruido de los coches que pasaban por la calle, oíamos risotadas que procedían de una habitación interior.

Cuando al fin se abrió la puerta, mi padre y yo nos pusimos en pie, esperando encontrarnos cara á cara con el hombre más grande de Inglaterra á la sazón; pero la persona que se presentó en la estancia fué, sin embargo, muy diferente.

Era una dama, y (al menos á mí me lo pareció) extremadamente hermosa, aun cuando otros más inteligentes críticos que yo habrían dicho tal vez que

sus encantos pertenecían ya á lo pasado más que á lo presente. Su soberana figura era de rasgos nobles y distinguidos, y su semblante, aunque algo vulgar, era notable por la brillantez de su cutis, la belleza de sus grandes ojos azules y el color obscuro del cabello, que caía en rizos sobre su alabastrina frente. Su porte era tan regio, que al verla entrar majestuosamente en el salón y mirar á mi padre, recordé á la reina de los peruanos caracterizada por la señorita Hinton, que tanto nos entusiasmara á mí y á Jim.

—¿El teniente Auson Stone?—preguntó.

—Servidor de Vucencia—contestó mi padre.

—¡Ah!—exclamó la dama afectando una sorpresa exagerada.—¿Me conocéis?

—Vi á Vucencia en Nápoles.

—En ese caso, veríais también á mi pobre sir Guillermo; ¡mi pobre sir Guillermo!—añadió tocando con sus blancos dedos cuajados de anillos la falda de su traje, deseosa, sin duda, de manifestarnos que vestía de luto riguroso.

—Supe la dolorosa pérdida de Vucencia—dijo mi padre.

—¡Hemos muerto ambos!—dijo la dama.—¿Qué puede ser ya mi vida sino una muerte lenta y angustiosa?

Hablaba en tono dulce y armonioso, con una nota quejumbrosa; pero no pude menos de observar que era una de las mujeres más robustas que había visto en mi vida, y quedé sorprendido al ver que me miraba de vez en cuando, como si la admiración de un ser tan insignificante como era yo fuera de importancia para ella. Mi padre, siguiendo sus francas costumbres de marino, procuró buscar una frase de cajón que demostrara su simpatía; pero los ojos de la dama, sin fijarse en el curtido rostro de mi padre, se clavaron en mí deseosos de saber la impresión que me causaba su pena.

—¡Allí está el ángel tutelar de esta casa!—exclamó señalando con un gesto exaltado un cuadro que pendía del muro, y que representaba á un caballero muy escuálido, con la nariz muy grande y que ostentaba en el pecho varias condecoraciones.—¡Pero no hablemos más de mis penas!—añadió limpiándose una lágrima invisible.—Venís á ver á lord Nelson, y según me ha encargado que os diga, será con vos en un instante. Seguramente, habréis oído que vuelven á romperse las hostilidades.

—Ésas son las noticias que supimos anoche.

—Lord Nelson ha recibido orden de mandar la escuadra del Mediterráneo: podéis comprender que en estos momentos... Pero, ¡ah!, creo oír los pasos de Su Excelencia.

Me hallaba tan embebido con las extrañas maneras de la dama, observando con tanta atención los gestos y ademanes que acompañaban á cada una de sus palabras, que no me hice cargo de la entrada del gran almirante en el salón. Cuando me volví, hallé detrás de mí un hombre moreno, de corta estatura, con las formas flexibles y delgadas de un niño. En lugar del uniforme vestía una casaca marrón con el cuello muy alto, y la manga derecha colgando suelta y vacía. La expresión de su rostro era, según recuerdo, excesivamente triste y simpática, dejando ver surcos profundos que revelaban las angustias de un alma solícita y activa. Una herida, dejándole tuerto, le había desfigurado el rostro; pero su único ojo tenía una insuperable expresión de viveza y astucia en la mirada. Su continente entero hablaba de energía y actividad: me recordaba (si me es dado comparar cosas comunes con una tan grande), un perriño de caza bien amaestrado, fino y amable, pero vigilante siempre y dispuesto para cualquier incidente fortuito que pudiera presentarse.

—Teniente Stone—dijo con suma cordialidad tendiendo á mi padre la mano izquierda,—me alegro mucho de veros. Londres está lleno de marinos; pero

confío en que dentro de una semana no quedará en tierra un solo oficial.

—He venido á preguntaros, señor, si podríais colarme en algún barco.

—Si mi palabra vale algo en el Almirantazgo, contad con ello, Stone. Necesitaré conmigo á todos los que me acompañaron al Nilo: no os prometo un barco de primera clase; pero, por lo menos, será de 64 cañones, y os aseguro que con un barco de esa clase que esté bien dotado, se puede hacer mucho.

—¿Quién que haya oído hablar del *Agamenon* podría dudarlo?—exclamó lady Hamilton, extendiéndose después sobre las hazañas del Almirante con unas alabanzas tan extravagantes y tal derroche de cumplidos y epítetos, que mi padre y yo no sabíamos adónde mirar, sintiendo lo enojoso que sería para aquel hombre verse obligado á oír tales cosas dichas en su propia presencia. Pero cuando me atreví á mirar á hurtadillas á lord Nelson, hallé con gran sorpresa, que, lejos de mostrarse disgustado, sonreía complacido, como si la estúpida adulación de su esposa fuera para él lo más grato del mundo.

—¡Vamos, vamos, querida mía!—dijo.—Te extiendes mucho más de lo que mis méritos merecen. Palabras que obligaron á la dama á continuar perorando en estilo dramático sobre el favorito de Inglaterra, el hijo predilecto de Neptuno, siendo oída con las mismas muestras de placer y gratitud. El que un hombre de mundo de cuarenta y cinco años de edad, astuto, honrado y relacionado con las Cortes se complaciera en un homenaje tan vulgar y manifiesto, fué una sorpresa para mí, como lo era para todos los que lo conocían. Los que saben mucho de la vida no necesitan que yo les diga cuán frecuente es que las criaturas más nobles y valerosas tengan una debilidad inexplicable, tanto más notable cuanto mayor es el contraste, como la mancha oscura resulta más notoria sobre el más blanco lienzo.

—Sois un oficial de marina de los que á mí me gustan, Stone—dijo el Almirante cuando su esposa acabó el panegírico.—¡Sois de los de buena cepa!—Paseó por el salón con paso corto é impaciente, volviéndose de vez en cuando sobre sus talones como si siguiera un rail imaginario, y continuó así:—Con estas charreteras nuevas y estos adornos de ahora, vamos estando demasiado lujosos para trabajar. Cuando yo entré en el servicio no había oficial que se desdenara de arreglar los aparejos y de trepar á la arboladura, dando ejemplo á su gente. Ahora, gracias si saben ocupar su sitio entre los compañeros. ¿Cuándo podríais estar á bordo?

—Esta misma noche, señor.

—¡Así me gusta, Stone! ¡Sois un verdadero marino! Están trabajando á destajo en los arsenales; pero no se cuándo estarán dispuestos los barcos. Yo por mi parte pondré mi pabellón en la *Victoria* el próximo miércoles, y saldremos en seguida.

—¡No, no; no tan pronto! No puede estar listo para navegar—dijo lady Hamilton en tono lastimero, mesándose las manos y poniendo los ojos en blanco.

—Tiene que estar listo, y lo estará—exclamó Nelson con extraordinaria vehemencia.—¡Juro por mi nombre que saldrá el miércoles, aunque el Diablo se ponga en la puerta! ¡Quién sabe lo que esos malditos estarán haciendo en mi ausencia! Sólo pensar las tretas que estarán concertando es cosa que me saca de quicio. ¡Tal vez en este mismo instante la Reina, nuestra reina, contempla el sitio donde debían hallarse las velas de los barcos de Nelson, procurando divisarlos!

Creyendo, como yo suponía, que hablaba de nuestra anciana reina Carlota, no podía comprender aquellas palabras; pero, según me dijo después mi padre, tanto Nelson como su mujer querían entrañablemente á la reina de Nápoles, y se preocupaban mucho de los intereses de su reino. La expresión de asombro que debió de pintarse en mi rostro llamó, sin

duda la atención de Nelson, porque deteniéndose repentinamente en su paseo me miró de arriba á abajo con cierta severidad.

—¡Y bien, caballero!—me dijo con viveza.

—Este es mi hijo único, señor—dijo mi padre.—Mi deseo es que entre en el servicio si puede encontrarse una plaza para él, porque desde hace muchas generaciones venimos sirviendo al rey.

—¿De modo que queréis venir á que os rompan los huesos?—gritó Nelson con dureza, mirando con disgusto la hermosa ropa que había promovido tanto debate entre mi tío y el señor Brummel.—Si entráis á servir bajo mis órdenes, tendréis que cambiar esa lujosa casaca por una chaqueta que huelva á brea.

Tan confundido me hallaba por la brusquedad de sus maneras, que apenas pude tartamudear que esperaba cumplir siempre mis deberes, frase que le hizo sonreír; y colocando sobre uno de mis hombros su mano pequeña y morena, añadió:

—Yo también creo que os portaréis bien. Veo que sois de buena raza; pero no imaginéis por un momento que el servicio en que pretendéis entrar es ligero. La vida á bordo de un barco de Su Majestad es muy dura: oiréis hablar siempre de unos cuantos que ascienden, que tienen suerte y salen adelante; pero ¿quién se cuida de los centenares que quedan oscurecidos ó desaparecen? ¡Considerad por un momento mi propia fortuna! De los 200 que fueron conmigo á la expedición de San Juan murieron en una sola noche 145. Me he visto en 180 encuentros, y, como podéis observar, he perdido un ojo y un brazo, habiendo recibido numerosas heridas en distintas ocasiones. Dió la casualidad de que pude contarle, y héteme almirante; pero no por eso olvido que sucumbieron muchos que valían tanto como yo. Sí—añadió cuando su esposa empezaba á protestar;—muchos, muchos y muy buenos fueron pasto de los tiburones. Pero el que no se arriesga diariamente no sirve para marino, y además, la vida de todos nosotros está en manos del que sabe perfectamente cuándo debe reclamarla.

Por un momento en su mirada sería, en su aspecto de reverencia, creímos ver el Nelson íntimo, el verdadero, procedente de las provincias levantinas, criado en la virilidad del puritanismo, que desde aquella región se extendió por Inglaterra entera y parte de América.

Aqué era el Nelson que declaraba haber visto la mano de Dios oprimiendo á los franceses, y que prostrado de rodillas en su camarote imploraba á Dios mientras el barco almirante rompía la línea de sus enemigos. En la manera de hablar de sus camaradas muertos había tanta humanidad, tanta ternura, que pude comprender perfectamente por qué le anaban tanto los que servían con él. Duro y severo como marino y soldado, tenía en su compleja naturaleza la facultad dulce, afectuosa, de traducir en lágrimas las emociones que sentía, y en impulsos tan tiernos como el que, cuando se hallaba después moribundo en el sollado del *Victoria*, le indujo á pedir á uno de sus comandantes que le besara antes de morir.

Mi padre se levantó para despedirse; pero el Almirante, con aquella bondad que siempre mostraba á los jóvenes y que había estado cohibida un instante solamente por la elegancia de mi traje, continuó paseando frente á nosotros y dejándonos oír palabras de exhortación y de consejo.

—Lo que se necesita en el servicio es mucho ardor, caballero. Necesitamos hombres de coraje que no estén nunca satisfechos. Los hemos tenido en el Mediterráneo, y volveremos á tenerlos. ¡Éramos como una serie de hermanos! Cuando me pidieron que designase á uno para un servicio especial, respondí al Almirantazgo que podía tomar cualquiera de los nombres que iban en la lista, porque á todos los animaba el mismo espíritu. Aunque hubiéramos tomado diez y nueve barcos, no decíamos que estaba bien

mientras el vigésimo surcara los mares. Ya sabéis cómo éramos, Stone. Sois antiguo entre nosotros para que yo os cuente nada de eso.

—Confío en que estaré con vos la primera vez que volvamos á su encuentro—dijo mi padre.

—Es preciso que vayamos, é iremos. ¡Os juro que no descansaré hasta darles una buena lección! ¡Ese maldito Bonaparte quiere humillarnos! ¡Que lo haga! ¡Dios ayudará á la buena causa!

Hablaba con una animación tan extraordinaria que la manga vacía se agitaba en el aire dándole un aspecto extraño. Viendo mis miradas fijas en ella, se volvió á mi padre, y colocando la mano izquierda sobre su brazo, agregó:

—Todavía puedo trabajar, Stone. ¿Qué decían de esto en la escuadra?

—Que fué un milagro, señor, y que había de pagarlo el que se pusiera á tiro vuestro.

—¡Eso malditos me conocían bien! Ya veis, joven, que no por eso me han quitado una chispa del ardor con que siempre serví á mi patria. Algún día también tendréis vos el mando de vuestra bandera: cuando llegue ese tiempo, acordaos de que con vacilaciones é incertidumbres no se hace nada. Poned vuestra alma entera en lo que hacéis, y si perdéis por causas ajenas á vuestra voluntad, la patria cuidará de vos. ¡No os preocupéis de las maniobras! La más importante consiste en ponerse al lado del enemigo. Combatid siempre, y obraréis bien. No penséis un momento en vuestra propia vida ó en vuestro descanso, porque desde que vistáis el uniforme azul, vuestra vida no será vuestra; pertenecerá á la patria, y ha de ser para su beneficio: hay que resignarse á perderla, aunque sólo deje una mínima ventaja. ¿Qué viento sopla esta mañana, Stone?

—Este Sudeste—repuso mi padre.

—En ese caso, Coruvalles irá derecho á Brest, aunque por mi parte, mejor los habría enviado al mar libre.

—Eso es lo que hubieran preferido todos los marineros y oficiales de la escuadra—contestó mi padre.

—No les gusta ir de bloqueo; cosa nada extraña teniendo en cuenta que con eso no ganan dinero ni honores. Ya os acordaréis de aquellos meses de invierno que pasamos delante de Tolón, sin fuego, sin vino, sin carne ni harina en los barcos y sin poder desperdiciar un pedazo de cuerda, de tela ó de cáñamo. Sujetamos los pontones con amarras viejas, y bien sabe Dios que de un momento á otro esperaba un viento de Levante que nos echara á pique; pero pudimos sostenernos. Temo, sin embargo, que no nos alabaron mucho por ello, aquí en Inglaterra, donde se entusiasman y encienden luminarias cuando se gana una gran batalla, sin poder comprender que para nosotros es más fácil luchar seis veces seguidas en el Nilo que mantenernos todo el invierno bloqueando un puerto. Ruego á Dios que ahora podamos encontrar esa nueva flota que acaban de hacer, y arreglemos el asunto con una batalla ligera.

—¡Ojalá esté yo con vos, señor!—dijo mi padre con ansiedad.—Y como hemos gastado ya mucho de vuestro precioso tiempo, os damos las gracias por vuestras bondades, suplicándoos que nos deis permiso para retirarnos.

—¡Adiós, pues, Stone!—dijo Nelson.—Tendréis barco, y si puedo conseguir que este joven sea uno de mis oficiales, no dejaré de hacerlo. A juzgar por su traje—añadió volviendo á mirarme.—puedo comprender que habéis sido más afortunado que muchos de vuestros compañeros en la distribución de las presas. Por mi parte, nunca me cuidé de eso, ni he pensado siquiera en hacer fortuna.

Mi padre explicó entonces que, siendo mi tío el famoso sir Carlos Tregellis, se había cuidado de mí y que con él vivía yo á la sazón.

—En ese caso, no necesitáis que yo os ayude—dijo Nelson con amargura.—Si tenéis dinero ó influen-

eias podéis ponerlos por encima de los oficiales más antiguos, aun cuando noseáis distinguir una lancha de una galera, ó una carronada de un cañón de á nueve. Sin embargo... Pero ¿qué diablos os trae aquí?

El criado había entrado precipitadamente en el salón, quedando parado ante la dura mirada del único ojo del Almirante.

—Vucencia me dijo que viniera volando si venía esto—dijo enseñándole un gran sobre azul.

—¡A fe mía que ésa es la orden que os di!—exclamó Nelson cogiendo el sobre y procurando inútilmente abrirlo con una mano. Lady Hamilton corrió en ayudarle; pero apenas vió el papel encerrado en aquella carta, lanzó un grito agudo, y llevándose las manos á la cabeza, cayó sin sentido.

Yo no dejé de observar que la caída fué ejecutada con mucho cuidado, y que, á pesar de su insensibilidad, la dama tuvo suficiente cuidado de caer en actitud graciosa y clásica, y con la ropa muy bien arreglada; pero el honrado marino era tan incapaz de engaño ó afectación, que no podía sospechar tales defectos en los demás. Corrió al instante y agitó el cordón de la campanilla, llamó á la doncella, pidió un médico, sales y demás medicamentos pertinentes al caso, con tan incoherentes palabras de dolor y en términos tan apasionados, que mi padre creyó prudente tirarme de la manga, advirtiéndome así que debíamos retirarnos.

Y así le dejamos en aquel salón de Londres débilmente iluminado, al lado de una mujer artificiosa y superficial, en tanto que le esperaba en la calle la gran berlina de viaje dispuesta para empezar el que había de llevarle al encuentro de la escuadra francesa, y terminar con una victoria que limitó para siempre la ambición de Napoleón á las conquistas por tierra, y con su propia muerte, ocurrida, como me gustaría que viniera para todos nosotros, en el momento culminante de su vida.

CAPÍTULO XIV

En el camino.

El día de la gran lucha empezaba á aproximarse. El inminente estallido de la guerra y las continuas amenazas de Napoleón eran cosas secundarias para aquellos sportmen, los cuales eran tantos en aquella época, que componían la mitad de la población. En el casino de los patricios, en la taberna de los plebeyos, en el café de los mercaderes, en la barraca de los soldados, en Londres y en las provincias, se hablaba constantemente del mismo asunto, del que interesaba á toda la nación. Cada coche que llegaba de Poniente, llevaba noticias de Wilson, el *Cangrejo*, que había vuelto á su aldea natal á fin de prepararse para la lucha bajo el inmediato cuidado del experto capitán Barelay. Por otra parte, aun cuando mi tío no había designado todavía á su favorecido, nadie abrigaba la menor duda de que nombraría á Jim, y el relato de sus condiciones físicas y, su comportamiento en la batalla con Berks, hizo que muchos apostaran por él, aun cuando, á decir verdad, la mayoría lo hicieron en favor de Wilson, porque los de Bristol y todo el territorio occidental se pusieron de parte suya como un solo hombre, en tanto que en Londres se dividió la opinión. Dos ó tres días antes de la batalla, aún se hacían apuestas en favor de Wilson en los casinos del West End.

Yo estuve dos veces en Cracoley para ver á Jim, encontrándole sujeto al régimen que era de rigor. Desde el amanecer hasta que caía la noche, pasaba el día corriendo, saltando, descargando golpes sobre una vejiga que pendía de una barra de hierro, ó boqueando con su formidable director.

Tenía los ojos brillantes, relucía su piel, estaba

exuberante de salud, y tan confiado en el éxito, que mis temores se desvanecieron al ver su valentía y escuchar sus tranquilas y joviales palabras.

Me sorprende mucho que hayas venido á verme. Rodney,—me dijo procurando sonreír cuando nos separábamos.—Yo he venido á ser pugilista, y pagado por tu tío además, en tanto que tú eres uno de los corintios de la ciudad. Si no hubieras sido el mejor y más noble de los caballeros jóvenes del mundo entero, habrías sido antes de ahora mi patrono, en vez de ser mi amigo.

Al mirar á aquel hombre tan hermoso, con su rostro noble y perfecto y pensar en sus admirables cualidades y generosos impulsos, pensé que era absurdo oírle hablar como si mi amistad por él fuera una condescendencia de mi parte y solté una carcajada.

—Perfectamente Rodney—dijo mirándome con atención;—pero ¿qué dice de esto tu tío?

Era adivino, con Cierta torpeza por cierto, repuse que á pesar de lo mucho que debía á mi tío, le había conocido á él primero y tenía edad suficiente para escoger mis propios amigos.

La sospecha de Jim era muy cierta; mi tío se oponía decididamente á que existiera intimidad entre nosotros; pero como desaprobaba mi conducta en otros muchos puntos, uno más ó menos no hacía al caso. En realidad no llegué nunca á colmar sus aspiraciones, porque ni logré cultivar una excentricidad aun cuando llevé su longanimidad hasta el extremo de indicarme varias, entre las cuales una sola me habría «sacado del montón» como él decía, ni llegué á llamar la atención del mundo extraño en que él se desenvolvía.

—Eres muy activo, sobrino,—me decía.—¿No te parece que podrías saltar sobre los muebles de una habitación de regulares dimensiones sin tocar al suelo? Un pequeño *tour de force* de esa clase sería de excelente gusto. Hubo un capitán de guardias que obtuvo un éxito enorme haciendo algo menos importante. Lady Lieven, que es excesivamente exigente, solía invitarle todas las noches sólo para que le vieran sus contertulios.

Me vi obligado á asegurarle que era empresa superior á mis fuerzas.

—Eres un poco *difficile*—me decía encogiéndose de hombros.—Siempre, sobrino mío, debías tener interés en perpetuar la delicadeza de mis aficiones. Si hubieras considerado al mal gusto como un enemigo, la sociedad á la moda llegaría á considerarte como un árbitro aun cuando sólo fuera por seguir la tradición de la familia, y sin ningún trabajo llegarías á ocupar la posición á que aspira ese advenedizo de Brummel. Pero tus instintos no te llevan por ese camino. Eres incapaz de cuidarte de los detalles. ¡Mira los zapatos! ¡Mira esa corbata! ¡Mira la cadena del reloj. Basta con enseñar dos eslabones, pues aunque yo enseñé tres en una ocasión, no dejó de ser una indiscreción. En este momento veo cinco de los de la tuya, así que lo siento mucho, sobrino, pero no creo que estés destinado para llegar á la posición que yo tenía derecho á esperar en una persona de mi familia.

—Yo también siento defraudar vuestras esperanzas, tío—repuse.

—Tu desgracia está en no haber venido á ponerte bajo mi influencia siendo más joven—añadió.—Sólo así habría podido formarte de un modo que hubiera satisfecho mis propias aspiraciones. Con mi hermano menor me ocurrió otro tanto; hice todo cuanto pude por él, pero se empeñó en llevar cintas en los zapatos y confundió públicamente el vino blanco de Burgundy con el del Rhin. El pobre muchacho se decidió por los libros y vivió y murió en una parroquia de provincias. Era un hombre muy bueno, pero muy vulgar, y la gente vulgar no tiene sitio en la sociedad.

—En ese caso, temo que tampoco lo habrá para

mí, tío — repuse yo; — pero mi padre tiene esperanzas de que lord Nelson me busque una plaza en la escuadra. Si he fracasado en sociedad, no por eso estimo menos vuestras bondades procurando hacer algo de mí, y espero que si me colocan, en efecto, aún podré ser digno de vos.

—Es posible que llegues al puesto que yo ambicionaba para ti; pero, desde luego, será por otro camino — dijo mi tío. — En la buena sociedad hay muchos hombres que, como lord San Vicente, lord Hood y otros muchos, ocupan puestos muy respetables sin haber hecho nada que los recomiende fuera de sus servicios en la armada.

Esta conversación entre mi tío y yo tenía lugar la mañana del día antes de la lucha, en el exquisito santuario de su casa de Jeremyn Street. Recuerdo que vestía una bata floja de brocatel, según tenía por costumbre antes de marcharse al casino y tenía la pierna extendida sobre un taburete, porque Abernethy quería curarle un ataque incipiente de gota. Sería tal vez causado por el dolor que sufría ó quizá por el disgusto que yo le había proporcionado, pero lo cierto es que sus maneras eran menos amables que de costumbre, y hasta creo que su sonrisa tenía algo de burlona cuando hablaba de mis deficiencias. Por lo que á mí toca, sentí un gran alivio después de aquella explicación, porque mi padre había salido de Londres plenamente convencido de que pronto habían de encontrar dos vacantes para ambos, y lo único que turbaba mi mente era la idea de que me sería duro dejar á mi tío sin que llegara á ver realizados los planes que se había propuesto.

Estaba realmente cansado de aquella vida inútil, para la cual estaba tan poco preparado; me molestaban mucho aquellas conversaciones insustanciales, en que currutacos, frívolos y necios hacían de un corro de mujeres el punto central del Universo. Algo del desprecio de mi tío vagó también por mis labios cuando le oí aludir con expresión desdeñosa á la presencia de los hombres que habían contribuído á la salvación de la patria en aquellos sacrosantos círculos aristocráticos.

—Y á propósito, sobrino — añadió: — con gota ó sin ella, le guste ó no le guste á Abernethy, tenemos que ir á Cracoley esta noche. El combate se librará en Cracoley Docons: sir Lotario y su protegido están en Reigate y yo di orden de que nos reservaran camas para ambos en la hostería de Jorge.

«El choque, según tengo entendido, superará á todo lo conocido hasta aquí. A mí me agrada mucho el olorcillo que hay en esos paradores de provincias; pero hay que sufrirlo. Berkeley Craven decía anoche en el casino que en veinte millas á la redonda, desde Cracoley, no hay una sola cama que no esté tomada, y que piden tres guineas por pasar la noche. Espero que tu amigo, si debo designarle con ese nombre, realizará la esperanza que nos hizo concebir, porque he expuesto en el asunto mucho más de lo que querría perder. Sir Lotario también se ha excedido: ayer mismo hizo otra apuesta de 5.000 libras contra 3.000. Según tengo entendido, el asunto sería grave para él si perdiera. ¿Qué ocurre, Lorimer?»

—Una persona que deseo veros, sir Carlos — dijo el nuevo criado, que acababa de presentarse en la estancia.

—Ya sabéis que no recibo á nadie hasta que me visto del todo.

—Insiste en veros, señor. Abrió la puerta de par en par...

—¿Que abrió la puerta? ¿Qué queréis decir, Lorimer? ¿Por qué no le arrojasteis á la calle?

Una sonrisa entreabrió los labios del criado, y al mismo tiempo se oyó en el corredor una voz gruesa.

—¡Joven, anunciadme al instante; quiero ver á vuestro amol! De lo contrario, no lo pasaréis muy bien!

Me pareció haber oído aquella voz en otro sitio, y, en efecto, apenas vi aparecer sobre los hombros del criado un rostro grande, carnoso, con una nariz á lo Miguel Angel en el centro, comprendí al instante que era mi vecino de mesa en la cena de los boxeadores.

—¡Es Warr, el luchador, tío! — dije yo.

—¡Sí, señor! — dijo nuestro visitante penetrando en la estancia. — Soy Bill Warr, dueño de la cervecería de Jeremyn Street, y el hombre más valiente de las flas. Sólo hay una cosa que pueda vencerme sir Carlos, mi propia carne, que cada día aumenta más, aun cuando todavía podría entrar en batalla. Al verme, difícilmente podríais creer que cuando luché con Mendoza pude saltar por las cuerdas de la pista con la misma ligereza que un cabrito. Lo que es ahora, no podría hacer otro tanto. Os saludo, caballero — me dijo á mí, — y espero os halléis bien.

Mi tío manifestó gran disgusto al ver invadida así su casa; pero como parte de su posición consistía en sus buenas relaciones con los boxeadores se contentó con preguntarle cortésmente lo que deseaba. El gran boxeador miró al criado, diciendo al mismo tiempo.

—Es muy importante, sir Carlos, y asunto de hombre á hombre que debe tratarse en privado.

—Marchaos Lorimer — dijo mi tío al criado, añadiendo después: — Podéis hablar, Warr. ¿Qué ocurre?

El boxeador se había sentado tranquilamente á caballo sobre una silla, colocando los brazos en el respaldo.

—Tengo una noticia, sir Carlos — dijo.

—Bien; ¿qué es ello? — preguntó mi tío impaciente.

—Una noticia de mucho valor.

—¡Venga, pues!

—Es una noticia que vale dinero — dijo Warr haciendo un gesto.

—Comprendo: queréis que os pague para saberla.

El boxeador sonrió afirmativamente.

—Pero yo no pago nada adelantado: deberíais conocerme mejor.

—Os conozco, sir Carlos, y sé que sois un corintio noble y espléndido; pero si yo empleara en contra vuestra lo que sé, me produciría algunos centenares de libras. Bill Warr no puede hacer eso, porque siempre le ha gustado ponerse del lado de los que juegan limpio: por eso vengo á deciroslo á vos y espero que no querréis que pierda en el negocio.

—Podéis hacer lo que gustéis — dijo mi tío, — si vuestra noticia es útil para mí, yo sabré lo que debo hacer.

—Habéis hablado perfectamente, señor, y basta con eso. Sé que obraréis correctamente como habéis hecho siempre. Vamos con ello! Vuestro hombre Jim Harrison luchará con Wilson el *Cangrejo*, de Gloucester, mañana por la mañana en Crasoley Docon.

—¿Hay algo nuevo en eso?

—¿Sabéis cuál era ayer el tipo de las apuestas?

—Tres contra dos á favor de Wilson.

—Hasta ahí tenéis razón. A tres contra dos se ofrecía en mi propia casa. ¿Sabéis á cuánto ha subido hoy el tipo?

—Todavía no he salido.

—Entonces os lo diré yo. Siete por uno, contra vuestro hombre.

—¿Qué?

—Siete contra uno; nada menos.

—¡No sabéis lo que decís Warr! ¿Cómo podía haber cambiado el tipo de tres contra dos hasta siete contra uno?

—He ido á casa de Tom Oeven, á El Hote, á El Carro y los Caballos, y en todas partes he oído lo mismo; siete contra uno. Se han apostado toneladas de plata contra vuestro elegido y en todas las tabernas y mesones de aquí á Stepney hay gente moviendo el asunto.

La expresión que se dibujó en el semblante de mi

tío me dejó comprender que aquel partido era muy serio para él; pero un momento después se encogió de hombros y sonrió con ineredulidad.

—¡Tanto peor para los necios que han aceptado esa diferencia!—añadió:

—Mi hombre está perfectamente. Le viste ayer; ¿verdad sobrino?

—Ayer estaba bien, señor.

—Si le hubiera ocurrido algo, ya lo sabríamos.

—Es que quizás no le habrá ocurrido nada *todavía*—dijo Warr.

—¿Qué queréis decir?

—Voy á decíroslo. ¿Os acordáis de Berks? Ya sabéis que nunca se puede confiar mucho en él y que aborrece á vuestro hombre desde que luchó con él, perdiendo el partido, en la cochera. Pues bien; anoche, á eso de las diez, entró en mi establecimiento y detrás de él, pisándole los talones, los tres bribones más sanguinarios de Londres: Red Ike, que fué arrojado de la pista porque hizo trampas con Bittoon, Jussuf el Boxeador, que es capaz de vender á su propia madre por una pieza de siete chelines, y Cris Mc Carthy, matón de oficio, que tiene una trampa en los alrededores del Teatro de Haymarket. Pocas veces se ven juntos cuatro alhajas semejantes; todos tan borrachos como podían estarlo, excepto Cris, que es demasiado astuto para beber cuando tiene que trabajar. Los introduje en el reservado, no porque fueran dignos de ello, sino para que no los oyeran los parroquianos no fuera cosa que me quitaran la licencia. Les servi vino y me quedé allí para ver lo que hacían, por temor de que tocaran los cuadros ó el loro embalsamado que tengo en la sala.

«Para no cansaros, señor diré que empezaron á hablar de la lucha, y que todos se echaron á reír sólo de pensar que pudiera ganar Jim Harrison; todos excepto Cris, que se entretenía tirando pellizcos á los demás y dándoles golpeitos con los nudillos, hasta que Joe Berks le dió un mojiçón. Pude comprender que había algo en el aire; algo que no era difícil de averiguar, especialmente cuando Red Ike se manifestó dispuesto á apostar cinco chelines á que Jim Harrison no tomaría parte en la lucha. Les serví otra botella de ginebra, y me deslicé detrás del postigo por donde pasamos el vino desde la tienda al reservado. Corrí la celosía un poquito, y pude oír cada una de sus palabras con la misma claridad que si hubiera estado entre ellos.

«Mc. Carthy gruñía riñéndolos, porque no podían callar; y Joe Berks aseguraba que volvería á pegarle si no los dejaba hablar. Como Cris le tenía miedo cesó de gruñir, y Berks preguntó si se hallaban dispuestos para la tarea del día siguiente y si el amo les pagaría lo prometido cuando supiera que habían bebido ó no tendría confianza en ellos. Ante tal idea dejaron de beber, é Insufel boxeador preguntó á qué hora era la marcha. Cris repuso que á cualquiera con tal que llegasen á Cracoley antes de que se cerraran las puertas del parador de Jorge.—«Poco pagan para emplear la cuerda»—dijo Red Ike.—«¿Qué condenada cuerda!»—exclamó Cris sacando del bolsillo una cachiporra muy pesada.—Si le sostenéis entre tre tres y yo le rompo un brazo con esto, habremos ganado bien nuestro dinero y no tendremos que pasar á la sombra más que seis meses.

—Procurará defenderse luchando con nosotros—dijo Berks, á lo que Cris repuso que sería la última lucha en que podría tomar parte. No oí más, y esta mañana salí de casa oyendo por todas partes que la puja alzaba y que nadie se asustaba de la diferencia. Ya sabéis lo que hay, señor, y comprendéis su sentido mejor de lo que pudiera explicároslo Bill Warr.

—Está bien, Warr—dijo mi tío levantándose;—os agradezco mucho que hayáis venido á decírmelo, y procuraré que no perdáis nada en ello. Creo que es meramente una conversación de rufianes borrachos; pero no por eso habéis dejado de servirme haciendo

que lo sepa. ¿Supongo que mañana os veré en Cracoley Docons?

—Jackson me ha pedido que sea uno de los que den la señal.

—Perfectamente. Espero que la lucha será buena. Adiós, y muchas gracias.

Mi tío conservó la serenidad mientras Warr estuvo presente; pero apenas se cerró la puerta detrás del cervicero, volvióse á mí con una inquietud que jamás hubiera podido sospechar en él.

—¡Tenemos que ir inmediatamente á Cracoley, sobrino!—dijo tocando la campanilla al mismo tiempo.

—No hay que perder un momento. Lorimer, que enganchen las yeguas tordas en el coche; colocad en él el estuche de tocador y que lo tenga Guillermo en la puerta lo antes posible.

—Voy á dar prisa yo mismo, señor—dije echando á correr hacia la caballeriza donde estaban los caballos de mi tío. El groon no estaba allí, y envié un mozo en su busca; pero entretanto, auxiliado por uno de los criados de la caballeriza, saqué el carruaje de la cochera y las dos yeguas del establo. Pasó más de media hora antes de que todo estuviera dispuesto; Lorimer esperaba ya en la puerta de casa con las indispensables cestas de viaje, y mi tío á su lado ataviado con su levitón color habana, sin dejar ver en su pálido y tranquilo rostro señal alguna de la impaciencia que seguramente le consumía.

—Os dejamos aquí, Lorimer—dijo al criado,—porque sería difícil encontrar cama para vos. ¡Aprisa, Guillermo! ¡Sube, sobrino! ¡Hola, Warr! ¿Qué novedad ocurre?

El boxeador iba hacia nosotros con toda la prisa que le permitían sus carnes.

—Una palabra antes de que os marchéis, sir Carlos—dijo jadeante.—Acabo de oír en mi establecimiento que los cuatro hombres de que os hablé salieron á la una para Cracoley.

—Está bien, Warr—dijo mi tío poniendo el pie en el estribo.

—Las apuestas han llegado ya á diez contra uno.

—¡Dame las riendas, Guillermo!

—¡Una palabra más, señor! Dispensadme la libertad; pero yo que vos, llevaría un par de pistolas.

—Muchas gracias; ya las llevo.

Chasqueó la fusta entre las orejas de la yegua delantera, el groon saltó al suelo y Jeremyn Stree' quedó atrás nos pusimos en San James y después en Whitehall, con una velocidad que demostraba tanta impaciencia en las yeguas como en su amo. Cuando pasábamos por el puente de Westminster daban las cuatro y media en el reloj del Parlamento. Vimos brillar el agua debajo de nosotros, y un segundo después nos internamos entre las dos líneas de casas pardas que constituían la avenida por donde habíamos ido antes á Londres. Mi tío sentado, con los labios apretados y la frente arrugada, no habló una palabra hasta que pasamos de Streathan.

—¡Arriesgo mucho, sobrino!—me dijo.

—Y yo también—repuse.

—¡Tú!—exclamó sorprendido.

—Un amigo, tío.

—¡Ah, sí; es verdad: lo había olvidado! Después de todo tienes alguna excentricidad, sobrino. Eres un amigo fiel, cosa bastante rara en nuestro círculo. Sólo he tenido un amigo de mi clase, y ése... ya me has oído contar su historia. Temo que será de noche antes de que lleguemos á Cracoley.

—Yo también lo temo, señor.

—Y en ese caso, tal vez llegaremos tarde.

—¡Dios no lo quiera!

—Llevamos el mejor ganado de Inglaterra; pero temo que antes de llegar ya estén llenas de gente las carreteras. ¿Notaste, sobrino, que Warr oyó hablar á esos villanos de un amo que les guardaba la espalda y les pagaba su infamia? ¿No comprendiste que se habían comprometido con alguien para inuti-

lizar á mi hombre? ¿Quién podrá haberlos alquilado? ¿Quién tendrá interés, á no ser...? Sé que sir Lotario Hume está desesperado; sé que ha tenido mala suerte en el juego en los casinos de Watier y de White. También sé que arriesga mucho en esta ocasión, y que ha obrado con tanta precipitación, que ha dado motivo para que sus amigos crean que tiene razones particulares para desear que el resultado le sea favorable. Todo se reúne para... ¡Dios mío, si fuera lo que presumo!

Volvió á quedar silencioso, y pude observar en su rostro la misma expresión de ferocidad que le animaba el día en que él y sir Juan Lade pasaron á escape por la carretera de Godstone.

El Sol desapareció poco á poco detrás de las colinas de Surrey, y las sombras crepusculares fueron extendiéndose por el Oriente; pero el ruido de las ruedas y el resonar de los cascos de los caballos no cesó ni un momento. Un viento fresco azotó nuestro semblante; las hojas tiernecillas de los arbustos que bordeaban el camino, caían silenciosamente. El áureo nimbo del Sol acababa de ocultarse por completo entre las encinas de la colina de Reigate, cuando las yeguas se detuvieron jadeantes en el parador de «La Corona», en Redhill. El mesonero, un anciano, boxeador antiguo, corrió á saludar á un corintio tan conocido como sir Carlos Tregellis.

—¿Conocéis á Berks, el boxeador? — preguntó mi tío?

—Sí, sir Carlos.

—¿Ha pasado por aquí?

—Sí, señor: creo que serían las cuatro; aunque, á decir verdad, con tanto gentío y tanto coche, no me atrevería á jurarlo. Iba con Red Ike, Jusuf el judío y otro, y llevaban un buen caballo tirando del coche. Debían de venir muy aprisa, porque el animal iba sudando.

—¡La cosa se pone fea, sobrino! — dijo mi tío cuando salimos volando hacia Reigate. — Si iban tan ligeros, debía de ser porque tenían prisa de desempeñar la comisión que los llevaba á Crasoley.

—Jim y Belcher valen tanto como ellos cuatro, y habrán sabido defenderse — repuse.

—¡Ah! Si Belcher estaba con él, no temo nada; pero no sabemos qué diablura intentarían. Que le encontremos sano y salvo, y te aseguro que no le perderé de vista un instante hasta que se presente en el anillo. Permaneceremos despiertos, en guardia, con las pistolas preparadas, y Dios quiera que esos villanos sean tan indiscretos que se atrevan á hacer algo. Pero antes de hacer que las apuestas subieran tanto, debían de estar seguros del éxito, y eso es lo que me tiene con cuidado.

—Seguramente, no ganarán nada con esa villanía, porque si perjudican á Jim Harrison, no se verificará el combate y las apuestas quedarán sin efecto.

—Eso ocurriría en una lucha ordinaria, sobrino; y es una suerte que sea así, porque de otro modo, esos bribones que infestan la pista harían imposible tal deporte pero en ésta es diferente. Las condiciones son tales, que perderé si no presento un hombre que esté dentro de la edad convenida y que pueda vencer á Wilson el *Cangrejo*. Según recordarás, no he designado todavía á mi favorecido. ¡*C'est dommage!*; pero así es. Nosotros sabemos quién es, y lo mismo lo saben nuestros contrarios; pero los árbitros y los postores no lo tendrían en cuenta. Si nos quejáramos de que habían inutilizado á Jim Harrison, responderían que no sabían oficialmente que ése era mi hombre. Que haya lucha ó no, arriesgo mi dinero, y esos malditos se aprovechan de la ocasión.

Los temores de mi tío suponiendo que hallaríamos interceptados los caminos, no eran infundados, porque apenas pasamos el Reigate vimos una larga fila de vehículos tan heterogénea, que, á mi entender, en un espacio de ocho millas largas no había un caballo que no tuviera la nariz pegada al coche ó cabriolé

que iba delante. Todos los caminos que iban de Londres, como los procedentes de Guildford á Poniente y de Tunbridge á Levante, contribuían con su contingente de carruajes, calesas y jinetes, llenando la ancha carretera de Brighton de gente que reía, cantaba y gritaba, yendo todos en la misma dirección.

Nadie que contemplase aquel abigarrado conjunto podía negar que, buena ó mala, la afición al boxeo no estaba circunscrita á una clase determinada, sino que era una peculiaridad nacional propia de la naturaleza británica, una herencia común, tanto del aristócrata joven que iba en su lujoso carruaje como de los rudos aldeanos que se agrupaban de seis en seis en un carrillo. Allí vi políticos y soldados, nobles y abogados, señores y labriegos, rufianes del East End y hacendados de las provincias; todos recorriendo la ruta con la perspectiva de pasar una mala noche, sólo por presenciar una lucha que podía quedar decidida al primer asalto. Era imposible imaginar un conjunto de gente más alegre y animada, tan divertida como si fuera de baile ó romería, riendo y bromeando. Á ambos lados del camino, los posaderos y mercaderes de las inmediaciones salían con bandejas llenas de vasos de espumosa cerveza, á fin de refrescar aquellas gargantas secas. El beber, la conversación ruidosa y jovial, la animación de la compañía, las risas que producían las indirectas sobre la noche que los esperaba, el deseo de tener buen sitio para presenciar el combate, cosas son todas que podrían ser tachadas de vulgares y triviales por aquellos á quienes no agradan; pero para mí, que escuchaba ahora los lejanos é inciertos ecos de un pasado distante, parecen ser los verdaderos huesos donde ha ido modelándose todo lo más sólido y viril de nuestra antigua raza.

Pero ¡ay! que nuestra prisa era inútil. Toda la destreza de mi tío fué impotente para abrirse paso entre la circulante masa. Preciso fué ocupar un puesto en ella y conformarse con ir á paso de caracol desde Reigate á Horley, á Povey Cross y hasta pasado Lowfield Heath, mientras el luminar del día, después de pasar por el crepúsculo, se hundía en las sombras de la noche. En el puente de Kimberham se encendieron todos los faroles de los coches, y como el camino hacía allí una curva, fué un espectáculo admirable presenciar el desfile de aquella ondulante serpiente de escamas de oro arrastrándose en la obscuridad.

Al fin, dibujándose en la penumbra, vimos la informe masa de los grandes olmos de Crasoley, y no tardamos en llegar á la ancha calle de la aldea entre los titilantes resplandores de las ventanas, que en ambos lados aparecían iluminados, hallándonos poco después cerca de la hostería de Jorge, resplandeciente de luces por puertas y ventanas, en honor de la noble concurrencia que había de dormir aquella noche dentro de su recinto.

CAPÍTULO XV

Mala jugada.

La impaciencia de mi tío no le permitió esperar en el coche el turno de llegada á la puerta del hotel: arrojando las riendas y media corona á uno de los aldeanos que desde la orilla del camino presenciaban el desfile, bajó del carruaje, y abriéndose camino por entre la multitud, llegó á la entrada.

Al entrar en el círculo de luz proyectado por las ventanas, todos los que le vieron se preguntaron quién sería aquel caballero tan pálido y arrogante, cubierto con un elegante levitón de camino, é hicieron calle apartándose para dejarle entrar. Hasta entonces no había podido comprender la popularidad de mi tío en el mundo de los deportes. Apenas se dieron cuenta de quién era, empezaron los hurras,

por todas partes oí gritar: ¡Viva Tregellis el elegante! ¡Buena suerte para él y para su protegido! ¡Abrid paso para el noble corintio sir Carlos Tregellis!, en tanto que el hostelero, atraído por los gritos, salió corriendo á recibirnos.

—¡Buenas noches, sir Carlos!,—exclamó.—Supongo que os halláis bien y que vuestro elegido honrará esta casa.

—¿Cómo está?—preguntó mi tío con viveza.

—Mejor que nunca, señor. Está hecho una alhaja y dispuesto á luchar por un reino.

Mi tío exhaló un suspiro de satisfacción.

—¿Dónde está?—agregó.

—Se ha retirado temprano á su habitación, en vista de que tiene algo importante para mañana temprano—dijo el hostelero con un gesto expresivo.

—¿Dónde está Belcher?

—Aquí, en el comedor—repuso el hostelero abriendo al mismo tiempo una puerta y franqueándonos el paso.

Una veintena de hombres muy elegantes, algunos de los cuales me eran conocidos por haberlos visto en mi corta visita al West End, estaban sentados en torno de una mesa, sobre la cual había una humeante sopera llena de ponche. En el extremo más lejano, con tanta tranquilidad como si se hallara en su propio círculo entre los aristócratas caballeros que le rodeaban se hallaba el campeón de Inglaterra; con su soberana figura medio recostada en una silla, el hermosísimo semblante encendido, y con un pañuelo rojo atado negligentemente al cuello del pintoresco modo que llevó su propio nombre durante mucho tiempo. Desde entonces ha pasado medio siglo, y he visto muchos hombres hermosos... Porque quizás consista en que soy bastante mezquino en mi estructura; pero lo cierto es que siempre he tenido la curiosidad de fijarme más en los hombres hermosos que en las demás obras de la naturaleza. Pues bien; durante todo ese tiempo jamás he visto hombre más admirable que Belcher, y cuando quiero compararle con alguien sólo me ocurre pensar en mi amigo Jim, aquel cuya historia vengo refiriendoos.

Apenas se presentó mi tío en el umbral de la puerta, hubo un clamoreo de saludos jubilosos.

—¡Entrad, Tregellis! ¡Os estábamos esperando! ¿Qué noticias corren por Londres? ¿Qué quieren decir esas pujas contra vuestro paladín? ¿Se ha vuelto loca la gente? ¿Á qué viene todo eso?

Todos hablaban á un tiempo; pero mi tío repuso tranquilamente:

—Dispensadme, caballeros; tendré sumo placer en responderos dándoos cuantas noticias estén en mi poder, pero un poco más tarde, porque antes tengo que ocuparme en un asunto de cierta importancia. ¡Belcher, desearía deciros dos palabras!

El campeón salió al corredor con nosotros.

—¿Dónde está vuestro pupilo, Belcher?

—Ha ido á su cuarto, señor. Creo que quiere dormir doce horas antes de entrar en acción.

—¿Qué tal ha pasado el día?

—Con ejercicios ligeros de media hora, señor. ¡Que me llamen holandés si no nos deja orgullosos de él! ¿Pero, qué diablos ocurre con las apuestas? Si no tuviera la seguridad de que Jim Harrison es la honradez personificada, creería que planeaba una traición é intentaba algo contra sí mismo.

—Precisamente por eso hemos venido corriendo. He sabido por buen conducto que trataban de inutilizarle, y que esos malditos creen tan seguro el éxito, que están dispuestos á apostar todo lo que puedan á que no se presenta.

Belcher silbó entre dientes.

—No he visto nada que me haya hecho sospechar, señor. Nadie se ha acercado á él para hablarle siquiera, exceptuando vuestro sobrino, aquí presente, y un servidor.

—Cuatro rufianes, capitaneados por Berks, salie-

ron de Londres unas cuantas horas antes que nosotros. Me lo ha dicho Warr.

—Lo que Bill Warr dice, es verdad siempre, y lo que hace Joe Berks, siempre es malo. ¿Quiénes son los otros?

—Red Ike, Insuf el pescador y Cris Mc Carthy.

—¡Bonito trío! Bien, señor: el muchacho está en salvo; pero creo que sería conveniente que alguno de nosotros permaneciera constantemente con él en su cuarto. Por mi parte, mientras esté á mi cuidado no andaré lejos de él.

—¡Es lástima despertarle!

—No sé si podrá dormir mucho con el jaleo que hay en esta casa. Vamos por aquí, señor; al final del corredor.

Atravesando algunos pasillos bajos de aquella antiquísima posada, llegamos á espaldas de la casa.

—Este es mi cuarto, señor—dijo Belcher indicándonos una puerta á la derecha;—este otro de la izquierda es el suyo. Aquí está sir Carlos Tregellis que viene á veros, Jim—añadió abriéndolo de par en par, y después exclamó:—¡Dios mío! ¿Qué significa esto?

Una lámpara de metal amarillo colocada sobre la mesa, iluminaba profusamente el pequeño dormitorio. Las ropas del lecho estaban en orden perfecto: sólo una huella sobre la colcha indicaba que alguien había descansado vestido. La ventana estaba entreabierta, y una gorra de algodón que había quedado sobre la mesa era el único rastro de que allí había estado un hombre. Mi tío miró en torno suyo y movió la cabeza.

—Al parecer, hemos llegado tarde—dijo.

—¿Qué significa esa gorra? ¿Dónde habrá ido con la cabeza descubierta?—murmuró Belcher.—Hace una hora que vino para acostarse. ¡Jim! ¡Jim!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—Indudablemente, ha salido por la ventana—dijo mi tío. ¡Esos rufianes han debido de obligarle á salir con algún pretexto endiablado! ¡Trae la lámpara, sobrino! ¡Ah! ¡Aquí está lo que yo pensé! ¡Mirad la huella de sus pies en ese arriate que hay al pie de la ventana!

El hostelero y uno ó dos de los corintios que bebían en el comedor, nos habían seguido hasta el cuarto de Jim. Alguno de ellos abrió la puerta que daba al jardincillo de las cocinas, y allí nos encontramos inspeccionando la tierra pisoteada que habíamos visto antes desde la ventana.

—Esta es la huella de sus pies; no hay duda—dijo Belcher. Esta tarde llevaba las botas gruesas, y aquí tenéis la marca de los clavos. Pero ¿qué es esto? ¡Aquí ha habido otra persona!

—¡Una mujer!—exclamé yo.

—¡Por Dios, que tienes razón, sobrino!—exclamó mi tío.

Belcher lanzó un juramento.

—No ha dicho una sola palabra á ninguna muchacha del pueblo—exclamó:—he tenido un cuidado especial con eso. ¡Y pensar que precisamente en este momento hayan venido hasta aquí!

—Es una cosa tan clara como sencilla, Tregellis—dijo el honorable Berkeley Craven, que era uno de los que habían ido hasta allí desde el comedor. Quien quiera que sea, ha llegado y ha llamado á la ventana. Ya veis, las huellas pequeñas vienen hacia la ventana; las mayores se alejan. Ella vino á llamarle, y él la siguió.

—Así es, en efecto—dijo mi tío.—¡No hay que perder un instante! Es preciso dividirnos y buscar en diversas direcciones hasta que logremos saber dónde pueden haber ido.

—Para salir del jardín, no hay más camino que éste—dijo el mesonero siguiendo un sendero que terminaba en la puerta.—Da á una callejuela sin salida, en la cual tengo las cuadras, que sale á un atajo de la carretera.

El amarillo reflejo de una linterna proyectó un círculo de luz en la oscuridad, y un mozo salió de la cuadra con aspecto perezoso.

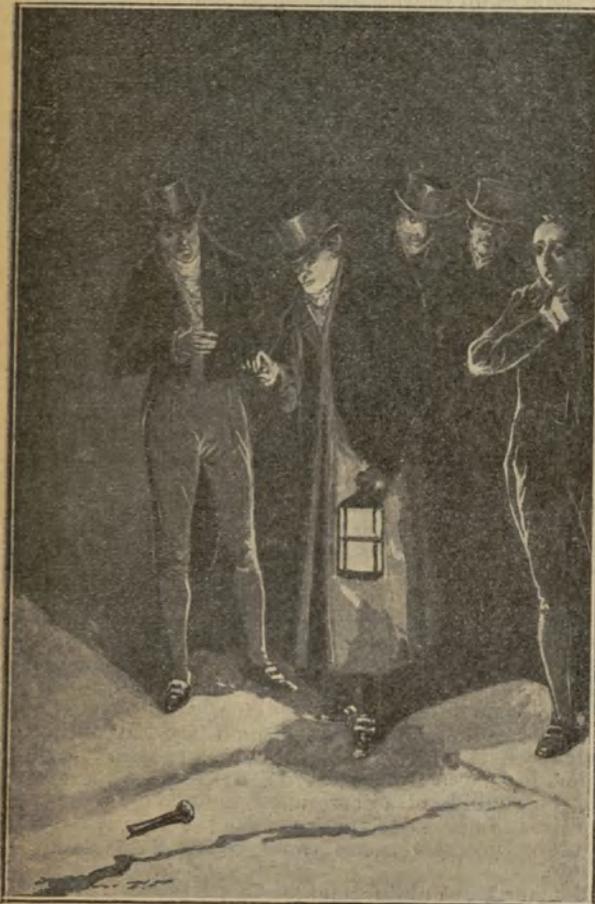
—¿Quién está ahí?—preguntó el hostelero.

—Soy yo, mi amo; Bill Shields.

—¿Cuánto tiempo hace que estás ahí, Bill?

—Desde hace cosa de una hora estoy saliendo y entrando en las cuadras. Ya no hay más sitio, y es imposible acomodar un sólo caballo más. Casi, casi no me atrevo á darles de comer, porque si engordan...

—Escucha, Bill, y ten mucho cuidado con lo que dices, porque un error puede costarte el empleo. ¿Has visto pasar á alguien por este callejón?



En la blanca superficie de la empolvada senda había un reguero de sangre, y cerca de aquella terrible mancha...

—Hace un rato vi á un hombre cubierto con una zamarra de piel de conejo. Haraganeaba por ahí, y le pregunté qué buscaba, porque no me hizo mucha gracia su aspecto ni la manera como miraba á las ventanas. Arroqué sobre él la luz del farol; pero se tapó la cara, y sólo puedo jurar que tenía el pelo rojo.

Miré á mi tío, y no pude menos de observar que estaba muy preocupado.

—¿Y qué fué de él?

—Se marchó, y no he vuelto á verle.

—¿Y no has visto á nadie más? ¿No has visto, por ejemplo, á un hombre y á una mujer que iban juntos?

—No, señor.

—¿No has oído nada extraordinario?

—¡Calla! ¡Ahora que me preguntáis, recuerdo que oí algo; pero en una noche como ésta, en que vienen de Londres tantos guapos...

—¿Qué era ello?—exclamó mi tío impacientemente.

—Fué una especie de grito, señor; allá abajo, como de alguien que se viera en un apuro. Yo creí que serían dos petimetres peleando y no me preocupé de ello.

—¿De dónde venía el grito?

—Del atajo, señor.

—¿Muy lejos?

—No; á cosa de doscientas varas.

—¿Fué un solo grito?

—Más que grito, fué un alarido, señor; después sentí el ruido de un coche que se alejaba muy deprisa. Recuerdo que se me hizo raro que alguien se marchara de Cracoley en una noche como ésta.

Mi tío cogió la linterna de manos del mozo, y echó á andar seguido de todos nosotros.

El camino cortaba el callejón en ángulos rectos, y mi tío se internó en él; pero sus pesquisas no fueron largas, porque el resplandor de la linterna dejó ver algo que hizo brotar un gemido de mis labios y una maldición de los de Jem Belcher.

En la blanca superficie de la empolvada senda había un reguero de sangre, y cerca de aquella terrible mancha, una cachiporra pequeña, semejante á la que Warr había indicado por la mañana cuando habló con mi tío.

CAPÍTULO XVI

Cracoley Docons.

Mi tío y yo, Belcher, Berkeley Craven y una docena de corintios pasamos la noche revolviendo el pueblo y sus alrededores para ver si encontrábamos alguna huella de nuestro hombre; pero, excepción hecha de aquella mancha de funesto presagio, nada pudimos hallar que nos diera idea alguna de lo que podía haber sido de él. Nadie le había visto ni oído, y el grito de que hablara el mozo era la única indicación de la tragedia que había tenido lugar. Recorrimos en distintos grupos todos los alrededores, llegando hasta Grislead y Bletchingley, y ya asomaba el Sol en el horizonte cuando volvimos á Cracoley abatidos y cansados. Mi tío, que había ido á Reigate en coche con la esperanza de obtener allí noticias, no volvió hasta más de las siete. Al mirar en su tétrico semblante, comprendí que sus noticias eran tan negativas como las que nosotros podíamos darle á él.

Mientras participábamos de un almuerzo, bien triste por cierto, sostuvimos consejo con el honorable Berkeley Craven, á quien habíamos invitado como hombre de gran talento y experiencia en asuntos de deportes.

Belcher estaba medio loco á causa del desastroso fin que habían tenido sus cuidados y preparativos, y continuamente amenazaba á Berks y á sus compañeros, prometiendo hacer esto y lo de más allá apenas los encontrara. Mi tío, grave y pensativo, no comía; tocaba el tambor sobre la mesa. Yo estaba tan afectado al pensar en mi impotencia para salvar á mi amigo, que de buena gana hubiera ocultado el rostro entre las manos y llorado á lágrima viva. Craven, hombre activo é inteligente, era el único que, al parecer, conservaba la cabeza y el apetito.

—¡Vamos á ver! La lucha iba á tener lugar á las diez. ¿No es eso?

—Así era, en efecto.

—Y así me atrevo á asegurar que será. ¡No hay que apurarse, Tregellis; todavía quedan tres horas para que nuestro hombre vuelva!

Mi tío movió la cabeza.

—¡Esos bribones han hecho la suya demasiado bien!— exclamó.

—Vamos á razonar un poco—añadió Berkeley Craven.—Una mujer viene, é invita al joven para que salga de su cuarto. ¿Sabéis de alguna joven que pudiera tener influencia sobre él.

Mi tío me miró.

—No—repuse;—no sé de ninguna.

—Bueno; pero el caso es que sabemos que vino—prosiguió Berkeley Craven.—De eso no hay la menor duda. Vendría contando alguna historia lastimera que un joven bueno y amable no podría negarse á oír: cayó en la trampa, y fué al sitio donde le esperaban esos bribones. Me parece que podemos dar todo eso como probado, Tregellis.

—No es posible otra explicación—repuso mi tío.

—Además, no tenían interés alguno en matarle, según les oyó decir Warr. Tampoco podían tener la seguridad de que el daño que le hicieran le impediría luchar: ya ha habido quien lo ha hecho con un brazo roto, y como hay demasiado dinero por medio para correr ese albur, es seguro que le han dado un golpe en la cabeza para evitar que hiciera resistencia, y le habrán llevado á alguna hacienda ó cuadra de las cercanías, donde le tendrán prisionero hasta que pase el tiempo designado para el combate. Me atrevería á asegurar que de aquí á la noche le veréis otra vez tan bien como de costumbre.

La teoría de Craven parecía tan razonable, que me sentí algo aliviado del peso que me oprimía el corazón; pero por lo que toca á mi tío, como consideraba el asunto desde otro punto de vista, semejante teoría no podía consolarle.

—Probablemente, tendréis razón, Craven—dijo.

—Estoy seguro de que es eso y nada más

—Pero no por eso ganaremos la partida.

—Esa es la cosa, señor—exclamó Belcher.—¡Por Dios, que quisiera me dejasen á mí ocupar su lugar, aunque fuera con el brazo izquierdo atado á la espalda!

—Os aconsejo que, de todos modos, vayáis á la pista—prosiguió Craven.—Tenéis que manteneros firme hasta el último momento, abrigando la esperanza de que se presente vuestro elegido.

—Ciertamente que lo haré así, y protestaré contra el pago de las apuestas en semejantes circunstancias.

—Recordaréis las condiciones del partido—dijo Craven encogiéndose de hombros:—y se luche ó no se luche, hay que pagar. Indudablemente, podrá someterse el caso á los árbitros; pero tengo la seguridad de que su fallo os será contrario.

Habíamos quedado sumidos en un silencio melancólico, cuando de repente Belcher se levantó de un salto.

—¡Escuchad!—exclamó.—¡Escuchad eso!

—¿Qué es?—gritamos los tres.

—¡Están apostando! ¡Escuchad, escuchad!

En aquella Babel de voces y ruido de ruedas, pudimos oír una frase que llegaba clara y distinta á nuestros oídos:

—¡Á la par por el campeón de sir Carlos!

—¡Á la par!—exclamó mi tío.—Ayer jugaban á siete contra uno. ¿Qué quiere decir esto?

—¡Á la par por cualquiera de ambos partidos!—volvió á gritar la voz.

—Hay alguno que está al tanto del caso—dijo Belcher;—y como nadie tiene más derecho que nosotros para saber lo que hay, vamos allá, señores, y procuraremos enterarnos.

La calle central del pueblo estaba llena de gente; habían estado durmiendo catorce y quince personas en una sola habitación, y centenares de caballeros pasaron la noche en sus carruajes. Tan numerosa era la concurrencia á aquella hora, que no era empresa fácil salir del parador. Un borracho estaba roncando estrepitosamente acurrucado en el corredor, sin

preocuparse de la gente que pasaba á su lado ni de los que tropezaban con él.

—¿Cómo andan las apuestas, muchachos?—preguntó Belcher desde los escalones de la puerta.

—Á la par, Jem—respondieron varias voces.

—Cuando pregunté por última vez, iba en alza Wilson.

—Sí; pero ha venido un hombre y ha hecho subir de tal modo las apuestas en favor del contrario, que se han puesto á la par.

—¿Y quién ha sido ese hombre?

—¡Anda! ¡Pues si es ese borracho que dormita en el corredor! Desde que vino á las seis, ha estado bebiendo aguardiente como si fuera agua; así que no es extraño que se haya puesto como una cuba.

Belcher se inclinó, y movió la cabeza inerte del beodo, á fin de descubrir sus facciones.

—Para mí, es completamente desconocido, señor—dijo.

—Y para mí—agregó mi tío.

—Yo sí le conozco—dijo á mi vez.—Es Juan Cumming, el dueño del parador de Friar's-Oak. Le conozco desde que era niño, y no me equivoco.

—¿Qué diablos puede saber ese hombre de este asunto?—dijo Craven.

—Probablemente, nada—agregó mi tío.—Alza por Jim porque le conoce y tiene más aguardiente en el cuerpo que inteligencia en la mente. Su confianza ha hecho que otros pensaran como él, y han desaparecido las pujas.

—Cuando vino esta mañana—añadió el mesonero—estaba tan sereno como yo, y apenas llegó empezó á pujar por el elegido de sir Carlos. Algunos muchachos empezaron á imitarle, y la puja desapareció muy pronto.

—Desearía en el alma que no se hubiese emborrachado así—dijo mi tío.—Os agradecería que me trajeseis un poco de esencia de romero, Jorge, porque me molesta mucho el olorillo de toda esta gente. Tú, sobrino, ¿no podrías despertar á ese borracho y averiguar lo que sabe?

Inútil fué que le moviera llamándole á voces por su nombre; nada pudo sacarle de aquella tremenda borrachera.

—En mi vida he visto cosa semejante—dijo Berkeley Craven.—Faltan dos horas para la lucha, y aún no sabéis si tenéis ó no tenéis campeón que represente vuestro bando. Espero que no arriesgáis mucho, Tregellis.

Mi tío se encogió de hombros con negligencia, y tomó un polvo de rapé con el soberano gesto imperioso que de entonces á acá nadie se ha atrevido á imitar. Después repuso:

—¡Arriesgo bastante, hijo mío! Pero creo que es hora de que pensemos en ir á los Docons. El viaje esta noche me ha dejado un poco deslucido, y me agradaría tener media hora para arreglar privadamente mi tocado. Si éste ha de ser mi último puntapié, quiero darlo al menos con las botas limpias.

He oído decir á un viajero procedente de las pampas de América que consideraba muy semejantes á los pieles rojas indios y á los caballeros ingleses, puesto que la pasión del deporte, el disimulo y la ausencia visible de emociones eran similares en ambas razas. Al ver á mi tío aquella mañana, recordé tales palabras.

Ninguna víctima en el momento de subir al patíbulo puede sufrir más de lo que mi tío sufría en aquellos instantes. Si á última hora se presentaba con una excusa inútil en lugar de un campeón que le representara, no sólo comprometía toda su fortuna, sino que se colocaba en una posición muy desagradable delante de aquella multitud, entre la cual había muchas personas que habían expuesto su dinero sólo por la confianza que tenían en su palabra.

¡Qué situación para un hombre que se preciaba de su suerte y de llevar al más completo de los éxitos

todas cuantas empresas se proponía! Yo que le conocía bien, podía decir, á juzgar por sus descoloridas mejillas y sus impacientes dedos, que no sabía qué partido tomar; pero nadie que hubiera observado su altivo porte, la manera de agitar su pañuelo de encaje, de sujetar el lente y de arreglar sus vuelillos, habría podido creer que aquella mariposa podía tener cuidado alguno en este mundo.

Eran cerca de las nueve cuando estuvimos en disposición de partir para los Docons, siendo el carruaje de mi tío el único vehículo que quedaba á aquella hora en las calles del pueblo. La noche anterior habían ocupado la ancha carretera en un espacio como de media milla, hallándose tan apretados, que las ruedas de unos se enganchaban en las de otros y las varas de los caballos se tocaban entre sí. Entonces estaba desierta; sólo transitaban por ella unas cuantas mujeres y algunos niños. Hombres, coches, caballos, todo había desaparecido. Mi tío se calzó los guantes, se arregló el levitón con extrema pulcritud, y pude observar que antes de sentarse en su sitio miró en todas direcciones con expresión abatida y expectante á la vez. El honorable Berkeley Craven se sentó á su lado en el pescante, y Belcher y yo, en los asientos de detrás.

El camino de Cracoley hace una curva suave subiendo por una pendiente hasta llegar á la meseta que se extiende en todas direcciones á una distancia de varias millas. Largas filas de peatones, tan cansados y llenos de polvo, que era evidente habían hecho á pie durante la noche las treinta millas que había desde Londres allí, subían penosamente por ambos lados de la carretera ó bordeando las laderas de los marjales. Un jinete vestido con un fantástico traje verde y una soberbia montura, esperaba en un cruce; cuando estuvimos cerca, reconocí el rostro hermoso y moreno y los penetrantes ojos negros de Mendoza.

—Esperaba aquí para indicaros el sitio exacto, sir Carlos—dijo:—es allá abajo, camino de Grinstead, media milla hacia la izquierda.

—Está bien—repuso mi tío refrenando las yeguas á fin de que siguieran la dirección indicada.

—Todavía no ha ido allá vuestro elegido—dijo Mendoza con una ligera expresión de sorpresa.

—¿Qué diablos os importa eso?—exclamó Belcher furioso.

—Nos importa mucho á todos, porque corren por ahí noticias muy singulares.

—Guardáoslas para vos, si no queréis que os pese haberlas oído.

—¡Está bien, Jem! Parece que esta mañana no os ha sentado muy bien el almuerzo.

—¿Han llegado los otros?—preguntó mi tío con negligencia.

—Todavía no, sir Carlos; pero Tom Owen está ya allí con las cuerdas y las estacas. Jackson acaba de pasar, y han llegado ya los que han de formar el anillo.

—Todavía falta una hora—dijo mi tío continuando la marcha,—y es posible que los otros se tarden, porque tienen que venir desde Reigate.

—Os portáis como un hombre, Tregellis—dijo Craven.

—Es preciso aparecer serenos hasta el último momento.

—Así debe ser, señor—repuso Belcher;—tanto más, cuanto que creo que, á no haber nada extraordinario, no se habrían puesto las pujas á la par.

Antes de alcanzar á ver aquella inmensa multitud, sentimos un ruido semejante á las olas de un mar agitado rompiendo en la orilla, y al fin, en una hondonada del camino, vimos extendiéndose delante de nosotros un mar de cabezas. Dejando un espacio libre en el centro. En derredor de aquella multitud, salpicando el páramo, se veían millares de carruajes y caballos, y en las laderas abundaban las tiendas y

puestos de feria. En el centro de aquel declive, que formaba un anfiteatro natural desde el cual podía presenciarse muy bien lo que ocurría allí, habían dejado sitio para la pista.

Según fuimos acercándonos, se fué sintiendo un clamoreo de la gente más próxima á nosotros, que fué aumentando, hasta que toda la multitud se unió para aclamarnos. Un momento después oímos un segundo clamoreo que empezaba al otro lado de la arena, y las caras que se habían vuelto para mirarnos se volvían hacia allá de tal modo, que en un instante cambió la decoración de blanca en negra.

—¡Son ellos! ¡Han llegado á tiempo!—dijeron á una Craven y mi tío.

Poniéndonos de pie en el carruaje, pudimos ver la cabalgata que se aproximaba á los Docons. Iba en primer término un gran cabriolé amarillo, en el cual tenían asiento sir Lotario Hume, Wilson el *Cangrejo* y el capitán Barclay, su director. Los postillones llevaban en las gorras cintas amarillas, que era el color de Wilson. Detrás del carruaje seguía un centenar de nobles y señores de las provincias occidentales jinetes en briosos corceles, y después, una larga fila de calesas, tálburis y todo género de carruajes, que se extendían por el camino de Grinstead hasta donde podía abarcar la vista.

El gran cabriolé se movía pesadamente sobre el césped. Iba en la misma dirección que llevábamos nosotros. Apenas nos vió sir Lotario, gritó á sus postillones que se detuviesen, y saltando del coche se acercó.

—Buenos días, sir Carlos—dijo.—Me pareció reconocer desde lejos vuestro carruaje encarnado. Tenemos una mañana excelente para la batalla.

Mi tío saludó con frialdad, sin responder una palabra.

—Supongo que, una vez estando aquí todos, podremos empezar al momento—dijo sir Lotario sin hacer alto en la descortesía del otro.

—Empezaremos á las diez en punto; ni un minuto antes.

—Perfectamente, si así lo deseáis. Y á propósito sir Carlos: ¿dónde está vuestro campeón?

—Esa pregunta debía hacéroslo ya á vos, sir Lotario. ¿Dónde está mi hombre?

Una expresión de asombro que, si no era real, estaba admirablemente fingido, nubló el semblante de sir Lotario.

—¿Qué os proponéis al hacerme esa pregunta?—preguntó á su vez.

—Sencillamente, saberlo.

—¿Cómo puedo decíroslo yo? ¿Acaño es asunto mío?

—Tengo razones para creer que habéis querido que lo sea.

—Si quisierais hablar un poco más claro, tal vez habría posibilidad de que os entendiera.

Ambos se habían puesto densamente pálidos, fríos, serios y sin apasionamiento alguno al parecer, no obstante lo cual, cambiaban miradas tan penetrantes como la hoja de un florete.

—Si tenéis alguna queja de mí, hacedme la merced de traducirla en palabras.

—Voy á hacerlo—dijo mi tío.—Se ha formado una conspiración con objeto de mutilar ó secuestrar á mi hombre, y tengo muchas razones para creer que vos la capitaneáis.

El sombrío rostro de sir Lotario, reveló una expresión de supremo desdén.

—Comprendo—murmuró.—Vuestro elegido no ha adelantado lo suficiente en las prácticas, y os veis obligado á inventar una excusa. De todos modos, creo que podías haber hallado una más verosímil y que pudiera tener para vos consecuencias menos serias.

—Caballero—repuso mi tío,—sois un embustero, y nadie, excepto vos mismo, puede saber hasta qué extremo llegáis en vuestra falsedad.

Las mejillas de sir Lotario palidecieron; por un instante vi en sus ojos el mismo resplandor que anima los del sabueso furioso que salta y lucha por romper su cadena. Después, haciendo un esfuerzo, logró dominarse y volvió á ser el hombre frío, duro, dueño de sí mismo.

—No conviene á nuestra posición que riñamos como dos gitanos en una feria—dijo;—ya hablaremos más tarde de ese asunto.

—Os prometo hacerlo así—agregó mi tío con aspereza.

—Entretanto, estáis obligado á cumplir vuestra palabra. Si de aquí á veinticinco minutos no habéis presentado un hombre dentro de las condiciones estipuladas, habré ganado la apuesta.

—¡Veintiocho minutos!—dijo mi tío sacando su reloj.—Podéis reclamarla entonces; pero ni un minuto antes.

En aquel momento estaba admirable. Sus maneras y ademanes dejaban ver un hombre lleno de recursos, de tal modo, que al mirarle apenas si podía yo imaginar que nuestra posición fuese tan desesperada como sabía lo que era. Entretanto, Berkeley Craven, que había cambiado unas palabras con sir Lotario Hume, volvió á nuestro lado.

—Me han pedido que sea árbitro técnico en este asunto—dijo.—¿Tenéis inconveniente en ello, sir Carlos?

—Si queréis haceros cargo de ese deber, os estaré muy obligado, Craven.

—Indican á Jackson para medir el tiempo.

—Nadie mejor que él para el caso.

—Perfectamente. Entonces, está todo arreglado.

Entretanto habían llegado los últimos carruajes, quedando los caballos atados á estacas colocadas de propósito. Los rezagados que habían formado grupos sobre el césped, fueron acercándose hasta que la gran muchedumbre formó una sola unidad con una sola voz potente, que empezaba á mostrar ya su impaciencia. Mirando en torno de aquella masa viva, apenas si se veía moverse algún objeto sobre la vasta extensión de aquella llanura verde y roja. Una calesa retrasada llegaba á todo galope, subiendo por el camino del Sur, y unos cuantos peatones bajaban por el de Cracoley; pero por ninguna parte se veía rastro alguno del desaparecido.

—Las apuestas siguen á la par—dijo Belcher.—he estado en la pista, y he oído pujar al mismo tipo.

—En la cuerda exterior hay un sitio para vos, sir Carlos—dijo Craven.

—Todavía no veo trazas de que venga mi campeón, y hasta que no llegue no quiero colocarme.

—Mi deber me obliga á deciros que dentro de diez minutos habrá expirado el plazo.

—Para mí son cinco solamente—dijo sir Lotario.

—Es asunto que concierne al árbitro—dijo Craven con firmeza.—En mi reloj faltan diez minutos, y diez tienen que ser.

—¡Ahí está Wilson!—exclamó Belcher; y al mismo tiempo un clamoreo semejante al estallido del trueno salió de la multitud. El boxeador había salido de su tienda seguido de sus padrinos Sam, el holandés y Tom Owen. Desnudo de medio cuerpo arriba, llevaba un pantalón de lienzo blanco sujeto en la cintura con una faja amarilla; medias de seda blancas con lazos amarillos también en las rodillas, y zapatos de goma. Llevaba en la mano un sombrero de copa blanco. Penetrando por el pequeño espacio que á modo de pasadizo quedaba vacío entre la multitud para llegar á la pista, tiró á lo alto el sombrero, que fué á caer dentro del espacio abierto limitado por estacas que sostenían cuerdas formando un anillo. Después, salvando de un salto las dos cuerdas, exterior é interior, penetró en la pista y se cruzó de brazos.

No me maravillé de que la concurrencia se aclamara entusiasmada. El mismo Belcher sintió tanta

emoción, que gritó y aplaudió como los demás. En realidad, no podía desearse espectáculo más soberbio que aquella aterciopelada piel, blanca y sedosa como la de una pantera, reluciendo bajo los rayos del Sol á cada movimiento de los músculos. Los brazos eran largos y delgados, la espalda flexible y vigorosa, con esa línea oblicua que indica más fuerza que todas las rectas. Unió las manos levantándolas sobre su cabeza, columpió los brazos por espacio de algunos instantes, dejándonos ver á cada movimiento un nuevo encanto en aquella blanquísima piel que palpitaba agitada por los músculos, en tanto que una salva de aplausos resonaba en el aire á cada movimiento. Después, cruzando de nuevo los brazos, inmóvil como una magnífica estatua, esperó á su adversario.

Sir Lotario Hume había mirado impacientemente su reloj, y en aquel momento lo cerró con aire de triunfo.

—¡Concluyó el tiempo—dijo;—he ganado la apuesta!

—Todavía no—dijo Craven.

—Aún faltan cinco minutos—agregó mi tío mirando desesperadamente en torno suyo.

—Sólo tres, Tregellis.

Un murmullo de enojo empezó á circular entre la multitud.

—¡Es una trampa! ¡Nos han engañado!—se oyó gritar.

—¡Dos minutos, Tregellis!

—¿Dónde está vuestro campeón, sir Carlos? ¿Dónde está el hombre por quien hemos apostado?

Los espectadores, al gritar así, estiraban el cuello procurando apreciar todos los detalles y nos miraban con enojo.

—¡Un minuto nada más, Tregellis! Lo siento en el alma; pero el deber me obligará á declarar dentro de poco que habéis perdido.

Hubo un remolino en la multitud, un ondulante vaivén, un grito, y un sombrero negro voló por los aires, flotando sobre la cabeza de los espectadores, y cayendo al fin entre las cuerdas del anillo.

—¡Salvados, Dios mío!—gritó Belcher.

—Me figuro que ahí está mi campeón—dijo mi tío con gran tranquilidad.

—¡Demasiado tarde!—dijo sir Lotario.

—No—repuso el árbitro;—aún faltan veinte segundos para terminar la hora. ¡Que empiece el combate!

CAPÍTULO XVII

Junto á la pista.

Entre aquella inmensa muchedumbre, yo era uno de los pocos que había observado el sitio de donde saliera aquel sombrero negro tan oportunamente arrojado al aire. Ya he dicho que cuando íbamos por el camino óímos una calesa que subía con mucha prisa por la carretera del Mediodía. Mi tío fijó la atención en ella por un instante; pero la discusión entre sir Lotario Hume y Berkeley Craven sobre el tiempo concedido distrajo, su atención y no volvió á pensar en aquel vehículo.

Yo, por mi parte, sorprendido, preocupado con la furia que llevaban en su marcha aquellos viajeros rezagados, continué observándolos, y concebí una vaga esperanza que no quise comunicar á mi tío por temor de aumentar sus contratiempos.

Acababa de ver que dentro de la calesa iban un hombre y una mujer, cuando de repente vi que salían de la carretera y se dirigían á galope tendido hacia la explanada, sin cuidarse de los matorrales que desfilaban á su paso, ni de los saltos que daba la calesa al tropezar en los baches y ondulaciones del

terreno. Cuando el hombre detuvo el caballo jadeante y sudoroso, arrojó las riendas á su compañera, saltó del asiento, se internó á toda prisa entre la multitud, y un instante después voló por los aires el sombrero en señal de reto y desafío.

—Supongo, Craven, que no habrá ya prisa para empezar—dijo mi tío con la misma serenidad que si aquel efecto súbito hubiera sido dispuesto por él.

—Una vez que vuestro campeón ha arrojado su sombrero á la pista, podemos tomarnos todo el tiempo que gustéis, sir Carlos.

—Tu amigo ha tenido muy buena ocurrencia, sobrino.

—Si no es Jim—murmuré,—es otro.



por los aires el sombrero en señal de reto y desafío.

—¡Otro!—exclamó mi tío con tal asombro que arqueó las cejas.

—¡Y bien bueno por cierto—añadió Belcher dándose en el muslo una palmada, que resonó como un pistolazo.—¡Que me aspen si no es Jack Harrison en persona!

Mirando á la muchedumbre, vimos la cabeza y hombros de un hombre alto y corpulento que avanzaba hacia la pista cortando aquel mar humano. Al llegar al anillo levantó la cabeza, y nos miró. Iba envuelto en un sobretodo, y llevaba al cuello un pañuelo azul; pero al penetrar en la pista se despojó del abrigo, y pudimos apreciar que iba vestido con el equipo de lucha: pantalón negro, medias color de chocolate y zapatos blancos.

—Siento mucho haber llegado tan tarde, sir Carlos—gritó.—Hubiera venido antes, pero tuve que perder mucho tiempo procurando convencer á mi mujer. Aun así, no pudiendo conseguirlo, la he traído conmigo á fin de acabar de convencerla por el camino.

Mirando á la calesa, vimos, en efecto, á la mujer de Harrison sentada dentro. Sir Carlos hizo señas al herrero á fin de que se acercara á nuestro coche, y, una vez en el estribo, le dijo á media voz:

—¿Qué diablos es lo que os trae aquí, Harrison? Me alegro muchísimo de veros, más que á nadie en el mundo; pero bien sabe Dios que estaba muy lejos de esperaros.

—Pero sabíais al menos que venía—dijo el herrero.

—Os aseguro que no.

—¿No os lo dijo un hombre llamado Cumming, posadero de Friar's-Oak? El señorito Rodney le conoce muy bien.

—Le vimos en casa de Jorge; pero estaba completamente borracho.

—¡Ocurrió lo que me figuraba!—exclamó Harrison furioso.—Siempre se pone así cuando se excita, y nunca he visto un hombre más frenético que él cuando supo que yo iba á luchar hoy. Trajo una bolsa de soberanos para apostar en mi favor.

—Así consiguió poner las apuestas á la par—dijo mi tío:—parece ser que encontró gentes que siguieran su ejemplo.

—Temía tanto que se embriagara, que le hice prometer que iría á veros apenas llegara y os entregaría una esquila.

—Según tengo entendido, llegó á la hostería á las seis, y yo no volví de Reigate hasta después de las siete. En ese tiempo la bebida le haría olvidar la esquila. Pero ¿dónde está vuestro sobrino Jim, y cómo es que vos sabíais que os necesitábamos aquí?

—Os aseguro, señor, que no es culpa suya lo ocurrido. Por lo que á mí toca, he recibido órdenes para ocupar su lugar del único hombre en el mundo á quien nunca he desobedecido.

—Sí, sir Carlos—añadió la mujer de Harrison, que para este tiempo había bajado de la calesa viniendo hacia nosotros:—aprovechaos ahora de la ocasión, porque jamás podréis disponer de mi marido otra vez, aun cuando lo pidiereis de rodillas.

—Nunca fué aficionada al deporte, ya lo sabéis—dijo el herrero,—y eso la obliga á hablar así.

—¡Deporte!—exclamó la mujer con ira y desprecio.—¡Ya me lo dirás cuando termine esto!

La pobre mujer se alejó corriendo, y después la vi sentada entre los helechos, de espaldas á la multitud, tapándose las orejas y ocultando la cabeza: sufría una verdadera agonía.

En tanto que tenía lugar la escena que acabo de referir, la muchedumbre empezó á agitarse, á causa en parte de la impaciencia que los consumía por aquella dilación, y en parte por la alegría que sintieron ante la inesperada ocasión de ver á un boxeador tan célebre como Harrison. Su identidad trascendió en un momento hasta las últimas filas, y muchos inteligentes y aficionados viejos sacaron la bolsa de mallas de las profundidades de sus bolsillos, y arriesgaron algunas monedas en favor del hombre que representaba la escuela antigua en contra de la moderna. Los jóvenes continuaban aún en favor del desconocido Wilson, y se suscitaron algunas pujas de poca importancia, tanto en favor de uno como de otro, proporcionadas al número de partidarios de ambos en los diversos grupos de la multitud de espectadores.

Sir Lotario se había acercado con mucha prisa al honorable Berkeley Craven, que continuaba cerca de nuestro carruaje.

—¡Pido que se haga una protesta formal contra este procedimiento!—dijo.

—¿Con qué derecho, señor?

—Porque el campeón que se presenta ahora no es el que sir Carlos eligió de antemano.

—No di nombre alguno, como sabéis muy bien—dijo mi tío.

—Las apuestas se han hecho todas en la inteligencia de que el adversario de Wilson era el joven Jim Harrison, que en estos momentos se retira, y otro luchador más temible ocupa su lugar.

—Sir Carlos Tregellis está en su derecho—dijo Craven con firmeza.—Aseguró que encontraría un hombre dentro de la edad que se estipulaba en la apuesta, y entiendo que Harrison está dentro de tales condiciones. ¿Tenéis más de treinta y cinco años, Harrison?

—Cuarenta y uno cumpliré el mes que viene, señor.

—Perfectamente. Dispongo que empiece la lancha.

Pero ¡ay! que había una autoridad mayor que la del árbitro y estábamos destinados á pasar por una experiencia que era el preludio, y en ciertas ocasiones hasta la terminación de muchas luchas de otros tiempos. Atravesando el páramo había llegado un caballero vestido de negro, con altas botas de montar, seguido de dos alguaciles. Aquel grupo de jinetes había pasado por la eminencia inmediata, viéndosele unas veces sobre las cumbres y desapareciendo otras en las hondonadas. Algunos observadores miraron con recelo aquel grupo; pero la mayoría no se había dado cuenta siquiera de él hasta que bajó del caballo en un altozano desde el cual podía dominarse el anfiteatro, y con voz estentórea anunció que él representaba al *Custos rotulorum* de Su Majestad, en el condado de Sussex, y que, habiéndose reunido allí aquella muchedumbre con un propósito ilegal, tenía el encargo de dispersarla, aun cuando tuviera que emplear la fuerza.

Jamás había podido comprender hasta entonces el profundo temor y saludable respeto que habían inspirado en los altivos y turbulentos naturales de estas islas los muchos siglos transcurridos en lucha con las leyes.

Allí había, de un lado, un magistrado con dos alguaciles, y de otro treinta mil hombres enojados y chasqueados, luchadores muchos de ellos y rufianes de la peor especie. Y, sin embargo, aquel hombre era el que hablaba con confianza y seguridad, y la multitud entera la que se inclinaba acatando sus disposiciones, aunque murmuraba como un ser feroz y turbulento que se encuentra frente á frente de un poder contra el cual no valen argumentos ni resistencia. Mi tío, Berkeley Craven, sir Juan Lade y una docena más de caballeros se acercaron al que así interrumpía la fiesta.

—Supongo que traeréis la debida autorización—dijo Craven.

—Sí, señor; traigo una orden escrita.

—En ese caso, tengo legalmente el derecho de inspeccionarla.

El magistrado sacó un documento azul y lo entregó al árbitro: todos los caballeros del grupo que se habían acercado á él, magistrados también en su mayoría, estiraron la cabeza procurando estudiar el documento, á fin de ver si podían hallar en él algo que no estuviera dentro de los términos de la ley. Al fin, Craven lo entregó después de revisarlo, y encogiéndose de hombros añadió:

—Parece que es legal.

—En todas sus partes, señores—dijo el magistrado con afabilidad y á fin de no hacerlos perder un tiempo precioso para vosotros, os diré de una vez que tengo el propósito determinado de que por ningún concepto se verifique esa lucha en terreno de mi jurisdicción: os seguiré con objeto de impedirlo aunque tenga que ir detrás de vosotros todo el día.

En mi inexperiencia creí que el asunto terminaría allí; pero ignoraba la previsión de los que disponían de tales partidos y la razón de que Craven Docons

fuera uno de los sitios preferidos para las luchas. Hubo un breve consejo entre los principales señores, los patronos, el árbitro y los que debían dar la señal.

—De aquí á Hampshire hay unas siete millas, y dos á Surrey—dijo Jackson.

El famoso señor de la pista vestía en honor de la ocasión una casaca roja bordada de oro, corbata blanca, sombrero de copa con ancha cinta negra, calzones de ante, medias de seda blanca y hebillas de pasta; traje que hacía justicia á la magnífica figura del mejor corredor de Inglaterra y más afamado pugilista. Su larga nariz, sus penetrantes ojos y su arrogante figura hacían de él un jefe digno de aquel Cuerpo turbulento y brutal que le había nombrado general en jefe.

—Si puedo atreverme á aconsejaros—dijo el amable magistrado,—os diría que fueseis al límite de Hampshire, porque en Surrey, sir James Ford tiene la misma aversión que tengo yo á estas reuniones, en tanto que Merridero de Long Hall, que es el magistrado de Hampshire, siente menos escrúpulos.

—Os doy las gracias, caballero—dijo mi tío quitándose cortesmente el sombrero,—y comprendo que no nos queda más recurso que levantar el campo con permiso del árbitro.

Sucediose una escena muy animada. Tom Owen y su ayudante Togo soltaron las estacas y cuerdas, llevándolas con el auxilio de otros compañeros á través de la explanada. Wilson el *Cangrejo*, cubierto con un sobretodo fué en el cabriolé, y el campeón Harrison ocupó en nuestro carruaje el lugar de Craven. La gran multitud se puso en movimiento, y jinetes, carruajes, peatones, todos avanzaron con lentitud sobre aquella quebrada superficie. Los carruajes oscilaron bamboleándose cual barcos agitados por la corriente, y emprendieron la marcha uno tras otros más de cincuenta, tropezando con una porción de obstáculos y saltando sobre ellos. A veces se rompía un eje que caía al suelo hecho pedazos, y la rueda se hundía en un charco pantanoso ó entre un matorral. Una carcajada de los más inmediatos saludaba á sus dueños, mientras contemplaban cariacontecidos tamaño desastre. Apenas fueron desapareciendo las sinuosidades del terreno y los matorrales y el césped, apareció todo al mismo nivel; los que iban á pie echaron á correr, los jinetes picaron espuelas, los que iban en coche chasquearon el látigo, y todos á una emprendieron una carrera frenética, vertiginosa á través de la campiña, llevando á vanguardia el cabriolé amarillo y el carruaje encarnado que conducían á ambos campeones.

—¿Qué pensáis de vuestras probabilidades, Harrison?—oí que preguntaba mi tío cuando las dos yevas emprendieron la carrera sobre el césped.

—Será mi última lucha, sir Carlos—repuso el herrero.—Ya habéis oído á la vieja: dice que sólo me permite luchar hoy, á condición de que jamás volveré á hacerlo; así que procuraré portarme todo lo bien que pueda.

—Pero ¿y los ejercicios preliminares?

—Yo estoy en ejercicio continuo. Desde la mañana á la noche trabajo sin descansar, y jamás bebo cosa alguna que no sea agua. No creo que tengan más éxito las reglas del capitán Barclay.

—Ese no puede compararse con vos.

—Combatí y vencí á los que vivieron en otro tiempo, y si hay que parapetarse, sabré componérmelas y le tendré á raya.

—Es una lucha de la juventud contra la experiencia, y no retiraría una sola guinea de lo que he arriesgado; pero, eso no obstante, no puedo perdonar á Jim que me haya abandonado, á menos que lo hiciera por fuerza mayor.

—Le obligaba fuerza mayor, sir Carlos.

—¿Le habéis visto?

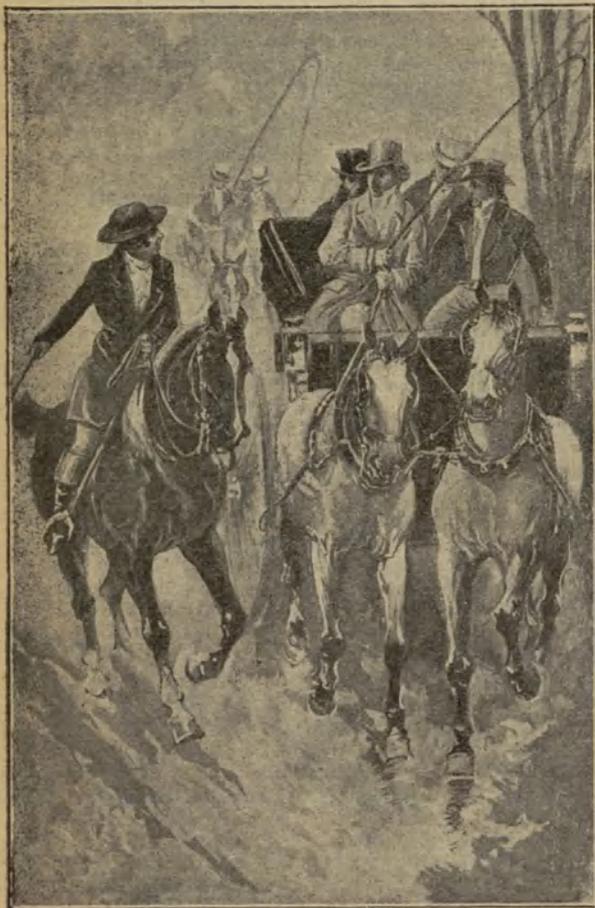
—No, señor, no le he visto.

—¿Sabéis donde está?

—Señor, no puedo responder afirmativa ni negativamente; lo único que puedo deciros es que no ha podido evitarlo. Ahí tenéis á esa ave de mal agüero que viene otra vez hacia acá.

La siniestra figura del magistrado se acercó de nuevo á nuestro coche; pero en esta ocasión su mensaje fué más amistoso.

—Mi jurisdicción termina en esa zanja, señores— dijo,—y creo que no podréis hallar sitio más apropiado para vuestra empresa que esa explanada en



—Mi jurisdicción termina en esa zanja, señores...

pendiente que se extiende más allá de ella. Tengo la seguridad de que ahí no os molestará nadie.

Su ansiedad por que se verificara el encuentro ofrecía tal contraste con el celo desplegado anteriormente para que abandonásemos el sitio que habíamos escogido, que mi tío no pudo menos de llamarle la atención sobre ello.

—No es un magistrado el que debe menospreciar la ley—repuso;—pero si mi colega de Hampshire no tiene escrúpulo alguno de que se verifique el partido dentro de su jurisdicción, me alegraré mucho de ser uno de los espectadores.

Al hablar así espoleó su caballo, y se dirigió á un altozano inmediato, desde el cual podía contemplar perfectamente la lucha.

Entonces presencié una serie de escenas, cuyos tumbros tan curiosas, tan recientes todavía, que no podemos darnos cuenta exacta de que algún día se-

rán tan interesantes para la historia social como lo eran entonces para los spormen. Dábase á la contienda carácter de dignidad mediante un rígido ceremonial, á semejanza del que se empleaba en las justas y torneos, donde el encuentro de los caballeros cubiertos de acero iba precedido de un clamoreo de los heraldos agitando escudos blasonados. En aquellos tiempos antiguos, el torneo podría parecer á muchos una prueba sangrienta y brutal; pero para nosotros, que la consideramos desde otro punto de vista amplio y noble, es sólo una preparación, ruda sí, pero también valerosa, que era necesaria, dadas las condiciones de vida en aquella edad de hierro.

Cuando el boxeo sea sólo asunto de historia, como lo son hoy las justas, una filosofía amplia y razonada demostrará que todas las cosas que brotan tan natural y espontáneamente vienen á llevar á cabo una función, y que es menos punible que dos hombres luchen por su propia voluntad hasta que no puedan más, que no que el valor y el sufrimiento corran el riesgo de ser menospreciados en una nación que depende principalmente para su defensa de las cualidades individuales de sus ciudadanos. Suprimid la guerra, si hay ingenio humano que pueda llegar á conseguirlo; pero mientras no podáis llegar á ello, guardaos bien de mezclarlos en aquellas cualidades primitivas que puedan ser necesarias cuando menos lo penséis para vuestra propia protección.

Tom Owen y su auxiliar Fogo, que ejercía á la vez de luchador y de poeta, aun cuando, afortunadamente para él, podía emplear los puños con más utilidad que la pluma, arreglaron en un momento la pista según las reglas de la época. Colocabáanse cuatro postes de madera blanca pertenecientes á la Sociedad pugilística, con las letras S. P. grabadas en ellos, y de uno á otro pasaban una cuerda, limitando así la pista en un espacio de 24 pies cuadrados, en la cual se colocaban los combatientes y sus padrinos. Fuera de esta cuerda se colobaba otra en igual forma, dejando un espacio intermedio de 8 pies, al cual daban el nombre de anillo, y en él ocupaban sitio preferente los más interesados, tales como el árbitro, el que daba las señales, los dos patronos de los que combatían en el partido, y unos cuantos amigos de éstos, individuos afortunados, entre los cuales, estando en compañía de mi tío, tuve yo la suerte de contarme en aquella ocasión. Una veintena de luchadores tan famosos como mi amigo Bill Warr, Black Richmond, Maddox *El Orgullo de Westminster*, Tom Belcher, Paddington Jones, Tom Blake, Simonds el rufián, Tyrie el sastre y otros semejantes se situaron también allí en concepto de apaleadores. Vestían el traje de la época y el sombrero de copa blanco usado en aquel tiempo por los elegantes y aficionados á deportes, é iba provisto cada uno de ellos de un látigo con puño de plata en el cual aparecía grabado el monograma S. P. Si alguno que no estuviera invitado para ello penetraba en aquel recinto, ya fuera patrio del West End, ya rufián del East End, aquel Cuerpo de apaleadores se arrojaba sobre él, azotándole hasta que lograba salir del terreno vedado. A pesar de tan energicas medidas, los espectadores procuraban invadir por todos los medios aquel recinto; de tal modo, que al terminar el partido los que pegaban solían estar tan cansados como los mismos combatientes. Al empezar formaban una fila de centinelas, pudiendo verse bajo sus blancos sombreros los semblantes característicos de toda una generación de luchadores, desde las frescas mejillas de Tom Belcher, Jones y otros novatos, hasta las mutiladas y deformes facciones de los boxeadores veteranos.

Mientras se procedía á la formación del doble anillo, yo, colocado en un sitio ventajoso, pude oír la conversación que sostenían los espectadores situados detrás de mí.

Las dos primeras filas se habían tendido sobre el esped, las otras dos estaban arrodilladas, y las demás en pie, ocupaban la vertiente de la colina, de tal modo que cada fila podía ver sobre las cabezas de la anterior lo que ocurría delante. Había muchas personas, y precisamente de las que más experiencia tenían, que no auguraban un triunfo para Harrison: al oír las sentí que mi corazón se despedazaba.

—¡Lo de siempre!— decía uno. — No quieren tener en cuenta que la juventud triunfa por regla general. Sólo lograrán ser prudentes á fuerza de golpes.

—¡Sí, sí!— repuso otro. — Así concluyó Jack Slack con Boughton, y yo mismo vi á Hooper, el *hojalatero*, despedazando á aquel boxeador que vendía aceite. A todos les ocurre otro tanto, y ahora llega el turno de Harrison.

—¡No lo asegureis mucho!— dijo un tercero interviniente. — He visto luchar á Harrison cinco veces lo menos, y jamás le vi perder. Acaba con todo el que se le pone delante: no tengáis la menor duda.

— Acabaría, queréis decir.

— Por mi parte, no tengo motivos para creer que no pueda hacer hoy lo que tantas veces ha hecho; y la prueba es que he arriesgado diez guineas á su favor.

— Pues, por lo que yo he visto de ese jovencito de Gloucester, — dijo un hombre grueso que estaba detrás de mí en primera fila, — no creo que Harrison habría podido salir airoso si siendo joven se hubiera encontrado con él. Ayer vine en el coche de Bristol, y el cartero me dijo que allí apostaban mil quinientas libras á favor de nuestro hombre.

— Si ven en sus arcos ese dinero, ya pueden contarse como afortunado: — dijo otro. — Harrison no es una señorita delicada sino un valiente hasta la médula de los huesos; y aunque su antagonista fuera tan grandón como Carlton House, no le inspiraría temor alguno.

— ¡Callad, callad! — dijo un campesino de las provincias del Oeste. — A los de Bristol y Gloucester sólo pueden vencerlos sus paisanos.

— Sois bastante imprudente hablando así — exclamó una voz más lejana en tono enojado. — En Londres hay, por lo menos, seis hombres que no tendrían inconveniente alguno en comprometerse á pisotear á los doce mejores que hayan salido de esa parte.

Semejantes observaciones habrían dado lugar á alguna reyerta improvisada entre el enojado aldeano y el caballero de Bristol, á no haber puesto término á su altercado una salva de aplausos que saludaba á Wilson, el *Cangrejo*, que se presentó en la pista seguido de Sam, el *Holandés* y Mendoza, llevando la palangana, esponjas, toallas y demás distintivos de su oficio.

Apenas entró Wilson en el recinto, se dirigió á uno de los postes, y quitándose de la cintura el pañuelo amarillo, lo ató al extremo superior y allí quedó agitado por la brisa. Tomó después de manos de sus padrinos un manojo de cintas del mismo color, y paseando en torno de la pista, las ofreció á los nobles y corintios que se hallaban cerca, como recuerdo del espectáculo, mediante el estipendio de media guinea por cada una. La llegada de Harrison saltando tranquilamente por las cuerdas como convenía á su edad y categoría, puso término á aquel comercio. La aclamación con que le recibieron fué más entusiasta si cabe que la tributada á Wilson; la admiración entró en ella en gran parte, porque todos habían podido apreciar antes las condiciones físicas del joven, en tanto que las de Harrison fueron una sorpresa.

Yo había podido ver en muchas ocasiones los fuertes brazos y el bien modelado cuello del herrero; pero jamás le había visto desnudo hasta la cintura: ignoraba, por lo tanto, que la maravillosa proporción en el desarrollo de su cuerpo le había hecho ser el más vendido del modelo predilecto de los escultores de Londres. No tenía la piel blanca y lustrosa, ni los tendo-

nes brillantes que hermocebaban la figura de Wilson; pero en cambio, presentaba una grandeza de músculos desiguales, apretados y mezclados unos con otros como si las raíces de un árbol secular se dibujaran en su cuerpo. Estando en reposo brillaban al Sol ciertas curvas, proyectando una sombra sobre la piel; pero al moverse, los músculos se marcaban distintamente dejando ver formas admirables. Su piel, tanto en el rostro como en el cuerpo, era algo más dura y tostada que la de su joven antagonista, efecto al cual contribuía mucho el color de sus calzones y medias. Entró en la pista chupando un limón, acompañado de Jem Belcher y Caleb Baldwin el Frutero, y acercándose al poste, ató su pañuelo azul un poco más alto que el de Wilson; después, con el brazo extendido, se dirigió á éste, diciéndole al mismo tiempo:

— Espero que os halláis bien, Wilson.

— Perfectamente; muchas gracias — repuso aquél. — Creo que nosablaremos en situación muy distinta cuando nos separemos.

— Pero sin abrigar ningún sentimiento rencoroso dijo el herrero; y los dos luchadores se miraron con un gesto al separarse para ocupar sus respectivos puestos.

— ¿Puedo preguntaros, señor árbitro — dijo sir Lotario Hume, — si se han pesado esos hombres?

— Precisamente se ha llevado á efecto esa operación en mi presencia hace unos momentos — repuso Craven. — Vuestro campeón nizo bajar la balanza á trece stones tres, y Harrison, á trece con ocho.

— A juzgar por su cuerpo, podríamos creer que pesa quince stones — observó Sam el Holandés.

— Ya nos dará algo antes de terminar.

— Y tanto como os dará; mucho más de lo que podéis creer — repuso Jem Belcher.

La concurrencia rompió en carcajadas al oír esta agudeza.

CAPÍTULO XVIII

El último combate del herrero.

— ¡Despejad el anillo! — exclamó Jackson deteniéndose al lado de la primera cuerda con un gran reloj de plata en la mano.

Los látigos se agitaron poniendo en fuga á un número de espectadores que, bien obligados por la presión que sobre ellos ejercía el numeroso público en su deseo de acercarse todo lo posible, bien porque quisieran ver mejor el espectáculo aun á riesgo de sufrir alguna molestia corporal, habían penetrado en el anillo formando fila en torno de la cuerda interior.

Viéronse forzados á escapar á toda prisa entre las pullas y risotadas de la multitud y los latigazos de los apaleadores, con la torpeza de un rebaño asustado que corre sin saber por dónde y que pretende entrar en un cercado por una abertura estrecha. Se hallaban en un verdadero apuro, porque la gente que había tomado puesto detrás del anillo no quería ceder una pulgada de terreno; pero el argumento de los apaleadores prevaleció al fin: poco después los fugitivos formaban parte de la concurrencia exterior, y aquéllos ocuparon su sitio sosteniendo los látigos por el puño.

— Señores — dijo Jackson hablando otra vez, — debo decirlos que el campeón de sir Carlos Tregellis es Jack Harrison, de trece con ocho y el de sir Lotario Hume es Wilson el *Cangrejo*, de trece con tres. Nadie podrá salvar la cuerda interior, exceptuando el árbitro y el que da la señal. Sólo me resta suplicaros que me prometáis vuestro auxilio si necesario fuese para mantener despejado el terreno, á fin de evitar confusiones que interrumpian la lucha. ¿Estáis listos?

— ¡Estamos! — dijeron ambos campeones.

— ¡Ya! — añadió Jackson dando la señal.

Reinó un silencio sepulcral mientras Harrison, Wilson, Belcher y Sam el Holandés se reunieron en el centro de la pista. Los dos campeones se estrecharon la mano, y los padrinos hicieron otro tanto, cruzándose las cuatro manos. Después se retiraron éstos, y los campeones permanecieron frente á frente con las manos levantadas.

Para todo el que no hubiera perdido la noción de la nobleza que tienen en sí todas las obras de la Naturaleza, aquel espectáculo era magnífico. Ambos campeones se hallaban dentro de la condición precisa en todo atleta vigoroso; la de parecer más corpulentos sin ropa que con ella. En la jerga del boxeo, se diría que tenían cuerpo bastante para recibir puñetazos. Siendo extremado el contraste que había entre ambos, cada uno ponía de relieve las cualidades del otro. El joven era alto, con las piernas largas, ligero como un gamo; y el corpulento y rudo veterano, cuadrado de espaldas semejava, como hemos dicho, el rugoso tronco de una encina. Apenas estuvieron frente á frente, empezaron á subir las pujas por el joven; sus ventajas saltaban á la vista, en tanto que las que habían hecho de Harrison el campeón de su tiempo, eran ya sólo un recuerdo en la mente de los espectadores de cierta edad.

Todos pudieron apreciar perfectamente las tres pulgadas extra de altura y las dos de alcance que tenía Wilson de ventaja sobre su adversario; la ligereza de sus pies y la seguridad con que mantenía el cuerpo sobre las piernas, dejaban adivinar que sería más ágil en la lucha, tanto dando como esquivando los golpes. Para leer la sonrisa que jugueteó en los labios del herrero y el fuego concentrado que brillaba en sus ojos, era necesario un ingenio más sutil, y de ahí que sólo Jackson pudiera descifrarlo, sabiendo, como sabía, que, valiente de corazón y duro de huesos, era hombre peligroso y arriesgaban mucho los que pujaran contra él.

Wilson permaneció en la posición que le había valido el apodo de *Cangrejo*, con la mano y el pie izquierdos avanzando, el cuerpo bien plantado, echado hacia atrás, y la mano izquierda cruzada delante del pecho en una posición que hacía difícil todo ataque. El herrero, por su parte, se apropió la actitud anticuada que Humphries y Mendoza habían introducido y que nadie había vuelto á ver en un combate de pugilistas desde hacía más de diez años. Con las rodillas ligeramente arqueadas, se presentó frente á su antagonista levantando los puños sobre la cabeza, á fin de poder descargarlos por cualquier lado. Las manos de Wilson, que se movían constantemente de un lado para otro, ofrecían un contraste tan grande con sus brazos, que creí llevaba guantes muy ajustados; pero mi tío me refirió al oído que las había bañado en un líquido astringente á fin de evitar que se le hincharan.

Así permanecieron, febriles, expectantes, mientras el numeroso público, sin aliento, pendiente del menor movimiento que pudieran hacer, guardaba un silencio tan profundo, que ambos antagonistas hubieran podido creerse solos, de hombre á hombre, en el centro de algún desierto primitivo.

Era evidente desde el principio que Wilson el *Cangrejo* intentaba aprovechar todas las ventajas, confiando en su ligereza de pies y prontitud de manos, hasta que fuera conociendo la táctica de su rudo adversario. Dió unas cuantas vueltas rápidas, con pasos menudos, elásticos, amenazadores, en tanto que el herrero, deseando corresponderle, daba media vuelta con gran lentitud. Cuando Wilson retrocedió un paso á fin de obligar á Harrison á seguirle, éste hizo una mueca moviendo la cabeza.

—Debes venir tú, hijo mío—dijo.—Tengo demasiada edad para correr toda la pista detrás de tí; pero el día es largo: esperaré.

Quizás no esperaba que su invitación fuese aceptada tan pronto; pero en un instante, como un pan

tera, el aldeano saltó sobre él. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! ¡Pum! ¡Pum! Tres golpes sobre el rostro de Harrison y otros dos sobre el cuerpo de Wilson, que retrocedió separándose de su adversario con una actitud soberbia, pero con dos marcas rojas en la parte baja del torax.

—¡Wilson con sangre!—rugió la multitud; pero cuando el herrero levantó la cabeza para seguir los movimientos de su adversario, vi con un estremecimiento que su barbilla coloreaba también, y que algo goteaba de ella. Acercóse Wilson de nuevo, y descargó un puñetazo sobre la mejilla de Harrison; después, neutralizando la fuerza del vigoroso antebrazo del herrero, dió término al asalto cayendo sobre el césped.

—¡El primer asalto para Harrison!—gritaron mil voces; y aquel incidente hizo cambiar de manos en un momento diez veces otras tantas libras.

—¡Apelo al árbitro!—gritó sir Lotario Hume.—¡Ha sido un resbalón; no le ha derribado el contrario!

—Pase por resbalón—dijo Berkeley Craven; y ambos campeones volvieron á ocupar su puesto entre el aplauso general del público, que aprobaba aquella introducción. Harrison se metió dos dedos en la boca, y sacó un diente, que arrojó á la palangana.

—¡Como en tiempos antiguos!—dijo á Belcher al mismo tiempo.

—¡Tened cuidado, Jack—murmuró el padrino con ansiedad.—¡Recogéis más de lo que habéis dado!

—¡Todavía puedo con mucho más!—repuso el herrero con serenidad, en tanto que Caleb Baldwin le pasaba la esponja por la cara, y el fondo de la jofaina dejaba de transparentarse en el agua.

Por los comentarios de los corintios que se hallaban próximos á nosotros, y por las observaciones de la multitud que estaba detrás, pude comprender que nadie esperaba que Harrison hubiera vencido en el primer asalto.

—Siempre vi sus faltas—decía sir Juan Lade, nuestro adversario en la apuesta de la carretera de Brighton;—pero hasta ahora no he visto sus méritos. Es tardo de pies, y se defiende como de costumbre. Wilson le ha manejado á su gusto, pegándole tres veces.

—Wilson puede pegarle tres veces mientras Harrison lo hace una; pero esta una vale por aquellas tres—dijo mi tío.—Harrison es un luchador en regla, y Wilson, un excelente boxeador; pero no arriesgaré por él una sola guinea.

Un silencio súbito indicó que los combatientes se hallaban de nuevo frente á frente, los padrinos habían desempeñado tan bien su papel, que nadie, á no verlo, habría podido presumir lo ocurrido anteriormente. Wilson tendió el brazo izquierdo con bastante torpeza; pero midió mal la distancia, y recibió en cambio un puñetazo terrible que le derribó, haciéndole rodar sin aliento hasta las mismas cuerdas.

—¡Hurra por el viejo!—rugió la turba: mi tío sonrió tocando con el codo á sir Juan Lade.

El aldeano se levantó sonriente, y sacudiéndose como un perro al salir del agua, corrió presuroso al centro del anillo, donde continuaba esperándole su antagonista. Una vez más dió en el blanco el puño de Harrison; pero el *Cangrejo* logró quitar fuerza al golpe interponiendo el codo, y dando un salto retrocedió riéndose. Ambos combatientes estaban algo agitados y su respiración jadeante, unida al ruido de sus pasos al moverse uno en torno del otro, producían un cadencioso y monótono sonido. Dos golpes simultáneos resonaron como un pistoletazo. Harrison se tambaleó; pero reponiéndose al instante intentó descargar otro golpe, que Wilson evitó resbalándose, y mi amigo cayó de bruces, debido en parte al ímpetu de su inútil ataque, y, en parte, á un puñetazo que el *Cangrejo* al resbalar le descargó en una oreja.

—¡Uno por Wilson!— gritó el árbitro, respondiendo un inmenso clamoreo. Un centenar de sombreros volaron por el aire, y la pendiente donde se agrupaban tantas cabezas dejó ver rostros encendidos gritando, gritando frenéticos. Mi corazón se retorció de pena; cada golpe me hacía temblar, y sin embargo, era consciente de una fascinación absoluta producida por esa emoción de gozo y esa exaltación común á todos en la naturaleza humana, que se eleva sobre los temores y pesares ante la verdadera fama, por humilde que sea la manifestación en que se revela.

Belcher y Baldwin cuidaron de su ahijado llevándole al instante al ángulo que le correspondía pero, no obstante la serenidad con que el herrero resistió la caída, los partidarios de Wilson gritaron entusiasmados con un clamoreo intenso.

—¡Ha sido derrotado! ¡Gana Wilson!—dijeron los padrinos de éste.

—¿Que gana?—exclamó Belcher.— Eso ya me lo diréis después, porque antes destrozaráis este campo sabe resistir aunque sea un mes entero.

Mientras hablaba así agitaba una toalla haciendo aire á fin de que Harrison pudiera respirar, en tanto que Baldwin le lavaba con una esponja.

—¿Cómo os halláis, Harrison?— preguntó mi tío.

—Tan fresco como un gamo, señor.

Esta afable respuesta fué acompañada de una risa tan sincera, que la frente de mi tío se serenó por completo.

—Debéis recomendarle que tome siempre la delantera si quiere ganar—dijo sir Juan Lade.

—Sabe más en ese asunto de lo que podemos saber vos ó yo, Lade: no necesito aconsejarle.

—Las apuestas son ahora tres contra uno en contra suya— añadió un caballero que á juzgar por su canoso bigote, debió de haber servido en la última guerra.

—Así es, en efecto, general Fitzpatrick, pero no obstante, me atengo á mi primera opinión.

Volvióse á darse la ñal de renovar la lucha, y los dos hombres se presentaron serenos, con la misma sonrisa amable, aunque amenazadora, impresa en sus labios. El herrero, con la cabeza algo húmeda todavía, y dejando ver manchas de sangre coagulada; Wilson, exactamente lo mismo que había estado hasta entonces, pero era sólo en apariencia, porque observé que dos veces lo menos apretaba los labios como si sintiera agudos dolores, pudiendo ver claramente que las manchas rojas del tórax iban ennegreciéndose de puro amoratadas. Al defenderse procuraba resguardar el punto vulnerable, aun cuando seguía dando vueltas en torno de su adversario con una ligereza que demostraba que los golpes no le habían abatido todavía. El herrero continuaba con la táctica impasible empleada desde el principio.

Muchos rumores habían llegado hasta nosotros acerca de la destreza insuperable de Wilson el *Cangrejo* y la ligereza y maestría de sus golpes; pero todos eran pálidos al lado de la realidad. En aquel asalto y en los dos sucesivos demostró tanta pericia y ligereza, que los espectadores más viejos declararon sinceramente que Mendoza, en sus buenos tiempos, jamás había llegado á tanto. Se movía como el relámpago, y sus golpes, más que verse, se oían y sentían, pero Harrison continuaba recibéndolos con la misma sonrisa astuta, descargando á su vez golpes terribles sobre el cuerpo de su adversario, cuya altura y posición dejaban la cara fuera de peligro. Al terminar el quinto asalto, las pujas eran de cuatro contra uno y los partidarios del *Cangrejo* aclamaban frenéticos á su campeón.

—¿Qué decís ahora?— gritaba detrás de mí un campesino del Oeste tan excitado que no logró terminar la frase y repitió una porción de veces «¿Qué decís ahora?» Cuando en el sexto asalto el herrero recibió una porción de golpes sin lograr descargar uno solo, el buen hombre quedó mudo sin

poder articular en su delicia más que un ronco hurra. Sir Lotario Hume sonreía meneando la cabeza, y mi tío continuaba impasible, sereno, como si nada le afectara, aunque yo abrigaba la seguridad de que tenía el corazón tan oprimido como yo.

—¡Eso no vale, Tregellis!—dijo el general Fitzpatrick.—He apostado por el viejo, pero no puedo menos de comprender que el joven es mejor boxeador.

—Mi hombre está *un peu passé*— repuso mi tío;— pero al final nos dejará satisfechos, no lo dudéis.

Vi que Belcher y Baldwin estaban serios, y comprendí que hacía falta algo extraordinario si no queríamos que se repitiera una vez más la antigua historia de la vejez y la juventud.

Pero llegó el séptimo asalto, y el herrero demostró que tenía fuerzas de reserva hasta el punto de que se alargaron visiblemente las caras de los que habían alzado las pujas, creyendo que la lucha estaba realmente terminada y que unos cuantos puñetazos más serían el golpe de gracia para el herrero. Cuando ambos campeones se hallaron frente á frente, comprendimos que Wilson intentaba seguir como hasta allí, tomando la delantera y ganando nuevamente; pero Harrison era otro: sus ojos brillaban animosos, una sonrisa de confianza vagaba en sus labios, y su actitud entera revelaba tanta seguridad que mientras los contrarios se abatían, nosotros recobrábamos la esperanza.

Wilson empezó el ataque; pero apenas si tuvo tiempo de evitar un golpe terrible sobre las costillas.

—¡Bravo!— exclamó Belcher.—Uno de éstos bien administrado vale más que una dosis de iáudano.

Siguióse una pausa, durante la cual sólo se oyó el ruido de los pies y la respiración jadeante de ambos boxeadores, y que rompió un tremendo puñetazo de Wilson, que el herrero detuvo con gran serenidad. Unos cuantos segundos más de tensión, y Wilson procuró alcanzar á la cabeza; pero Harrison volvió á evitarlo, sonriendo tranquilamente y descargando á su vez el puño sobre el pecho de su adversario.

—¡Aprovechaos ahora!—gritó Belcher; y Harrison continuó descargando golpes hasta que logró arrinconar á Wilson, completamente extenuado, en uno de los ángulos. Harrison salía victorioso, y á nosotros nos llegaba el turno de tirar al aire los sombreros y gritar hasta enronquecer, mientras los padrinos abrazaban á su ahijado.

—¿Qué decís ahora?—exclamaron todos los vecinos del campesino del Oeste que había hablado antes, repitiendo su muletilla.

—¡Jamás pudo hacer otro tanto Sam el holandés!—dijo sir Juan Lade.—¿A cuánto suben las apuestas, sir Lotario?

—No lo sé; aposté desde luego todo lo que creí prudente; pero tengo la seguridad de que Wilson no perderá—repuso sir Lotario.

Pero, á pesar de su opinión, la sonrisa había huído de sus labios y volvía continuamente la cabeza mirando al público que estaba detrás de él.

Una nube oscura había ido apareciendo lentamente en el espacio, aunque puedo asegurar que de las treinta mil almas reunidas allí fueron muy pocos los que repararon en ella. De repente dejó sentir su presencia descargando gruesas gotas de agua, que fueron aumentando hasta convertirse en fuerte chaparrón que remojó muy bien todos los sombreros del concurso. Alzáronse los cuellos de las casacas cubriéronse hombros y corbatas con los pañuelos de bolsillo, y la piel de ambos campeones brilló con la humedad al encontrarse una vez más en el centro de la pista. Observé que Belcher decía algo al oído de Harrison, y que éste aprobaba lacónicamente como quien entiende y agradece una orden.

Pronto comprendimos lo que aquello significaba. Harrison atacó en lugar de mantenerse á la defensiva, y el resultado fué lo que esperaban público y padrinos, seguros ya de que, como habían podido apre-

ciar en el asalto anterior, cuando era cuestión de dar y tomar, el anciano, fuerte y vigoroso, habría de llevar la mejor parte. La lluvia acabó de coronar el éxito, porque la yerba húmeda neutralizaba la agilidad de Wilson, que apenas podía evitar los golpes de su adversario. La ciencia de la lucha consistía precisamente en aprovechar las ventajas inesperadas: así han ganado padrinos astutos y prudentes luchas que parecían perdidas ya para sus ahijados.

—¡Adelante! ¡Adelante!—gritaban ambos boxeadores animando á los campeones, cada uno de los cuales era aclamado al mismo tiempo por sus padrinos.

Y Harrison siguió adelante de tal modo, que nadie que lo presenciara podrá olvidarlo jamás. El *Cangrejo* le recibía con un golpe cada vez; pero, al parecer, no había fuerza ni ciencia humanas capaces de detener aquel terrible brazo, semejante á una maza de hierro. Una y otra vez descargó golpes á derecha é izquierda, sin dar en falso uno solo. En ciertas ocasiones resguardaba su semblante con el izquierdo; pero por regla general desdeñaba toda precaución y seguía pegando con irresistible fuerza. La lluvia caía sobre ellos humedeciendo su rostro y bañando en un líquido rojizo ambos cuerpos; pero ninguno parecía preocuparse, y, salvo el procurar que no les mojará los ojos, nada hacían por evitarla. El *Cangrejo* iba perdiendo terreno en cada nuevo golpe, y asalto tras asalto subían las pujas en nuestro favor, hasta llegar más altas de lo que habían estado las contrarias.

Con el corazón oprimido, sintiendo compasión de aquellos dos hombres tan valerosos, deseaba que terminase la lucha y que cada golpe fuera el último; pero el inexorable Jackson renovaba continuamente la señal, y ambos contendientes, con la sonrisa impresa en sus mutilados rostros y frases irritantes en sus labios sanguinolentos, volvían á la pelea. Tal vez consideréis que como lección es demasiado vulgar; pero lo cierto es que muchas veces en mi vida el recuerdo de aquella mañana me ha animado para desempeñar tareas enojosas, preguntándome á mi mismo si mi virilidad era tan débil que no podía hacer por mi patria ó por lo que amaba lo que aquellos dos hombres hacían por una mezquina recompensa y por la propia fama entre sus camaradas. Espectáculos semejantes pueden embrutecer á los que de suyo son brutales ya; pero mirando la parte espiritual de ellos, como debe mirarse la de todas las cosas, puedo asegurar que la contemplación del sufrimiento y el valor humanos llevados á sus últimos límites, siempre es en sí misma una lección provechosa.

Sólo un partidario decidido de tales deportes podría negar, sin embargo, que, aun siendo causa de que se practiquen altas virtudes, son también motivo de vicios muy negros, y aquella misma mañana tuvimos ocasión de apreciarlo así. Cuando la suerte era contraria á Wilson, mis miradas se fijaban frecuentemente en sir Lotario procurando apreciar la expresión de su rostro, porque sabía que, habiendo arriesgado sin temor grandes cantidades en favor de su campeón, su fortuna corría el mismo albur que la de éste ante los contundentes golpes del antiguo boxeador. La sonrisa confiada con que acogía los primeros asaltos había desaparecido de su semblante, y sus mejillas fueron adquiriendo poco á poco una palidez mortal, en tanto que sus soberbios ojos grises miraban furtivamente en torno suyo, y más de una vez rompió en imprecaciones cuando Wilson caía derribado. Me fijé muy especialmente en que, como ya he dicho, volvía con frecuencia la cabeza, y que al terminar cada asalto cambiaba miradas de inteligencia con alguien que estaba entre el público. Pasó mucho tiempo antes de que en aquel enjambre de cabezas que se agrupaban en la colina detrás de nosotros pudiera distinguir el sitio donde se fijaba sir Lotario; pero al fin conseguí averiguarlo. Un hombre alto, anejo de espaldas, con una casaca ver-

de, colocado á cierta altura entre sus vecinos, miraba fijamente hacia el sitio donde nos hallábamos, y hasta me pareció advertir que entre él y el baronet corintio se cambiaban señales rápidas é imperceptibles. Observando detenidamente á aquel hombre, me convencí de que en el grupo que le rodeaba se hallaban los elementos más rufianescos de todo el público. Eran hombres en cuyo rostro se reflejaba la crueldad y el vicio, que aullaban como una manada de lobos á cada golpe de Harrison, maldiciéndole cada vez que terminaba un asalto. Tan revoltoso llegó á ponerse aquel grupo, que los del anillo miraron en aquella dirección murmurando entre sí, como si previeran un tumulto, aun cuando ninguno de ellos pensó cuán próximo estaba, ni lo temible que había de ser.

En una hora y veinticinco minutos se llevaron á cabo treinta asaltos, aunque la lluvia continuaba con mayor insistencia: la pista era un barrizal; los luchadores, cubiertos de fango á causa de las repetidas caídas, semejaban figuras de barro con manchas rojas. Cada nuevo asalto terminaba con una caída de Wilson, siendo evidente que iba debilitándose por momentos.

Apyándose sobre sus padrinos, se dirigía á su puesto de espera, vacilando cuando le faltaba el soporte; pero una larga práctica había hecho de él un autómatá, y aunque pegaba con menos vigor, no vacilaba en seguridad. Un espectador que llegara en aquellos momentos, habría creído, seguramente, que él era el que llevaba la mejor parte en la lucha, porque el herrero presentaba marcas exteriores más terribles que las de su adversario; pero éste, en cambio, tenía una expresión extraña en los ojos y cierta dificultad al respirar, que nos dejaba comprender que el daño interno era mucho mayor de lo que podía creerse á primera vista. Un terrible puñetazo al final del trigésimo primero asalto le dejó sin aliento; y aun cuando se presentó al siguiente con el mismo valor de siempre, tenía el aspecto vacilante de un hombre completamente quebrantado.

—¡Ya tiene bastante—exclamó Belcher;—el campo es vuestro!

—¡Todavía tengo alientos para seguir luchando una semana!—murmuró Wilson casi sin aliento.

—¡Así me gusta, diablo!—exclamó sir Juan Lade.—No se vale de recursos, no se asusta, ni se envanece. ¡Es una vergüenza que le consientan seguir luchando! ¡Que se retire ese valiente!

—¡Que se retire! ¡Que se retire!—exclamaron á una un centenar de voces.

—¡No quiero retirarme! ¡Quién se atreve á proponer tal cosa!—exclamó Wilson, que después de otra caída se hallaba en brazos de sus padrinos.

—El corazón no le dejará gritar ya mucho—dijo el general Fitzpatrick.—Sir Lotario, vos que sois su patrono, debíais disponer que terminara esto.

—¿Créis que no puede ganar?

—Está completamente vencido.

—¡No le conocéis! Jamás se ahoga en poca agua.

—El verdadero boxeador no agota jamás sus recursos; pero el otro es más fuerte que él.

—Estoy conforme, sir Juan; pero tengo la seguridad de que puede hacer diez asaltos más.—repuso sir Lotario volviéndose al mismo tiempo, y levantando el brazo con un movimiento especial.

—¡Que se corten las cuerdas! ¡Hay que jugar limpio! ¡Esperad hasta que cese la lluvia!—gritó una voz estentórea detrás de mí. Pude observar que pertenecía al hombre de la casaca verde. Estas exclamaciones eran, sin duda, una señal, porque un centenar de voces roncas gritaron produciendo un ruido semejante al trueno:

—¡No hay trampas con Glonchester! ¡Que se rompa el anillo!

Jackson acababa de dar la señal, y los dos campeones, sucios y enlodados se aprestaban para rea-

nudar el combate; pero el interés no estaba ya en la lucha, sino en el público. Una sucesión de empujones de los que estaban en la cola agitaron el mar humano que se extendía delante: todas las cabezas se movieron involuntariamente en una misma dirección, como las espigas de un trigo á impulsos del viento. A cada nuevo empujón, la oscilación crecía: los que ocupaban las primeras filas procuraron mantenerse firmes; pero de repente un nuevo impulso arrancó de cuajo dos estacas, cayó la cuerda exterior, y una porción de personas, empujadas por la ola, cayeron sobre la fila de apaleadores.

Empezaron á funcionar los látigos, agitados por los brazos más vigorosos de Inglaterra; pero las inocentes víctimas del tumulto no habían logrado separarse unos cuantos pasos de sus implacables agresores cuando un nuevo impulso de la ola humana los volvió de nuevo al terreno vedado. Muchos se tumbaron en el césped, consintiendo que pasaran sobre su cuerpo los que empujaban; pero otros, enloquecidos por los fatigazos, levantaron los bastones ó procuraron arrebatarse los látigos de manos de los apaleadores. Y así, separándose hacia la derecha la mitad del público, y hacia la izquierda la otra mitad á fin de evitar la presión de los de la cola, la muchedumbre se dividió en dos, dejando una abertura que permitió acercarse á los ruflanes armados de palos y cachiporras gritando á una: «¡Gloucester, y juego limpio!»

Aquel movimiento tan bien calculado arrastró á los luchadores que ocupaban el anillo; rompióse la cuerda interior, y la pista quedó convertida en un remolino, en el cual se agitaban grupos de personas, látigos, bastones y cachiporras, mientras en el centro, frente á frente, tan oprimidos que no podían avanzar ni retroceder, continuaban los dos contendientes su batalla á semejanza de dos bulldogs cogidos del cuello, sin preocuparse del tumulto exterior.

La lluvia incesante, las maldiciones y gritos de dolor, el irudo de los golpes, las órdenes, los consejos á gritos, el fuerte olor de tierra y telas mojadas; todos los incidentes de aquella escena de mi temprana juventud acuden ahora á mi mente mientras escribo en mi vejez, con la misma intensidad que si hubieran ocurrido ayer.

Envueltos en aquella ola movible de tal modo que casi nos llevaban en volandas, procurando constantemente no separarnos de Jackson y Craven, que á pesar de los látigos y las cachiporras continuaban dirigiendo los asaltos, era difícil que nosotros pudiéramos saber lo que ocurría en el público.

—¡Se ha roto el anillo!—gritó sir Lotario Hume. ¡Apelo al árbitro! ¡La lucha es nula y no vale!

—¡Villano!—rugió mi tío exaltado.—¡Vos sois el causante de este tumulto!

—¡Ya tenéis de antemano una cuenta que saldará conmigo!—dijo Hume con su siniestro tono de mofa; y al hablar así, una nueva oleada de la multitud le arrojó en los mismos brazos de mi tío. Los rostros de ambos se hallaron á unas pulgadas de distancia, y los atrevidos ojos de sir Lotario tuvieron que bajarse ante el supremo desdén que brilló fríamente en los de mi tío.

—Ya arreglaremos esas cuentas, no temáis, aunque me degrade teniendo que habérmelas con un tramposo. ¿Qué ocurre, Craven?

—Habrá que suspender la lucha, Tregellis.

—Mi campeón sigue luchando.

—No puedo evitarlo. Es imposible que cumpla mis deberes, por que me lo estorbá á cada momento un látigo ó una cachiporra.

Jackson penetró de repente entre la multitud para volver á poco con las manos vacías y la tristeza más profunda impresa en el rostro.

—¡Me han robado el reloj!—exclamó.—¡Un cobarde me lo ha arrancado de las manos!

—¡También se han llevado el mío!—gritó mi tío echando mano al bolsillo.

—¡Suspended la lucha al instante si no queréis que Harrison salga perjudicado!—dijo Jackson; y todos pudimos observar que cuando el intrépido herrero se preparaba para un nuevo asalto una docena de ruflanes provistos de cachiporras se agrupaban en torno suyo.

—¿Consentís en que se suspenda, sir Lotario?

—Sí.

—¿Y vos, sir Carlos?

—¡De ninguna manera!

—¡Se ha roto el anillo!

—¡No es culpa mía!

—No veo posibilidad de continuar, y como único árbitro, dispongo que se suspenda la lucha, que se retiren ambos campeones y que se deshaga la pista, devolviendo los postes á sus dueños.

—¡Se suspende! ¡Se suspende!—se oyó gritar por todas partes; y en un momento se dispersó la multitud corriendo en todas direcciones; los peatones, para tomar la carretera de Londres, y los corintios, en busca de sus caballos ó carruajes. Harrison se acercó á Wilson, y tendiéndole una mano que éste estrechó, le dijo:

—Espero que no os he hecho mucho daño.

—Apenas si puedo tenerme en pie. ¿Y vos?

—Tengo la cabeza como una cafetera hirviendo á borbotones. Gracias á la lluvia he podido sostenerme.

—Hubo momentos en que creí que os vencía. No deseo mejor lucha.

—Ni yo tampoco. ¡Adiós!

Así se separaron aquellos dos valientes entre los turbulentos ruflanes, como dos leones heridos entre una manada de lobos y chacales; y yo digo otra vez que si este deporte ha perdido importancia, no consiste precisamente en aquellos luchadores valientes y honrados, sino en los viles ruflanes y parásitos que estaban tan por debajo de ellos como lo están hoy los miserables tramposos que toman para pretexto de sus villanías otro deporte tan noble como lo es hoy día el de las carreras de caballos.

CAPITULO XIX

Cliffe Royal.

Aunque el herrero se reía de sus golpes, no por eso eran menos serios, y mi tío deseaba vivamente tenerle en el lecho bien cuidado.

—Supongo que no te atreverás á pedirme otra vez que te deje luchar—decía su esposa mirando con tristeza su semblante herido y magullado.—Esto ha sido mucho peor que cuando venciste á Black Baruk: si no fuera por el abrigo no podría asegurar que eras el mismo hombre que me llevó al altar. ¡No, no; aunque lo pida el rey de Inglaterra en persona, no permitiré que luches otra vez!

—¡Bueno, viejecita, bueno; te repito mi palabra de que no volveré á hacerlo! Más vale que yo deje la lucha, que no que ella me deje á mí—dijo el herrero echando un trago de aguardiente de la cantimplora que le presentó sir Carlos.—Está muy bueno—añadió;—pero me corta los labios. ¡Cómo! Ahí viene Juan Cummings, el dueño del parador de Friar's-Oak; y como soy un pecador, que parece ir en busca de un médico que le cure, pues, á juzgar por su aspecto, parece que se ha vuelto loco.

En realidad, era una figura bien rara la que venía hacia nosotros con el aspecto ofuscado y el rostro encendido del hombre que acaba de salir de una borrachera. Corriendo sin sombrero, con la barba y el cabello agitados por el viento, fué de un grupo á otro hasta encontrar el cabriolé de sir Lotario, al cual en tregó algo que no pude ver. Después siguió corrien-

do hasta que logró vernos, y dando un grito de alegría corrió con los brazos abiertos llevando un papel en la mano.

—¡Valiente cobarde estáis hecho, Juan Cumming! —dijo Harrison riéndole.—¿No os encargué que no bebiérais una sola gota hasta que entregarais mi carta á sir Carlos?

—¡Merezco que me empalen!—repuso Cumming mostrando arrepentimiento.—Os juro, sir Carlos que pregunté por vos, pero no estabáis allí, y con la alegría que me produjo alzar tanto las apuestas en favor de Harrison como el dueño del mesón me instaba para que probara una cosa buena, perdí el sentido. Y Ahora, después de verificada la lucha, es cuando os veo, sir Carlos; pero si queréis descargar sobre mí vuestro látigo os lo agradeceré mucho, porque es lo único que merezco.

Mi tío, sin prestar atención alguna á los reproches del mesonero, abrió la carta que éste acababa de entregarle y se puso á leerla arqueando las cejas, única señal perceptible en sus facciones cuando sentía alguna emoción.

—¿Qué te parece de esto, sobrino?—preguntó entregándome la carta después de leerla él, y en la cual á mi vez leí lo siguiente:

Sir Carlos Tregellis.

Por amor de Dios venid apenas recibáis ésta á Cliffe Royal, deteniéndoos lo menos posible en el camino. Allí me veréis á mí y sabréis algo que os interesa mucho. Venid lo más aprisa que podáis, y hasta entonces seré el que conocéis con el nombre de

Jim Harrison.

—¿Y bien, sobrino?

—No puedo explicarme lo que quiere decir esto, querido tío.

—¿Quién os entregó esta carta, Cumming?

—Jim Harrison en persona, señor—dijo el mesonero;—aunque debo deciros que al principio apenas si pude reconocerle, porque parecía un fantasma. Mostraba tal ansiedad por que viniera que no quiso dejarme hasta que ensillé el caballo y salí á escape. Me dió una carta para vos y otra para sir Lotario Hume y ¡por Dios! que desearía hubiese escogido mejor mensajero.

—Aquí hay un misterio, no me cabe la menor duda —dijo mi tío volviendo á leer la carta y á arquear las cejas.—¿Qué diablos estará haciendo en aquella casa de mal agüero? ¿Por qué firma llamándose «el que conocéis con el nombre de Jim Harrison»? ¿Con qué otro nombre había de conocerle yo? Harrison, vos tal vez podáis darme alguna luz en este asunto ó vos señora Harrison, en vuestro semblante leo que sabéis de lo que se trata y que entendéis esto.

—Quizás sea así, sir Carlos; pero Jack y yo somos gente sencilla, vamos hasta donde podemos, y cuando llegamos allá y no podemos seguir adelante nos detenemos. Hemos ocupado nuestro puesto por espacio de veinte años; pero ahora dejamos que se presenten los que son mayores que nosotros y nos retiramos por el foro. Si queréis saber lo que quiere decir esa carta, os aconsejo que hagáis lo que en ella os piden, que vayáis y Cliffe Royal y allí lo sabréis.

Mi tío se guardó la carta en el bolsillo.

—No me moveré de vuestro lado mientras no os deje en manos de un buen cirujano, Harrison.

—No os preocupéis por mí, señor. Mi mujer y yo podemos volver á Cracoley en la calea, y con una vara de tafetán inglés y un buen beefsteack me encontraré tan arreglado.

Mi tío no quiso persuadirse á pesar del tono jovial de Harrison y llevó á ambos esposos hasta Cracoley en su coche, dejándolos allí instalados en el mejor alojamiento que podía encontrarse con dinero y encargando á la mujer que cuidara mucho á su marido. Después, tras un almuerzo apresurado, volvimos al coche y tomamos el camino del Sur.

—Con lo ocurrido hoy terminarán mis relaciones con el deporte sobrino—dijo mi tío.—He comprendido que no hay medio posible de evitar bribonadas; Me han engañado villanamente; pero perdiendo se aprende al fin; y jamás volveré á ocuparme de luchas ni en apuestas.

Si yo hubiera sido más avanzado en años ó él me hubiera parecido menos respetable, habría respondido lo que sentía en aquel momento en el fondo de mi corazón, pidiéndole que dejara también otras cosas, que se retirara del círculo superficial en que vivía y buscara algún trabajo que fuera digno de su claro talento y su buen corazón. Pero apenas si me habían ocurrido tales ideas, cuando dejando el tonoserio se puso á hablar de cosas triviales, extendiéndose sobre la nueva montura bordada en plata que pensaba estrenar en el Mall, y sobre la apuesta de mil guineas que pensaba cruzar entre su yegua Ethelberta y el famoso Aurelio, de tres años también, propiedad de lord Doncaster.

Habíamos llegado al Prado de Whiterman que está á más de la mitad del camino entre Cracoley Doon y Friar's-Oak, cuando me ocurrió mirar atrás y vi, allá á lo lejos, el reflejo del Sol sobre un carruaje amarillo. Sir Lotario iba siguiéndonos.

—Se le ha hecho el mismo ruego que á mí y va al mismo sitio—dijo mi tío fijándose á su vez en el cabriolé.—Nos necesitan á ambos en Cliffe Royal, seguramente como únicos supervivientes de aquella desastrosa tragedia. Lo raro es que sea precisamente Jim Harrison el que nos llama. Sobrino, he tenido una vida muy azarosa pero siento algo así como si lo que nos espera entre aquellos árboles hubiera de ser la escena más rara de ella.

Fustigó las yeguas, torcimos siguiendo la carretera y pudimos divisar las altas torrecillas de la casa solariega destacándose entre los robles seculares que la circundaban. El nuevo espectáculo de aquel palacio con su trágica leyenda y su reputación de encantado era bastante para excitar mis nervios; pero cuando las palabras de mi tío me hicieron comprender que tan extraña cita era para los dos hombres relacionados con aquella antigua tragedia, y que el compañero de mi infancia era quien los llamaba, quedé sin aliento, sospechando vagamente también que nos esperaba algo grande y portentoso. Cuando llegamos á la carcomida puerta que se alzaba entre heráldicos pilares la hallamos abierta, y mi tío fustigando las yeguas con impaciencia, las obligó á volar por la avenida cubierta de hierba, hasta llegar á los peldaños del pórtico. La puerta de la casa estaba abierta también, y Jim esperaba allí para recibirnos. Pero era un Jim muy diferente de aquel á quien yo conocía y amaba; Algo había cambiado sin que yo pudiera decir qué, pero era un cambio tan marcado, que pude apreciarlo á primera vista, en el sin poder explicármelo. No estaba mejor vestido que en otras ocasiones; llevaba el terno marrón que yo conocía bien; sus formas eran perfectas porque los ejercicios hechos últimamente, habían desarrollado sus músculos haciendo de él un verdadero modelo de la raza humana, pero había cierta dignidad en su aspecto, una especie de confianza en su porte que era lo único que le faltaba antes para hacer completamente armónico el conjunto.

Sin saber cómo, á pesar de sus proezas en aquella noche memorable, le consideraba como el compañero de mi niñez, tan niño como yo, hasta aquel momento en que parado en la puerta de la casa solariega se me reveló como hombre completo, magnífico en su virilidad y grandeza. A su lado, con una mano sobre su espalda, había una mujer en la cual reconocí al instante á la señorita Hinton de Austey Cross.

—Os acordáis de mí, sir Carlos Tregellis?—preguntó acercándose apenas descendimos del carruaje.

Mi tío la miró con atención, como queriendo hacer memoria.

—No creo que he tenido la dicha de conoceros, señora—dijo;—y sin embargo...

—Polly Hinton de Haymarket. Seguramente, no habéis olvidado á Polly Hinton.

—¡Olvidado! ¡Pues si en el círculo de los petimetres os hemos guardado luto más años de los que quiero recordar ahora! Pero ¿qué maravilla es ésta?

—Me casé en secreto, retirándome de las tablas. Quiero que me perdonéis el haberos quitado anoche á Jim.

—¿Fuisteis vos?

—Tenía sobr él más derecho de lo que vos pudierais tener. Vos erais su patrono; yo soy su madre.

Al hablar así la dama, acercó su cabeza á la de Jim, y juntos aquellos dos rostros, el uno con la belleza desvanecida ya, de la mujer, el otro con la fortaleza y arrogancia del hombre, pude ver que tenían una semejanza tan perfecta en sus oscuros ojos, sus cabellos castaños y su alabastrina frente, que me sorprendí de no haber descubierto el secreto el primer día que los vi juntos.

—Sí—continuó;—es mi hijo, y me ha salvado de algo peor que la muerte como puede deciros vuestro sobrino Rodney. Sin embargo, mis labios permanecían cerrados, y hasta anoche no he podido decirle que aquella á quien él con su dulzura y su paciencia había conseguido volver á la santidad de la vida, era su propia madre.

—¡Calla, madre mía!—dijo Jim besando las mejillas de Polly Hinton:—hay cosas que deben permanecer reservadas entre nosotros. Decidme, sir Carlos: ¿qué tal ha sido la lucha?

—Seguramente la ganó vuestro tío; pero los rufianes rompieron el anillo, y quedó anulada.

—No es mi tío, sir Carlos, pero es uno de los amigos más sinceros y leales que mi padre y yo hemos tenido en este mundo. Yo, por lo menos, sólo tengo uno tan sincero como él—añadió cogiéndome de la mano,—y su nombre es Rodney Stone. Confío en que no estará muy magullado.

—Un par de semanas de quietud bastarán para dejarlo perfectamente; pero no pretendo asegurar nada y debéis permitirme que os diga que todavía no habéis manifestado nada que justifique vuestra conducta abandonando nuestros compromisos en el momento crítico.

—Entrad, sir Carlos, y pronto reconoceréis vos mismo que no hubiera podido obrar de otra manera. Pero, si no me equivoco, ahí viene sir Lotario.

El cabriolé amarillo penetraba en la avenida, y unos momentos después los caballos, jadeantes y cansados, se detenían detrás de nuestro carruaje. Sir Lotario, tan ligero como el relámpago, saltó del vehículo.

—Permaneced ahí, Corcoran—dijo á alguien que iba con él, y en quien pude reconocer, apenas vi la verde casaca que vestía, al hombre á quien había conocido haciendo señas por la mañana.—¡Bien!—añadió mirando en torno suyo con insolente descaro.—¡Me alegraré mucho de saber quién es el que lleva tanta insolencia hasta el extremo de invitarme con tanta urgencia para venir á mi propia casa, y qué motivos os proponéis penetrando así dentro de mi propiedad.

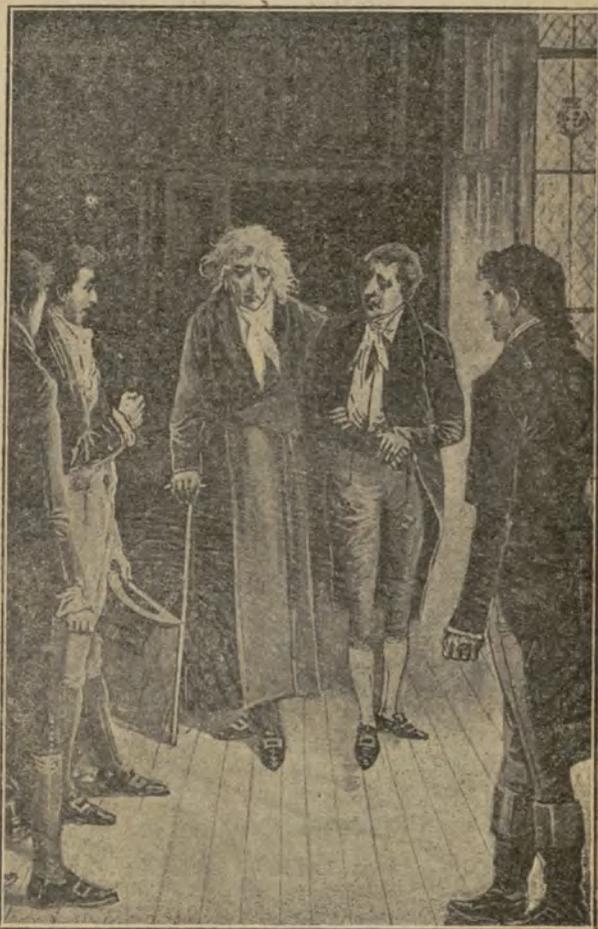
—Os prometo que sabréis la razón de todo eso y mucho más antes de que os retiréis, sir Lotario—dijo Jim con el rostro animado por una juguetera y peculiar sonrisa.—Si os dignáis seguirme procuraréároslo comprender.

—Mientras el brazo á su madre, nos precedió dirigiéndonos á la habitación donde aún continuaban las carpas empiladas sobre el aparador y la mancha negra en el ángulo del techo.

—¡Vamos; venga esa explicación!—exclamó sir Lotario parándose junto á la puerta con los brazos

—La primera explicación debe ser para sir Carlos dijo Jim; y al escuchar su voz y notar sus ademanes; no pude menos de admirar el efecto que había causado en aquel joven rústico la compañía de una mujer como su madre.—Estoy obligado á referirle todo lo que ocurrió anoche.

—Yo lo diré por ti, Jim—dijo la madre.—Habéis de saber, sir Carlos, que aun cuando mi hijo no sabía quiénes eran sus padres, ambos vivimos y no le hemos perdido jamás de vista. Por lo que á mí toca, dejé que cumpliera su deseo de ir á Londres y pelear como boxeador; pero ayer mismo llegó á oídos de su padre, que se opuso terminantemente á que siguiera adelante en su empresa. Está enfermo, y no era posible contrariarle cuando me ordenó ir al momento y traer á su hijo. No sabía qué partido tomar, porque tenía el convencimiento de que Jim no vendría si no había quien le sustituyera, y fui á ver al generoso matrimonio que le ha criado, exponiéndole el asunto. La señora Harrison quiere á Jim como



—¡Lord Avon, voto al Diablo!

si fuera su propio hijo, y su marido ama al mío más de lo que lengua humana puede decir; así, pues, acudieron en mi auxilio. ¡Dios los bendiga por sus bondades para con una esposa y madre afligida! Después fui á Cracoley en coche, encontré la habitación de Jim, le hablé desde la ventana, porque tenía la seguridad de que la gente del mesón no le dejaría salir y le revelé quiénes eran sus padres.

cia, sólo dándose mucha prisa podría llegar á tiempo de recibir la bendición de un padre moribundo al cual jamás había conocido. A pesar de todo, no consintió en salir de allí hasta que le aseguré formalmente que Harrison ocuparía su lugar.

—¿Por qué no dejó un mensajero para Belcher?

—Mi cabeza era un torbellino, sir Carlos—repuso Jim.—Hallar en un instante padre, madre, nombre y fortuna, es bastante para destornillar una cabeza más firme de lo que nunca ha sido la mía. Mi madre me suplicó que fuese con ella, y la obedecí. El faetón se puso en marcha, y apenas si habríamos dado algunos pasos cuando nos salieron al encuentro dos matones. Mientras uno detenía el caballo, el otro intentó atacarme con una cachiporra. Descargué sobre su cabeza el puño de mi látigo, obligándole á soltar la cachiporra, y ambos se pusieron en precipitada fuga. Así pudimos seguir el camino sin que volvieran á molestarnos. No puedo comprender quiénes eran ni qué interés tendrían en agredirnos.

—Quizás podrá decirlo sir Lotario—dijo mi tío.

Nuestro enemigo guardó silencio, pero sus grises ojos se fijaron en nosotros con expresión de enojo.

—Después que vine aquí—continuó Jim—y vi á mi padre, bajé...

—Mi tío le cortó la palabra con un grito de sorpresa.

—¿Qué habéis dicho, joven? ¿Que vinisteis aquí y visteis á vuestro padre? ¿Aquí, en Cliffe Royal?

—Sí, señor.

—Mi tío palideció densamente.

—¿En el nombre de Dios, decidnos quién es vuestro padre!

Jim no respondió de palabra; pero extendió el brazo señalando detrás de nosotros. Al volver la cabeza pudimos ver que por la puerta que conducía á la escalera del dormitorio acababan de penetrar dos hombres. A uno de ellos le reconocí al momento: aquel rostro impasible cual una máscara, aquella actitud afectadamente modesta, sólo podían pertenecer á Ambrosio, el ex-criado de mi tío.

El otro, muy diferente en su porte, tenía un aspecto singular. Era alto, vestía una bata oscura y se apoyaba penosamente en un bastón. Su rostro pálido y enjuto estaba tan delgado y tan blanco, que nada podría dar mejor idea de la transparencia. Jamás he visto semblantes como aquél, á no ser dentro de los pliegues de una mortaja.

Los diversos tonos de su cabello y la curvatura de la espalda, producían la impresión de que se trataba de un hombre de edad avanzada; y sólo las negras cejas y las pupilas brillantes y animosas que nos miraban sin cesar, me hicieron pensar que el hombre que se hallaba frente á nosotros era en realidad un anciano.

El más profundo silencio reinó por unos instantes, hasta que sir Lotario lo rompió con un juramento.

—¡Lord Avon, voto al Diablo!—exclamó.

—Para serviros, señores—repuso la extraña figura; transparente.

CAPÍTULO XX

Lord Avon.

—Mi tío era hombre impasible por naturaleza, y las tradiciones de la sociedad en que vivía habían acentuado en él esta cualidad. Podía arrojar una carta de la cual pendiera su fortuna entera sin que se moviera un solo músculo de su semblante: yo mismo le había visto correr por la carretera de Godstone con peligro inminente de muerte, con la misma calma con que solía pasear diariamente por el Mall; pero aquella emoción había sido tan intensa, tan grande, que quedó atónito y palideció contemplando á aquel hombre con aire de incredulidad. Por dos veces abrió la boca y se llevó la mano á la garganta como si hu-

biera tenido allí una barrera que no le permitía emitir sonido alguno. Finalmente, echó á correr con los brazos abiertos, y se acercó al anciano exclamando:

—¡Ned!

—Pero el hombre extraño que se hallaba ante él, se cruzó de brazos.

—¡No, Carlos!—repuso.

—Mi tío se detuvo y le miró sorprendido.

—Después de tantos años, ¿no tienes un saludo para mí, Ned?

—Creíste que yo era culpable, Carlos. Lo leí en tus ojos y en todo tu aspecto aquella mañana terrible. No me pediste explicación alguna; no pensaste por un momento que era imposible que un hombre de mi carácter cometiera semejante crimen. Apenas brotó la primera sospecha, mi amigo íntimo, el hombre que mejor me conocía, me consideró ladrón y asesino.

—No, no; Ned!

—Sí, Carlos; lo leí en tus ojos, y así ocurrió que cuando quise dejar en manos seguras, lo que era para mí más precioso que la vida, tuve que preterirte á ti y entregarlo al único hombre que no dudó por un momento de mi inocencia. Mejor era que mi hijo se educara entre gente humilde, ignorando la desgracia de su desventurado padre, que aprendiera á participar de las dudas y sospechas de los de su clase.

—En ese caso, ¿es realmente tu hijo?—exclamó mi tío mirando á Jim con asombro.

Por toda respuesta, el anciano extendió su largo y descarnado brazo y colocó una mano huesuda sobre el hombro de la actriz, que le miraba con expresión amorosa.

—Me casé, Carlos—prosiguió lord Avon,—y guardé el secreto para todos mis amigos porque había tomado esposa fuera de nuestro círculo. Ya sabes el necio orgullo que ha sido siempre la parte más vigorosa en mi naturaleza, y no podía confesar lo que había hecho. Mi negligencia fué una barrera que se levantó entre ambos obligándola á contraer hábitos de los cuales no es ella la culpable sino yo. Precisamente, á causa de esos hábitos, separé de ella á nuestro hijo y le señalé una pensión mediante promesa de que no había de cuidarse de él. Temí que perjudicara al muchacho sin creer en mi ceguera que podía derivar algún bien de él. En mi miserable vida he logrado aprender que hay un poder oculto que dispone las cosas para nosotros, aunque pretendamos huir de él, y que una corriente invisible nos lleva á cierto fin, determinado de antemano, por mucho que nosotros nos empeñemos en creer que nuestros remos y velas, son los que nos llevan al puerto.

Mientras mi tío escuchaba estas palabras no cesé de mirarle, pero al separar de él la mirada volví á fijarme una vez más en el rostro delgado y cruel de sir Lotario Hume. Estaba parado cerca de una ventana, su sombría figura se destacaba sobre los sucios cristales, y en su semblante se reflejaban con una intensidad que jamás he visto antes ni después, las pasiones de la ira, la envidia y la ambición frustrada.

—¿Debo entender—preguntó en tono duro y sordo—que este joven pretende heredar el señorío y los bienes de Avon?

—Es mi hijo legítimo.

—Te conocí muy bien en la juventud y ni yo ni ninguno de los amigos oímos nunca que tuvieras esposa ni hijo alguno. Desafío á sir Carlos Tregellis á que me diga si concibió alguna vez la idea de que hubiera un heredero que no fuese yo.

—Ya he explicado las razones de mantener secreto el casamiento.

—Lo has explicado en efecto, pero si esa explicación es satisfactoria, han de decirlo otros y en otro lugar.

—Los negros ojos que animaban aquel rostro hur-

no brillaron con un fulgor súbito y extraño, como si una corriente de luz penetrara en el interior de una casa lúgubre y ruinosa.

—¿Te atreves á dudar de mi palabra?

—¡Pido la prueba!

—Mi palabra es suficiente prueba para los que me conocen.

—Dispénsame, primo Avon; pero te conozco, y, sin embargo, no veo la razón de que necesariamente haya de aceptar esa versión.

Fueron palabras brutales, dichas en tono burlón. Lord Avon dió un paso procurando avanzar, y sólo su esposa y su hijo, sosteniéndole ambos brazos, pudieron evitar que pusiera sus vacilantes manos en el cuello de su ofensor. Sir Lotario retrocedió; pero no por eso dejó de mirar airado en torno suyo.

—¡Bonita conspiración es ésta!—dijo.—¡Una conspiración en la cual juegan papel un criminal, una actriz y un boxeador! ¡Sir Carlos Tregellis, ya tendreis noticias más! ¡Y vos también, señor primo!

Y sir Lotario Hume, volvió la espalda y salió de la estancia.

—¡Va á denunciarme!—exclamó Lord Avon con las facciones descompuestas por una sensación de orgullo ofendido.

—¿Queréis que le traiga de nuevo?—exclamó Jim.

—No; deja que se marche. Es exactamente igual, porque ya he comprendido que mi deber para contigo, hijo mío, es superior á cuanto debo, y he pagado á tanta costa, á mi hermano y á mi familia.

—Me hiciste una injusticia, Ned—añadió mi tío,—creyendo que te había olvidado ó que te juzgaba injustamente. Si he creído que habías cometido el crimen—y cómo había de dudar, si tenía la evidencia por mis propios ojos?—siempre creí que lo hiciste hallándote turbado, y tan ignorante de lo que hacías como el sonámbulo que obra en sueños.

—¿Qué quieres decir con eso de que tuviste evidencia por tus propios ojos?—preguntó Lord Avon mirando con dureza á su amigo.

—Yo mismo te vi, Ned; en aquella noche maldita!

—¿Qué me viste? ¿Dónde?

—En el comedor.

—¿Y qué hacías?

—Salías del cuarto de tu hermano, y un instante antes había oído su voz con acento de dolor ó ira. Llevabas en la mano un saco de dinero, y tu rostro revelaba gran agitación. Si puedes explicarme, Ned, la razón de que te hallaras allí, me quitarás de encima un peso enorme que ha estado oprimiéndome el corazón todos estos años.

Nadie hubiera podido reconocer en mi tío al hombre que era considerado en Londres como el rey de los petimetres. En presencia de su antiguo amigo y de la tragedia que le rodeaba, se había desgarrado el velo de trivialidad y afectación en que se envolvía y al contemplar su pálido rostro, la ansiedad que se dibujaba en él y el rayo de alegría que brilló en sus ojos esperando la explicación de su amigo, sentí por primera vez que la gratitud nacida en mi alma por los beneficios recibidos de él, iba convirtiéndose en afecto. Lord Avon ocultó el rostro entre las manos, y por espacio de unos minutos reinó profundo silencio en aquella habitación débilmente iluminada.

—Ya no me sorprende tu conducta—dijo al fin.—¡Dios mío, que red ha ido tejándose en torno mío! ¡Si me hubieran llevado á los tribunales, tú mismo, siendo mi mejor amigo habrías consumado mi ruina con esa declaración! Y sin embargo, á pesar de todo lo que has visto, soy tan inocente del crimen como puedes serlo tú, Carlos.

—¡Doy gracias á Dios por poder oírte esas palabras!

—Pero no te satisface por completo, Carlos; lo leo en tu semblante, y te sorprende que, siendo inocente haya estado oculto tantos años.

—Me basta tu palabra, Ned; pero el mundo no se

conforma con eso, y quiere saber lo que responderías á esa pregunta.

—Todo ha sido por salvar el honor de la familia, Carlos. Ya sabes en cuánta estima lo he tenido siempre, y hubiera sido imposible probar mi inocencia sin demostrar que mi hermano era culpable de la mayor ignominia que puede cometer un caballero. Por espacio de diez y ocho años, y á costa de todo cuanto puede sacrificar un hombre, he conseguido ocultar esa ignominia, he vivido muriendo, y ahora, á pesar de no tener más de cuarenta y cuatro años, soy un anciano achacoso y vacilante. Hoy me encuentro entre la espada y la pared: tengo que revelar la infamia de mi hermano ó portarme mal con mi hijo, y de ahí que sólo pueda obrar del modo que voy á hacerlo; tanto más, cuanto que espero que podamos hallar un medio de que no trascienda al público lo que voy á referiros.

Lord Avon se levantó de la silla que ocupaba, y mediante el auxilio de su bastón se dirigió al aparador, donde continuaban aún las barajas, mohosas ya por la acción del tiempo, tal como las habíamos visto Jim y yo años atrás. Lord Avon las revolvió con manos temblorosas, y tomando media docena de cartas escogidas entre ellas, se dirigió á mi tío.

—Palpa con los dedos pulgar é índice el ángulo inferior de esta carta, Carlos—le dijo:—fíjate bien, y dime lo que sientes al tacto.

—Una pinchadura hecha con un alfiler.

—Precisamente. ¿Qué carta es?

—El rey de bastos—dijo mi tío volviéndola para verla.

—Observa el ángulo de esta otra.

—Está intacto.

—Y la carta es...

—El tres de espadas.

—¿Y esta otra?

—Está pinchada. Es el as de copas,

Lord Avon las tiró al suelo.

—¡Ahí tienes completa esa maldita historia!—exclamó.—¿Necesito continuar, siendo cada palabra una agonía que me consume?

—Algo comprendo; pero no todo. Continúa, Ned.

La débil figura del anciano se enderezó procurando, sin duda, hacer un esfuerzo sobre sí mismo.

—En ese caso—añadió,—voy á referirte todo como ocurrió, de una vez para siempre, confiando en que no tendré que volver á hablar más sobre asunto tan molesto. Recordarás nuestro juego y la manera como perdimos. Recordarás asimismo que os retirasteis todos dejándome aquí, al lado de esa misma mesa. Lejos de sentir cansancio, me hallaba tan despejado, que permanecí aquí una hora ó algo más reflexionando sobre los incidentes del juego y el cambio que necesariamente había de operarse en mi vida. Como recordarás también, había perdido mucho, y el único consuelo que tenía consistía en saber que era mi hermano quien lo había ganado. Sabía que, á causa de su vida desordenada se hallaba en las garras de los usureros, y esperaba yo que lo que me perjudicaba á mí fuese un beneficio para él. Senta lo ahí, en ese mismo sitio, jugáreteaba con las cartas distraídamente, cuando, sin darme cuenta de cómo fué, observé las picaduras que tú mismo acabas de ver ahora. Miré todas las barajas, y con un disgusto inexplicable vi que todo el que estuviera en el secreto podía saber las cartas buenas que tenían sus contrarios. Presa de un disgusto y una vergüenza que jamás he sentido por otra razón alguna, recordé la manera peculiar de barajar que había tenido mi hermano, su lentitud y el modo de coger cada una de las cartas, siempre por el ángulo izquierdo.

»A pesar de todo no le condené precipitadamente. Permanecí largo rato meditando sobre todos los incidentes favorables y adversos que habían ocurrido, y todos me confirmaron en la terrible sospecha, que se convirtió al fin en certidumbre. Mi hermano había

pedido las barajas á Ledbury, de Bond Stret; las había tenido en su cuarto algunas horas; jugaba siempre con una decisión tal, que llegó á sorprendernos, y, sobre todo, no podía negar el hecho de que su vida pasada no era tan noble que hiciera imposible para él un crimen tan abominable como ése. Temblando de enojo y vergüenza subí arriba con las cartas en la mano, y le acusé del crimen más bajo é innoble que puede cometer un villano.

»No se había acostado aún y tenía esparcidas sobre una mesa las ganancias tan mal adquiridas. Apenas si me di cuenta de lo que le dije; pero el hecho era tan evidente, que ni siquiera intentó negarlo. Recordarás, como única atenuación de su culpa, que aún no tenía veinte años.

»Mis palabras le abrumaron: cayó de rodillas pidiéndome que le perdonara, y yo manifesté que en consideración á la familia no haría pública su infamia, á condición de que me prometiera no tocar jamás una carta y me prometiera, apenas fuera de día, devolver á sus dueños todo el dinero que había ganado, dándoles una explicación del caso. Me manifesté que sería su ruina moral, á lo que repuse que debía sufrir las consecuencias de su propia obra. Allí mismo, delante de él, quemé todos los papeles que me había ganado, y coloqué en una bolsa todo el dinero que había sobre la mesa. Quise salir de su habitación sin añadir una palabra; pero intentó detenerme cogiéndome de un brazo, y uchó conmigo, me rompió el puño de encaje y me exigió la promesa de que no había de decirnos nada á tí ni á sir Lotario Hume de lo que había ocurrido. Cuando vió que no podía conseguirlo, lanzó el grito que oíste y que te obligó á salir de tu cuarto, viéndome en el corredor cuando volvía á mi dormitorio.

Mi tío exhaló un suspiro de alivio.

—¡Es imposible la duda; todo está claro!—dijo.

—Por la mañana fui á tu cuarto, como recordarás y te devolví el dinero sin explicar las razones que me impulsaban á obrar así, porque no tuve valor para confesarte aquella infamia. Otro tanto hice con sir Lotario, nuestro primo, y después vino el horrible descubrimiento que ha acabado con mi vida, y que ha sido un misterio tan grande para mí como para vosotros mismos.

»Comprendí que sospechaban de mí, y que para dejar limpio mi buen nombre tenía que confesar públicamente la infamia de mi hermano; pero me fué imposible hacerlo, Carlos. Todo sufrimiento personal, por grande que fuese, era preferible para mí antes que deshonor públicamente á una familia cuyo linaje no ha tenido mancha alguna por espacio de muchos siglos, y, en consecuencia, evité presentarme delante de un tribunal y desaparecí del mundo.

»Pero era preciso antes de todo que dejara arreglado el porvenir de mi mujer y de mi hijo, cuya existencia era ignorada de todos mis amigos. Confieso con vergüenza, Potty que yo soy y no tú, el culpable de cuantas consecuencias ha traído esa circunstancia. En aquel tiempo había razones, como he dicho, que me hacían desear la separación de madre é hijo; razones que, afortunadamente, han desaparecido ya. Contigo, Carlos, habría tenido confianza á no mediar aquellas sospechas tan ofensivas para mí, no sabiendo la causa, tan justa á tus ojos, de que me creyeras criminal.

»El mismo día de la tragedia fui á Londres por la tarde, y dispuse que mi esposa disfrutara de una pensión decente, á condición de no intervenir por ningún concepto en los asuntos de nuestro hijo. Había tratado mucho á Harrison el boxeador y había admirado en muchas ocasiones su honradez y hombría de bien. Le llevé á mi hijo, encontrando como esperaba, que no me creía culpable de aquel crimen y que estaba dispuesto á ayudarme en cuanto necesitara de él. Atendiendo á las súplicas de su esposa,

acababa de abandonar la profesión de boxeador y no había decidido aún en qué se ocuparía. Le di medios de que instalara una herrería, á condición de que ejerciera ese oficio en la aldea de Friar's-Oak, y convinimos ambos en que mi hijo fuera considerado como sobrino suyo y que creciera ignorando siempre quiénes eran sus padres y la desdicha que en volvía su vida.

»Me preguntarás por qué escogí Friar's-Oak y á ello respondo que, habiendo decidido ya el sitio donde había de ocultarme, y no pudiendo ver á mi hijo, era para mí un consuelo saber que estaba cerca. Esta casa es una de las solariegas más antiguas de Inglaterra; pero nadie sabe que fué edificada precisamente como lugar de refugio y que hay en ella dos habitaciones secretas habitables, y galerías ocultas en todas las paredes gruesas, cuya existencia ha sido hasta ahora un secreto de familia, aun cuando yo lo tenía en tan poca estima, que si no lo revelé á nadie, fué sólo porque raras veces venía aquí. En aquel apuro comprendí la importancia de un secreto que me proporcionaba asilo seguro. Volví á mi propia casa, penetré en ella de noche, y abandonando cuanto amaba, me oculté como una rata detrás de sus muros, para vivir triste y solitario todo el resto de mi vida. En mis envejecidas facciones, en mis grises cabellos puedes leer, querido Carlos, el diario de mi misérrima existencia.

»Una vez á la semana venía Harrison á traerme provisiones que introducía por la ventana de la despensa, la cual quedaba abierta con tal motivo, y de vez en cuando, siempre de noche, salía á pasear un poco por el jardín á fin de que el aire refrescara mi cabeza; pero al fin tuve que desistir de ello, porque me vieron algunos aldeanos, y empecé á cundir el rumor de que Cliffe Royal estaba encantada y había un duende en ella. Una noche dos caza-duendes.....

—Era yo, padre—exclamó Jim;—yo y mi amigo Rodney Stone.

—Ya lo sé; Harrison me lo dijo aquella misma noche y me sentí orgulloso Jim, viendo que alentaba en tí el espíritu de los Barrington, y que el valor de mi heredero redimiría á la familia de la mancha que yo ocultaba á tanta costa. Después llegó el día en que las bondades de tu madre, bondades mal entendidas, hijo mío, te habilitaron para hacer una escapatoria á Londres.

—¡Ay Eduardo!—exclamó su esposa.—Si hubieras podido ver á nuestro hijo como un ave enjaulada, luchando por romper los hierros de su cárcel, también tú le habrías ayudado á dar un vuelo tan corto como ése.

—No te culpo, Polly, y también creo posible que en iguales circunstancias podía haber obrado como tú. Fué á Londres como digo y procuró crearse un porvenir con su valor y su fuerza, como han hecho tantos de nuestros antepasados, sin más diferencia que llevar en sus manos el puño de una espada, aun cuando no sé de ninguno que se portara más valerosamente.

—Eso sí que me atrevo á jurarlo yo—dijo mi tío con gran sinceridad.

—Después, cuando Harrison volvió, supe que mi hijo se había comprometido para luchar en un partido público. ¡Eso era mucho ya, Carlos! Una cosa era luchar como tú y yo lo hemos hecho en nuestra juventud, y otra pelear, por un bolsón de dinero.

—Querido amigo, por todo el oro del mundo no hubiera yo...

—Ya sé que no, Carlos; ya lo sé. Escogiste al mejor, nada más. ¿Quién no hubiera hecho otro tanto? Pero era imposible, Carlos, era imposible. Comprendí que había llegado la hora de que mi hijo supiera quién era su padre; tanto más, cuanto que esta existencia antinatural ha quebrantado mucho mi salud. La casualidad, ó mejor dicho, la Providencia, ha esclarecido todo lo que estaba obscuro, dándome

el medio de probar mi inocencia. Mi esposa fué ayer por fin á buscar á nuestro hijo para traerle al lado de su desventurado padre.

Permanecimos callados un buen rato después del discurso de lord Avon, hasta que la voz de mi tío puso término al silencio.

—Ned—dijo,—eres el hombre más injuriado del mundo. ¡Quiera Dios que tengamos tiempo de reparar lo que te debemos! Pero después de hablar tanto aún no podemos comprender cómo murió tu infelizmente hermano.

—Por espacio de diez y ocho años ha sido para mí un misterio, Carlos, tanto como pudiera serlo para ti; pero al fin lo hemos descubierto. Habla, Ambrosio y refiere esa historia con la misma franqueza que me la has contado á mí, sin olvidar ningún detalle.

CAPÍTULO XXI

El relato de Ambrosio.

Ambrosio, de pie en un ángulo del comedor, había permanecido tan inmóvil y silencioso que olvidamos su presencia hasta que su antiguo amo se dirigió á él invitándole á hablar. Entonces avanzó algunos pasos dirigiéndose hacia nosotros. Sus facciones, impenetrables generalmente, daban muestras de visible agitación, y al hablar lo hizo tartamudeando, despacio, como si sus temblorosos labios se negasen á dar forma á las ideas. Sin embargo, la fuerza del hábito es de tal naturaleza que, aun siendo presa de tan profunda emoción, su actitud no dejó de ser por un momento la que correspondía á un criado de su clase, y sus palabras, dentro del sonoro acento con que hablaba, tenían el mismo carácter de deferencia y humildad que tanto me había llamado la atención la primera vez que le oí hablar el día que el carruaje de mi tío se detuvo delante de la puerta de casa de mis padres.

—Lady Avon y señores—dijo,—si he obrado mal en este asunto—y confieso francamente que ha sido así—voy á reparar esa falta del único modo que puedo hacerlo, confesándolo todo completa y francamente, como mi noble señor lord Avon me pide que lo haga. Os aseguro, por lo tanto, que cuanto voy á decir, por sorprendente que os parezca, es la verdad absoluta é innegable respecto de la misteriosa muerte del capitán Barrington.

—Tal vez creáis imposible que una persona colocada en la humilde esfera en que estoy yo pudiera sentir odio implacable por un hombre de tan elevada posición como el Capitán. Creéis que la distancia entre ambos es inmensa; pero yo afirmo, señores, que cuando esa distancia se estrecha por un amor ilegítimo, puede desaparecer también á impulsos de un odio violento; y desde el día en que aquel joven me robó todo lo que me hacía amable la vida, juré que le arrebataría una existencia que tan mal empleaba, aun cuando con la muerte sólo pagara la mínima parte de la deuda que me debía. Veo que me miráis con aire de disgusto, sir Carlos; pero Dios quiera que no sepáis nunca de qué seríais vos capaz si os hallaseis en el mismo caso.

Para nosotros era realmente asombroso ver aquel hombre despojándose súbitamente de la máscara engañosa que ocultaba su cruel naturaleza. Erizábase su cabello, brillaban fulgurantes sus ojos mostrando una intensa pasión, y su rostro revelaba claramente un odio que ni la muerte de su enemigo ni el transcurso de los años había podido mitigar. Había desaparecido el criado comedido y circunspecto, quedando en su lugar un hombre peligroso y astuto, que lo mismo podía ser un amante exaltado que el más vengativo de los enemigos.

—Ibamos á contraer matrimonio ella y yo—continuó Ambrosio,—cuando una maldita casualidad lo

puso en nuestro camino. No sé de qué artimañas se valió para separarla de mí; después he oído decir que era una de tantas, y que él era práctico en el arte. Todo ocurrió antes de que yo pudiera darle cuenta del peligro, y ella, con el corazón despedazado, perdida para siempre, volvió á un hogar en el cual entraron al mismo tiempo la desgracia y el dolor. La vi una vez tan sólo, me contó que su seductor se había reído cuando le reprochó su perfidia, y yo le juré que pagaría aquella risa con toda la sangre de sus venas.

—En aquel tiempo yo era criado también; pero no servía todavía á lord Avon. Pedí una plaza vacante á la sazón, y entré en la casa con el único fin de saldar mi cuenta con su hermano menor. Tardó mucho en presentarse la ocasión. Los días eran horriblemente largos, y pasaron muchos meses antes de que mi venida á Cliffe Royal me proporcionara la oportunidad que ansiaba diariamente, soñando con ella noche tras noche. Llegó al fin; pero de un modo mucho más favorable para mis planes de lo que había podido esperar.

Lord Avon creía ser el único concededor de los secretos de Cliffe Royal; pero yo también los conocía, si no todos, lo necesario para facilitar mis proyectos. Creo inútil referir de qué modo descubrí una galería secreta que iba de un dormitorio pequeño á uno grande, cuando recibí orden de arreglar las habitaciones para los invitados. Como la designación de dormitorios corría de mi cuenta, dispuse el grande para el capitán Barrington, y el pequeño, para mí; de ese modo podía entrar en su cuarto cuando lo creyera prudente, sin que nadie lo notara.

—Al fin llegó la ocasión. Habían pasado jugando una porción de horas, y yo conté entretanto los minutos que me acercaban á mi víctima. Día y noche, á cualquier hora, pudieron pedir vino ó cuanto necesitaran: allí estaba yo siempre, tan atento y servicial, que el Capitán alabó mi conducta manifestando que era un criado ideal, el modelo de los ayudados de cámara. Mi amo me aconsejó que me acostara: había observado que tenía las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, y creyó que tenía fiebre. Y así era en efecto; pero mi fiebre sólo podía curarse con una medicina.

—Al fin, cerca ya del amanecer sentí que se levantaban, y comprendí que habían dado término al juego. Cuando entré para recibir órdenes, vi que el Capitán se había tendido sobre el lecho; los demás estaban acostados también: sólo mi amo permanecía en vela, sentado al lado de la mesa, con las cartas esparcidas delante de él y una botella vacía. Al verme se puso furioso, y me mandó que me retirase á mi cuarto: entonces le obedecí.

Mi primer cuidado fué proveerme de un arma; sabía perfectamente que una vez cara á cara con él podía ahogarle; pero quise arreglarlo de modo que su muerte fuera silenciosa. En el salón había una panoplia, y de ella tomé al azar un puñal, que afilé cuidadosamente; después subí á mi cuarto y me senté sobre la cama, esperando siempre. Había dispuesto mi plan. No podía satisfacer mi venganza matándole sin que supiera de qué mano recibía el golpe ni qué pecado debía expiar con su muerte. Si conseguía atarle al lecho mientras se hallaba durmiendo el sueño de la embriaguez, un par de pinchazos de mi puñal le despertarían después, me pondría á su lado, y oíría todo lo que tenía que decirle. Medité sobre el horror que se pintaría en sus ojos cuando, desvanecidos los vapores del sueño comprendiera quién era yo y lo que iba á hacer allí. ¡Aquel sería el momento supremo de mi vida!

—Esperé mucho tiempo: á mí me pareció una hora; pero como no tenía reloj y la impaciencia me consumía, quizás fuera sólo un cuarto. Me levanté después de descalzarme, cogí el puñal, y abriendo el secreto de la pared, me deslicé por la galería. Apenas si tenía que recorrer treinta pies de terreno; pero fui

«despacio, paso á paso, porque las tablas, carcomidas por la acción del tiempo, podían romperse si se pisaba fuerte. Estaba muy oscura, como es de suponer; pero fuí abriéndome camino á tientas hasta que vi brillar frente á mí una línea de luz amarilla, y comprendí que me hallaba ya en la otra habitación. Era indudable que había llegado demasiado pronto y que el Capitán no debía de haberse acostado aún, toda vez que seguían ardiendo las bujías. El que había esperado tantos meses, podía esperar una hora más: decidí no precipitarme.

«Hallándome tan cerca de mi enemigo sin más protección que un débil tabique de madera, era necesario permanecer quieto. Con suma precaución llegué hasta la misma pared, pudiendo ver por una porción de rendijas todo lo que ocurría en el dormitorio sin la menor dificultad. El capitán Barrington, sentado delante de una mesa, sin casaca ni chaleco, contemplaba un gran montón de soberanos y varios trozos de papel esparcidos sobre el tablero, contando y recontando sus ganancias. Tenía el rostro arrebatado; el exceso del vino y la falta de sueño le daban un aspecto extraño que me alegró lo indecible, pues comprendí que dormiría bien y que favorecería el sueño mis planes.

«Seguía contemplándole, cuando de repente vi que se sobresaltaba y sentí una impresión horrible. Cesó de latirme el corazón, creyendo que había adivinado mi inmediata presencia; pero un instante después oí la voz de mi amo. No podía ver la puerta por donde había entrado ni el sitio donde se hallaba; pero oía todo lo que hablaba, y vi que el rostro encendido del Capitán se tornaba lívido al oír aquellas terribles palabras que proclamaban su infamia. Mi venganza fué más dulce, mucho más de lo que me la había figurado en mis sueños. Vi que mi amo se acercaba á la mesa, quemaba los papeles en la llama de la bujía, arrojaba los trozos chamuscados á la vacía chimenea, y guardaba después el dinero en un bolso. Cuando fué á retirarse de la estancia, el Capitán le agarró del brazo, é imploró misericordia por la memoria de su madre. Cuando vi que mi amo se alejaba de su hermano dejando entre sus dedos un puño de encaje hecho jirones sin cuidarse de sus ruegos, sentí mayor afecto por él.

En aquel momento me vi perplejo porque no sabía si sería mejor ejecutar la obra que me llevaba allí ó preservar la vida de aquel hombre, teniendo en mi poder un secreto que podía ser arma más mortífera para él que el puñal de mi amo. Tenía la seguridad de que lord Avon no lo revelaría. Os conozco bien, amo mío; sabía cuán profundo era vuestro orgullo de familia, y abrigué la seguridad de que el secreto estaría bien guardado estando en vuestras manos. Gero á mí no me ocurriría otro tanto; podría y querría revelarlo y una vez que su vida estuviera maldita, que hubiera sido arrojado de su regimiento, del casino y de todos los círculos de la buena sociedad podría habérmelas con él de una ú otra manera.

—¿Ambrosio, sois un verdadero canalla—dijo mi tío!

—Todos tenemos dignidad propia, sir Carlos; permitidme, pues, que os diga que un criado puede sentir una injuria exactamente lo mismo que un caballero, aun cuando no le sea permitido batirse en duelo. Hablo por invitación de lord Avon, con entera franqueza, refiriendo todo lo que pensé é hice aquella noche, y continuaré haciéndolo así, aun cuando no tenga la fortuna de obtener vuestra aprobación.

El Capitán, cuando lord Avon le dejó, permaneció algún tiempo en el suelo, postrado de rodillas, con el rostro oculto en el asiento de una silla. Levantándose después, paseó por el dormitorio con la barba hundida en el pecho. De vez en cuando se mesaba el cabello ó agitaba los brazos en el aire, y pude apreciar que tenía la frente bañada en sudor. Le perdí de vista por un momento, y oí que revolvió varios

cajoncillos uno tras otro, como si buscara algo; después volvió al tocador, y pude observar, viéndolo de espaldas al sitio que yo ocupaba, que inclinaba la cabeza para atrás y echaba mano al cuello de la camisa con ambas manos, como si intentara desabrocharla. Sentí un ruido semejante á un jarro derramándose y cayó al suelo con la cabeza torcida y formando un ángulo tan extraño con los hombros, que en un instante comprendí que aquel hombre escapaba por momentos del lazo en que yo le creía cogido. Salí de mi escondite y penetré en el dormitorio. Sus ojos vacilaban ya, y cuando crucé mi mirada con la suya me pareció leer en sus ojos la sorpresa que le producía el verme allí. Dejé el puñal en el suelo y me tendí á su lado á fin de murmurar junto á su oído una ó dos cosas que quería recordarle; pero mientras lo hacía dió un gran suspiro y quedó muerto.

«Es una cosa rara que yo, no habiéndole temido vivo, le temiera viéndole muerto; pero lo cierto es que al mirarle en aquel estado de inmovilidad, sin más movimiento en su cuerpo que el chorro de sangre que iba extendiéndose por la alfombra, sentí un súbito y necio acceso de terror. Recogí el puñal, y huí veloz y silenciosamente hasta mi cuarto, cerrando ambos secretos del tabique. Una vez allí, vi con disgusto que en la prisa de huir había recogido, no el puñal que yo llevaba, sino la navaja de afeitar que se había escapado de la mano del suicida. La escondí donde nadie pudiera encontrarla; pero el miedo no me dejó ir á buscar el puñal, como debía, y como lo habría hecho, indudablemente, á pesar de todo, á haber tenido la menor sospecha de lo que más tarde había de significar para mi amo aquel arma terrible. Y aquí tenéis lady Avon y señores, el relato exacto y verídico de la manera cómo llegó á su fin el capitán Barrington.

—¿Y cómo es que habéis consentido—exclamó airado mi tío—que un hombre inocente haya estado bajo una acusación durante tantos años, cuando podíais salvarle con una palabra?

—Porque tenía muchas razones para creer que lord Avon lo hubiera sentido mucho, sir Carlos. ¿Podía yo acaso revelarlo sin descubrir un secreto que él quería ocultar á toda costa? Confieso que al principio no le dije lo que había visto, y mi excusa puede consistir únicamente en que desapareció antes de que yo decidiera la manera cómo había de obrar. Por espacio de muchos años desde que entré á vuestro servicio, sir Carlos, me atormentó la conciencia, y me juré á mí mismo, que si alguna vez volvía á ver á mi amo, le revelaría todo lo que acabo de decir. Al oír incidentalmente una historia que refirió el señorito Stone, aquí presente, comprendí que alguien ocupaba las habitaciones secretas de Cliffe Royal, y que ese alguien debía de ser sin duda, lord Avon, que se ocultaba en ellas, y sin perder tiempo vine á buscarle y le ofrecí hacer todo cuanto estuviera en mi mano, para cumplir con él un deber de justicia.

—Todo lo que acaba de decir Ambrosio es verdad—dijo lord Avon;—pero habría sido extraño, en realidad, que rehuyera sacrificar una vida inútil y una salud perdida en aras de una causa, cuando no había vacilado en sacrificar por ella todo lo que me brindara la juventud. Nuevas consideraciones me han obligado al fin á alterar esta resolución. Mi hijo, ignorante de su verdadero linaje, iba penetrando en una vida que, aun cuando estaba muy en relación con su fuerza y su valor, no lo estaba tanto con las tradiciones de esta casa. Reflexioné una y otra vez que la mayoría de las personas que conocieron á mi hermano habían muerto, que no era necesario revelar todo lo ocurrido, y, sobre todo, que si yo moría sospechoso de tal crimen, la mancha que recayera sobre nuestro nombre sería mucho mayor que la del pecado que tan terriblemente expió mi hermano. Por estas razones...

Un ruido de pisadas que fuertes resonó en el antiguo caserón, cortó la palabra á lord Avon. Su pálido semblante adquirió mayor lividez si cabe, y miró compungido á su mujer y á su hijo.

—¡Mearrestarán!—exclamó.—¡Tengo que pasar por esa degradación!

—¡Por aquí, sir Jaime; por aquí!—dijo fuera una voz, en la cual reconocimos todos la de sir Lotario Hume.

—No necesito que me enseñen el camino en una casa donde he bebido muchas veces un riquísimo clarete—repuso otra voz gruesa; y un momento después vimos en el umbral de la puerta al señor Ovington, vestido en traje de montar, con botas altas y un látigo en la mano. A su lado aparecía sir Lotario Hume, y detrás de ellos, dos alguaciles procuraban asomar la cabeza por entre ambos caballeros.

—Lord Avon—dijo Ovington,—como magistrado del condado de Sussex que soy, cumpíeme decirnos que con motivo de la muerte de vuestro hermano el capitán Barrington, villanamente asesinado el año 1786, se extendió contra vos una orden de prisión.

—Estoy dispuesto á presentarme ante los tribunales.

—Os hablo así como magistrado; pero como hombre y señor del solar de Rougham, me alegro en el alma de veros, Ned, y os doy la mano, asegurándoos que siempre creí que un hombre como vos es incapaz de haber cometido acción tan innoble.

—Me hacéis justicia, Jaime—repuso lord Avon estrechando la mano que le tendía el noble provinciano.—Soy tan inocente como vos, y podré demostrarlo.

—¡No podéis figuraros la alegría que me causan esas palabras, Ned! En todo cuanto contribuya á vuestra defensa, tendréis al lado las leyes y la nobleza de vuestro condado.

—Pero, entretanto—dijo sir Lotario,—no estaría de más una puerta sólida y un buen candado como garantía de que lord Avon se presentará cuando le llamen.

El cortido semblante del caballero provinciano se tornó violáceo de puro rojo, y volviéndose hacia el londinense le preguntó:

—¿Sois magistrado en alguna provincia, caballero?

—No tengo ese honor, sir Jaime.

—¿Cómo os atrevéis, en ese caso, á aconsejar á un hombre que desempeña ese cargo hace cerca de veinte años? Cuando me halle en duda, las leyes me darán un compañero con el cual pueda consultar; pero entretanto no necesito consejeros, ni los pido.

—Habláis demasiado alto en el asunto, sir Jaime: no estoy acostumbrado á ese tono tan altivo.

—Tampoco tengo yo la costumbre de que intervengan en mis deberes oficiales. Hablo como magistrado, sir Lotario; pero siempre me hallaréis dispuesto á sostener mis opiniones como hombre.

Sir Lotario se inclinó.

—Me permitiréis hacer notar—dijo—que en este asunto median intereses de suma importancia para mí, y que tengo motivos para creer que se ha tramado una conspiración que me afecta en cuanto soy heredero presunto de los títulos y bienes de lord Avon. Deseo simplemente que permanezca recuflado mientras se aclara el asunto; y como magistrado que sois, os suplico que cumpláis vuestro deber.

—¡Dispensadme, Ned!—exclamó el señor de Rougham.—Siento que no esté aquí mi secretario Johnson, porque deseo ser con vos todo lo tolerante que me permite la ley; pero, como acabáis de oír, precisa que ponga en seguridad vuestra persona.

—Permitidme que os indique, caballero—añadió mi tío,—que hallándose bajo la custodia personal de un magistrado, es como si estuviera en manos de la ley, y que esa doble condición puede llevarse á efecto en vuestra casa de Rougham.

—Es lo mejor, en efecto—dijo el magistrado en

tono cordial.—Viviréis conmigo, Ned, mientras se arregla el asunto; ó, en otras palabras, lord Avon: yo, como representante de la ley, salgo responsable de vuestra persona, la cual será debidamente custodiada hasta que me exijan su entrega.

—¡Tenéis un corazón noble, Jaime!

—Sigo simplemente el proceso de la ley. Confío, sir Lotario, en que no hallaréis nada censurable en ello.

Sir Lotario se encogió de hombros mirando enojado al representante de la ley, y volviéndose á mi tío le dijo con acento duro:

—Tenemos pendiente un asunto de poca importancia, sir Carlos. ¿Seréis tan amable que me deis el nombre de uno de vuestros amigos? El señor Corcoran, que ha quedado en mi cabriolé, es mi representante: podremos encontrarnos mañana por la mañana.

—Lo haré con mucho gusto—contestó mi tío; y dirigiéndose á mí, agregó:—Sobrino, supongo que tu padre no tendrá inconveniente en ser mi padrino. Sir Lotario, vuestro amigo puede visitar al teniente Stone, en Friar's-Oak, y cuanto antes lo haga, mejor será.

Así terminó tan extraña conferencia. Yo, por mi parte, me había acercado al amigo de mi niñez y procuraba demostrarle cuánto me alegraba de su suerte, oyendo de sus labios que nada podría entibiar jamás el cariño que siempre me había tenido. Mi tío me tocó en la espalda, y ya íbamos á salir de la casa, cuando Ambrosio, cubierto de nuevo con la máscara de bronce que ocultaba sus pasiones, se acercó á él con gran comedimiento.

—Dispensadme, sir Carlos—le dijo;—pero me apena mucho ver vuestra corbata.

—Estáis en lo cierto, Ambrosio,—repuso mi tío.—Lorimer hace todo lo que puede; pero jamás llegará á sustituirnos como es debido.

—Me honraría mucho sirviéndoos de nuevo, señor; pero hay que reconocer que lord Avon, tiene más derecho. Si él me diera licencia...

—¡Podéis iros, Ambrosio!—exclamó lord Avon.—Sois un criado excelente; pero vuestra presencia es en realidad penosa para mí.

—Muchas gracias, Ned,—repuso mi tío.—Pero otra vez no me abandonéis tan de repente, Ambrosio.

—Permitidme que os explique la razón que me impulsó á hacerlo así, señor. Había decidido despedirme de vos apenas llegáramos á Brighton; pero al pasar por la aldea aquel día vi que una dama con la cual tenía intimidad lord Avon, aun cuando yo ignoraba que fuera su esposa, paseaba en su faetón. Su presencia me confirmó en la idea que yo abrigaba de que se hallaba oculto en Cliffe Royal, y dejándome caer del coche, corrí detrás del suyo, dispuesto á exponerle el asunto y á manifestarle la necesidad de que lord Avon me recibiera.

—Está bien, Ambrosio; os perdono la fuga—dijo mi tío,—y os agradeceré en el alma que me arregléis la corbata.

CAPÍTULO XXII

Final

El carruaje de sir Jaime Ovington esperaba fuera de Cliffe Royal, y la familia de lord Avon, separada tan trágicamente y reunida de tan extraño modo, subió en él para dirigirse á la hospitalaria mansión de Rougham. Cuando ellos marcharon, mi tío subió al suyo y nos llevó á Ambrosio y á mí á la aldea de Friar's-Oak.

—Creo que lo mejor será ir á ver á tu padre, sobrino—me dijo.—Sir Lotario y su amigo partieron hace tiempo, y sentiría mucho que algún obstáculo se opusiera á nuestro encuentro.

Pensé en la mala reputación que como duelista tenía nuestro enemigo, y mis facciones debieron de poner de manifiesto tales ideas, porque mitfo se echó á reír.

—Sobrino, has puesto una cara, que cualquiera al verte creería que asistías á mi entierro. No es el primer duelo que tengo, y me atrevo á apostar que no será el último. Cuando me ocurre un lance así estando en Londres, voy á casa de Manton y hago un centenar de blancos. Ahora, á pesar de carecer de esa práctica, espero también acertar; aunque confieso que después de tantos acontecimientos como han ocurrido estos días, estoy algo *accablé*. ¡Pensar que mi querido amigo, no sólo está vivo, sino que además es inocente! ¡Y saber que tiene un hijo y heredero tan valiente y decidido que pueda perpetuar la raza de los Avon! Eso es el golpe de gracia para Hume, porque los judíos le han dado cuanto les pedía, esperando que heredaría. ¡Y vos, Ambrosio, ser quien lo sabía todo!

De cuantas cosas sorprendentes acababan de ocurrir, nada había impresionado á mi tío tanto como esto y no cesaba de repetirlo una y otra vez. Era realmente un prodigio inusitado que un hombre que había llegado á ser una máquina arreglando corbatas y haciendo chocolate, tuviera también pasiones humanas, tan altivas y crueles como las de otro cualquiera.

No hallábamos todavía á un centenar de varas de mi casa, cuando vi á Corcoran saliendo del jardín: mi padre nos esperaba en la puerta con el rostro resplandeciente de alegría.

—Tengo gran satisfacción en servirlos de algún modo, sir Carlos—dijo á mi tío.—Hemos arreglado el asunto para mañana á las siete, en el campo de Ditchling.

—Me alegraría mucho de que esas cosas pudieran hacerse mas avanzado el día. Es preciso levantarse á una hora absurda, ó descuidar el atavío personal.

—Se han alojado así enfrente, en el parador de Cumming: si queréis que sea más tarde.

—¡No, no; procuraré hacer un esfuerzo! Ambrosio, me traeréis á las cinco la *batterie de toilette*.

—No sé si querréis valeros de mis cachorrillos—dijo mi padre.—He hecho uso de ellos en catorce acciones y es imposible hallar mejor juguete hasta llegar á treinta varas de distancia.

Os lo agradezco en el alma; pero siempre llevo mi caja de pistolas debajo del asiento. Tened cuidado de limpiar bien el gatillo, Ambrosio, que me gusta disparar con facilidad. ¡Salud, querida hermana! Aquí te traigo á tu hijo y espero que no se habrá corrompido con las disipaciones de Londres.

No necesito decir aquí lo mucho que mi madre lloró y me acarició, porque todos los que tienen madre sabrán por sí mismos lo que eso significa, y los que no la tienen, no comprenderán jamás lo que es el hogar paterno.

Había ansiado ardientemente volar de aquel nido á ir á Londres, y después de ver más de lo que me había parecido posible en los más extravagantes sueños, puedo asegurar que nada era tan agradable, tan placido y refrigerante como nuestra salita con sus paredes pintadas de color azul turquí y sus adornos, tan insignificantes en sí mismos, y tan ricos, sin embargo, en recuerdos; el pez de las Molucas, el cuerno del narval, el cuadro del *Ca Ira* con lord Hotham dándole casa. ¡Qué alegría tan grande experimenté viendo á mi padre sentado á un lado de la brillante chimenea, con su pipa y su animado semblante, y á mi madre en el otro manejando constantemente las agujas de media! Al verlos me sorprendí de que hubiera deseado dejarlos como lo había anhelado, y creí imposible que pudiera separarme de ellos otra vez.

Pero así tenía que ser, y muy pronto, según supe

entre las cariñosas alabanzas y felicitaciones de mi padre y las lágrimas de mi madre.

El tenia plaza en el *Catón*, de 64 cañones, y lord Nelson le había enviado aviso desde Portsmouth, manifestándole que tenía una vacante para mí, si iba á cubrirla al momento.

—Como tu madre tiene listo el equipaje, hijo mío, puedes venirte mañana mismo conmigo; porque, si has de formar parte de la tripulación de Nelson, tienes que demostrar que eres digno de ello.

—Los Stone son siempre marinos,—dijo mi madre dirigiéndose á su hermano en tono de disculpa; y realmente es una suerte que pueda tener la protección de lord Nelson. Pero nunca olvidaremos tu generosidad, Carlos, haciendo ver á nuestro querido Rodney algo del mundo.

—Yo soy quien debo daros las gracias á vosotros, querida María—dijo mi tío con tono gracioso.—Tu hijo ha sido un excelente compañero para mí; tanto, que casi he olvidado á Fidelio, y espero que viene algo más pulido de lo que estaba cuando yo vine. Sería una necesidad decir que es *distingué*; pero casi me atrevería á asegurar que nadie se atreverá á decir que no es todo lo que debe ser. La Naturaleza le ha negado sus más altos dones, y es contrario á valerse de los recursos del arte; pero, al menos, ha visto algo de lo que es la vida y le he enseñado algunas lecciones de finura y cortesía que, aun cuando ahora puedan parecer inútiles, le serán muy provechosas en años venideros. Si me veo chasqueado en mis intenciones respecto de su estancia en la corte, tal vez consista en que soy demasiado necio midiéndolo á los demás por mi rasero. Le aprecio bastante, y considero que tiene aptitudes para la profesión á que va á dedicarse.

Al hablar así me tendió la sagrada tabaquera en señal de alianza y buena voluntad. Al tomar un polvo le miré, y su recuerdo ha quedado tan impreso en mi mente, que así es como me lo represento siempre; con la expresión retozona de sus relucientes ojos; más marcada que nunca, el pulgar de la mano izquierda oculto en la bocamanga del chaleco y la derecha extendida, sosteniendo la tabaquera en su blanquísima palma. Era el prototipo y caudillo de una clase de hombres que ha desaparecido ya de Inglaterra; el petimetre viril y noble, exquisito siempre en su traje, intolerante de ideas, brutal en sus diversiones y excentrico en sus costumbres, clase que pasó por el brillante escenario de la historia de Inglaterra con aire ligero, grandes corbatas, altos collares, dijes y colgantes, para desvanecerse en la obscuridad de ese profundo insondable de donde no se vuelve. El mundo los ha dejado atrás, ha crecido y no hay sitio ya en él para sus modas extravagantes, sus bromas de reglamento y sus excentricidades, cultivadas siempre con particular esmero. Y, sin embargo, detrás de aquel velo de necesidad en que se envolvían con tanto cuidado, se ocultaban muchas veces hombres de carácter enérgico y robusta personalidad. Los lánguidos haraganes de San James eran también los navegantes del Soleut, los magníficos jinetes de los condados y los endurecidos campeones de muchas acciones y revueltas. De entre ellos sacó Wellington sus mejores oficiales; se dignaron en algunas ocasiones ser poetas y oradores, y Byron, Carlos Jaime Fox, Sheridan y Castleveagh conservaron su fama entre ellos, á pesar de su pública notoriedad. No sé cómo se hablará de esa clase la historia futura, porque yo mismo habiendo conocido muy bien á uno de sus jefes y teniendo su misma sangre en mis venas, jamás pude saber lo que era en él sincero, ni lo que procedía de las excentricidades que cultivaba hasta que dejaban de merecer tal nombre. Entre las mallas de aquella cota de necesidad, creí ver algunas veces un reflejo del hombre noble y leal que se encerraba en ella, y me complace la idea de que no me equivoque.

Estaba dispuesto que los incidentes de aquel día no

habían terminado aún. Me retiré á descansar temprano; pero no podía dormir pensando en Jim y en el cambio tan extraordinario que acababa de operarse en su posición presente y futura, y daba vueltas y revueltas en mi lecho, cuando sentí el ruido de un carruaje que bajaba á todo correr por la carretera de Londres y se detuvo, de repente, delante del parador. Tenía la ventana abierta, porque era una noche calurosa y oí rechinar la puerta del mesón al abrirse, y una voz que preguntaba si sir Lotario Hume se alojaba allí. Al oír este nombre salté del lecho y me asomé á la ventana á tiempo de ver tres hombres que, bajando del coche, penetraban en el parador. El coche y los caballos quedaron fuera, y sobre sus castaños lomos y pacientes cabezas rieló el reflejo de luz que salía por la puerta abierta.

Habrían pasado unos diez minutos, cuando sentí los pasos de mucha gente y vi que un grupo compacto salía por la puerta.

—No hay necesidad de violencias—dijo una voz clara y ruda.—¿Qué proceso os obliga á venir?

—Son varios procesos, señor. Hubo una tregua esperando que ganarais en la lucha de esta mañana. La suma total asciende á doce mil libras.

—Mirad, buen hombre; tengo una cita muy importante para mañana á las siete; si me dejáis libre hasta entonces, os daré cincuenta libras.

—Es imposible, señor; no podemos hacerlo: perderíamos nuestro cargo.

El reflejo de los faroles del coche me permitió ver que el Baronet miraba á nuestras ventanas: si el odio pudiera matar creo, que sus ojos hubieran sido tan mortales como sus pistolas.

—Si no me soltáis las manos—dijo,—no podré subir al coche.

—Tenle fuerte, Bill, porque no me inspira confianza: suéltale un brazo y después cuando esté seguro le soltarás el otro. ¿Lo ves?

—¡Corcoran! ¡Corcoran!—gritó una voz; vi un empujón, una lucha, y una figura de hombre, frenética, separándose del grupo. Después sentí un fuerte porrazo, alguien había caído al suelo entre el polvo de la carretera, saltando y pateando como una trucha recién cogida.

—¡Lo que es ahora no se escapa! ¡Cógele por las muñecas, Jim! ¡Vamos! ¡Arriba!

Subieronle como si fuera un saco de harina, y le arrojaron dentro del coche. Los tres hombres entraron detrás, chasqueó un látigo en la obscuridad y vi por última vez á sir Lotario Hume, el elegante corintio, á quien nadie volvió á ver, excepción hecha de algún alma caritativa, que de vez en cuando visitase la cárcel de los deudores.

Lord Avon vivió dos años más; lo suficiente para poder probar mediante el auxilio de Ambrosio su inocencia en aquel horrible crimen que por espacio de tantos años había sido un misterio para él. Sus esfuerzos no consiguieron borrar el efecto de aquellos años de existencia enfermiza y contranatural pasados en las cámaras ocultas de su casa solariega: sólo el cariño y los cuidados de su esposa y de su hijo, pudieron conservar la débil y vacilante llama de vida que alentaba en él. La que yo había conocido como actriz, en Austey Cross, se convirtió en lady Avon, y más tarde Jim, tan querido para mí hoy día aún, como cuando cogíamos nidos y pescábamos truchas llegó á ser lord Avon, amado por sus arrendatarios, y el hombre más popular en todo el territorio, desde el Weald hasta el Canal. Casó con la segunda hija de sir Jaime Ovington, y como esta misma semana he visto nacer á tres de sus nietos, temo que si los descendientes de sir Lotario Hume tienen alguna esperanza, se verán tan chasqueados como se vió su antecesor antes que ellos.

La antigua casa de Cliffe Royal fué demolida á

causa de los tristes recuerdos que tenía para la familia, y en el solar se ha levantado una hermosísima mansión construída á la moderna. La portería, situada en la fachada del jardín que daba á la carretera de Brighton, con sus enrejados de madre selvas y rosales, era tan linda, que no era yo solo el que declaraba que preferiría ser dueño de ella mejor que de la espléndida mansión que se vislumbraba entre los árboles en el centro de la posesión. Allí vivieron muchos años contentos y felices Jack Harrison y su mujer, recibiendo en el ocaso de su vida los cuidados que ellos habían consagrado á Jim en su juventud.

El campeón Harrison no volvió á saltar más las cuerdas de un anillo; pero la historia de la gran batalla entre el herrero y el Cangrejo de Gloucester llegó á ser una leyenda popular entre todos los aficionados, y nada complacía más á Harrison que referirla con todos sus detalles, sentado al sol bajo el pórtico de su linda casita; pero apenas oía el tap tap del bastón de su mujer, cambiaba instantáneamente de conversación y hablaba del jardín y de lo que intentaba hacer allí, porque la pobre mujer aún temía que volviera algún día á la pista, y jamás dejaba solo á su marido una hora sin creer que podía haber intentado ir á luchar por el campeonato una vez más.

A petición suya se escribió sobre su tumba: «Peleó la buena batalla»; y aunque tengo la seguridad de que cuando lo pidió se acordaba de Black Baruk y de Wilson el Cangrejo, nadie que le conociera podía regatearle tampoco cierta elevación espiritual, coronamiento de una vida pura y honrada.

Sir Carlos Tregellis continuó por espacio de algunos años enseñando su coche rojo y amarillo en Newmarket y sus inimitables casacas en San James. El fué el que introdujo la moda de los pantalones abrochados en la rodilla con botones y ojales, y las pecheras almidonadas. Todavía quedan algunos petimetres viejos que ocupan un rinconcillo en los círculos de Arturo y de White, que recuerdan la dictadura de Tregellis sobre las corbatas, asegurando que debían estar tan almidonadas, que al mover una punta se levantarán tres cuartas partes de su longitud, y el cisma que ocurrió después cuando lord Alvanley y su escuela dijeron que era suficiente con que estuviera almidonada la mitad. Llegó después la supremacía de Brummel y la discusión sobre los cuellos de terciopelo, en la cual la ciudad entera se puso de parte del joven elegante.

Mi tío, que no había nacido para ocupar un segundo lugar en ninguna parte, se retiró instantáneamente á San Albans, anunciando que haría de aquella ciudad el centro de la moda y de la sociedad, en vez de Londres, degenerada ya. Ocurrió, sin embargo, que el alcalde y el Ayuntamiento en masa acudieron á recibirle dándole las gracias por sus buenas intenciones, y como los buenos burgueses habían encargado á Londres casacas á fin de estrenarlas en aquella solemnidad. Todas llegaron con cuellos de terciopelo. Apenas las vió mi tío se afectó tanto, que se metió en la cama y no volvió á presentarse en público. Con su fortuna, que había arruinado una vida que podía haber sido grande, hizo numerosas mandas, y entre ellas una pensión á Ambrosio; pero aún quedó bastante para su hermana, mi querida madre, lo cual contribuyó á hacer su vejez tan grata y placentera como yo había deseado siempre.

Por lo que á mí toca, pobre y delgado cordón donde han ido engarzándose tantas perlas, apenas si me atrevo á decir nada especial por temor de que lo que intento como final de un capítulo se convierta en principio de otro. Si no hubiera tomado la pluma con intención de referir una historia sobre sucesos ocurridos en tierra, quizás habría escrito otra mejor sobre el mar; pero un marco no puede encerrar dos asuntos opuestos.

Tal vez llegue un día en que escriba todo lo que recuerdo acerca de la mayor de las batallas que se han llevado á efecto en los mares, explicando cómo terminó la vida de mi valeroso padre, cogido entre un barco francés de ochenta cañones y uno español de setenta y cuatro, mientras permanecía tranquilo en la popa de su navío comiéndose una manzana.

Aquella tarde de Octubre vi cómo se elevaba de las

orillas del mar una densa nube, que fué extendiéndose sobre el Atlántico para desaparecer después poco á poco en el infinito azul del cielo. Con aquella niebla desapareció la sombra que había flotado sobre el país, desvaneciéndose lentamente hasta que Dios nos envió su sol de paz y volvió á reinar la tranquilidad una vez más; paz y tranquilidad que esperamos no ver turbada por espacio de luengos años.

FIN DE «EL MISTERIO DE LORD AVON».

INDICE

	Páginas		Páginas
CAPÍTULO I.—Friar's-Oak.....	5	CAPÍTULO XII.—El café de Fladong.....	44
CAP. II.—El duende de Cliffe Royal.....	8	CAP. XIII.—Lord Nelson.....	48
CAP. III.—La actriz de Anstey Cross.....	11	CAP. XIV.—En el camino.....	51
CAP. IV.—La paz de Amiens.....	14	CAP. XV.—Mala jugada.....	54
CAP. V.—Tregellis el elegante.....	17	CAP. XVI.—Cracoley Docons.....	56
CAP. VI.—En los umbrales.....	21	CAP. XVII.—Junto á la pista.....	59
CAP. VII.—La esperanza de Inglaterra.....	24	CAP. XVIII.—El último combate del herrero...	63
CAP. VIII.—La carrerera de Brighton.....	28	CAP. XIX.—Cliffe Royal.....	67
CAP. IX.—En Watier.....	31	CAP. XX.—Lord Avon.....	69
CAP. X.—Los luchadores.....	36	CAP. XXI.—El relato de Ambrosio.....	73
CAP. XI.—La lucha en la cochera.....	40	CAP. XXII.—Final.....	77

SE HA PUESTO Á LA VENTA EL MAGNÍFICO

Diccionario Manual de la Lengua Española

PUBLICADO POR S. CALLEJA

Es el más barato en relación con su volumen, y el más nuevo é interesante, como puede juzgarse por la siguiente página de muestra

ADIN

3

ANTI

Adintelado, da adj. *Arq.* Arco que degenera en línea recta.

Adintelar a. *Arq.* Poner dinteles. Terminar un arco en línea recta.

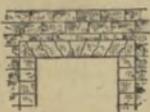
Ad interim loc. lat. Provisionalmente.

Adiós Loc. adv. fam. de despedida.

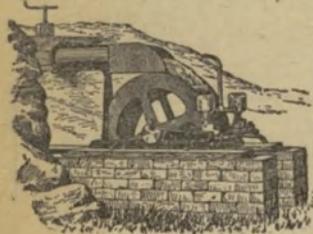
Adipal adj. Graso.

Adiposidad f. *Anat.* Calidad de adiposo.

Aguatocha f. *Art. y Of.* Bomba, máquina hidráulica.



ADINTELADO



AGUATOCHA

Alambique m. *Quim. y Art. y Of.* Aparato que sirve para destilar ó extraer al fue-



ALAMBICU

go el espíritu ó la esencia de cualquiera substancia.

Alcarracero, ra s. y adj.

Que hace ó vende alcarracas. Vasar donde se pone el agua para que esta se refresque por la acción de las corrientes de aire.

Alcarraza f. Vasija de barro blanco muy poroso, donde se pone agua para que se refresque por la acción de las corrientes de aire.

Alcarreño, ña adj. Que pertenece á la Alcarria. m. y f. Natural de la Alcarria.

Alcarria *Geogr.* Territ. montuoso que ocupa la mayor parte de la pr. de Guadalupe. Produce rica miel



ALCARRAZA

Alfanje m. *Mil.* Especie de espada ancha y curva. *Zool.* Pez espada.

Alfanjete m. dim. de *alfanje*.

Alfaque m. *Mar.* Banco de arena.

Los *alfaques de Tortosa*.

Alfaqueque m. ant. Libertador de cautivos. Libertador de prisioneros y esclavos, por nombramiento de autoridad competente.

Alfaques (LOS) *Geogr.* Nombre que se da al delta del Ebro, terreno bajo, malsano, cubierto en gran parte de juncales y pantanos.

Alfaqui m. *Rel.* Doctor de la ley entre los musulmanes.

Aljaba f. Caja donde se llevan las flechas.

Aljabibe m. ant. Ropavejero.

Aljofifar a. Aljofifar, fregar el suelo con un paño llamado aljofifa.

Aljadrez m. *Mar.* Enrejado sobre la escotilla.

Aljafana f. Aljofaina.

Aljama f. ant. Junta de moros ó de judíos, judería, reunión de gentes. Mezquita. Sinagoga.

Aljamados m. pl. Habitantes ó felahes de una aljama.

Aljania f. ant. Escritos en lengua española con caracteres arábigos. Nombre que daban los moros á la lengua española.

Aljamiado, da adj. Escrito en aljania. Que habla la aljania.

Ancla f. *Mar.* Instrumento que sirve para aferrar las embarcaciones.



ALFANJE



ALJABA



ANCLA

Anclar n. *Mar.* Echar las anclas una embarcación.

Antipocar a. *prop. For.* Reconocer un censo con escritura pública. Volver á cumplir un deber que se había suspendido.

Antipoda m. *Geografía.* Habitantes de puntos diametralmente opuestos en el globo. *fig. fam.* Genios ó cosas que son opuestos entre sí.

Antipodia f. ant. Antipodio, de marcha rápida.

Antipodio m. ant. Extraordinario.

Antipontificado m. Antipapado.

Antipsorico, ca adj. *Med.* Propio para combatir la sarna.



ANTIPODAS

Esta obra forma un hermoso tomo, esmeradísimamente impreso en papel superior, satinado, en 8.º mayor (180 x 120 milímetros próximamente), con más de 1.700 páginas del cuerpo cinco, encuadernado con lujo y solidez, en tela inglesa.

Precio: 8 pesetas.

Los pedidos que vengan acompañados del cupón disfrutarán del precio especial de

7 pesetas.

Para los subscriptores por un año á LA NOVELA DE AHORA

6 pesetas.

No se ha publicado más Diccionario manual ilustrado que éste; pues si bien algunos editores extranjeros anuncian obras de ese género, llenas de errores por cierto, con diminutos é imperfectos dibujillos que dicen representan pájaros, peces, hierbas, personas y ob-

jetos, en concepto nuestro no representan nada, ni eso puede llamarse ilustración de un libro.

Este Diccionario va documentado concienzudamente con millares de preciosos grabados, retratos, láminas enciclopédicas, cuadros y mapas en colores, todo nuevo y original.